



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

**El concepto de indio según la élite intelectual impulsora de la política
científica durante el Porfiriato**

**Tesis que presenta Adán Rodríguez Ávila
para obtener el título de licenciado en Historia**

Tutor: Dr. Tomás Francisco Marcelo Ramírez Ruíz

Ciudad Universitaria, Ciudad de México

2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción

La presente investigación comprende el concepto sobre el indio durante el Porfiriato, siendo más específico, abordé lo que pensaba un grupo en particular y característico de la época, que he referido a lo largo del texto como intelectuales impulsores de la política científica. Estos hombres son un grupo para mí en tanto que formaron parte de una misma generación intelectual, mantuvieron relaciones de trabajo y personales y coincidieron a lo largo de sus formaciones profesionales en instituciones y organizaciones tanto educativas como políticas, compartiendo una misma mentalidad. Así, todos fueron educados en el positivismo gracias a los esfuerzos de Gabino Barreda, fuera de manera directa o indirecta pues la mayoría pasó como alumno o profesor en la Escuela Nacional Preparatoria o su símil estatal, y algunos estuvieron presentes también en las sesiones de la Asociación Metodófila Gabino Barreda. Algunos lazos del grupo se formaron y estrecharon en *La Libertad*, órgano fundado en 1878 por Justo Sierra y sus colegas, que sirvió no sólo para publicar los trabajos e ideas de varios de los intelectuales sino que también sentó las bases de la política científica que pregonarían en adelante; fue *La Libertad* también el antecedente ideológico de la Unión Liberal de 1892, que dio origen al grupo de los Científicos.

Durante los años siguientes, los intelectuales impulsores de la política científica ocuparon puestos importantes en la administración e impulsaron la modernización del país a la par que consolidaron su alta posición política, económica y académica en la sociedad mexicana. El grupo vio en su situación histórica la posibilidad de progresar según un plan desarrollado a partir de una peculiar conjunción de ideas y corrientes, algunas relativamente recién adaptadas del pensamiento europeo y otras con una larga trayectoria en la historia del territorio, contradictorias en ciertos sentidos pero conciliadoras en otros, conformaron un proyecto que pretendía colocar a México como igual en el llamado concierto de las grandes naciones civilizadas.

No obstante, ante las aspiraciones de mejorar como nación según la mentalidad que poseían, se interponía un sector de la población que por su propia forma de existir parecía mostrarse renuente al progreso, y que además era enorme: más de la mitad de la población mexicana cabía dentro de la llamada raza india, un sector pobre asociado al

medio rural, con un profundo arraigo en las tradiciones prehispánicas y novohispanas, y sin una considerable formación bajo los estándares ideales de educación del gobierno. El proyecto modernizador que se había planteado la élite intelectual partidaria de la política científica requería necesariamente de una postura frente a esta parte de la población.

Qué significaba ser indio según el discurso que de la mano de estos intelectuales terminó por imponerse en el Porfiriato es la pregunta rectora que me planteé resolver durante la investigación. Elegí como período de análisis al Porfiriato, debido a que en el gobierno del general Díaz (y los años de Manuel González) se encontraron características como la relativa estabilidad, la continuidad y la conciliación, que propiciaron el ascenso y la difusión de una manera de pensar generada en la élite intelectual que denota cómo un grupo reaccionó según su visión del mundo ante los que consideraban sus opuestos. Pienso entonces que la concepción que tuvo sobre el indio un grupo tan importante en la sociedad refleja en buena parte la concepción que tuvo la sociedad misma, de esta manera, aunque el estudio se limite a un pequeño grupo de intelectuales, con las debidas reservas también puede entenderse en cómo veían al indio un número de mexicanos tan grande como los sectores en que influyó por medio de la prensa, discursos, libros de historia y otros medios escritos esta generación.

Ahora bien, el grupo de intelectuales que elegí estudiar fue designado con base en criterios que aludieran a cierta uniformidad en su manera de pensar más allá de las variaciones individuales que pudieran tener. Todos ellos pertenecieron a una misma generación intelectual porque compartieron una formación que determinó su postura respecto a la realidad y la creación y aceptación de conocimientos; así, pueden ser considerados como liberales-positivistas, siendo tanto críticos como alumnos de los liberales de la época triunfante ante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Los intelectuales se mostraron afines a los gobiernos de Porfirio Díaz y Manuel González a pesar de las críticas que escribieron; forjaron lazos profesionales y de amistad entre sí, algunos estudiaron juntos y todos ellos colaboraron en varios proyectos en conjunto; además, en el momento más importante de sus carreras fueron considerados sin excepción como parte de los Científicos y cabe también recordar, que ninguno de ellos fue científico de formación. El más viejo del grupo (Enrique Creel) nació en 1845 y el más joven en 1858 (Joaquín D. Casasús), pero la mayoría lo hizo entre 1854 y 1856; la

incorporación a la camarilla que formaron se relacionó con el momento de sus vidas en que se decantaron por el positivismo como base para analizar y gobernar a la sociedad y adquirir conocimientos en general. Los miembros del grupo tuvieron aspiraciones políticas y realizaron muchas de ellas, no son considerados positivistas ortodoxos pero vieron en las enseñanzas de Comte y Barreda la clave para gobernar a la nación, para ellos el trabajo de un mandatario consistía básicamente en administrar con base en observaciones de corte científico. Los intelectuales compartían una mentalidad en común, que consistió entre otras cosas en el enriquecimiento del positivismo al consenso liberal imperante, que permeó la época y designó los patrones de pensamiento en el grupo, entendiendo por patrones de pensamiento a los conceptos, ideas y operaciones mentales específicos y rectores de una manera de pensar, más que del pensamiento se trata de la conjunción de las corrientes que orientaron la manera de pensar, de estar instruido en cierta forma de pensar y que los conocimientos que se formulen o adopten necesariamente deban congeniar con dicha forma, de emplear los términos de cierta manera que reflejen una visión del mundo algunas veces hasta inconsciente y compartida por los demás miembros de una generación.

Por otra parte, el tema del indio y su concepción se encuentra en la historiografía del territorio que ahora comprende México mucho antes de que a éste se le pudiera llamar así. El conocimiento sobre la naturaleza de los habitantes del Nuevo Mundo se convirtió en una necesidad para los colonizadores españoles que pretendían imponer su modo de vivir, nombrarlos “indios” supuso aglutinarlos a todos dentro de una categoría jurídica que durante las primeras décadas del México Independiente se buscó suprimir. Una buena parte de la concepción que se tenía sobre los indios a finales del siglo XIX y principios del XX es producto de maneras de pensar que sobrevivieron al paso de décadas e incluso siglos, desde las primeras impresiones de viajeros europeos que retrataron un aparente salvajismo, hasta los religiosos y pensadores ilustrados que debatieron sobre los sentidos en que eran diferentes e iguales los indios respecto a ellos mismos. La otra parte del pensamiento que se conformó en el Porfiriato y en la que he puesto mayor énfasis en mi estudio, proviene de las teorías filosóficas, políticas y científicas que se trajeron y adaptaron de Europa tras la Independencia, llegaron a la escena intelectual los preceptos de Comte, Spencer y Darwin, entre otros, quienes

influyeron en el pensamiento de los letrados del país. El concepto de indio en el Porfiriato es una historia que entre sus elementos principales debe tener en cuenta cómo es que convergieron diversas maneras de pensar en un pequeño grupo de intelectuales, de forma en que en la época pudo propiciarse y generarse un discurso diferente al de la anterior.

En mi búsqueda de fuentes encontré trabajos que se enfocan en el papel que el gobierno en turno le ha dado a los indios a lo largo de la historia de México. Tal es el caso de las obras de Eva Sanz Jara y Beatriz Urías Horcasitas, que constituyen importantes fuentes secundarias para el tema y mi investigación porque muestran la larga duración del proceso en cuestión, remontándose algunas veces hasta Nueva España para explicar maneras de nombrar y definir, aunque por otra parte, tienden a mostrar en el siglo XIX un solo discurso sin tomar mucho en cuenta la influencia de los gobernantes y los cambios generacionales entre autores, quizá por el grande esfuerzo que supone retratar todo un siglo a través de autores selectos. De igual forma, Federico Navarrete Linares escribió un artículo que lleva por título “¿Qué significaba ser indio en el siglo XIX?”, en el que muestra un panorama no sólo de lo que pensaban sobre el indio sino de cómo también ellos se veían así mismos, pero sin ahondar mucho y retratando al pensamiento del siglo XIX enfocado más en la continuidad de ideas que en el cambio, de nuevo para abarcar una temporalidad mayor.

En oposición a los anteriores trabajos, está *La Transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, escrito por el historiador estadounidense Charles Hale, al cual el presente trabajo y mi orientación como investigador deben mucho. Hale expuso cómo el triunfo de Juárez sobre el Segundo Imperio y los conservadores marcó la forma de pensar de los intelectuales que crecieron en dicha época y que posteriormente escribieron, bajo el mito fundador de un liberalismo triunfante. Para comprender cómo es que la generación de los Científicos logró establecerse en el Porfiriato como una fuerza influyente es necesario comprender también el papel que jugó el liberalismo y los cambios que hubo en éste durante las últimas décadas del siglo XIX. El libro de Hale es también imprescindible porque ahonda en las raíces de las corrientes de pensamiento de los intelectuales, desde las más conocidas hasta pensadores con poca o nula mención en otros trabajos, como Castelar y Saint-Simon.

Un buen complemento para continuar formando el cuadro de ideas que permearon el pensamiento de la época, se encuentran en los trabajos de Rosaura Ruiz Gutiérrez, científica de la UNAM que por su misma formación carece de algunas prácticas sobre historiar imprescindibles en los historiadores, pero que representa una gran introducción a las ideas científicas decimonónicas para quienes no están familiarizados con el campo, además de recalcar que en muchos casos por medio de la obra de Haeckel fue que las ideas Darwin y Lamarck llegaron a México, lo cual esclarece el hecho de que autores aparentemente contradictorios no lo parecieran en los pensadores mexicanos de finales del siglo XIX.

En cuanto a los intelectuales que estudié, los hombres que se convirtieron en los llamados Científicos, que se desempeñaron como juristas, periodistas, estadistas, médicos, políticos e historiadores, ligados más a la política que a la ciencia, constituyen un referente obligado para comprender al Porfiriato y sin embargo, son difícilmente definidos en su totalidad por tratarse de un grupo multifacético y con abismales diferencias en la cantidad de fuentes según el miembro del que se trate. Valiosa información se encuentra en el libro *Alba y Ocaso del Porfiriato* de Luis González y González y en el artículo “Porfirianos Prominentes...” de Alfonso de María y Campos, pero quizá el mejor trabajo sobre ellos sea la tesis doctoral por parte de la Universidad Iberoamericana, de Jaime Manuel Álvarez Garibay, quien abordó al grupo más en un intento por definirlos e identificarlos a partir de lo que sobre ellos en conjunto se había escrito en lugar de por medio de la imposible, por carencia de fuentes, descripción de todos sus miembros. Y es que podemos encontrar una vasta información de personajes como Justo Sierra y tan poca sobre otros como Joaquín Casasús. A propósito de Sierra, en las fuentes que revisé usualmente se le considera como representante de todo el grupo en cuestiones ideológicas, algunas veces por la amplia temporalidad de los estudios, dejando de lado al resto de los intelectuales, y es común que solamente se le lea a él. Francisco Bulnes y Emilio Rabasa aparecen también, aunque en menor medida y en general, cuando se quiere hablar sobre este grupo, para las fechas cuando ya se les llamaba Científicos, los tres anteriores toman la palabra la mayor parte del tiempo y poco o nada el resto. He querido cambiar esto en mi trabajo aunque fue complicado debido a

la grandeza de la obra de dichos autores, entendida en términos de trascendencia y cantidad.

Debo colocar también, en este repaso introductorio sobre las obras que son referentes obligados en la historiografía de mi tema el trabajo de Leopoldo Zea, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, que resulta sobre todo importante por el interés que puso el autor en la manera en que fueron adaptadas las ideas europeas a México, sirviendo como contexto para el pensamiento de los liberales de la política científica, aunque no coincida con él en algunos aspectos como que los Científicos representaban a la burguesía mexicana cuyo único fin era mantener su posición. He tratado de realizar un balance en el empleo de fuentes ya tomadas como clásicos y las que son consideradas como revisionistas. Por una parte, decidí retomar los debates y la información considerada como vigente de Zea, Cosío y Valadés y por otra, me apoyé también en autores como Hale, Katz y Powell; además de utilizar también historias concebidas y generadas en la misma época de estudio como los trabajos Miguel Ramos, Ramón Puente, Ireneo Paz y de los propios intelectuales de la política científica.

Ahora bien, la manera en que se ha tratado a los indios en la historiografía del país es muy diversa según la época que muestren y en la que hayan sido elaborados los trabajos, por tomar un ejemplo, revisando el catálogo de tesis de la UNAM podemos encontrar que en las más antiguas los indios son vistos como un problema que requiere solución, posteriormente, alrededor de los años sesenta el rol de problema lo adopta el Estado o el sistema y por último, en décadas recientes se ofrecen soluciones como formas de autonomía a partir de estudios de caso específicos. A propósito de tesis, entre las obras que destacan se encuentran las de maestría y doctorado de Miriam Hernández, ambas muy recientes cuyo valor radica no tanto en el contenido sino la forma, es decir que más que la temporalidad que estudió me fue de utilidad para familiarizarse con mi tema de investigación su manera tratar con conceptos y los usos que de ellos pueden hacer autores de otras épocas para distintos fines, como la política.

Cabe mencionar también que el periodo que me ocupa, es comúnmente opacado por los reflectores del indigenismo posterior a la Revolución Mexicana y de hecho, noté la existencia de una vieja idea generalizada sobre que a partir de entonces generalmente la preocupación por los indios o mejor dicho, los oficialmente llamados indígenas comenzó

tras la caída de Díaz. A lo que quiero llegar con lo anterior es que el tema de los indios se presta fácilmente, como en la misma época del Porfiriato, a caer en un discurso revestido de intenciones que responden a agendas políticas contemporáneas al autor. Por esta razón, pueden encontrarse conceptos como indígena, pueblos originarios y racismo en las historias sobre indios, que al no manejarse con el debido cuidado orillan al autor hacia los anacronismos.

Mención honorífica y obligatoria para la realización del presente trabajo es la que corresponde al historiador Moisés González Navarro, cuyos trabajos sobre el Porfiriato me fueron de utilidad tanto para la comprensión de un contexto cultural y social a finales del siglo XIX y principios del XX como para mi tema en específico, gracias a artículos que escribió como el referente a la cuestión racial en los Científicos. Además del célebre tomo que escribió en la obra de Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, existe una recopilación de sus artículos, aunque irónicamente sea más sencillo encontrarlos por separado debido a que la revista *Historia Mexicana* los ha digitalizado. Gracias sus textos es posible rastrear participaciones en la curúl y leyes relevantes para el tema.

Ciertamente existen trabajos que han tratado el tema de los indios y su concepción durante el Porfiriato, y aunque han aumentado siguen siendo pocos, por lo que en una primera fase de mi investigación decidí como introducción para relacionarme con la historiografía del tema adentrarme en uno de sus períodos más conocidos y trabajados: el ya mencionado indigenismo posterior a la Revolución. Algunos autores ya han sugerido o sostenido que las raíces del indigenismo se encuentran en el régimen de Díaz y sus intelectuales, con lo que concuerdo; y por otra parte, Luis Villoro aseguró, en *Los grandes momentos del indigenismo en México*, que éste se trata de un movimiento susceptible de presentarse a lo largo de la historia y no solamente dentro de un espacio y tiempo determinados. Después de analizarlo, no considero que el esquema pueda aplicarse a mi período de estudio, el propio Villoro tampoco lo consideró, así que decidí alejarme de dicha corriente y entender al Porfiriato en sus propios términos, es decir cuando aún el indigenismo ni siquiera se había concebido.

Como referí en el segundo capítulo, elegí utilizar el término indio por tratarse del más común en los autores de la época, porque me parece que refleja mejor que cualquier otro la carga que entonces tenía y por último, en un intento quizá en vano de

desestigmatizarlo y dar a entender que durante el Porfiriato el término no poseía el mismo peso negativo que en este presente se le suele dar. Ahora bien, en cuanto a la cuestión del racismo, debo decir que en un principio estuve inclinado tomarlo en cuenta como explicación para el periodo debido a la gran cantidad de autores que lo utilizan para tratar la situación decimonónica, pero lo que entonces había leído en fuentes primarias no me convencía para sostener que en verdad hubo tal como se maneja en la carga significativa del término. Rastree por fin, por medio del libro de Sanz Jara a un autor llamado Miguel Rodríguez que empleó un término que me parece más adecuado para el trabajo: la racialización, que involucra un proceso legado de escritos procedentes de Europa, distinto al concepto de racismo que tanto utilizan otros autores, pues el primero va más encaminado a una forma de pensar propia de la época en que se tenía una idea de la humanidad formada por razas, no en todos los casos negativa sino simplemente como el orden del mundo, mientras que racismo lleva a pensar más bien en el concepto que surgió durante el siglo XX y que involucra pensamiento y prácticas despectivas a ciertos grupos, algo difundido a gran escala tras la Segunda Guerra Mundial por la situación de los judíos, gitanos y otros pueblos. Quiero dejar en claro que reconozco que en efecto hubo durante el Porfiriato, como toda época, prácticas discriminatorias, en este caso hacia los indios, a pesar de que no existía un concepto del racismo como lo conocemos hoy en día, pero me enfoqué no en dichas prácticas de ciertos sectores de la población sino en el pensamiento reflejado en los escritos de algunos intelectuales, que de hecho me dio indicios para pensar que en realidad estaban en contra de las prácticas de odio por raza.

En general y en una visión tradicionalista, en los autores el tema del indio durante el Porfiriato es tocado con frecuencia, pero no como parte primordial del trabajo y concluyendo algunas veces que había poco o nulo interés por parte de los positivistas o que se buscaba una solución entre la eliminación y la incorporación de los indios a la sociedad más pensando en esto como un beneficio para los intereses de un grupo. A mi parecer, a pesar de que el revisionismo ha sabido refutar viejas ideas, no ha logrado borrarlas en el imaginario de la sociedad mexicana y no se ha siquiera acercado a la difusión que la visión tradicionalista ha tenido.

Revisando las principales ideas que tenía la élite intelectual impulsora de la política científica con respecto al progreso del país, me parece factible afirmar que el indio constituyó una preocupación no sólo importante sino también esencial dentro del proyecto modernizador, se buscó el mejoramiento de sus condiciones de vida según la propia mentalidad de la época, pretendiendo solucionar los problemas que le caracterizaban o por lo menos, los que los intelectuales creían que tenía. Pretendí explicar que debido principalmente al peso del positivismo en su pensamiento, que tomó el papel de eje, los intelectuales de la política científica y sus escritos no pueden ser considerados racistas. En el presente trabajo propongo que la cuestión del indio tuvo relevancia en el Porfiriato, tanto como para haber sido considerado parte fundamental de las raíces del mexicano y por despertar el interés de los intelectuales influyentes por mejorar sus condiciones de vida, después de todo así pregonaba su instrucción positivista y los indios constituían más de la mitad de la población.

Me planteo como objetivos analizar el concepto sobre el indio que de manera grupal tuvieron los intelectuales de la política científica, determinar quiénes fueron estos intelectuales, establecer las diferencias de pensamiento sobre el indio contemporáneo y el indio del pasado, establecer las diferencias de pensamiento respecto a la generación de intelectuales anterior, comprender el papel y la importancia que tuvo el indio para los intelectuales dentro del proyecto de progreso que se plantearon y comprender de qué manera pudo insertarse el pensamiento de los intelectuales en algunas de las prácticas o ideas políticas más relevantes hacia los indios.

Para la realización del presente trabajo me apoyé en reiteradas ocasiones en la historia de las mentalidades, puesto que mi intención era mostrar cómo se había pensado un elemento de la realidad y qué refería, en este caso el indio, según la visión y manera de pensar de un colectivo en particular. Para efectos de mi investigación, por mentalidad puede entenderse tanto el “modo de pensar y el conjunto de opiniones y representaciones mentales propias de una colectividad”¹ como una “visión del mundo en sentido amplio”.² La historia de las mentalidades compaginó con mi investigación pues como expresó Vovelle, plantea que las actitudes y acciones de un grupo humano son

¹ Diccionario de la RAE, versión en línea.

² Robert Mandrou, citado por Solange Alberro, “La historia de las mentalidades: trayectorias y perspectivas”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, XLII, 2, 1992, p. 333.

condicionadas por una forma de ver y entender el mundo,³ hace especial énfasis en la influencia de las ideas y creencias de una época sobre los hombres y la relación entre éstas y su propia época. Los patrones de pensamiento que referí anteriormente son en mi estudio un reflejo de algo más grande, de una mentalidad, uno de los primeros pasos para identificarla y definirla; asimismo, son estos patrones menores en influencia y contenido que lo que Lucien Febvre llamó *outillage mental*, pues no abarcaron campos como el artístico y el sentimental, pero también demuestran uniformidad en la forma de pensamiento.

En vista de la carencia de tiempo, material y formación para realizar una historia de las mentalidades con un análisis cuantitativo apoyado en disciplinas como la sociología y la psicología, tal como lo han hecho los grandes exponentes franceses del campo, decidí recurrir a un método cualitativo que Solange Alberro propuso como alternativa en la construcción de mentalidades ante semejantes problemas: el análisis del discurso. Para una correcta crítica de las fuentes es necesario abordarlas en tres niveles de lectura, donde se busca qué dice el texto, qué quiere decir y qué no quiere decir. Dicha propuesta requiere de un especial énfasis en el lenguaje seleccionado para redactar y la carga que sus conceptos conllevan, por lo que no sólo importa el contenido sino también la manera en que éste fue expresado. Así, es posible identificar las intenciones que algunas veces no están explícitas en el texto, además de ciertos aspectos inconscientes compartidos por otros que colocan al autor analizado como hombre de su contexto. La importancia del lenguaje para mi investigación está en que busco dentro de los textos no lo qué era el indio como tal sino lo que se pensaba sobre él, no lo que se le hizo sino lo que se quería hacer con él, dentro del análisis es preciso determinar los valores y el sentido de las palabras que se emplearon, las categorías más importantes, a partir de las influencias intelectuales en los autores y sus experiencias de vida, la repetición de palabras, frases o modos de contar proporcionan indicios de una mentalidad compartida por varias personas.

La naturaleza del grupo, que fue conformado en principio a partir de una manera en común de pensar con el positivismo como estandarte y que terminó inmiscuyéndose en

³ Michel Vovelle, Citado por Martín F. Ríos Saloma, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, IHH - UNAM, vol. 37, 2009, p. 103.

la administración oficial, se presta para tomar en cuenta lo que Hayden White estableció en *El contenido de la forma*. El autor estadounidense sugirió que la pureza de la interpretación vertida en los textos que el historiador analiza está relacionada con la autoridad de la época, sería ingenuo suponer que la indagación de los elementos que conforman la realidad de un grupo es desinteresada sobre todo cuando sostuvo abiertamente una postura política. Además, el interés en la política y su terreno legal, entendido como “un sistema social de relaciones humanas regidas por la ley”⁴ también indica el grado de conciencia histórica del autor.

En palabras de Alberro, “la historia de las mentalidades posee una metodología muy diversa y nada sistemática. Según las fuentes y el tipo de material considerado, se acude a los medios que mostraron ser eficientes en otros campos de la historia”.⁵ Por mi parte, teniendo en cuenta que lo analizado fue un concepto según los patrones de una mentalidad, tomé prestadas prácticas e ideas de la historia conceptual, sin tener por ello que caracterizar a mi trabajo como a uno de dicho campo. Entre lo anterior se encuentra el empleo de diccionarios de épocas pasadas para observar cambios y continuidades en el uso de los términos. Los conceptos poseen mayor capacidad semántica que una palabra, tienden a definir la posición político social de quien los usa, cambian en tanto que el contexto lo hace y deben entenderse de acuerdo a los alcances semánticos que hubo en sus propias épocas.⁶

El grupo de autores que formé bien podría caracterizarse como fecundo. A partir de la obra que escribieron designé un corpus de textos entre los que se incluyen historias, estudios, ensayos, leyes y artículos de prensa; el criterio fue que dentro de ellos se hicieran menciones hacia el indio o a categorías que influyeran significativamente en la concepción sobre éste. Leí y revisé cada uno de los textos analizando las concepciones particulares de cada autor (que suelen ser referidas en el presente trabajo, en varios casos para mostrar matices), pero otorgándole mayor importancia al análisis del conjunto y de las ideas que tuvieron como grupo. Por tal razón, además de los pertinentes análisis de las ideas de cada autor, hice énfasis más bien en las repeticiones de conceptos, ideas y

⁴ Hayden White, “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en *El contenido de la forma*, trad. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, p. 29. (Paidós básica, 58)

⁵ Alberro, “Historia de las mentalidades: aproximaciones metodológicas”, en *Op. cit.*, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, núm. 6, 1991, p. 92.

⁶ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, España, Paidós, 1993, 370p. (básica, 61)

trasfondo intelectual en común, en lo que se escribió y la manera en se hizo que mostraran homogeneidad y afinidad a una manera de pensar que difícilmente cuestionaron ellos mismos, en los supuestos de los que partían y en las explicaciones similares, en lo que uno escribió que hubiera sido conocido y aceptado por el todo.

Así pues, el trabajo que realicé consiste en un análisis del concepto de indio en un grupo de intelectuales que por su formación, ideas y trabajo tuvieron qué lidiar o concebir un mundo necesariamente con él. He puesto énfasis en el positivismo porque me parece que se trata del elemento más uniforme e importante en su pensamiento y sobre el que cual giraron muchas otras ideas, el que les otorgó un sello particular ante otros grupos contemporáneos o de otras épocas. El primer capítulo se trata de una introducción al contexto que vio a los intelectuales desarrollarse, expuesto de manera cronológica contando a la par los hechos e ideas que dieron forma a su pensamiento. No pretendí agotar los temas o escribir una historia del positivismo, ni del liberalismo, ni del Porfiriato y tampoco colocar una serie de resúmenes que bien podrían obtenerse en un par de días dedicados a la biblioteca; mi intención fue escribir sobre los pasajes más significativos en los que coincidieron los intelectuales y que dan pie a tratarlos como un grupo, así como los acontecimientos y las principales ideas generales que marcaron en ellos una formación y patrones de pensamiento en común. El segundo capítulo es un análisis del concepto sobre el indio que vivió contemporáneamente a los intelectuales, a partir del estudio que hice sobre sus textos y las ideas de otros autores que influyeron sobre ellos; busqué relaciones entre el concepto de indio y las categorías dentro de la mentalidad que influyeron en éste como civilización y raza. Por último, el tercer capítulo se divide en dos partes, en la primera me concentré en el pensamiento sobre el indio del pasado, aquel hombre prehispánico comúnmente idealizado por los historiadores decimonónicos eruditos; posteriormente, me dediqué al papel y la importancia del indio dentro del plan nacional de los intelectuales y a la relación del concepto de éste y las posturas de los intelectuales con las políticas más significativas del Porfiriato. Es un capítulo en el que me referí constantemente a la generación de intelectuales liberales anterior a la que estudié, con el fin de esclarecer diferencias y situar mi historia en un proceso más largo.

Primera parte, que trata del contexto de la época, presentación del sujeto de estudio, las ideas que determinaron su pensamiento y su desarrollo a lo largo del período en cuestión.

Capítulo I. La élite intelectual impulsora de la política científica

El año de 1877 José de la Cruz Porfirio Díaz Mori se convirtió en el presidente electo de los Estados Unidos Mexicanos, sin el temor de cualquier rival que pudiera convencer al más del 90% de los votantes a su favor de que había alguien más adecuado para gobernar un país tan necesitado como el héroe de guerra de ascendencia juchiteca. El hecho de que tuvieran que celebrarse comicios para que el general asumiera un cargo que prácticamente ya tenía en sus manos debido a las campañas militares de su bando y a la reputación que a lo largo de su carrera había forjado, merece una profunda explicación sobre los años que le precedieron. Habría que remontarse a las épocas de la Constitución de 1857, del triunfo del liberalismo y de los mandatos de Juárez y Lerdo.

Lo anterior parece obvio a la luz del quehacer histórico contemporáneo pero no está de más mencionar que el período que va de 1877 hasta 1911, conocido algunas veces como porfirismo y otras como Porfiriato, no había encontrado en la historiografía sino, salvo contadas excepciones, hasta las últimas décadas del siglo XX estudios que lo examinaran con un rigor que estuviera alejado de los prejuicios de la Revolución Mexicana, estuvieran al servicio de la agenda oficial o no. El relato del régimen oscuro con un temible dictador se impuso durante más de medio siglo (y en parte sigue presente) en la mente de la mayoría de los mexicanos a la par que se consolidaba y crecía el mito de la revolución triunfante que introdujo la modernidad al país. Para los pioneros que se alejaron de la tendencia, escribir sobre el Porfiriato debió ser como contar una visión de los vencidos. Como punto de partida podemos mencionar a Cosío Villegas, que en su magna obra situó al período moderno mucho tiempo antes del derrocamiento de Díaz, aunque como otros autores han expresado, se mostró dudoso al elaborar un juicio sobre la época; José C. Valadés también fue uno de los primeros en escribir una gran historia general sobre el régimen vencido, aunque ahora sea más recordado por sus trabajos sobre

la Revolución; en tiempos más recientes, historiadores extranjeros han evidenciado los problemas del discurso que durante años dominó el quehacer historiográfico y legitimó a los vencedores de la Revolución a expensas de crear una imagen comparable a la del demonio en don Porfirio.

Por lo anterior, es menester antes de involucrarnos de lleno en la época, considerar seriamente que el Porfiriato se encuentra en medio de dos de los grandes mitos fundadores de la historia de México: por una parte vino a romper con la prístina belleza de la República Restaurada⁷ y por otra sirvió de antítesis del vencedor para enaltecer a la primera revolución del siglo XX. Uno de los problemas recurrentes que tuve al realizar la presente investigación radicó en la búsqueda de estudios que situaran al Porfiriato como parte de un proceso en la historia del país, pues muchos de ellos tendían a ignorar del período todo lo que no fuera tratado como antecedente de la Revolución, algo que Womack llamó “precursorismo”.⁸ La escasez de libros dedicados al Porfiriato en bibliotecas y librerías comparada con los estantes llenos de Reforma y Revolución es abismal. Tenorio Trillo afirma que tras el período historiográfico en que fue duramente criticado el régimen de Díaz, siguió uno caracterizado por el silencio. El período se volvió un “no tema” hasta que regresó a escena, aunque sin ser un boom, con éxito en estudios económicos y telenovelas más por las promesas incumplidas de la Revolución que por mérito propio. Como experiencia de la presente investigación varias veces encontré en las obras simplemente vacíos, por ejemplo, en la múltiples veces editada *Leyes fundamentales de México*, de Felipe Mena el apartado que sigue a la Reforma es la Revolución, como si nada de importancia se hubiera legislado en treinta años; siendo más específicos en el tema principal de este trabajo, en una tesis sobre la situación jurídica del indio la sorpresa fue la misma, tres décadas meramente inexistentes. Autores de renombre y con un despliegue crítico considerable pasaron por alto mediante unas cuantas líneas algunos asuntos porfirianos como si la verdad absoluta de una injusticia incuestionable o inexplicable ya estuviera escrita. Ciertamente la producción historiográfica de carácter académico respecto al Porfiriato ha aumentado en las últimas décadas, es algo que no se niega, pero los “grades” temas siguen siendo otros y el grueso

⁷ Mauricio Tenorio Trillo y Aurora Gómez Galvarriato, *El Porfiriato*, México, Fondo de Cultura Económica - Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, 2013, p 11. (herramientas para la historia)

⁸ *Ibid.*, p. 13.

de los trabajos más recientes difícilmente amplían su rango de lectores más allá de los especialistas académicos.

Pues bien, en el presente capítulo me he propuesto esclarecer quién es el grupo de intelectuales que conforman a mi sujeto de estudio, el primer gran problema cuando decidí sobre qué iría el trabajo. Empresa difícil porque se trata de treinta años en los que un grupo cambió de nombre o careció de alguno, entre las pocas veces que se presentó formalmente como organización ante los demás fue por poco tiempo y negó además la existencia de su continuación, es un grupo que ha sido tratado mayormente enfocándose una sola de sus etapas y sin extensiones sobre las ideas que los permearon y consideraron su pensamiento por el resto de sus vidas. Difícil empresa también porque que se requiere antes de un contexto que logre situar al Porfiriato en donde se merece: como parte y producto del turbulento siglo XIX, en lugar de los peldaños sobre los que se elevó la Revolución.

El Porfiriato no fortuitamente se instaló por tanto tiempo y además jactándose de estabilidad, pues mucho de su éxito se lo debe al tiempo que le precedió. Historiadores en una tendencia que podríamos llamar de corte revisionista sin que por este nombre se les distinga se han dedicado a analizar las continuidades que lo entrelazan con la llamada República Restaurada. Podemos comenzar por ejemplo con la manera de hacer política; a Guerra le llamó la atención la diferencia tantas veces resaltada por la historiografía entre lo que la ley escrita dictaba y la manera en que el gobierno trabajaba, ahora sabemos que el régimen porfiriano se sostuvo de la misma manera que los que le precedieron, por medio de “relaciones muy particulares, de poder, previas y diferentes a la Constitución”.⁹ Así, don Porfirio y los protagonistas del presente trabajo son más herederos del liberalismo de lo que hace unas décadas parecía, el mandatario compartió con Juárez y Lerdo y tuvo que lidiar como ellos con un sistema político que poco le ayudó en la práctica para actuar pero mucho para justificar sus acciones. Los protagonistas de la presente tesis y el régimen al que pertenecieron difícilmente se pueden entender sin una explicación de la influencia que el liberalismo ejerció durante el siglo XIX, primer elemento que expondré.

⁹ François - Xavier Guerra, *México Del antiguo Régimen a la Revolución*, tomo 1, Trad. Sergio Fernández Bravo, México, FCE, 2003, p. 231.

Liberalismo

La tradición liberal en la historia de México, pilar en muchas ocasiones del nacionalismo oficial tiene raíces muy profundas y viejas. A muy temprana edad como nación independiente y en contraposición al conservadurismo centralista, ya se había abogado por una organización federalista a pesar de que, según Justo Sierra, los nulos antecedentes indicaran una inviabilidad para su aplicación. Existió una tendencia a imitar lo que Estados Unidos había logrado, la constitución del país vecino servía como texto básico para los estudiosos del derecho y no debe sorprender que también fuera tomada en cuenta durante las ilusiones de formar una propia Carta Magna, no obstante los muy diferentes contextos de cada territorio en que uno y otro documento se gestaron. El punto de partida para analizar al liberalismo durante la segunda mitad del siglo XIX es la Constitución de 1857 y sus Leyes de Reforma. Teniendo como prólogo a la revolución de Ayutla,¹⁰ debemos saber que el momento en que todo el proceso constitucional desde su preconcepción hasta aun después de haber sido promulgada se desarrolló en un contexto lleno de tensión y abiertos enfrentamientos. En general, el siglo XIX en México estuvo caracterizado por revueltas y guerras tanto internas como externas, estaba por entonces rondando una atmósfera dolorosa y trágica,¹¹ con el miedo latente a otra invasión debido a las precarias condiciones del país. La guerra con el gran vecino contribuyó a observarle entre muchos políticos y pensadores con un dualismo que se mantenía entre el miedo y la admiración.

El Congreso Constituyente de 1856 fue convocado por Juan N. Álvarez siguiendo las órdenes del Plan de Ayutla y su ratificación en el de Acapulco, dando como objetivos principales realizar una revisión de la administración del gobierno derrocado de Santa Anna y debatir lo necesario para crear una nueva constitución de corte liberal. Tenían pues, mucho que hacer los constituyentes que pese a tener al liberalismo como guía no eran homogéneos entre sí y también se habían quejado respecto al liberalismo anterior (el de los hombres de la Constitución de 1824). Treinta años después era la oportunidad perfecta para enmendar los errores pasados, principalmente el de no haber podido

¹⁰ Agustín Cue Canovas, *Constitución y liberalismo*, México, Problemas educativos de México, 1958, p. 7.

¹¹ *Ibidem*, p. 20.

enraizar en la sociedad la novedosa organización política.¹² Recordemos que la Nueva España se había sostenido bajo las pautas del Antiguo Régimen, trescientos años viviendo con una organización basada en las corporaciones donde las relaciones se establecían de acuerdo a jerarquías y grupos, más valían éstas que los individuos y además, fue una organización que permitía la existencia de las propiedades comunales de los indios y su forma en general de vivir. Los liberales vieron un impedimento para el desarrollo del país en la manera de hacer las cosas hasta entonces, se mostraron en contra de éstas por no coincidir con los aspectos de la economía que pretendían introducir pero también porque representaban el pasado indio y colonial que de tajo querían borrar.

Ahora bien, más vale tener presente alguna noción de liberalismo antes de continuar. Para Nicola Abbagnano se trata de una “doctrina que asume la defensa y la realización de la libertad en el campo político”,¹³ originaria de la edad moderna y con diferencias notables entre las no pocas direcciones políticas que lo han tomado como bandera. En su primera fase se caracteriza por su acentuación en el individualismo y el liberalismo económico; posteriormente arribó a escena una segunda fase que buscó delegar al Estado buena parte de la acción que el liberalismo originario reservaba para el individuo, principalmente en lo económico. Los principios del liberalismo fueron establecidos no sólo en textos de teóricos sino también en leyes de amplia trascendencia como *Los derechos del hombre y del ciudadano* (1877) y la *Constitución de Estados Unidos de América* (1877). En términos generales el liberalismo buscaba la celebración de elecciones libres, un gobierno constitucional basado en la división de poderes y una política económica que creciera basándose en la propiedad privada.¹⁴ Los hombres de la época en la que se gestó la Constitución de 1857, aquellos que lucharon en su nombre fueron llamados liberales viejos, clásicos o metafísicos, exaltaron el individualismo y los derechos que el gobierno debía reconocer y procurar. Estos derechos tenían para ellos un fundamento en leyes naturales, ya estaban dados porque estaban unidos al hombre como parte de su propia condición sin importar a qué persona en específico nos refiriéramos. Estos derechos eran eternos. Sin embargo, de manera acertada advirtió Ignacio Sosa que

¹² Beatriz Urías Horcasitas, *Historia de una negación: La idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, México, IIS - UNAM, 1996, p. 152.

¹³ Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1993, p. 737-738.

¹⁴ Stephen Holmes citado por Aguilar Rivera en José Antonio Aguilar Rivera, *La espada y la pluma: libertad y liberalismo en México 1821-2005*, México, FCE, 2011, p. 12 y 13.

existe un tremendo problema con esta concepción: imposibilita conocer cómo han surgido los individuos y su contexto, resulta contradictorio hablar de la unicidad del individuo sin ninguna referencia concreta para diferenciarlos.¹⁵ Si estos derechos permanecían en la eternidad y constituían en realidad la verdadera organización habían sido errores de los hombres no seguirla a lo largo de la historia; los liberales que compartían esta concepción entonces pensaban que con su doctrina no hacían más que recuperar algo que siempre había sido de ellos. Dicho liberalismo atacó al pasado porque nada le debía y lo llamó con frases despectivas no siempre ciertas para desacreditarlo, no trató de comprenderlo mientras lo borraba para construir algo más en su lugar.

La gloriosa Constitución vio la luz el 5 de febrero de 1857 “en nombre de Dios” y con “la autoridad del pueblo [liberal] mexicano”,¹⁶ sin embargo no fue lo que muchos esperaron y aun durante su formación Ignacio Comonfort se dio cuenta de lo inaplicable que sería. A lo largo del resto del siglo tuvo bastantes críticos sin importar si fueran del bando conservador o del propio liberal. Algunos de los primeros artículos evidencian los problemas que el congreso tuvo para plasmar el ideal de libertad (palabra que se repite hasta el cansancio), que tenía que ser parte sustancial de la obra pues por medio de las garantías individuales se justificaba el supuesto teórico del individuo: la enseñanza es libre pero restringida por la ley sobre los títulos que la avalan; el trabajo es libre pero entre los autorizados por el gobierno.

El pueblo demandaba la Carta Magna, pero no el pueblo en su amplia acepción sino solamente el grupo de personas que simpatizaban con la ideología que ésta predicaba. El liberalismo se caracterizó por ser una doctrina excluyente, se dejó de lado a las corporaciones que en realidad formaban a la gran mayoría del país. La Constitución y su liberalismo se forjaron como resultado de las ideas observadas en Estados Unidos y Europa, así como de las traumáticas experiencias¹⁷ que se habían vivido como el desdén de aquello que recordara a la colonia y las guerras en las que se había sumido el país. El cúmulo de elementos anterior tenía que adecuarse al tiempo y espacio que se

¹⁵ Ignacio Sosa, “El surgimiento del individualismo en una sociedad corporativa”, en Abelardo Villegas, *et. al.*, *Laberintos del liberalismo*, México, Grupo editorial Miguel Ángel Porrúa/Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos - UNAM, 1995, p. 102.

¹⁶ *Constitución federal de los Estados Unidos Mexicanos sancionada por el Congreso Constituyente el día 15 de febrero de 1857*, en Felipe Tena Ramírez (dir.), *Leyes fundamentales de México 1808-1997*, México, editorial Porrúa, 1997. p. 606.

¹⁷ Laurens Ballard Perry, Juárez y Díaz. *Continuidad y ruptura en la política mexicana*, Trad. Julio Colón, México, ediciones Era/UAM, 1996, p. 17.

estaba viviendo, sin embargo su imposibilidad para hacerlo fue el gran problema que tuvo la Constitución. Al creer que podían prescindir de las condiciones históricas propias de cada hombre se vieron frente a un proyecto cuyo obstáculo era nada más y nada menos que la mera realidad; las contradicciones que había entre la situación del país y el papel obligaron a los mandatarios que defendieron la Carta Magna a modificar en la práctica el quehacer político durante el resto del siglo, lo que desembocó en enemistades y mayor inconformidad.

Tras la promulgación hecha en 1857 los ejecutivos aumentaron sus facultades cuando hubo oportunidad, en contraposición a la división de poderes que propiciaba un equilibrio; los postulados económicos demandaban requisitos que antes no existían, como la disposición a dejar al Antiguo Régimen; y las elecciones e instituciones requerían de un pueblo específicamente educado, que no se tenía en México. La Constitución formalizó “una identidad entre *status* social y sociedad política”;¹⁸ los liberales dieron tanto valor al propietario de tierra porque gracias a él, en teoría, se desarrollaría la economía y tendrían base las instituciones, sin embargo el número de pequeños propietarios no aumentó exponencialmente como se tenía previsto y la sociedad política se estancó, quedando el liberalismo como una ideología que más que innovarla la conservó. El fracaso fue atribuido a las carencias de los campesinos más que al carácter utópico del proyecto.

Ahora bien, si no podía la Constitución adecuarse en la práctica a su propio país y ésta era, además, criticada tanto por liberales, como por conservadores y otros grupos, es necesario preguntarnos cómo es que sobrevivió incluso hasta 1917. Los liberales quisieron reemplazar las columnas que les parecieron inestables, las de trescientos años de antigüedad, a la par que fueron impidiendo que los grupos ajenos a su pensamiento tuvieran expresión y participación, eran incapaces de conciliar los intereses propios con los ajenos y curiosamente tenían la obsesión poco liberal de unir, de cohesionar al organismo político.¹⁹ Desde el punto de vista de Guerra, la Carta Magna logró sobrevivir gracias a la guerra civil y la Intervención Francesa, que impidieron su

¹⁸ Marcello Carmagnani, “La libertad, el poder y el estado en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Historias*, 15, oct-dic, 1986, p. 57. Entendiendo en este caso sociedad política como las personas autorizadas para participar en las instituciones liberales.

¹⁹ Aguilar Rivera, *opere citato*.

aplicación.²⁰ De nuevo el orden de la espada se impuso al de la pluma y en el campo de batalla valió muy poco lo que la ley dictaba. Sin embargo, quizá los años de sangre y travesía por el país fueron lo mejor que le pudo pasar a la Constitución porque a fin de cuentas su bando fue el que resultó victorioso. El liberalismo decimonónico se caracterizó por ser una doctrina combativa, incluso el Congreso Constitucional surgió del derrocamiento de un gobernador y formó parte de su agenda la revisión de sus actos, sus exponentes defendieron aquello en lo que creían justificando sus hechos bajo la luz de la razón. Durante los años de la guerra contra Francia y el Segundo Imperio la Constitución que no había sido sino criticada y rechazada más allá de los pocos doctrinarios que la enaltecían pasó a convertirse en la bandera del movimiento contra la invasión, fue identificándose con el patriotismo y la causa justa de defender la soberanía del país. Como resultado, tras la trágica ejecución del emperador y la entrada victoriosa de Juárez, la Constitución fue sacralizada y pasó de ser el emblema de un partido al de la nación.²¹ Según Charles Hale, el triunfo de 1867 significó para el liberalismo dejar de ser la ideología contra el orden social y las instituciones heredadas de hace tanto tiempo para formar en su lugar un mito unificador. A partir de entonces el *status* que obtuvo la Constitución fue el que ninguna otra ley había obtenido, la respetaron miembros de su bando y la oposición, e incluso los católicos tan heridos por la Reforma y la lucha procuraron actuar bajo lo que establecía.

Al asentarse el liberalismo en el poder se reivindicaron las Leyes de Reforma, la Carta Magna y el sistema republicano. El mito unificador obligó a relacionarse con el liberalismo a cualquiera que quisiera tomar parte en los asuntos políticos de relevancia, y comenzó una época de mayor consenso. El gobierno de Juárez inició una política conciliatoria, de modo que algunos conservadores como Manuel González y Manuel Dublán fueron incorporándose al bando liberal.²² Sin embargo, el grupo vencedor no pudo encontrar una forma duradera de convivencia para dejar de lado las diferencias entre sus facciones una vez terminada la guerra. El bando liberal se conformaba tanto de terratenientes como de diversos comerciantes, rancheros y otras personas que en total constituían una clase media. El presidente Juárez tuvo que contentar a ambas facciones

²⁰ Guerra, *op. cit.*

²¹ *Ibid.*

²² Charles A. Hale, “Los mitos políticos de la nación mexicana: el liberalismo y la revolución”, en *Historia mexicana*, vol. 46, núm. 4, abril-junio, 1997, p. 821.

para mantenerse en el poder, a los primeros los volvió prácticamente omnipotentes dentro de sus dominios y a los segundos les abrió el camino de la burocracia.²³ El precio de los roces internos repercutió seriamente en los intereses del campo, y mientras contentaba a una parte, en la otra generó una inconformidad que crecía conforme el paso del tiempo. Los liberales y la Constitución habían adquirido respeto pero sólo los primeros en realidad se subieron al poder, las facultades especiales del ejecutivo continuaron impidiendo la realización en la práctica de la Carta Magna y hubo medias que provocaron descontento. Juárez no logró lidiar con los reclamos más violentos y de mayor alcance que se habían visto en la historia del país, el enorme prestigio que le dio la victoria frente al Imperio se vio lesionado con la progresiva disminución de su apoyo popular y murió en 1872 dejando al país no precisamente en paz.

Barreda, Comte y el positivismo

Ahora bien, más allá del terrible estado social en que terminó el país, el restablecimiento de la República presenció la introducción de elementos indispensables para el presente estudio. Aún con la victoria fresca y el futuro como un lienzo en blanco los liberales no tardaron en poner en marcha su plan para por fin desarrollar al país, pues a pesar de problemas como las revueltas, bandidaje, falta de comunicación y carencia de fondos, vieron la oportunidad de reformar la educación y con ella a los mexicanos. El interés por la educación estuvo presente tanto en liberales como en conservadores a lo largo del siglo XIX, en el caso de Juárez se manifestó mucho antes de llegar a la presidencia, cuando era gobernador del estado de Oaxaca. Sin perder tiempo, el ejecutivo organizó una comisión que formuló la *Ley orgánica de la instrucción pública en el Distrito Federal* en 1867, que tuvo como base al positivismo. A la comisión se incorporó poco después Gabino Barreda, que había adquirido renombre por su *Oración Cívica* y estaba emparentado con el grupo en el poder.

Gabino Eleuterio Juan Nepomuceno Barreda nació en Puebla, el 19 de febrero de 1818. Estudió en la capital del país, en el colegio de San Ildefonso, posteriormente se convirtió en médico y participó en la guerra contra los Estados Unidos. El camino medular que

²³ Friedrich Katz, “La restauración de la república y el Porfiriato”, Trad. Jordi Beltrán y María Escudero, en Timothy E. Anna *et al*, *Historia de México*, España, Crítica, 2003, p. 87.

recorrió durante su formación se decidió durante su estancia en Francia, donde conoció la filosofía positiva de Auguste Comte, que a su regreso en 1851 intentaría introducir al país. No obstante, los acontecimientos en el Segundo Imperio se lo impidieron y se dedicó a ejercer la medicina y a cultivarse en el conocimiento de las ciencias. Se ha dicho que Barreda es el padre del positivismo en México, pero también es cierto que el primer mexicano positivista fue más bien Pedro Contreras Elizalde, yerno de Juárez cuya estancia en Francia coincidió con la de Barreda y fue quien lo introdujo a Comte. Según González Navarro, Contreras fue discípulo de Robin y Segond, a su vez discípulos de Comte, mientras que Raat lo vio como discípulo directo del fundador del positivismo. De cualquier manera, todos iban a escucharlo en el Palais Royal cuando daba su cátedra. Barreda nunca mantuvo relaciones personales con Comte pero tomó sus clases en la época en que el filósofo desarrollaba la religión en su obra y quedó tan maravillado que en su biblioteca personal siempre tuvieron un lugar privilegiado los tomos del *Curso de filosofía positiva* que se trajo cuando cruzó de regreso el Atlántico.

La filosofía de Auguste Comte había sido concebida desde la década de los veinte, Barreda lo escuchó cuando ya se había alejado de su mentor Saint-Simon y estaba en madurez intelectual. Isidore Marie Auguste François Xavier Comte nació en Montpellier, arropado por una familia católica, influencia decisiva en el desarrollo de su filosofía aun cuando desde joven hubo mostrado su renuencia a aceptar dicha fe. A Comte le tocó vivir una época difícil para su país, acontecimientos sanguinarios y crisis general de la sociedad habían acabado con el orden durante los años anteriores a su nacimiento. Si algo caracterizaba al ambiente que percibió fue la falta de una moral realmente efectiva. El pensamiento de este hombre suele dividirse²⁴ entre sus primeros escritos u opúsculos, caracterizados por su relación con Saint-Simon, de quien era discípulo y secretario; su curso de filosofía positiva, donde estableció el método alrededor del cual giraría todo su pensamiento y que dio como fruto los tomos que Barreda trajo a México; y por último, la etapa caracterizada como delirante²⁵ en la que transformó su pensamiento en una supuesta nueva religión con marcada influencia de la estructura católica. Sobre si fue realmente delirante y abrazó a la locura es difícil de determinar, pero al menos puedo escribir que tuvo motivos para hacerlo; el curso de filosofía positiva que se propuso dar

²⁴ Walter Beller, Bernardo Méndez y Santiago Ramírez, *El positivismo mexicano*, México, UAM - Xochimilco, 1985.

²⁵ *Ibid.*

para anunciar su gran sistema de pensamiento fue interrumpido a las pocas sesiones por una severa crisis a causa del exceso de trabajo y presión. Tras un año reanudó su curso, pero vivió en general sin muchos recursos, y gracias a su amigo John Stuart Mill y un fondo de suscripciones creado por uno de sus discípulos; se había casado con Caroline Massin, mujer viciosa y con problemas que orillaron a Comte a intentar el suicidio. Después se relacionó con Clotilde de Vaux, a la que le rindió culto en vida y muerte, lo que ocurrió bastante pronto pues dejó este mundo al año de conocer al filósofo. Su ruptura con Saint-Simon lo obligó a buscar empleos inestables para mantenerse, su propuesta para apropiarse de una cátedra importante fue rechazada por Guizot y su carácter orgulloso le trajo dificultades durante toda su vida, como el rompimiento con Mill. Comte consideraba que la ayuda económica que el inglés le había dado en un momento complicado debía ser perpetua, al igual que la de muchos otros a su alrededor porque nada más y nada menos era el sacerdote de su gran religión.

Si bien son tres etapas las de su pensamiento podemos decir que existió en Comte una importante continuidad de las ideas principales que lo rigieron de principio a fin. De Saint-Simon heredó la preocupación por la moral y la necesidad de transformarla en un estudio serio sustentado en la ciencia. Comte no era afín al liberalismo, de hecho estaba en contra de muchos de sus postulados sustanciales y negaba que por medio de la enaltecida legislación los problemas se solucionaran de golpe. “Cuando la sociedad esté verdaderamente reorganizada será profundo motivo de asombro para nuestros nietos el que se hayan producido en un intervalo de treinta años diez constituciones, siempre proclamadas, una tras otra, como eternas e irrevocables”.²⁶

Ser positivista supone necesariamente algo de lo que los liberales al parecer carecían o al menos pretendían ignorar: conciencia histórica de los procesos humanos. Sin la historia no podría entenderse el desarrollo humano, porque así era vista ésta, un transcurrir a modo de marcha hacia adelante sobre el tiempo. La filosofía de Comte surgió del caos social contemporáneo y desde sus inicios mostró intenciones políticas, porque para influir en la reorganización de la sociedad se necesitaba una posición privilegiada en el poder; la política debía estar también sustentada como ciencia y no por las ilusiones metafísicas que se decían eternas y absolutas. En Comte no había derechos naturales

²⁶ Auguste Comte, *La filosofía positiva*, México, editorial Porrúa, 1979, p. 9 y 10.

inviolables e inherentes a la humanidad, de hecho, cuando ya predicaba su religión negó de manera explícita la existencia de estos y planteó mejor una sociedad regida más por los deberes y el altruismo.

La famosa ley de los tres estados, tan representativa en el pensamiento comteano desde su primera etapa hasta la última, refleja a la perfección la necesidad de la historia para la comprensión y relación humana. Expuesta en forma de ley en toda obra en que fue mencionada atendió al peso que su autor dio al desarrollo de la ciencia pues si algún conocimiento no concordaba con esta manera de pensar, entonces no era fiable. El estado teológico o ficticio es el primero por el que según Comte, la humanidad marcha para lograr la evolución intelectual. Se caracteriza por los supuestos absolutos y tiene tres fases: la adoración de los astros y el fetichismo por atribuir a todos los cuerpos una vida análoga a la humana pero con mayor poder;²⁷ a ésta sigue el politeísmo; y por último, el monoteísmo, que evidencia la decadencia de este estado.

El segundo estado es el metafísico o abstracto. Como en el primero, la humanidad piensa según absolutos pero en vez de ser agentes sobrenaturales los motivos de su adoración y explicación pasaron a ser entidades abstractas. Así se regían los liberales clásicos que usaban la ontología, que para Comte no tenía un sustento real. En nombre de la libertad absoluta se había llegado al tiempo caótico. Por último, el estado positivo o también llamado real comenzaría cuando más y más gente optara por adoptar la filosofía de Comte, caracterizado por un conocimiento sustentado en la ciencia, único camino verdadero de entre todos para progresar y en lugar de atribuir a fuerzas inexistentes los fenómenos se buscaría las relaciones entre estos. Ahora bien, llama la atención el hecho de que a diferencia del liberalismo, el positivismo le dio un lugar al pasado, indispensable además pues aunque es evidente la superioridad del tercer estado frente a sus antecesores los otros dos son importantes para comprender el punto al que se ha llegado. Aun cuando ya no se les necesite es indudable que fueron determinantes los absolutos en el desarrollo del conocimiento anterior, las dos primeras etapas prepararon a la humanidad para no encontrarse con la positiva de golpe.

Esta ley fue pensada para poder ser aplicada tanto a la humanidad como a la edad de cada hombre y sobre todo también a las ciencias. Así como los conocimientos de la

²⁷ Auguste Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, Trad. Julián Marías, Madrid, Alianza editorial, 1980.

química se desarrollaron desde la alquimia y nociones de astrología y fueron el inicio para la astronomía, también llegaría pronto el tiempo en que la moral y la política serían ciencias positivas. En el caso de la política, la doctrina de los reyes representaba al estado teológico, la doctrina de los pueblos al metafísico y la de los científicos al positivo. Los científicos o sabios positivos tenían que gobernar entre otras cosas porque eran los más capaces y poseían la autoridad moral necesaria para adoptar la nueva doctrina.²⁸

Sobre el concepto “filosofía positiva”, su autor aclaró que la primera palabra debía entenderse como en el tiempo de los antiguos, es decir un “sistema general de las concepciones humanas”.²⁹ Por otra parte, “positivo” en su acepción más antigua designa a lo real; otros significados establecen la diferencia entre lo útil y lo inútil, la certeza y la indecisión, lo preciso y lo vago; además es también lo opuesto a lo negativo.³⁰ Lo último debe tomarse muy en cuenta porque para Comte el positivismo construye, no destruye como sí se le atribuyó esto al liberalismo y al resto de las doctrinas metafísicas de los absolutos. El positivismo plantea un progreso con relativos, no que las cosas estén ya dadas, y es también una filosofía que aprecia el valor propio de las teorías que le son más opuestas, sin hacer concesiones vanas susceptibles de alterar la nitidez de sus miras o la firmeza de sus decisiones.³¹ No había pues, que destruir a las demás doctrinas sino difundir la propia que por medio de la verdad se impondría.

En la última etapa de su pensamiento el autor francés fundó su propia religión sustituyendo al Dios católico por el “Gran Ser”, conformado por la Humanidad misma, aunque solamente entendiendo a ésta como al conjunto de hombres asimilables y serviles. Comte incluso escribió un catecismo con doce apartados a manera de diálogos entre un sacerdote y una mujer con el fin de llegar al vulgo y difundir su credo. También estableció el “dogma sociológico” y su propio calendario de hombres ilustres para venerar, en el cual por cierto, además de personalidades como los antiguos y científicos notables contenía a Clotilde de Vaux. En su religión había tres grandes construcciones: filosofía, política y poesía, todas ellas regidas por la moral. La religión de Comte era entendida por él como un estado completo de unidad, una síntesis de los hombres para

²⁸ Comte, *La filosofía positiva*, op. cit.

²⁹ *Ibid.*, p. 33.

³⁰ Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, op. cit., p. 58.

³¹ *Ibid.*, p. 61.

que todos tendieran hacia lo mismo, por lo que en realidad no existe un cambio de curso respecto a su obra anterior, incluso en sus primeros escritos, sino que más bien se trata del mismo pensamiento llevado al extremo. Bajo lo que predicaba estaban prohibidos los derechos por significar individualidad y por ende egoísmo.

Ahora bien, Gabino Barreda regresó de Francia permeado de positivismo, aunque es difícil establecer con certeza hasta qué punto fue dogmático. Sabemos que conoció el plan religioso de Comte. Quizá haya sido un recurso pedagógico recurrente en las clases de Royal Palais, pero Barreda copió para un artículo periodístico un ejemplo idéntico localizado en el *Catecismo positivista* sobre un objeto que cae en relación con la libertad positivista y la metafísica; al modo de ver de Leopoldo Zea, Barreda no introdujo la religión por el hostil ambiente católico, mientras que Aragón creyó que sí quiso introducirla pero juzgó muy prematuro hacer una campaña explícita.³² Lo que sí sabemos es que Barreda tenía pensado dar un curso especial para mujeres, de papel indispensable para la religión de la humanidad, además sus acciones en el gobierno atendieron a los deseos generales de Comte.

Como sea, Barreda pronunció un discurso conmemorativo de la independencia de México tras la restauración de la república titulado *Oración cívica*, en el que citó a Comte y empleó sus ideas para explicar la situación histórica y contemporánea del país. Habló en su discurso sin condenar al pasado, de la historia y la política con carácter científico y de la evolución o emancipación del pensamiento que se debía seguir, pero además podemos notar la inteligencia de Barreda para mantenerse afín al grupo en el poder justificando la ejecución sin perdón de Maximiliano I y mencionando que las Leyes de Reforma orientaban el camino de la civilización. Así, desde sus inicios el positivismo en México curiosamente se transformó en un aliado del liberalismo. En la visión tradicional de Zea, desde los escritos de Mora había predisposición en el liberalismo para acoger al positivismo, que supo por medio de Barreda adaptarse a la circunstancia mexicana; para Hale la introducción del positivismo llegó en la época del liberalismo triunfante que provocó en los mexicanos ser liberales por mantener el consenso y evitar roces con el grupo en el poder. No debemos olvidar por obvio que parezca que Barreda estuvo en México antes de ir a Francia y que por lo tanto, ya tenía

³² Moisés González Navarro, "Los positivistas mexicanos en Francia", en *Historia mexicana*, vol. 9, núm. 1, julio-septiembre, 1959.

nociones del liberalismo arraigadas que necesariamente se encontrarían con el positivismo de Comte. Pudo ser el genio de Barreda el que sintetizó ambos pensamientos para afinarlos en el gobierno o la mentalidad de la época con un liberalismo muy fuerte que no pudo ser eliminado y dio origen a una fusión, pero lo cierto es que ambas doctrinas son en sentidos sustanciales opuestas.

Barreda apoyaba a la propiedad privada y la filosofía que presentó estaba también en contra del catolicismo como el liberalismo, además perseguía la uniformidad de los hombres así como los liberales querían uniformar al país. Su *Oración cívica* incluye palabras de peso tan usadas tanto por los liberales –como retrógrada y libertad– como por los positivistas –como orden y ciencia– en un sólo discurso para servir a un nuevo contexto. A la divisa comteana de “amor orden y progreso” le fue añadida una sola palabra, pero tan problemática como “libertad, orden y progreso”. Para Lourdes Alvarado,³³ uno de los motivos por los que Barreda fue llamado a trabajar en la comisión educativa del gobierno liberal fue que su propuesta respondía mejor que otras a la situación contemporánea: Barreda habló de reorganizar pacíficamente a un pueblo traumatizado en décadas por la guerra, mientras que otros autores como el liberal clásico Riva Palacio aún mantenían un discurso con tonos belicosos. Además, no debemos olvidar las relaciones entre Pedro Contreras y Juárez, el propio Barreda estaba también emparentado con el sector dominante.

La ley de instrucción pública (1867) resultante fue mayormente positivista, pero el liberalismo se negó a desaparecer y más bien los dos elementos se incorporaron en uno sólo. Esta concepción me parece de vital importancia para un estudio sobre el ambiente intelectual de la restauración y el Porfiriato y sin embargo no fue planteada en mucho tiempo. La razón, una vez más fue el mito de la Revolución que negó cualquier relación entre el puro Juárez y su bandera con el tirano de Díaz y su grupo de intelectuales. Para autores tradicionales como Zea y Reyes Heróles el liberalismo se mantuvo debajo de la alfombra hasta que un buen día los intelectuales revolucionarios lo retomaron, hubo un vacío o pausa en la continuidad que impidió ligar al positivismo con el liberalismo, ni siquiera como hijo bastardo. Por otra parte, revisionistas como Perry y Hale, sobre todo

³³ Lourdes Alvarado, “Positivismo y Universidad”, en *La Polémica en torno a la idea de Universidad en el siglo XIX*, México, IISUE - UNAM, 2009, p. 74.

este último, plantearon que el liberalismo encontró en el positivismo más que una extinción o total antítesis una transformación que permeó a los hombres formados en la época victoriosa. En el plan de estudios la metafísica no fue eliminada del todo y Barreda supo seguir el ejemplo de Comte al no destruir a las instituciones anteriores sino reorganizarlas con un nuevo fin.

Ahora bien, el positivismo gozó de popularidad en la administración pero esto fue más bien en el ramo educativo y sin dejar de lado al liberalismo, lo cual resulta curioso en primera instancia si tenemos en cuenta que Comte no publicó manual alguno sobre educación.³⁴ No obstante, la manera de introducir al positivismo a los hombres planteada por el propio Comte responde a la de un maestro a su alumno, el orden de materias que se debían aprender fue copiado por Barreda para los planes educativos, aunque con modificaciones como reemplazar a la joya de la corona positivista (la sociología) por la lógica. Muchos de los preceptos comteanos rescatados por Barreda para la educación forman parte de la estrategia para introducir a la nueva religión, como el desarrollo de la moral. Si Comte vio el caos social de su país golpeado por el derramamiento de sangre en su juventud, Barreda lo vio en México; en ambos contextos la moral estaba dominada y era muy difícil de pensarla sin la Iglesia Católica. Barreda aceptó el principio de Comte de que los hombres tenían tendencias positivas (altruistas) y negativas, y que sólo había que enseñarles a desarrollar las primeras, en contraposición al cristianismo y su visión negativa de la esencia humana. El saber enciclopédico fue también un préstamo del francés, la justificación práctica para implantarlo en el régimen de Juárez fue que si el alumno desertaba, algo recurrente en la época, tendría un fondo de verdades en común que le permitirían ser productivo y encontrar trabajo de todas formas. Aunque quizá Barreda exageró al también proponerlo para la educación elemental, en la que la visión de Comte nada tenía que ver,³⁵ pues en lugar de la sistematización creía mejor en clases ligeras como música mientras que Barreda introdujo nociones de historia, geografía y derecho constitucional, quizá esto último para reforzar su alianza con el liberalismo.

³⁴ Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo. XIX*, Trad. Purificación Jiménez, México, FCE, 1991. Planeó escribirlo pero la muerte lo alcanzó.

³⁵ Guadalupe Muriel, "Reformas educativas de Gabino Barreda", en *Historia mexicana*, vol. 13, núm. 4, abril-junio, 1964, p. 557.

Sobre el positivismo en México se han escrito diferentes opiniones: desde que fue fundamental para sostener el régimen de Díaz hasta que en realidad no podemos hablar de un positivismo propiamente dicho en el país. Es una discusión que ha llegado a diferentes conclusiones sobre el peso real de dicha doctrina en los intelectuales que tradicionalmente se consideraban sus máximos exponentes. La certeza que tenemos es que se trató de una doctrina que sin importar si se tenía pensado convertirse en religión o no fue una de las más influyentes a finales del México decimonónico y aún durante los primeros pasos del siglo XX. Es innegable que pensadores tenidos por revolucionarios utilizaron los mismos términos y pautas características del régimen para criticarlo, después de todo ningún hombre escapa de su época. ¿El positivismo comteano fue en México sólo un elemento agregado al pensar de los intelectuales de su época? Se puede decir que sí tomando en cuenta las menciones explícitas que de él se hicieron, pero a mi parecer resulta mejor explicación que el positivismo comteano (tomando en cuenta su alianza liberal y adiciones posteriores) llegó a formar parte sustancial de la mentalidad en la época porfiriana. Pudo no estar tan presente de manera explícita pero su influencia fue decisiva como punto de partida y pilar alrededor del cual se incorporaron nuevos elementos. A partir de éste se establecieron las pautas de pensar que se observan en un gran número de autores y me hacen pensar incluso que llegaron al rango de la inconsciencia, pensar en los términos de progreso y ciencia se volvió lo natural y marcó el pensamiento porfiriano. Una cosa más, el positivismo trajo el método que rigió en la educación oficial del país, los grandes pensadores lo emplearon o fueron conscientes de su importancia. Se puede cuestionar sobre la influencia del positivismo como tal en México pero el método fue indispensable para construir gran parte de la cultura y lo es para comprender muchas de las obras que se escribieron. Éste consistía en la observación, experimentación y comparación. Tanto las materias del plan de Barreda como el pensamiento de Comte, estaban ordenadas de manera que fueran una introducción al método de las ciencias positivas pues se decía nada más y nada menos que se trataba del único camino para conocer la verdad.

El positivismo de Comte ofreció en el contexto mexicano consideración y cierta disposición hacia las otras formas de pensar como el liberalismo, así como el liberalismo en el contexto mexicano “obligó” al positivismo a establecer un consenso mutuo. Como

portador de una moral superior pregonó también consideración hacia el pasado. Comte no fue historiador pero sí un filósofo que situó a la historia en un lugar sin el cual el resto de los elementos no pudieran explicarse y funcionar. Tomemos en cuenta que por muy en alto que la ciencia estuviera en el sistema, sus prácticas y creencias habían sido inyectadas al quehacer histórico, que entonces ganaba preminencia en la concepción de la conformación humana y la sociedad. Pensar la realidad era para los positivistas pensar históricamente y los temas de estudio fueron expuestos en diversos ramos con la misma tendencia que esta nueva mentalidad liberal-positivista propuso. El positivismo ofreció a la trama general en el pensamiento sobre la realidad mexicana un final feliz, más allá de los casi imposibles obstáculos que vencer, el final era pues, positivo. Los intelectuales de la política científica reflejaron en sus obras, gracias al positivismo mexicano, un pensamiento organicista que veía en el quehacer histórico un quehacer científico con una visión generalmente más optimista que pesimista y más altruista que egoísta. El mundo era para ellos la realización del progreso cuya velocidad manejaban los hombres; la inminente incorporación de la humanidad en un sólo gran todo formó actitudes de repudio hacia el propio repudio que comúnmente se tenía respecto a los sectores más desvalidos de la sociedad. La visión de la historia positivista contribuyó también a que los intelectuales realizaran un balance positivo sobre el indio, a romper en sus escritos con la visión negativa que predominaba en la generación anterior y en la población con poca o nula instrucción.

El ascenso de Díaz

Al morir Juárez le sucedió en el poder su compañero Sebastián Lerdo de Tejada, heredando una burocracia viciosa³⁶ así como los problemas anteriores y posteriores a la Intervención. Lerdo había contendido por la presidencia en 1871; los resultados de dicha elección dieron lugar al descontento del aclamado militar Porfirio Díaz, que desembocó en la rebelión de La Noria, la revuelta más grande desde la última guerra.³⁷ El movimiento logró ser sofocado tras la muerte de Juárez pues a pesar de su rivalidad con Lerdo, Díaz respetaba al fallecido y se ajustó a la ley firmando el armisticio. Don

³⁶ José Cayetano Valadés, *El porfirismo. Historia de un régimen*, tomo 1 El nacimiento, México, UNAM, 1977, p. 13.

³⁷ Katz, *op. cit.*

Sebastián ha sido caracterizado como un hombre de mayores aptitudes que Juárez, lamentablemente para su causa careció del prestigio que el Benemérito de las Américas se llevó tras la guerra. A juicio de Friedrich Katz, resulta sorprendente que Juárez se haya mantenido en el poder incluso hasta su muerte y Lerdo no. Como sea, el nuevo presidente se dedicó a fortalecer a la burocracia, él mismo era un burócrata,³⁸ y durante su mandato se restableció el Senado. La cámara de diputados se mostró más abierta que en el gobierno anterior. También fue mucho más ofensivo contra la Iglesia Católica, las Leyes de Reforma fueron elevadas a rango constitucional y de nuevo faltó la preocupación por las consecuencias sociales de la desamortización y los ataques a los religiosos. Este tipo de radicalismo acentuó el descontento y creó enemigos. José C. Valadés consideró que Lerdo centró su preocupación en hacer que se siguiera moviendo el engranaje juarista sin tomar en cuenta o considerar al menos que su gobierno debía ocuparse también de todos los cambios y novedades que estaban incorporándose a la época, como los inventos, las ideas sociales y el desarrollo de las comunicaciones y la higiene.³⁹ En muy pocos años el gobierno de Lerdo decayó considerablemente y, en el momento en que se encontraba más dañado, Porfirio Díaz regresó a escena una vez más, sosteniendo la bandera de la no reelección. El hecho de que Lerdo ganara las elecciones no hizo más que contribuir a su desestabilización pues una facción de su propia doctrina liberal, encabezada por su compañero desde hace varios años atrás José María Iglesias, se manifestó en contra del resultado de los comicios por considerarlos fraudulentos. Los problemas entonces ya se acercaban desde dos flancos y Lerdo terminó huyendo de la capital arropado por un silencio que fue interpretado como cobardía o una completa renuncia de su puesto, aunque meses después reveló durante su exilio en New York que su intención había sido más bien trasladarse a Morelia para reunir un contingente militar suficientemente fuerte. Dicho plan no prosperó y la disputa por la presidencia se redujo a Díaz e Iglesias, el primero llegó a la estación de Buenavista dos días después de que Lerdo se fuera de la capital, el 23 de noviembre de 1876, y propuso (sin éxito) a su rival aceptar el plan de Tuxtepec. El resultado fue que durante los próximos meses ambos se denominaron presidentes interinos, y lo fue también por un tiempo el aliado de Díaz Juan

³⁸ Valadés, *op. cit.*, p. 12.

³⁹ *Ibid.*, p. 13.

N. Méndez, y para mediados del año siguiente, por la derrota en campaña de Iglesias ya no había rival que pudiera hacer frente al caudillo en las elecciones presidenciales.

Porfirio Díaz nació el 15 de septiembre de 1830, en el estado de Oaxaca. Desde joven mostró su interés en las cuestiones militares cuando se alistó en un batallón (que no pudo ver la acción) durante la guerra con Estados Unidos. Quedó huérfano de padre a muy temprana edad y tuvo que buscar varios empleos para colaborar con los gastos de su familia, estudió para recibirse como religioso pero lo dejó, al igual que la carrera de leyes. Díaz llegó a conocer a Juárez por los vínculos políticos que había en su estado, se unió al bando liberal y lo defendió con heroicidad durante la Reforma. Se negó a unirse al Imperio cuando fue invitado y cuidó la capital del país mientras Juárez viajaba para hacer su regreso triunfal. El caudillo regresó tras la guerra con honores a su estado natal, lo nombraron Benemérito del lugar y le obsequiaron La Noria como lugar de residencia, sin embargo sus aspiraciones iban más allá del honor e influencias dentro de su tierra natal y como ya mencioné su primera revuelta terminó en desgracia.

Varios autores tanto panegíricos como contrarios a su causa han destacado sus enormes aspiraciones políticas: Ireneo Paz escribió que Díaz “pudo ser gobernador o ministro fácilmente de Juárez o Lerdo pero tenía una especial de necesidad orgánica de sentirse el primero de su país, se jugó su propia vida y sufrió cuanto tiempo es posible sufrir”;⁴⁰ mientras que Lara Pardo lo describió como con una “ansia de gobernar, de dominar más y más hasta tener en sus garras ó bajo su planta toda la República”.⁴¹

Antes de derrotar a sus rivales Díaz ya gozaba de prestigio y simpatía por su reputación de buen militar, en el campo de batalla era un caballero evitando saqueos y dejando al enemigo con vida y en la administración de los cuarteles era honrado con los fondos y entregaba la paga de sus hombres a tiempo. En la visión de Lara Pardo el caudillo tenía más bien una posición popular mediana, como la de cualquier otro de los zopilotes militares que aspiraban a enriquecerse con el premio gordo. Para Cosío Villegas, durante las rebeliones Díaz fue un revolucionario, aunque el autor tuvo que explicar mejor el empleo de dicha palabra debido al peso que la Revolución Mexicana le dio, se trataba de

⁴⁰ Ireneo Paz, *Los hombres prominentes de México = Les hommes éminents du Mexique = The prominent men of México*, México, Imprenta y litografía de “La Patria”, 1888, p. 12.

⁴¹ Luis Lara Pardo, *De Porfirio Díaz a Francisco y Madero. La sucesión dictatorial de 1911*, México, Comisión nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la independencia nacional y 75 aniversario de la revolución mexicana - INHERM, 1985, p. 35.

alguien violento y apresurado. Muchas de las descripciones en la historiografía sobre el Díaz revolucionario podrían servir para distintos momentos del mismo período, por ejemplo, cuando el movimiento de La Noria fue sofocado realmente se podía pensar en una muerte política, como muchos otros caudillos intentó sin éxito conseguir poder comenzando por su esfera de influencia inicial; durante los acontecimientos del plan de Tuxtepec recobró como un relámpago su reputación y llegó al poder gracias a una coalición de caudillos que vio en él al hombre indicado para gobernar, concepción confirmada tiempo después por el pueblo si se piensa que ofreció la paz tan esperada durante todo el siglo.

Quizá de entre todos los aciertos que tuvo la época porfiriana fueron los de su primera administración los más importantes. La visión del liberalismo revolucionario que durante un buen tiempo prevaleció fue que el país que los liberales de la reforma habían dejado estaba prácticamente hecho y cualquier gobierno medianamente civilizado, prudente y patriótico podría cosechar sus frutos.⁴² Por otra parte, Cosío Villegas expresó que la situación del país a la llegada de Díaz “no podía ser más comprometedora”.⁴³ El nuevo presidente tuvo que conciliar a las facciones vencedoras y derrotadas, además de mantener un ojo en los caudillos de la provincia y otro en los países extranjeros que pudieran aprovecharse de la situación precaria del país. Porfirio Díaz llegó a ser conocido como el “caudillo liberal”,⁴⁴ la continuidad que se ha querido negar fue durante la época muy clara, compartió con los pasados gobiernos tanto la defensa de los preceptos teóricos liberales como la manera poco liberal de gobernar. Su primer gabinete estuvo conformado en buena parte por tuxtepecanos, los hombres que lo llevaron al poder eran buenos militares y malos administradores, pero también un grupo poco numeroso, ya fuera por las escisiones o desapariciones físicas.⁴⁵ Se volvió una necesidad la conciliación, indispensable el apoyo del mito unificador y por ello algunos de los viejos liberales como Riva Palacio aparecieron para dar soporte al nuevo gobierno.

⁴² *Ibid.*, p. 28.

⁴³ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior parte primera*, México, editorial Hermes, 1988, p. 141.

⁴⁴ Paz, *op. cit.*, p. 12. Curioso porque el liberalismo aborrecía a los caudillos.

⁴⁵ Cosío Villegas, *Op. cit.*, p. 255.

Los intelectuales impulsores de la política científica y el positivismo

Así pues, éste fue el antecedente histórico que engendró al grupo que me ocupa, que por la naturaleza del tema estudiado se vuelve una necesidad contar a la par ideas que hechos. De la conjugación de los esfuerzos positivistas realizados en materia de educación por Gabino Barreda y el abrazador ambiente liberal surgió un grupo de letrados que fueron emparentados con el régimen de Díaz y constituyeron la élite intelectual de la época. Mi intención con el presente estudio es exponer lo que pensaba un pequeño pero muy importante grupo de la sociedad mexicana respecto a la cuestión de los indios durante el Porfiriato, porque considero que tomar a una camarilla de notables influyentes como ejemplo puede reflejar en buena medida la postura de la mentalidad predominante en la época respecto a un tema específico. No pretendo que el pensamiento de estos hombres sea considerado como el pensamiento de México, si es que un estudio así siquiera es posible, pero a pesar de los problemas existentes como que fueron una minoría de hombres respecto a todo un país y el hecho de que entre ellos mismos no eran del todo homogéneos tanto en lo intelectual como en otros aspectos de la vida, me parece factible que teniendo en cuenta el contexto en que fueron educados y se desarrollaron profesionalmente, la posición que adquirieron en el régimen y su papel como propagadores de su cultura podemos acercarnos en un grado importante a la mentalidad de una época a partir de la de un grupo que innegablemente formó parte importante del todo. Durante mi investigación comencé por estudiar a los llamados Científicos, pero tomando en cuenta lo anterior decidí concentrarme no del todo en ellos sino en la esencia de dicho grupo, es decir en los patrones de pensamiento que como generación a lo largo de su obras tuvieron en común. Al referir que estudiaría a los Científicos estaría refiriendo también que mi campo de acción y fuentes se verían reducidas al período de 1892 en adelante, momento en que comenzaron a llamarlos así y adoptaron prácticas nuevas en relación a las que ya venían desarrollando. He querido estudiar el pensamiento de estos hombres pero nombrarlos “Científicos” me limitaba a una parte específica de sus carreras profesionales, mientras que utilizando el nombre del presente título “intelectuales impulsores de la política científica” puedo referirme a ellos como algo que los caracterizó a lo largo de la mayor parte de sus vidas, una visión que va más acorde a

mis intenciones de reconstruir un aspecto del pensamiento en el régimen porfiriano. Existieron diversas etapas en las carreras de estos hombres en que no todos estuvieron asociados como camarilla y fueron diversos los grados en que se involucraron durante sus proyectos en conjunto, pero siguiéndolos como a un grupo perteneciente a una misma generación intelectual es posible observar en ellos un desarrollo intelectual coherente y muy similar durante el régimen de Díaz que los llevaron a generar y consolidar un pensamiento con variantes entre individuos pero convincentemente uniforme como para afirmar que se trató de un grupo.

Surgió entonces, como hijos que eran del liberalismo y el positivismo una nueva generación de jóvenes durante los primeros días del Porfiriato y los últimos de la llamada restauración. Si bien es cierto que la mayoría de ellos compartían la misma edad o un rango muy cercano en ésta, hubo excepciones importantes aunque pocas, por las que sería mejor nombrar a esta generación más que en el sentido estricto y biológico de la palabra, como una generación intelectual, porque a pesar de hasta los diez años de diferencia que pudieran existir entre ellos hubo coincidencias en los preceptos básicos de su formación. Ésta es la generación característica del régimen, que sin embargo no fue formada con elementos propios sino heredados. Barreda se lleva el honor de haber sido el maestro directo o indirecto según el caso, pero maestro de la generación a fin de cuentas. Con su ley de instrucción se formó la Escuela Nacional Preparatoria y el plan de estudios adoptado fue tan bien recibido que con el tiempo los estados del país también tuvieron sus pequeñas versiones de la escuela de Barreda. Hay una carta por ejemplo en que Barreda se dirigió a Mariano Riva Palacio, entonces gobernador del Estado de México con el fin de introducir la educación positivista y el plan de la preparatoria a los estudios oficiales de la entidad. En este nivel de educación está no sólo el origen de la generación de intelectuales que se formó entonces sino también el primer núcleo en que se conocieron y reunieron entre sí.

La educación es el primer paso para conocer el pensamiento de estos hombres, fue por medio de ésta que el positivismo fue abriéndose paso en la política del régimen y el único lugar en que predominó sobre las demás doctrinas durante mucho tiempo. La Escuela Nacional Preparatoria fue la más importante de las reformas de Barreda, la

“columna vertebral”,⁴⁶ porque la edad de sus educandos era vista como la más propicia para introducirse al método positivo. No obstante, para Raat el ambiente tanto dentro como fuera de la academia fue más bien caracterizado por el “ciencismo” que por el positivismo,⁴⁷ aunque como bien se ha señalado en la historiografía podríamos pensar esto más bien como el resultado de que el autor quisiera alejarse lo más posible de la visión tradicional y muchas veces criticada de Leopoldo Zea, que propuso al positivismo como el instrumento ideológico de toda una clase social. Lo cierto es que el positivismo está tan unido a la ciencia, que es imposible entender al primer elemento sin consultar al segundo. La ciencia pudo haber estado (y estuvo) presente en el ambiente intelectual antes de la introducción del positivismo, pero al arribar el segundo fue reforzada su significación dentro de la concepción del conocimiento. El plan de Barreda estuvo muy cargado de materias por la naturaleza del saber enciclopédico, atendió a la clasificación de las ciencias de Comte pero añadió más elementos. La novedad consistió en reemplazar el énfasis en la sociología por la lógica, en la que autores como Bain y Mill contribuyeron para enriquecer la estructura comteana. Podemos pensar entonces que quizá Barreda, al ser consciente de las carencias del positivismo o dificultades para aplicarlo en México pudo dejar de lado, ya fuera por el momento o completamente desde un inicio, el plan religioso de Comte para concentrarse más bien en el método, que es para la doctrina “la primera condición de todo éxito”.⁴⁸ Gracias al reforzamiento y una nueva clasificación dados por el positivismo, la ciencia se convirtió para los alumnos de Barreda en la única manera de acceder al verdadero conocimiento, por eso todos los ramos desarrollados por el intelecto debían estar basados en ella. La sociología, la lógica, la moral, todas esas ciencias o ciencias potenciales para Barreda, sólo había que aplicar el método exacto, variando según la complejidad del campo de estudio pero en esencia reducido a observación, descripción y comparación. “Los positivistas hicieron de la ciencia principio y fundamento del nuevo orden social, la ciencia se convirtió en una instancia superior”.⁴⁹

⁴⁶ Alvarado, *op. cit.*, p. 83.

⁴⁷ William D. Raat, *El positivismo durante el Porfiriato*, Trad. Andrés Lira, México, SEP, 1975. Ciencismo: tesis que enuncia que todos los objetos pueden comprenderse científicamente.

⁴⁸ Muriel, *op. cit.*, p. 561.

⁴⁹ Urías Horcasitas, *op. cit.*, p. 163.

Con la creación de la ENP se buscó establecer un consenso entre los miembros de toda la sociedad. Por supuesto, si nos atenemos a los números de la población analfabeta y a la gran cantidad de hombres en todo el territorio no podríamos sostener que las aspiraciones de Barreda se hicieron realidad, más bien como diría Bazant: “los números favorecen a las minorías”.⁵⁰ Sin embargo, dentro del grupo de letrados y jóvenes afortunados que recibieron la educación oficial de la preparatoria y sus similares en provincia sí podemos considerar cierta homogeneidad. No coincido con Elí de Gortari en que se intentaba imponer una fe ciega en el régimen político pero ciertamente los primeros hombres que formó la institución se mostraron afines al régimen, después de todo el positivismo enalteció el orden que tanto había faltado antes.

El complemento de las clases en la Nacional Preparatoria fue la creación de la Asociación Metodófila “Gabino Barreda”, “organismo cardinal para el futuro en nuestro país [México] de esta corriente del pensamiento [positivismo]”.⁵¹ En ésta se organizaban sesiones con el maestro positivista y sus discípulos para discutir sobre las cuestiones más importantes del ambiente intelectual desde el punto de vista positivo, como por ejemplo los debates sobre si los conocimientos recién llegados de Darwin debían ser considerados como una contribución al verdadero conocimiento o no. La asociación tuvo corta vida y los que la concurrían eran pocos pero importantes, ya fuera en el presente inmediato o importantes dentro de las siguientes décadas, podemos contar entre ellos además de Barreda a Porfirio Parra, Manuel Flores y Miguel Macedo. Gracias a esta asociación debemos la publicación de algunos de los más destacados artículos de Barreda y los ensayos del resto de los miembros en formato de anales.

Barreda fue consciente de que su plan para la sociedad mexicana a partir de la educación involucraba necesariamente un período a largo plazo, por lo que Juárez, Lerdo e Iglesias no pudieron disfrutar de los beneficios del nuevo grupo intelectual. Tocó a Díaz verlo nacer y contribuir a su desarrollo durante los primeros años de su gobierno para después verlo como un aliado poderoso e incluso peligroso por la influencia que había obtenido. Así mismo, me parece que también pudo preverse el relativo impacto menor de la doctrina positivista en la sociedad, había plena conciencia en que no todos tendrían

⁵⁰ Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, Centro de estudios históricos - Colmex, 2000, p 77.

⁵¹ Lourdes Alvarado, “Asociación Metodófila “Gabino Barreda”. Dos ensayos representativos”, en *Estudios e historia moderna y contemporánea de México*, vol. 12, 1989, p. 213 y 214.

acceso a ella y por esto mismo los elegidos conformaron una élite intelectual consciente de su situación y la del país para difundir sus conocimientos al resto de la sociedad, como si de agentes de la cultura se tratara.

Estos nuevos intelectuales llegaron en su mayoría a la edad adulta después de 1867. A la generación anterior correspondieron las armas en medio de las pasiones del liberalismo, se encuentran en ella los viejos intelectuales metafísicos o puros como Vigil pero también hombres como Bernardo Reyes y el mismo Díaz. Los liberales positivistas de la política científica “proporcionaron al Porfiriato sus cuadros civiles (...) muchos no participaron en guerras pero tomaron [algunos] parte en revueltas (...) y todos conservan de su infancia el recuerdo de un país devastado”.⁵² Sobre cómo es que todos llegaron a un consenso importante en su formación debo expresar que me inclino más que al exagerado determinismo social de Zea a la explicación que Guerra dio: “¿Cómo un estudiante mexicano de los años 1860-1880, educado como se debe en los principios liberales y en la admiración a la cultura europea, habría podido rechazar a Comte, Mill, Spencer, Darwin, etcétera?”.⁵³ El afrancesamiento tan criticado a los científicos no fue exclusivo ni comenzó en el Porfiriato. Podemos encontrar pruebas en las meras estancias francesas de Contreras y Barrera, además en el período del Segundo Imperio Mexicano arribaron intelectuales del país europeo que trajeron sus obras y maneras de pensar que no debieron ser ignorados por los mexicanos, quienes pudieron aceptarlos sin tener en cuenta las orientaciones políticas de la época. Llegaron muchos libros de Francia, al grado que autores ingleses fueron conocidos en México por la traducción en francés antes que en el idioma original; muchos intelectuales prefirieron adoptar éste como segundo idioma a diferencia de nuestra época contemporánea en que por nuestra cercanía a Estados Unidos y su influencia lo lógico es pensar en el inglés; aunque también pudo contribuir al tema del afrancesamiento el hecho de que Díaz se esforzara muy pronto por restablecer los lazos diplomáticos, teniendo en cuenta el pasado inmediato.

Los intelectuales se conocieron entre ellos y se desarrollaron a un ritmo predominantemente similar, facilitado por la poca existencia de lugares en los que se transmitía la cultura.⁵⁴ Recordemos que entonces el positivismo todavía no lograba

⁵² Guerra, *op. cit.*, p. 60 y 61.

⁵³ *Ibid.*, p. 381.

⁵⁴ *Ibid.*

llegar al poder de la mano de los Científicos y que estos de hecho ni siquiera existían, incluso una década después ninguno de estos nuevos intelectuales aparecía aún dentro de “los hombres prominentes” de México,⁵⁵ como en su publicación los llamó Ireneo Paz. El otro lugar en que pudieron compartir puntos de vista y sobre todo difundirlos fue en la publicación periódica que llevó por nombre *La Libertad*. Sin embargo, antes de tratar al diario me parece conveniente revelar los nombres de algunas personalidades que formaron parte del grupo de intelectuales en primera instancia, los primeros jóvenes liberales positivistas que pudieron recibir la educación planeada por Gabino Barreda fueron los ya citados Miguel Macedo, Porfirio Parra y Manuel Flores, a los que se unieron posteriormente Francisco Bulnes y Justo Sierra, que por su edad pasaron por la institución preparatoria no como alumnos sino como profesores y fueron influidos por el plan de estudio y las lecturas hasta convertirse en positivistas también y formar parte de la nueva generación intelectual.

La Libertad

Precisamente fue Justo Sierra quien fundó junto con Francisco G. Cosmes *La Libertad*, que vio la luz de 1878 a 1884 todos los días excepto los lunes, llegando a tener también una edición dominical para abordar de forma específica temas científicos. La gestación fue curiosa tomando en cuenta que *La Libertad* ha sido considerada como una de las bases y publicación pionera del positivismo en México, y Justo Sierra en sus inicios no se inclinó por dicha doctrina; de hecho podemos afirmar que a lo largo de su vida se caracterizó por ser uno de los menos ortodoxos del grupo. El caso es que Sierra ya tenía experiencia en diarios y además, junto con sus colegas, primeros redactores de *La Libertad* Cosmes, Eduardo Garay, Telésforo García y su hermano Santiago Sierra, se habían declarado en el pasado inmediato partidarios de José María Iglesias durante las revueltas en la última parte del gobierno de Lerdo, bando que sabemos cayó ante los tuxtepecanos. El propio Sierra se había decidido a participar en campaña militar pero una lesión lo inhabilitó lo suficiente como para saber que ya era inútil alzar el fusil y junto

⁵⁵ Aunque en dicha obra sí aparecen Chavero, Creel, Molina y Corral, parte del grupo que estudio y que trataré más adelante por no estar identificados con los intelectuales en esta primera etapa y por unirse a ellos en circunstancias diferentes a la ENP y Asociación Metodófila.

con sus compañeros decembristas se mantuvo alejado entre noviembre de 1876 y enero de 1878 de la opinión pública, en una oposición silenciosa.⁵⁶ Fue entonces que el grupo llegó a un acuerdo con el general Díaz, debido en parte a que coincidían en algunos puntos como el establecimiento del orden y la pacificación del país para su crecimiento. La historiografía ha resaltado el interés de Díaz por las publicaciones escritas como medio de soporte para su gobierno, en palabras de Cosío “no descuidó el aspecto de lo que hoy se llamaría publicidad”,⁵⁷ aunque no por ello podemos afirmar que *La Libertad* fue un medio manipulado por el gobierno. Los jóvenes redactores recibieron la oportunidad de terminar con su silencio y operar un diario subvencionado para plasmar sus ideales, que en los puntos más importantes coincidían con los del ejecutivo, que por la época en que vio la luz fue personificado tanto por Díaz como por Manuel González. *La Libertad* demostró también críticas y atacó los preceptos importantes para la época relacionados con la Constitución de 1857 y con el liberalismo que ésta predicaba, por eso se convirtió en un “crítico amistoso”⁵⁸ y el hecho de que fuera impulsado con dinero más allá del que generaba por sus ventas lo convirtió en un periódico barato y por lo tanto más accesible a los lectores.

La Libertad representó durante el tiempo de su existencia el medio de expresión y difusión principal de la doctrina de los positivistas-liberales; el éxito que tuvo se debió además de su financiación a la novedad de sus ideas y a las grandes plumas que lo redactaban. Pablo Serrano señaló que ha sido considerado el periódico más inteligente de la época y el único que por entonces demostró un espíritu nuevo.⁵⁹ Ciertamente así fue, leyendo sus páginas podemos notar que los primeros cinco redactores y los demás que fueron uniéndose con el tiempo estaban plenamente conscientes de pertenecer a una nueva generación de pensadores, las bases de la política científica ya existían y las ideas ya rondaban en la mente de estos jóvenes pero fue por este medio que formalmente se dieron a conocer. Buena parte de la agenda del diario recayó en la meditación sobre el estado contemporáneo del país; es decir, la fresca experiencia de los levantamientos armados y las acciones del gobierno para mantener el orden. Además, en las primeras ediciones desde mi punto de vista es posible observar que los intelectuales se esforzaron

⁵⁶ Guerra, *op. Cit.*, p. 383.

⁵⁷ Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 149.

⁵⁸ Hale, *La transformación...*, *op. cit.*, p. 54.

⁵⁹ Pablo Serrano Álvarez, *Porfirio Díaz y el Porfiriato. Cronología*, México, SEP/INHERM, 2012, p. 66.

por hacer de ellos la publicación, un hecho como el desprestigio de los enemigos anteriores a la par que se realizaba la defensa del gobierno en turno podría parecer en primera instancia parte básica de una agenda dada a seguir pero el tono en que escribieron transmite más las convicciones personales del grupo por demostrar a sus lectores, y quizá también a ellos mismos, que cambiar de partido había sido ante todas la mejor opción. No querían ser tomados por el grupo de servidores y ciegos seguidores de los gobiernos de ayer, hoy y mañana sino establecer de entre todos el mejor para gobernar y que les diera una seguridad para el futuro. No negaron los mecenazgos ni su pasado decembrista, al contrario, reafirmaron que entonces les parecía la mejor opción y que haber cambiado de opinión les parecía en su actualidad, de igual forma, el camino más propicio para restablecer la paz.

Conviene ahora explicar uno de los ejes fundamentales del diario y que dio origen a la caracterización de mi grupo de estudio, la política científica. Esta noción fue empleada en *La Libertad* para referirse a la correcta administración de un gobierno por medio de bases científicas y, como podemos notar, tiene sus orígenes en el pensamiento comteano sobre la idea de la política como una ciencia más y, por lo tanto, apta para aplicarle el método positivo. El hecho de que llamaran a su manera de pensar la política “científica” más que una separación con el positivismo, como quiso ver Raat, significa una reafirmación de éste; si el método parece el elemento del positivismo más rescatado en el diario fue porque se requirió de un programa en el que el pragmatismo tuviera un peso importante. La situación estaba ahí, afuera de la imprenta y había sido en parte vivida por sus redactores, por eso se volvió menester ofrecer una solución ante los fallos pasados. A mi parecer, una de las mejores observaciones respecto a la conformación de los ideales en el diario y los intelectuales en general que encontré mientras investigaba fue la de Guerra,⁶⁰ que expuso la peculiaridad de la situación que vivieron los liberales positivistas. Para el autor, fue de importancia tomar en cuenta que Sierra vivió una crisis intelectual durante las transiciones de gobierno y dicha crisis fue compartida por su generación, quizá pudieron sentirse decepcionados por los sueños románticos del liberalismo clásico y pensaron que la ciencia positivista debía, tenía que reemplazarlos.

⁶⁰ Guerra, *op. cit.*, p. 83.

Así, la política científica fue opuesta desde el principio ante el liberalismo pero al mismo tiempo no podía serlo por el peso del mito que le dio su triunfo. Adhiriéndose al liberalismo por el consenso de 1867, en *La Libertad* fueron muy inteligentes porque abrieron un debate sobre el significado de los conceptos políticos más empleados en la época adoptando de manera diferente palabras que ya eran muy conocidas. Es innegable que los nuevos intelectuales se tenían por liberales a pesar de las contradicciones doctrinarias con el positivismo, buscaron difundir una conciliación entre ambos elementos y en el trayecto protagonizaron discusiones con otras publicaciones y personalidades prominentes de la vieja generación intelectual, la de los liberales metafísicos. De esta forma *La Libertad* fue ganando opositores por su justificación del régimen y sus propuestas para reformar a la sacralizada Constitución; según sus redactores se requería entonces de un ejecutivo fuerte que evitara cualquier otro enfrentamiento bélico o conflicto que atentara contra el orden, pusieron mucho énfasis en un elemento que al parecer se había perdido después de un siglo de levantamientos: el respeto a la autoridad. Díaz y la propia Constitución podían ser imperfectos pero si se quería un verdadero cambio había que respetarlos primero y reformarlos después.

Atacaron al liberalismo de los viejos intelectuales con los elementos que el positivismo les otorgó, los redactores sostuvieron que ya no tenían razón de ser las explicaciones metafísicas que tanto daño habían hecho provocando cambios en el orden por medio de las armas a lo largo de la historia del país. Los vencedores de 1867 aún no habían entendido que ya se encontraban en el poder y por ende no tenían por qué seguir con su doctrina destructiva, había que reformar al viejo liberalismo representado por la Constitución de 1857 y completar una ascensión al poder coherente con las circunstancias contemporáneas. Para Zea existió en *La Libertad* un pensamiento que proponía la creación de un nuevo partido conservador, debido a que la joven generación abogó por la conciliación entre la fuerza liberal progresista y la conservadora, que mantendrían el orden mientras avanzaba el progreso. Sobre si en realidad se desarrolló la idea de un nuevo partido conservador considero que habría que investigar a fondo la concepción de partido en aquel entonces, usada algunas veces como mero consenso de personas con ideas y principios políticos sin verdadera formalidad. He observado en las páginas del diario que la mención al nuevo conservadurismo tuvo más bien el sentido de

transformar al partido del liberalismo para “positivizarlo”. Aunque ciertamente los intelectuales desarrollaron ideas conservadoras en su pensamiento.

El primer lema que adoptó la publicación fue el de un periódico *Científico, político y literario*, pero cinco meses después de su primer número Justo Sierra se volvió el director y el lema cambió a periódico *Liberal-conservador*. El sentido de conservador no podía ser más literal, buscaban cambios sustanciales en la administración pero sin tener que renunciar al orden establecido, escribieron que los conservadores tradicionales merecían llamarse más bien reaccionarios e instaron a repensar el sentido de conservador y su necesidad como contrapeso para el liberalismo. Esta fusión de bandos tuvo parte significativa de su origen en Comte, que había dividido a la sociología en estatismo (representado por lo conservador) y dinamismo (representado por lo liberal) como partes necesarias para el progreso e importantes en la comprensión de la sociedad, como toda buena política que con base en la ciencia debía procurar. Ahora bien, el mayor punto de inflexión entre los viejos intelectuales y los nuevos fue el concepto de libertad, nombre propio del diario que según los primeros era condición indiscutible e intocable para que el individuo pudiera ejercer sus derechos, mientras que los segundos al decir libertad pensaban más bien en una limitada y con mayor beneficio para la sociedad que para el individuo. La nueva libertad tenía que verse forzosamente reducida para que el gobierno pudiera trabajar con ella; era preciso encontrar el punto medio entre el extremismo de los liberales metafísicos y la falta de libertad pues se creía que mientras más se aceptaban racionalmente los límites establecidos por la naturaleza el individuo era más libre.

Debido a un altercado entre Santiago Sierra e Ireneo Paz, dueño del diario rival, hubo un duelo que terminó con la muerte del primero. Fue una situación de la que, según Cosío, don Justo nunca pudo reponerse del todo⁶¹ pues dejó la dirección del diario y en general el oficio de periodista con lo que terminó la mejor época de *La Libertad*, aunque no por ello deba entenderse que las otras hayan sido negativas. Las ideas sobre la política científica siguieron permeando a la publicación y a lo largo del tiempo que duró fueron llegando más colaboradores que se unieron al grupo de intelectuales como algunos de los discípulos más destacados de la Asociación Metodófila, además de Francisco Bulnes. El

⁶¹ Daniel Cosío Villegas, *La constitución de 1857 y sus críticos, y sus críticos*, México, editorial Clío, Libros y videos, S.A. de C.V./El Colegio Nacional, 1997, p. 26.

lema del diario había cambiado de nuevo, esta vez a *Orden y Progreso* y a la larga las propuestas enunciadas sirvieron como legitimación teórica del gobierno porfiriano.

La política científica constituyó la manera de orientar los actos del grupo durante el resto de sus carreras profesionales e influyó por supuesto en su pensamiento sobre temas específicos, como el del indio. El método de la ciencia podía, según sus defensores, aplicarse a la practicidad que requiere un gobierno en las materias económica, política y social; se trataba más que de gobernar como tradicionalmente se había hecho, de administrar, conocer, clasificar y comparar los hechos observados en los subordinados para coordinar de una mejor forma el progreso social. La política científica representaba “seguridad contra la anarquía”⁶² y su peligro latente de regresar; así como se había pensado en la uniformidad en el pensamiento de los educandos para estabilizar al país, también podía aplicarse el mismo principio al gabinete presidencial; era preciso fijar la atención en las condiciones biológicas que determinaban aspectos fundamentales de la comprensión humana. Este nuevo concepto suscitó risas y asombro según escribieron sus introductores, que para su mejor entendimiento optaron por relacionarlo con el de “política práctica”, que traería una “conveniente distribución de la propiedad, diversificación de las industrias nacionales, ensanchamiento de los mercados interiores y vías de comunicación y transporte”.⁶³

En *La Libertad* se expuso, de acuerdo con el positivismo, que la revolución era un mal y aun cuando su realización fuera inevitable tenía que extinguirse tras el primer día del triunfo. El diario contribuyó a la percepción positiva del régimen entre sus lectores; sus artículos mostraban un ambiente pacífico que bien podía mejorarse, si tomamos en cuenta que parte importante de la administración era de la rebelión tuxtepacana y entre los intelectuales influyentes del resto de la prensa se encontraban los viejos y belicosos liberales. El diario sirvió de lienzo para plasmar las aspiraciones políticas de este grupo, las cuales pudieron existir por las convicciones propias en cada persona pero quizá también algo tuvo que ver la naturaleza política de las dos doctrinas con que crecieron.

A todo lo anterior debo agregar en la formación del grupo la introducción de nuevos autores que complementaron el legado de Comte. Si bien el positivismo en primera instancia ya había sido modificado por Barreda; cambió un poco más en su conformación

⁶² “Algo respecto al gabinete”, en *La Libertad*, 4 de enero de 1879, p. 2.

⁶³ “Política práctica”, en *La Libertad*, 23 de diciembre de 1880, p. 2.

cuando los discípulos conocieron a otros autores relacionados con el francés, siendo los casos más importantes Herbert Spencer y John Stuart Mill. Se ha llegado a argumentar incluso que la influencia de Spencer obtuvo el papel dominante dejando a un lado a Comte en los educados por Barreda, sin embargo me parece que la clave de la estructura positivista pos-Barreda se encuentra en las páginas de *La Libertad*, pues es posible observar cómo a pesar de no haber tantas menciones explícitas al pensador francés su sistema constituye el eje fundamental alrededor del cual se incorporaron los demás. Comte siempre tuvo su lugar privilegiado por ser el creador del positivismo y las nuevas propuestas para ser aceptadas forzosamente tenían que coincidir con los primeros preceptos básicos. Aunque también establecieron límites respecto a la doctrina originaria debido a las acusaciones de fanatismo y dogmáticos que les hicieron, llegando a esclarecer en las páginas que no veían en los escritos de Comte lo mismo que los religiosos en una biblia, que se habían separado del autor cuando la filosofía del método comenzó a extenderse a una religión y que lo científico no tenía que ver con algún dogma.⁶⁴ Por esta razón también hicieron notar que los nuevos autores y el propio Barreda habían hecho correcciones y desechado algunos aspectos del pensamiento original, como bien advirtió Parra en su momento: “Los positivistas somos eclécticos dentro del método positivo: que una doctrina provenga del Mill, Spencer o Comte, la aceptamos si está de acuerdo con el método común que proclamaron estos, rechazándolo en el caso contrario”.⁶⁵

John Stuart Mill dejó un considerable legado en el desarrollo de su lógica, sus postulados acerca de la libertad y la revisión del propio Comte, pero sin duda mayor presencia tuvo Spencer para el tema del presente trabajo. Herbert Spencer fue un filósofo inglés cuyo pensamiento congenió inmediatamente con los intelectuales por los aspectos significativos en que coincidía o complementaba al de Comte; fue leído en México durante la década de los setenta, diez años después que Comte, por supuesto por ser más viejo pero también por no escribir en francés. Una vez que sus obras llegaron a Francia encontraron también como destino al país americano cuyos pensadores estaban al tanto de las modas intelectuales en la capital mundial de la cultura y civilización y Spencer

⁶⁴ Timón, “Alarmas”, en *La Libertad*, 19 de octubre de 1980, p. 2.

⁶⁵ Citado por Zea, Leopoldo Zea, *El Positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 2005, p. 370.

llegó a ser de manera muy rápida el teórico social más citado en México y además en el resto de hispanoamérica.⁶⁶ Al igual que Comte, la ciencia en Spencer jugaba un papel capital dentro del entendimiento de los hombres y su desarrollo. También se mostró contrario a la postura que defendían los liberales radicales y a la catástrofe que resultó ser la Revolución Francesa, sabía que las actas parlamentarias no solucionaban los problemas del mundo real y que era menester establecer una guía para trabajar en la situación contemporánea con conocimientos de soporte comprobable. Coincidieron los intelectuales mexicanos con el valor que Spencer dio a la adquisición de conocimiento, trasladaron el sentido práctico de las enseñanzas hacia la política. A esto precisamente se referían cuando en *La Libertad* asociaron el concepto de política práctica con las mejores maneras posibles de organizar el trabajo y sus beneficios para la sociedad.

“Comte y Spencer sentaron las bases para las ideas generales acerca del hombre y la sociedad ampliamente aceptadas a fines del siglo XIX”.⁶⁷ La aportación más significativa del inglés en el grupo intelectual fue la concepción de la sociedad como un organismo. En la mente de Spencer resultaba factible y bien sustentada la analogía entre un cuerpo político y uno individual para comprender mejor al primero, opinión que ya habían compartido otros filósofos como Platón y Hobbes pero sin llegar a justificarla de manera sólida. Las razones por las que para Spencer era posible estudiar a la sociedad como si de un organismo social se tratara fueron principalmente cuatro.⁶⁸ Tanto el cuerpo político como el individual comienzan siendo un pequeño agregado que aumenta insensiblemente su masa; en sus primeras andanzas ambos son una estructura simple que aumenta en complejidad a medida que se desarrolla; de manera gradual se establece una relación de dependencia mutua entre las partes integrantes de ambos tipos de organismos, que en un principio no es tan importante pero después es realmente imposible la vida de una sin las del resto; la vida del todo precede y supera a la de sus unidades integrantes. Por otra parte, Spencer expresó también cuatro diferencias entre el cuerpo político y el individual que podrían servir como objeción para su sistema, sin embargo todas ellas terminaban después de un gran “pero” que a fin de cuentas transformaba la sentencia en una manera más de apoyar la analogía, por ejemplo: las sociedades no tienen forma física

⁶⁶ Hale, *La transformación...*, op. cit., p. 322.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 321.

⁶⁸ Herbert Spencer, *El organismo social*, trad. Miguel de Unamuno, Madrid, La España moderna, 1922, p. 15 y 16.

definida y los cuerpos individuales sí, pero el autor, tan informado de los novedosos avances científicos argumentó que en seres muy pequeños de los reinos animal y vegetal se descubrió esta característica. En términos generales las aparentes diferencias respondían a aspectos físicos y las sólidas semejanzas trataban lo esencial. En la concepción del organismo social se relaciona a la sangre del cuerpo individual con los artículos de consumo que circulan; de igual manera se identifican procesos análogos como la lucha entre las unidades por su nutrición; y además se establece que tanto en cuerpos individuales como en políticos existen seres inferiores y superiores a partir de su organización. Por lo anterior, como los seres individuales estaban sujetos a leyes, la sociedad también se veía determinada por dichas máximas y requería de un estudio que implementara el método científico y la ciencia comteana.

En el pensamiento de Spencer hubo también una valiosa importancia en el elemento histórico para la conformación de las sociedades, refirió un progreso, aunque de manera distinta a la concebida por Comte, sin tener por ello que existir una contradicción. El progreso Comteano por la forma en que fue concebido y planteado está inclinado a pensarse, según Hale, como el camino de la raza blanca europea,⁶⁹ ciertamente se refleja en lo material pero su huella esencial se manifiesta en la manera de pensar, tanto en las colectividades como en los individuos. Por otra parte, Spencer concibió al progreso como las formas de una sociedad de adaptarse a los cambios siempre presentes, se involucra un esfuerzo mayor por parte de los sujetos porque no supone una especie de banda transportadora en movimiento sobre la cual se puede descansar, caminar o correr, más bien es el resultado del mejoramiento de los conocimientos prácticos ante las circunstancias, es decir que no necesariamente tiene el progreso que ser una constante en el tiempo sino sólo coherente con ciertas situaciones. Spencer siempre estuvo al tanto de la diversidad de las sociedades y cómo sus diferencias solicitaban respuestas diferentes para progresar, lo cual sirvió a los mexicanos para plantear un progreso fijándose en las características propias de su sociedad. Además en el autor inglés estuvo presente un concepto no nuevo pero sí con una nueva importancia, vinculado a las ideas anteriores, el evolucionismo, que fue presentado como parte de la analogía con los cuerpos individuales y gracias a los novedosos planteamientos hechos por Darwin y otros

⁶⁹ Hale, *La transformación...*, *op. cit.*, p. 348. Yo emplearía en lugar de “raza blanca”, “civilización”.

hombres de ciencia respecto a la forma en que una especie surge y se desarrolla. Las particularidades de cada sociedad fueron sometidas a comparación siguiendo el método científico para dar lugar a un “esquema evolutivo universal”,⁷⁰ que sirvió a Spencer para juzgar el grado de complejidad-superioridad de una sociedad con respecto a las demás.

Por último, el tema de la moral en Spencer partió del mismo motivo que en Comte: existía una crisis y debía reemplazarse el predominio de la religión por medio de bases científicas. No obstante, el inglés mantuvo una postura menos radical y buscó la conciliación entre el desarrollo del altruismo y del egoísmo para regular las relaciones sociales, en lugar de la máxima comteana “vivir para los demás” optó por “vive y deja vivir”. Esperaba que alguna vez la moral fuera completamente una ciencia con leyes reconocidas e inevitablemente acatadas pero sabía que sus tiempos no eran así. El optimismo característico de Comte es más bien en Spencer una conciencia de las carencias contemporáneas que requieren de la evolución para alcanzar medios que por entonces no eran accesibles y al parecer, en bastante tiempo no lo serían. Encontramos esta reducción del radicalismo también en John Stuart Mill, amigo de Comte y uno de sus mejores comentaristas contemporáneos. Mill se adhirió a la concepción de una moral científica como Comte y acentuó como Spencer la importancia de la clasificación de las ciencias por parte del francés; reconoció en el progreso humano, como los otros dos autores, el fundamento de la nueva forma de pensar los problemas sociales⁷¹ y seguramente influyó en los intelectuales mexicanos sobre la tendencia a aceptar los grandes aportes del francés al mismo tiempo que podían separarse de su etapa delirante. Mill destacó que para Comte el elemento sobrenatural en las concepciones de algún origen no era negado sino prescindible, los fundamentos de la creencia en éste ciertamente son problemáticos con el método científico pero no al punto de tener que elegir entre uno u otro. Así podemos pensar bajo otro punto de vista el hecho de que la mayoría de los intelectuales mexicanos hayan defendido el positivismo como fundamento de sus conocimientos y al mismo tiempo fueran religiosos o estuvieran relacionados con el culto católico. Mill además enfatizó la imposibilidad de aplicar ciertos conceptos ideales en sociedades específicas, como la mejor de las libertades

⁷⁰ *Ibíd.*

⁷¹ Ezequiel A. Chávez, *Resumen sintético del sistema de lógica de J. S. Mill*, México, Librería de la vda. De Bouret, 1897.

posibles en un pueblo sin formación, lo que recuerda el llamamiento de Spencer sobre la imposibilidad de aplicar la moral completamente científica en su contemporaneidad; esto claramente recuerda las nuevas plumas de intelectuales mexicanos que reconocieron las carencias de su sociedad y optaron por métodos transitorios (como la reelección perpetua) para después llegar por fin al estado previsto.

La Libertad dejó de publicarse en diciembre de 1884, mismo año y mes en que Porfirio Díaz regresó al poder después de que Manuel González había traído “modernidad” en forma de obras y ferrocarriles a la par que su prestigio se lesionaba por las críticas cantadas en el arca y su fama de corrupto. Limantour mencionó en sus memorias que González había dejado en bancarrota a Hacienda, la situación del país volvía a estar comprometida aunque ahora el régimen gozaba de años de mayor paz que en gobiernos anteriores. Porfirio Díaz fue bien visto en comparación a la administración anterior y pudo hacer méritos suficientes para reelegirse. En su segundo gobierno el general Díaz llamó a Manuel Romero Rubio para ocupar una de las carteras más importantes, la de Gobernación. Romero Rubio había estado hasta 1881 en Estados Unidos debido a sus diferencias con el gobierno, Jorge Hammeken y Mejía, editor y director de *La Libertad* y personaje cercano a Díaz influyó en la conciliación de éste con Romero Rubio, el presidente incluso llegó a casarse con la hija de don Manuel. La historiografía ha tratado a Romero Rubio; en sentidos no muy positivos; en su época tuvo fama de corrupto y de permitir excesos y acciones fuera de la legalidad durante su administración, además Gobernación se prestaba para ser un sitio desde el cual se pudiera controlar a los estados. Romero Rubio sería entonces el artífice de la organización de Díaz regulando relaciones y nombramientos importantes a nivel federal; por otra parte, en décadas posteriores se acentuó como característica principal y algunas veces única, el hecho de que haya sido suegro de Díaz, como si ello fuera lo único rescatable para la historia oficial.

Romero Rubio

El hecho que me interesa es que Romero Rubio jugó un papel indispensable en el desarrollo de la élite intelectual de la política científica. Para 1888 se había ganado el

halago de Ireneo Paz de “apóstol de la ciencia”⁷² y según este mismo autor gozaba de buena fama entre el pueblo, se había vuelto un hombre de importancia primaria para la administración de Díaz pero también para un pequeño grupo de personas que posteriormente le relevarían. Llegado a México estableció un bufete jurídico que contó con los servicios de los jóvenes intelectuales más notables de la época, según Raat tras la desaparición de *La Libertad* los sujetos que “aprovechaban al positivismo para favorecer sus propias ambiciones políticas o religiosas tuvieron que buscar apoyo en otro lado”,⁷³ aunque a mi parecer las incorporaciones fueron más sutiles que maquinadas. Encontramos cada vez con mayor claridad el germen de los Científicos, hombres como Santiago Sierra y E. Garay no pudieron seguir con el desarrollo del grupo debido a sus decesos pero al grupo de redactores de *La Libertad* que adquirieron trabajo con Romero Rubio se unieron personajes que antes no habían aparecido en la ciudad de México y se habían formado primero en provincia, además de otros que también pasaron por otras publicaciones periódicas y la ENP. Romero Rubio aceptó en su bufete a Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Flores, Ives Limantour, Roberto Núñez, Joaquín D. Casasús, Emilio Pimentel y Rosendo Pineda, este último también como su secretario particular en Gobernación. Romero Rubio y Pineda fueron los encargados de organizar al grupo para apoyar a Díaz, los intelectuales eran amigos con un pensamiento uniforme que se reunían en la casa de Romero Rubio, con el paso de los años las relaciones se fueron reforzando y también ampliando, gracias al ejercicio de la abogacía que trajo relaciones importantes a futuro.

La Unión Liberal de 1892 y los Científicos

La primera reelección de Díaz fue quizá la más fácil de ganar, considerando que la inconformidad hacia el gobierno creció cada vez que el caudillo se reelegía o la ley era modificada para extenderse en el poder.⁷⁴ La de 1888 era la primera vez que regresaba al poder de manera consecutiva, Luis González creía que Díaz no había hecho tantos

⁷² Paz, *op. cit.*, p. 130.

⁷³ Raat, *op. cit.*, p. 106.

⁷⁴ Sobre esta idea ahondó Daniela Marino en su artículo “La crisis del Porfiriato ¿Fue una crisis del Estado o del régimen?”, en Ricardo Pérez Montfort y Leticia Reina, *Fin de siglos ¿Fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, México, siglo XXI editores/CIDHEM/CIESAS/INAH, 2013, p. 155-163. (historia)

méritos hasta entonces como para ganarse la silla de nuevo y fue también en esa época en que adquirió el título de “restaurador del crédito nacional”,⁷⁵ no hubo pues, necesidad de emplear una gran estrategia sin precedentes para asegurar o mejor dicho, impulsar y justificar la victoria, como sí ocurrió en el siguiente período. En 1888 Díaz alcanzó la plenitud de su poder;⁷⁶ a partir de entonces y en los períodos que siguieron el culto a su persona fue promovido con la ayuda de organizaciones como el Círculo de Amigos del General Porfirio Díaz, en el que Alfredo Chavero fue presidente y Rosendo Pineda vocal. Por otra parte, los últimos años de la tercera administración vieron una crisis con raíces en el terreno externo, el precio de la plata cayó y muchos de los extranjeros que habían invertido tuvieron que retirar su capital; además en el ámbito interno habían pasado dos años consecutivos de problemas en cosechas, subió el precio del maíz y hubo propagación de peste, además de rebeliones. Ciertamente advirtió Saez Pueyo que la reelección era “particularmente importante”.⁷⁷

En 1892, Pineda sugirió a Díaz la creación de una organización con fines políticos basada en el ejemplo estadounidense. La nombrada Unión Liberal llamó por medio de la prensa a sistematizar formalmente al Partido Liberal Mexicano, término complejo para la época y más aún en el campo de la prensa. Como advirtió Alicia Salmerón, durante la época convivieron dos significaciones distintas de partido, la antigua se refería a facciones y tenía un carácter personalista, mientras que la más reciente refería “movimientos políticos y de opinión atentos a principios”.⁷⁸ Por partido, los intelectuales de la Unión Liberal dieron a entender en su *Manifiesto* que se relacionaba con un grupo de personas que conociéndose o no estaban ligadas por medio de principios comunes respecto a la política, lo cual sirvió en la retórica para nombrar como parte del partido liberal a cualquier mexicano de acuerdo con los principios del mito que en 1867 lo habían formado; ser liberal y estar de acuerdo con la libertad se volvió sinónimo de buen mexicano y por ende el mensaje de la Unión Liberal se extendió a toda la población, lo que buscaban era que la gente tomara conciencia de la postura política que ya poseían

⁷⁵ Luis González y González, *Alba y ocaso del Porfiriato*, México, FCE, 2010, p. 15-16.

⁷⁶ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna... parte segunda*, op. cit., p. 313.

⁷⁷ Carmen Saez Pueyo, *Justo Sierra Antecedentes del partido único en México*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales - UNAM/M. A. Porrúa, 2001, p. 115.

⁷⁸ Alicia Salmerón, “Partidos personalistas y de principios; de equilibrios y contrapesos. La idea de partido en Justo Sierra y Francisco Bulnes, en Ávila Alfredo y Alicia Salmerón (coords.) *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*, México, FCE/CONACULTA/IIH - UNAM, 2012, p. 141.

casi por defecto y se organizaran en otra concepción de partido, la de formalmente establecido y militante. La Unión dio a entender que ser liberal era ser amigo de la libertad y el progreso y que buscaban institucionalizar permanentemente esta amistad. No hubo antes de 1892 una organización similar, no se trató de un mero club político efímero para impulsar alguna candidatura local como fue costumbre en la época. La Unión Liberal se planteó como reto y consiguió ampliar su influencia a toda la república con pequeñas ligas que la secundaron. El cúmulo de gente que la conformó, por ende fue enorme, pero destacan como los miembros más importantes los intelectuales de la política científica.

La Primera Convención de la Unión Liberal dejó en los diarios al *Manifiesto* que caracterizaría a varios miembros por el resto de sus vidas. Firmado por personalidades como Francisco Bulnes, Ives Limantour, Pablo Macedo, Rosendo Pineda y Justo Sierra (éste último fue el redactor) y apoyados también dentro de la Unión por Miguel Macedo, Manuel Flores, Emilio Pimentel y Joaquín Casasús; dieron a conocer más que un discurso reeleccionista, que indudablemente era, su visión del mundo político y del México contemporáneo, las bases para consolidar de manera permanente al gobierno por medio de propuestas con base en LA CIENCIA.⁷⁹ El *Manifiesto* revela las mismas ideas y el método que *La Libertad* había pregonado hasta el cansancio y en las que se habían formado los guiados por Romero Rubio; se trataba de la continuación de dichos principios que tenían la oportunidad de incorporarse al discurso reeleccionista de Díaz y por ende tener mayor alcance en su cumplimiento, la política de Díaz por fin podría ser identificada oficialmente con la política científica y cumplir el sueño de tantos años atrás. Como propuestas principales enunciaron la inamovilidad del poder judicial y la vicepresidencia. Hicieron también un llamado a la sociedad para adoptar las practicidad política; el gran problema del mexicano en este rubro era que prefería abstenerse y no participar en las elecciones. De hecho, la Unión se presentó con el fin de lograr una participación más activa en las elecciones antes de dar a conocer a Díaz como su candidato. Dentro del *Manifiesto* (y en otros escritos de la Unión) se deja ver la jerga científica tan característica de estos intelectuales, en la cual están presentes las huellas de

⁷⁹ “Proyecto de manifiesto que la comisión que suscribe tiene la honra de someter a la aprobación de la Primera Convención Nacional Liberal”, en *El Universal*, 26 de abril de 1892, p. 1. Así, con mayúsculas.

Comte y Spencer. El progreso y la evolución de la sociedad no podrían alcanzarse sin la política científica que ellos daban a conocer en México.

Usualmente se resalta de la Unión el genio de Sierra para plasmar los ideales de los intelectuales de la política científica, ideales que lamentablemente para su causa se vieron truncados una vez conseguida la reelección. La Unión triunfó en el sentido de que dio a Díaz un sustento escrito para reelegirse y pudo incluso relacionar más al liberalismo con su gobierno; pero fracasó como impulsora efectiva de las propuestas de la política científica, el repertorio que originalmente se postuló en *La libertad* y el verdadero plan de sus principales exponentes, pues ellos ya conocían de antemano el inevitable triunfo del general. En efecto, hubo discusiones en la tribuna sobre las propuestas pero no avanzaron más, asimismo la tendencia a crear un partido político, aunque fuera el único y de gobierno, fue frenada por Díaz. De la decepción tras el *Manifiesto* los integrantes notables decidieron no continuar con su organización formal, Francisco Bulnes escribió que tenían como opción enfrentarse a la dictadura, retirarse de la escena política o disolverse y aceptar la dictadura,⁸⁰ se trató de un momento curioso porque ha sido identificado como el nacimiento de los Científicos pero también como su muerte.

El apodo de Científicos, que después degeneró en “cien tísicos”, fue otorgado por sus opositores en vista de lo recurrente y el peso de la ciencia en el escrito de 1892, surgió además la denominación “partido científico”. El mote original fue reconocido y adoptado por el grupo, a fin de cuentas sus acciones giraban alrededor de la ciencia, sin embargo jamás aceptaron ser un partido. Bulnes escribió que la opción que eligieron fue disolverse y Limantour siempre negó rotundamente la existencia política formal del grupo. Es innegable que la congregación de intelectuales con objetivos políticos existió, a lo que Limantour se refirió cuando pensó en “partido” o “política” era a lo que ahora entendemos como institución y abiertamente militante, aceptó que hubo varios hombres ligados entre sí llamados como Científicos y que casualmente fueron todos ellos activos en la política pero que sus acciones como grupo no habían sido orientadas a la parte militante de la política, es decir a conformar una facción con candidatos y jerarquía formal. Así, las ligas entre ellos no desaparecieron pero sí la naturaleza del grupo y los

⁸⁰ Saez Pueyo, *op. cit.*, p. 141.

Científicos se desintegraron por un tiempo, al poco de haberse formado, aunque después retornarían en la segunda Unión Liberal de 1903. Entre los años de las dos uniones liberales, Zea refirió que algunos integrantes del grupo se alejaron de la política, aunque es confuso y no explicó muy bien cómo es para él que Pineda se haya mantenido en intrigas políticas⁸¹ y esto sea estar fuera de la política, así como que no pueden pasarse por alto los negocios no totalmente políticos pero sí relacionados de Casasús y los Macedo en los ramos bancario y de jurisprudencia. Los Científicos, viéndose limitados aceptaron la dictadura y aprovecharon los beneficios de Díaz mientras que gradualmente acrecentaron su influencia dentro de la administración. Limantour ocupó el puesto mayor en Hacienda, un cargo que Romero Rubio ya había recomendado años antes, con una duración que fue tan larga como el resto del gobierno de Díaz y en que se dio la abolición de las alcabalas, la conversión de la deuda, el aumento de las arcas y según Bulnes, la limpieza de la corrupción en Hacienda. Con la muerte de Romero Rubio, Pineda pensaba que ocuparía Gobernación pero Díaz nombró a otra persona y por la importancia del puesto y cercanía al presidente Limantour quedó como el único puente entre los Científicos y Díaz, siendo identificado por los opositores como la cabeza del grupo. Historiadores como Cosío Villegas y López-Portillo y Rojas resaltaron el aspecto negociante del grupo, en ese período tras 1892 algunos aprovecharon para enriquecerse por medio de contratos y concesiones que el gobierno otorgaba para construir o administrar obras, además sus trabajos en bufetes fortalecieron sus relaciones con otros hombres importantes en el rumbo del país.

Sobre los Científicos se han escrito tantas cosas negativas sin sustento como de Porfirio Díaz y su régimen, la leyenda negra los alcanzó y de hecho, han tardado más en alejarse de ésta que el propio dictador. Después del *Manifiesto* fueron vistos como unos niños que Díaz contentaba de vez en cuando con dulces en su administración; como resignados a no poder cambiar al país como querían pero sin querer dejar tampoco sus cargos y beneficios. Hay también versiones sobre que ese tiempo fue de una espera para fortalecerse y ser más influyentes en el futuro cercano, mientras Díaz poco a poco decaía con la edad. Los Científicos desde muy temprano recogieron opositores e inconformidad, la aceptación del mote pudo contribuir a ello, por su condición elitista

⁸¹ Zea, *op. cit.*, p. 427.

fueron identificados con lo opuesto al pueblo, además llegaron a adquirir tanta importancia en la administración federal que el propio Díaz consintió una campaña de desprestigio contra ellos. Bulnes se quejó de que junto con Baranda y Reyes el presidente ensució la reputación de los Científicos para relacionarlos con todo el mal de la administración, con problemas que incluso les precedían. Colaboradores incómodos pero colaboradores indispensables a fin de cuentas, los Científicos también presionaron a Díaz para reducir el poder de Reyes y Baranda, aunque más bien en lo político y no en la reputación social; Díaz quedó así como el árbitro entre Reyistas y Limantouristas, las dos fuerzas más importantes de su régimen, únicamente detrás de él.

La idea que predominó durante mucho tiempo sobre los científicos fue la de Blas Urrea: “un grupo típico, de esos que admiran al futuro vencedor, cobardes, ninguno de ellos pobre, judíos [por no tener patria], vendedores de las riquezas del país a precios bajísimos... ¡maldita sea la ciencia!”⁸² En su artículo el autor siguió con los calificativos y sostuvo que el partido⁸³ que representaba estaba conformado por mestizos y estudiantes, curiosamente habiendo algunos Científicos mestizos y casi todos estudiantes de excelencia, además de que el sector estudiantil se mostró contrario a la revolución. Sin embargo Urrea también reveló, además de patrones de pensamiento muy similares a los Científicos, que eran inteligentes, aunque fuera para robar al erario. Entre los historiadores contemporáneos se propagó el hecho de que los Científicos realmente constituyeron una élite intelectual, fuera para contribuir al gobierno como los sabios que Justiniano tenía detrás⁸⁴ o para robar al pobre mexicano, a quien nada ya se le podía robar, los Científicos eran las personas más inteligentes de la nación.

Otra Unión Liberal y más sobre los Científicos

En 1903 el grupo volvió a reunirse en una segunda Unión Liberal para la candidatura del siguiente año, los intelectuales ya no aspiraban a puestos de poder sino que los habían obtenido y buscaban conservarlos. Tocó a Bulnes en lugar de a Sierra preparar el escrito principal y podemos observar que cambió la dirección que se había adoptado para

⁸² Luis Cabrera, “El partido científico”, en *La revolución es la revolución antología*, México, PRI, p. 31-44.

⁸³ Entendiendo él a un partido como la coincidencia de principios políticos sin formalidad.

⁸⁴ Expresión de José López Portillo y Rojas.

justificar al gobierno en el poder: antes se decía que valía conservar a Díaz para consolidar y mantener la obra que se había iniciado, pero en 1903 ya estaba consolidada y si para mantener a la estructura se necesitaba de su creador entonces no era una buena estructura después de todo. Muy a la manera de su autor, el discurso es franco y se presentó a la reelección como una manera de agradecer a Díaz por sus esfuerzos mientras que en el curso del próximo período presidencial se trabajase en la cuestión de la sucesión a lo que Bulnes propuso la creación de los partidos que el presidente tanto había negado. La avanzada edad de don Porfirio ya levantaba dudas sobre su permanencia en el poder y los años siguientes trajeron a los Científicos una victoria importante, Díaz se reeligió con un vicepresidente Científico: Ramón Corral. Limantour y su grupo acrecentaron sus filas y poder pero perdieron gradualmente prestigio. A pesar de su honradez y eficiencia,⁸⁵ de que el país creció a ritmo importante desde el 1892 y de que Limantour hizo olvidar la bancarrota en un año y en trece había ahorrado ya cien millones de pesos;⁸⁶ la campaña de desprestigio impulsada por la prensa y otros allegados de Díaz y permitida por él mismo surtió efecto y dentro del grupo hubo disgustos y decepciones porque Limantour en general evitó los asuntos políticos, es decir los relativos a beneficiar a su grupo frente a Díaz. Para la víspera de la revolución la idea sobre el término Científico ya era despectivo, era ser peor que bandido.⁸⁷

Lo Científicos fueron durante mucho tiempo, en palabras de Cosío Villegas, un misterio. Estudios de décadas recientes entre los que destacan los de Alfonso de María y Campos y Jaime Manuel Álvarez Garibay han puesto sobre la mesa el tema, que ya ha visto un par de revisionismos pero el tema constantemente debe ser refrescado y aún necesita ser reconocido el papel de estos hombres dentro de la historia mexicana, de manera que impacte significativamente en la sociedad. Sobre cómo se desarrollaron en realidad los Científicos me queda claro que no fue en la forma de partido y la ambigüedad del término no es cuestión primaria para el presente estudio, es cierto que en al menos tres ocasiones de sus carreras buscaron conformar alguno pero fue más bien reorganizar al liberal, sus críticos los trataron tanto en la definición de partido formal como en la general de los principios afines, los Científicos por su parte negaban la existencia de un

⁸⁵ Raat, *op. cit.*

⁸⁶ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, CONACULTA, 2013.

⁸⁷ *Ibid.*

partido formalmente establecido y si fueron o no uno informal poco debió importarles porque para ellos el partido sólo valdría si lograba primacía ante la dictadura. Además en el propio grupo hubo diferencias entre la concepción de partido que tenían. Lo que sí formaron, reconocido por sus propios miembros fue una camarilla de compañeros, los Científicos fueron un pequeño grupo de intelectuales ligados por una formación o pensamiento compartido y lazos de amistad.

Otro problema para estudiar a los científicos ha sido que los autores desde principios del siglo XX hasta nuestros contemporáneos no se han puesto de acuerdo sobre su composición hombre por hombre. Aparecen y desaparecen nombres, la historiografía posrevolucionaria se encargó de sepultar a algunos que no se han podido levantar. Limantour fue considerado ciertamente un genio en su época y hablaron bien sobre él tanto afines como opuestos; sus logros en Hacienda llamaron la atención de la historia económica y ha logrado salir a flote en décadas recientes. El resto, a excepción de dos hombres, han sido considerados muy poco o nada para trabajos biográficos, los pocos casi siempre como tesis que nunca llegan a publicarse; existe una biografía sobre Creel pero con un tiraje reducido y más bien enfocada para distribución entre sus descendientes; de Casasús se ha escrito poco y sobre todo de sus quehaceres literarios más que de la participación del gobierno. Como mencioné en el proyecto para la inscripción de ésta tesis, la información de un intelectual respecto a otro puede pasar de varios estantes llenos a casi nada. Los dos mejor librados con el paso del tiempo fueron don Justo Sierra y Emilio Rabasa, lograron ser considerados figuras emblemáticas en la historia del país para los ramos de educación y jurisprudencia respectivamente. Sin embargo, se mantuvo una tendencia a borrar de ellos toda relación con lo maligno de los científicos. De Sierra, el maestro de México, de Latinoamérica, el gran fundador de la Universidad Nacional de México se dice que fue uno de los miembros más activos del grupo y me parece que su heterodoxia con la doctrina positiva fue, aunque innegable, acentuada en pos de alejarlo con el gobierno de Díaz; por otra parte, en Rabasa se halló un precursor intelectual de la revolución por sus aportes sobre la cuestión agraria y los indígenas, una concepción que hasta hoy en día da a entender que más sobre el tema no se hizo durante el Porfiriato. El hecho de que por mucho tiempo los Científicos fueron un tema sin tocar y que trascendió la idea de su vinculación a todo el mal en la administración dio paso a que se tomara por

Científico a cualquier hombre porfiriano representante de dicho gobierno y más, Luis González identificó, como muchos otros, al núcleo de la Unión Liberal, pero para el fin de régimen según *Alba y Ocaso* ya casi todos eran Científicos, realmente “científicos” sin un criterio más que el de ser afines al gobierno (que algunas veces ni se cumplía) y pasando por alto la formación y las relaciones; parecía que si alguien del gobierno obraba mal era un Científico, si algún artista destacó en el Porfiriato era Científico. Hay personajes como Rafael Reyes Spíndola y Alfredo Chavero que han sido introducidos en el grupo, al segundo lo trataré más adelante y del primero puedo escribir que fue vinculado principalmente debido a sus acciones en la prensa mexicana; fundó *El Universal*, órgano asociado con los Científicos aunque algunas veces también visto como independiente de ellos. Lo cierto es que su época más tensa con el gobierno por la fuerza que ganaban los Científicos fue durante el corto tiempo que lo tuvo en posesión Ramón Prida. Cabe mencionar también que se han planteado grupos dentro del propio grupo; el más importante quizá es el del “carro completo”, compuesto por Limantour, Pablo Macedo, Núñez y Casasús, que fueron los que se enriquecieron y actuaron con mayor influencia en el gobierno, la fama que se hicieron afectó al resto del grupo; los otros, los pinedistas⁸⁸ se quedaron fuera de gran parte de la política y mantuvieron sus ideas originarias, se ha dicho que la gente no vio de ellos sus buenas intenciones y que gradualmente fueron odiando cada vez más a Díaz.

No es mi intención determinar quiénes fueron en definitiva los Científicos ni pretendo hacer o corregir la biografías que tanta falta hacen, decidí tratarlos como un grupo y contar los orígenes de estos hombres a manera de etapas aunque no participaran todos de principio a fin porque sé que existen lazos demasiado fuertes como para nombrarlos el grupo más coherente y característico del Porfiriato. Si hay alguno de entre todos los sectores que puedan retratar el pensamiento del régimen se trata de este grupo porque pudieron encontrarse en lugares o asociaciones con distintos fines a lo largo de la dictadura pero los patrones de pensamiento siempre fueron los mismos. Considero a los Científicos la culminación del desarrollo de los intelectuales de la política científica, pero esta faceta en la formación de sus miembros ciertamente no fue la única; muchos de ellos alcanzaron los puestos que deseaban para cumplir sus propósitos de juventud aunque en

⁸⁸ Término usado por Saez Pueyo.

la práctica no los hubieran podido realizar del todo. Los intelectuales encontraron el apogeo de sus carreras después de 1892, quizá no así el de sus reputaciones, incluso los positivistas que cruzaron más bien un camino apolítico los desconocieron pero su forma de pensar revela, que por más heterodoxos que hayan sido no lograron arrancarse del todo la marca comteana que Barreda les imprimió.

Así pues estos Científicos, liberales, libertinos⁸⁹ y preparatorianos (alumnos y maestros), me interesan en tanto que conformaron una élite intelectual uniforme y los nombraré a continuación:

Justo Sierra, de los elementos más viejos y también más fecundos. Ha sido considerado el ideólogo del Porfiriato y el maestro de los intelectuales de la revolución, muchas veces se olvidó que fue Científico y se ha resaltado más bien su labor educativa por encima de la política, su fama respecto al resto de sus compañeros ha llegado a tal grado que no sólo se han escrito muchísimos más estudios sobre él sino que también se tiende a hacerlo el portavoz de su grupo: se tomó a Sierra como la voz de sus compañeros cuando bien puede ser uno de los miembros más heterodoxos y polifacéticos, abundan las frases como “Sierra y sus compañeros”, “Sierra y sus amigos”, “Sierra y otros”. Nació el 26 de enero de 1848 en Campeche (entonces Yucatán), hijo de Sierra O’Reilly, tuvo que trasladarse a la capital del país para estudiar en el Liceo Franco Mexicano y después en San Ildefonso. Su padre murió cuando Sierra era muy joven y se hizo cargo de él su tío Luis Méndez, otra figura que puede considerarse como su mentor fue Ignacio M. Altamirano. Sierra en su juventud estuvo ligado al viejo liberalismo y colaboró con personalidades importantes de la época, por medio de la poesía se distinguió frente a estos y al futuro presidente Díaz. Sufrió una seria crisis intelectual que lo apartó del viejo liberalismo y lo llevó al positivismo, después una emocional (por el duelo de Santiago) que lo alejó de la prensa; al parecer fue el de corte más romántico entre todos. Fue fundador, director y redactor de *La Libertad*, profesor en la ENP, miembro de la Unión Liberal y Científico que ocupó cargo en la cartera de Instrucción Pública. El gobierno revolucionario contó con él para un puesto y sin embargo murió fuera del país.

José Ives Limantour, quizá la figura más representativa de los Científicos, nació el 26 de diciembre de 1854, hijo de franceses asentados en la capital mexicana. Fue ahijado del

⁸⁹ Así le llamaron a los redactores de *La Libertad*.

padre del escritor Manuel Gutierrez Nájera e Ives, a su vez tuvo como ahijada a la hija de Díaz. Es el único del grupo que nació en una familia acaudalada, desde su juventud conoció a Díaz por las relaciones de su padre y como muchos, estudió en la ENP y después en Jurisprudencia, ambas en menos años de los que el plan recomendaba. Era inteligente, callado, de salud penosa y filántropo. Ha sido tratado por gente como Urrea como el más nefasto de su grupo, concediendo tratos dentro y fuera del marco legal para enriquecer a sus colegas del “carro completo”; por otra parte, Bulnes al final no quedó en buenos términos con él y sin embargo reconoció la honradez, honestidad y profesionalismo con que manejó Hacienda. De lo que no podemos dudar es que fue un genio, aunque temeroso para la política militante y muchas veces no supo cargar con el peso de ser la conexión entre su grupo y Díaz. Fue alumno de Barreda y publicó en la revista jurídica *El Foro*, que mantuvo durante un buen tiempo con su propio dinero; trabajó con Romero Rubio y a su modo de ver siguió una política científica durante su administración. Fue amigo de los miembros del grupo pero sobre todo íntimo de Sierra aunque pasaba mayor tiempo con el “carro completo” y Pineda; su biógrafo Díaz Dufoo y él mismo quisieron alejarse del grupo en las memorias que legaron por el peso negativo que adquirió. Murió fuera del país.

Los hermanos capitalinos Pablo y Miguel Macedo González Saravia suelen venir “en paquete”, quedaron sin padre muy jóvenes (12 y 18 años) y ambos estudiaron jurisprudencia. El mayor era Pablo y coincidió con Sierra en San Ildefonso. Al igual que a don Justo, no le tocó la educación de Barreda pero fue atrapado por ella después; en cambio Miguel sí la recibió directamente y fue miembro de la Asociación Metodófila. Pablo perteneció al “carro completo” y por ello quedó vinculado al grupo científico con mayor frecuencia, su hermano Miguel lo acompañó en formación intelectual y ambos participaron en las publicaciones periódicas del grupo y sus posteriores aventuras en la política. Miguel llegó a ser subsecretario de gobernación y Pablo no obtuvo ministerio alguno pero participó en numerosas comisiones oficiales.

Francisco Bulnes o *El eterno inconforme* nació el 4 de octubre de 1847 en la ciudad de México, a diferencia de la gran mayoría del grupo estudió ingeniería en lugar de jurisprudencia. Por su edad conoció el método positivo como profesor y no como alumno, probablemente conoció a Limantour y a Miguel como estudiantes durante sus cátedras.

Antes de participar en *La Libertad* fue lerdista, Salado Álvarez aseguró que tomó un caballo blanco y fusil en Tecoaac,⁹⁰ además representó a dicho gobierno en un viaje con fines científicos fuera del país. Fue Científico y de los que más reconocieron la existencia del grupo, aunque por sus polémicas y escepticismo ha sido separado de la camarilla en varias ocasiones. Respetado y temido por todos,⁹¹ fue apoyado como muchos otros por Romero Rubio aunque no llegó a un puesto más alto que la tribuna.

Rosendo Pineda nació en 1855, de madre india zapoteca y padre extranjero que abandonó al poco tiempo a la mujer. Al llegar Díaz a Juchitán, como una manera de agradecer los esfuerzos por la guerra se ofreció a financiar la educación de seis jóvenes, una mitad hizo carrera militar y la otra estudió en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. Así fue como Pineda ingresó al instituto donde conoció a Emilio Pimentel y Emilio Rabasa, con los que se introdujo al positivismo. También tuvo acceso al diario capitalino *La Libertad*, que leía junto con sus compañeros de estudio. Hizo el resto de su carrera en la Ciudad de México y se le llegó a considerar el “eje de diamante” del grupo Científico, se movió más bien en un perfil bajo porque fue consejero de Romero Rubio y Díaz pero sin acceder a algo más que a la tribuna. Aseveró Ramón Puente que la Revolución destruyó su razón de existencia y murió pobre, desacreditado y olvidado.⁹²

Joaquín Demetrio Casasús nació en Tabasco en 1858 y estudió en el Instituto Literario de Yucatán, donde se introdujo al positivismo. Fue de los hombres preferidos de Romero Rubio en su bufete y logró formar uno propio con los clientes importantes para el control del país, estudió para abogado en la capital y ahí continuó el resto de su carrera aunque sin desligarse de los asuntos en Yucatán y Tabasco. Fue filántropo como Limantour y a diferencia de él, uno de los menos conocidos y estudiados, a pesar de haber formado parte del “carro completo”.

Ramón Corral nació en 1854, en Sonora, estado en el que fue periodista y gobernador. Junto con Creel ha sido considerado Científico “honorario”, porque no compartieron la formación de Barreda ni fueron parte del germen del grupo ni del grupo mismo sino hasta muy entrado el Porfiriato. Conoció a los intelectuales por las redes de los bufetes y

⁹⁰ Citado por Alfonso de María y Campos, “Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los científicos, 1846-1876”, en *Historia mexicana*, vol. 34, núm. 4, abril-junio, 1985, p. 644.

⁹¹ Ramon Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres*, México, Comisión nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la independencia nacional y 75 aniversario de la revolución mexicana - INHERM, 1985.

⁹² *Ibid.*

fue propuesto por Limantour para ocupar la vicepresidencia, es quizá el único de los Científicos que se desempeñó con virtud tanto en el ramo de la espada como en el de la pluma. Coincidió con el resto en muchas ideas importantes como para ser considerado parte del grupo.

José Enrique Clay Ramón de Jesús Creel Cuiltly nació en 1845 en Chihuahua. Perteneció por familia política al famoso clan Terrazas, de los que se decía que no eran de Chihuahua sino Chihuahua de ellos; fue gobernador de dicha entidad y famoso banquero. No obstante, sus primeros años fueron difíciles, su padre murió dejando siete hijos, por lo que Enrique tuvo que trabajar desde los nueve años sin poder recibir una educación formal. Aun así adquirió una educación de manera autodidacta, llegando a ser periodista, a hablar varios idiomas y no se diga un gran hombre de finanzas, cuando conoció a los Científicos se introdujo en el positivismo, con mucho mayor énfasis en el método.

Emilio Rabasa nació en 1856, en Chiapas. Fue compañero de Pimentel, Pineda y Reyes Spíndola en el Instituto de Oaxaca y Científico por formación, amistad y relaciones profesionales. El caso es que no estuvo tanto tiempo en la capital como sus camaradas y la Revolución lo ha recuperado más bien como uno de sus teóricos de inicios del siglo XX. Según Hale, tuvo una relación ambigua con los Científicos y pudo firmar el *Manifiesto* de la Unión Liberal de no ser porque se encontraba fuera de la capital.

Porfirio Parra, al igual que Rabasa y el que falta por enunciar fue considerado Científico algunas veces y otras no. Nació en 1854, en Chihuahua y estudió en la capital del país, médico como Barreda, fue su mejor discípulo y participante en la Asociación Metodófila. Colaboró también en *La Libertad* como uno de los defensores más acérrimos del positivismo pero fue alejándose de las actividades más políticas del resto del grupo, probablemente por su profesión, no obstante no se alejó en términos de pensamiento, doctrina y amistad, es un claro referente de la época y organizó reuniones en su hogar donde los Científicos conversaban sobre el método y cuestiones afines.

Por último, Alfredo Chavero nació en 1841 y formó parte de la generación anterior a la positivista, por lo que ya gozaba de fama antes de 1892. Fue parte del bando juarista durante el Segundo Imperio y participó en las administraciones de Lerdo y Díaz, trabajó como periodista y concurrió en órganos que fueron identificados con los intelectuales de la política científica aunque no por ello formó parte del grupo. Los autores que lo han

clasificado dentro de los Científicos son de los que más bien relacionan a casi cualquiera con el grupo, como Luis González en *Alba y Ocaso*, en el sentido de que debió serlo *per se* por ser letrado y apoyar al gobierno de Díaz. Debo aclarar que no considero que haya formado parte del grupo de los Científicos ni de los intelectuales de la política científica, pero decidí incorporarlo para efectos del presente trabajo porque sus estudios sobre el indio e historia mexicana en general gozaron de firme autoridad durante el régimen, aunque no se le pueda llamar Científico, sus trabajos no fueron ignorados y coincidió en más puntos importantes con este grupo. Más que parte de la camarilla lo considero para efectos del presente trabajo un antecedente e influencia directa, fue el autor más citado por el grupo al referirse sobre el llamado México Antiguo y sus indios, se formaron leyéndolo, lo consideraban una autoridad y además, Chavero me parece el mejor ejemplo (sin ignorar a Orozco y Berra, Ramírez y Pimentel) para ilustrar el cambio generacional entre los viejos liberales y los liberales-positivistas.

Así pues, queda por escrito la trayectoria general de los intelectuales impulsores de la política científica, quizá muy larga para sólo presentarlos como sujetos de estudio y muy corta por no entretenerme tanto en ellos persona por persona. Sin embargo, considero de gran importancia haberme detenido en los elementos teóricos que le dieron forma a la generación y las organizaciones o instituciones en que la mayoría fue parte para mostrar un panorama de cómo se originó y desarrolló algo que durante la investigación he llamado patrón de pensamiento. Menos largo en historicidad que la mentalidad pero parte de ella y determinante para configurar las ideas con un lenguaje en común y según principios rectores compartidos, el patrón de pensamiento me ha ayudado a entender cómo es que los intelectuales pueden desarrollar sus escritos en diferentes campos y aún así conservar uniformidad de pensamiento.⁹³ Los intelectuales constituyeron una verdadera camarilla de notables cuya forma de pensar se propagó hasta en sus más severos críticos durante el final de la dictadura, los autores que leyeron establecieron los principios para juzgar a la sociedad mexicana a finales del siglo XIX y principios del XX. Muchas veces encontré que en trabajos sobre los Científicos se omitía o reducía al mínimo su pasado y que las influencias del extranjero eran menospreciadas o leídas muy

⁹³ Muy tarde en la investigación para este capítulo caí en cuenta que Óscar Rabasa, hijo de don Emilio utilizó la misma expresión para referirse al modo de pensar de su padre.

poco, quizá por las visiones tradicionales de Zea, Raat y otros de que el positivismo se había transformado tanto que en México había dejado de serlo.

Una vez presentados a los hombres puedo agregar a modo de síntesis que fueron una generación intelectual que tuvo contacto con el positivismo y que en relación a dicho contacto fueron incorporándose al grupo; ocuparon puestos en la administración desde la vieja y confiable curul hasta el puesto más importante en un ministerio; algunos poseyeron riquezas aunque fue la minoría y de igual forma fue en la juventud, Limantour fue el único que nació acaudalado y muchos vivieron en clase media hacia abajo; fueron miembros muy activos en las publicaciones periódicas y la gran mayoría ha sido muy poco tratada por la historiografía. Reconozco que hubo cambios en su percepción sobre el régimen y en las etapas críticas de la víspera revolucionaria; sus relaciones personales se vieron afectadas, el pensamiento pudo inclinarse varias veces por teorías cada vez más novedosas, pero Parra tuvo razón al decir que las fueron incorporando según se acoplaron al método científico. La marca barrediana fue un elemento casi inconsciente en los juicios que hicieron. Apoyados por los órganos e instituciones que los formaron difundieron su manera de pensar en la sociedad mexicana con cierto éxito pues entre otras cosas controlaron la enseñanza media superior en el país, aunque perdieron prestigio conforme el Porfiriato avanzó y sus carreras se consolidaron. Por supuesto, hubo quienes no trataron el tema del indio pero claro está que los silencios siempre tienen algo que contar y por la formación y el contexto del autor puede intuirse que pensaban si no igual sí de manera similar al compañero que trató el tema. En los siguientes capítulos abordaré lo que los hombres ahora presentados y contextualizados pensaron sobre el indio, proponiéndome sustituir la concepción que Zea y otros propagaron, la de que fueron los intelectuales hombres “carentes de sentido social” y que tuvieron por gente como el indio un “desprecio olímpico”.⁹⁴

⁹⁴ Zea, *op. cit.*, p. 431.

Segunda parte, que trata del concepto sobre el indio.

Capítulo II. Del indio del presente

El indio tiene hambre y le falta ilustración; es desinteresado, su raza se comporta indiferente ante casi cualquier cosa, llámesele vida, muerte, moral, riquezas, trabajo, ciencia, dolor o esperanza; más que religioso es un idólatra, además de alcohólico, por lo que vive en constante delirio; no quiere escuchar y tampoco hablar; vive también en desgracia tras desgracia alimentada por las supersticiones que lo rigen; son hombres salvajes, degenerados, embrutecidos que están condenados a perecer; no sólo no poseen en sus cerebros mayor aspiración que la de llenar sus estómagos de chile y tortilla, sino que además son repugnantes a la vista y al trato. Siendo renuente al progreso, ideal máximo de la nación, lo natural es exterminar al indio por medio de la guerra o condicionar su existencia de modo que deje de ser aquello que lo caracteriza, es decir, hay que “desindianizarlo”, porque blanqueando a la población se alcanzará un grado mayor.

Claro está, que lo que se ha pensado y escrito muchas veces sobre el propio pensamiento de los Científicos está sujeto también a la concepción que se ha tenido sobre ellos. Su papel de antagonistas de la patria, alimentado por el carbón de Urrea, hizo ecos en las plumas llameantes que le sucedieron, por lo que no sorprende entonces que se les haya calificado una y otra vez de racistas, desleales y corruptos sin patria. Resulta curioso cómo es que la aceptación de estos calificativos, además de las preocupaciones contemporáneas del investigador en turno, han determinado por medio de prejuicios que los principales intelectuales del Porfiriato miraron al indio con un intenso repertorio de prejuicios. Tampoco ayuda el hecho de que los trabajos que suelen ocuparse de la temática tienden a abarcar a todo el siglo XIX, el más convulso, inestable y cambiante de la historia mexicana, en un sólo apartado; aparecen por ejemplo, Alamán y Sierra, como si estuvieran dentro de un mismo contexto histórico homogéneo durante cien años. Suele ocurrir también, la inserción de conceptos que han cambiado de significado o de otros en los que simplemente no se ha adentrado en cómo los intelectuales los pensaban diferente al que los estudia desde una época distinta. Por tanto, es menester dedicar primero un

espacio al análisis de conceptos clave en el empleo de los discursos intelectuales, para entender que también están sujetos a cambios a pesar de que en forma no disten mucho o sean idénticos a los empleados por nosotros mismos en la contemporaneidad. Así podremos, al terminar este capítulo, leer de nuevo el párrafo que lo inaugura y pensarlo de otra manera.

El indio como concepto y su tradición

El pensamiento respecto al indio es uno de los procesos más largos de la historia en México, más largo por muchos siglos que el propio país. Llegó Colón a tierras que le parecieron ser asiáticas y por ende llamó a sus habitantes indios, pero está también dentro de sus escritos la palabra indígena. Ambas se han utilizado con frecuencia de manera indiferente a través de la historia para designar a los habitantes (y sus descendientes) que divisaron Colón y el resto de los europeos que posteriormente arribaron; después se convino que llamar indio suponía denigrar, hecho en que colaboró el vulgo con expresiones coloquiales en sentido despectivo, volviendo a la palabra una suerte de tabú. Así, la palabra indígena expandió su usanza sustituyendo a la de indio y aunque sigue empleándose con bastante aceptación, también se ha pretendido sustituirla por otras expresiones como “pueblos originarios”, “primeras naciones”, “etnias”, “grupos étnicos”, etcétera, que han surgido en momentos particulares de la historia y atendiendo a agendas políticas específicas. Ahora bien, el problema de expresarse entre los términos de lo políticamente correcto ha sido el de utilizarlos dentro de contextos a los que no pertenecieron, intereses y definiciones que corresponden más al presente que al pasado cambian la concepción sobre éste último de manera radical y el producto histórico resultante se ve severamente limitado, a la vez que la comprensión reducida. Dado que la historia es el resultado de la investigación sobre el pasado, es decir la comprensión de sus hechos, entonces deben rescatarse y emplearse las categorías pasadas antes que sobreponer las actuales en el discurso historiográfico. Elegí pues utilizar en este trabajo “indio” porque fue el término más común entre los autores de la época, porque me parece que refleja mejor que cualquier otro la carga que entonces poseía y por último, en un intento quizá en vano de desestigmatizarlo y dar a entender

que durante el Porfiriato (y en general, otras épocas distintas a la actual) el término no debía lidiar con el mismo peso negativo que ahora se le suele otorgar.

Como escribí, la palabras indio e indígena se utilizaron en el Porfiriato muchas veces de manera indistinta, por lo que son términos similares aunque no iguales. Ambas han servido para denominar a los habitantes que poblaban el ahora nombrado continente americano al ser conocidos por los europeos, y también a los descendientes de dichos habitantes que mantuvieron en mayor medida las tradiciones legadas de los tiempos prehispánicos así como de Nueva España. La diferencia entre ambos conceptos se puede observar si nos remitimos al origen etimológico de indígena, que en latín viene de *indu* “en” y *geno* “engendrar/producir”, la palabra se fue conformando en un significado como el de aquél que nace en una región específica según sea el caso, por ello para Virgilio el pueblo latino era indígena.⁹⁵ Por esta razón hubo indígenas en la antigua Roma, en Nueva España y hay en cualquier lugar en el que se engendren hombres, lo que explica porqué Colón antes de siquiera conocer las tierras más allá del Atlántico mencionó en sus escritos que estaba preparado para encontrar indígenas; además, también explica el hecho de que Francisco Bulnes utilizó de igual forma indígena para designar a ciertos grupos de personas en Asia mientras viajaba en una misión fuera de México. Entonces tenemos que indígenas hay o puede haber en cualquier parte del mundo y designan a los que nacieron en las tierras que habitan es pues, una definición que abarca a una realidad bastante amplia.⁹⁶

Es bien sabido que la usanza del vocablo indio surgió del error de los navegantes europeos al pensar que habían llegado al territorio asiático. El uso de dicha palabra ha sobrevivido de manera sorprendente durante medio milenio a pesar de más de un esfuerzo por borrarla; por su uso y los significados que ha adquirido a lo largo de la historia, lo indio ha ido identificándose con el Nuevo Mundo, Nueva España y México, y en varios contextos importantes refirió y aún refiere ya inconscientemente a circunstancias de dichos lugares antes que a las de la propia India. Aún más, no tardó en hacerse la distinción entre ambos indios, llamando al que me ocupa “indio americano”, como sellando su designación en la historia. Por otra parte, es claro que indio, al igual

⁹⁵ Carlos Montemayor, *Los pueblos indios de México, evolución histórica de su concepto y realidad social*, México, Debolsillo, 2008, p. 31.

⁹⁶ Y el uso de la palabra se amplía todavía más cuando caemos en cuenta de que se utiliza también como cualidad de ciertos entes u objetos, como planta indígena o artefacto indígena.

que América, se trató en primera instancia de una invención europea, un modelo que ha facilitado la concepción de cierto aspecto de la realidad para poder trabajar con él, por lo que no sorprende que hayan surgido debates y propuestas acerca de cómo de ahora en adelante sería más propicio nombrarlos, con o sin influencia del eurocentrismo y el etnocentrismo. Por ejemplo, Bonfil Batalla pensaba que cualquier intento de designar a la población indígena (él también lo usó de manera indistinta) con un sólo criterio era insuficiente, sin embargo para la Corona Española fue de lo más práctico separar jurídicamente a la población que arribaba de la península ibérica y sus hijos de la que ya vivía desde antes en el Nuevo Mundo. A la categoría jurídica novohispana fueron agregándose un buen número de ideas provenientes de distintas circunstancias que ampliaron el concepto cuando llegó a los intelectuales porfirianos; se trata de la fusión de elementos tan remotos en el tiempo como el error de Colón e incluso teorías de la Antigüedad que la Edad Media preservó, hasta los de reciente asimilación en el siglo XIX como el positivismo, que se condensaron en el empleo la palabra y deben estudiarse para comprenderla. Este problema del indio resulta ser como muchísimos otros un problema de perspectiva histórica, que para ser tratado requiere en el investigador de cierto grado de consciencia sobre el sistema de valores que lo rige, la pregunta en todo momento debe ser: “¿vemos lo que miramos o lo que esperamos ver o estamos capacitados para ver por razón y conducto de nuestra cultura?”.⁹⁷

Si pensamos que indio es un producto europeo, entonces el problema sobre cómo era el indio está intrínsecamente ligado a cómo fue visto. Si aceptamos que el indio no existió en los naturales del Nuevo Mundo porque ellos eran más bien la infinidad de nombres que se hayan querido poner; si aceptamos que éste existe sólo en la mentalidad del europeo, del hombre blanco que llegó a matar y violar para imponer su civilización como piensan algunos autores reivindicativos, estaríamos cometiendo el error de elaborar una historia de algo, en este caso un concepto, sin atender a las peculiares circunstancias históricas que lo transformaron, porque la percepción de un hombre frente a la realidad condiciona su manera de actuar en ella; además de que los propios designados como indios fueron apropiándose de la palabra.

⁹⁷ Alfredo Jiménez, “Imagen y culturas: consideraciones desde la antropología ante la visión del indio americano”, en *La imagen del indio en la Europa Moderna*, España, Publicaciones de la escuela de estudios hispano-americanos de Sevilla, 1990, p. 84.

Pretendo enunciar a continuación a un grupo de autores representativos que contribuyeron a propagar algunas características asociadas al concepto de indio en los intelectuales del Porfiriato no con el fin de realizar una brevísima historia hasta fines del siglo XIX sino de mostrar lo amplio que es el proceso en cuestión, sus principales antecedentes y cómo ha ido manteniéndose el concepto entre cambios y continuidades.

Encontrando habitantes y tierras antes no conocidas, ante aquello nuevo que despertaba curiosidad, se realizaron intensos debates sobre la naturaleza que poseía la otredad. Había rasgos en el indio que le parecían al europeo tan distantes de él como otros que lo acercaban; el catolicismo estableció que poseían también alma pero las prácticas de muchos habitantes del Nuevo Mundo desconcertaron los estándares de vida antes concebidos. Su desnudez recordaba a la inocencia de Adán y muchos relatos sobre los habitantes nuevos llegaron al Viejo Mundo como la posible realización de muchas aspiraciones legendarias de la mentalidad europea; pero de igual forma se encontraban en potencia la realización de grandes decepciones y posibles temores. De acuerdo con Antonello Gerbi,⁹⁸ el conde de Buffon marcó un antes y después en lo que se escribía sobre los descubrimientos porque dio un sentido científico a su teoría sobre la inferioridad americana. Antes los relatos habían llegado a Europa como “sorprendentes noticias de tierras remotas”⁹⁹ y posteriormente adquirieron un carácter coherente y aparentemente bien fundamentado.

El impulso científico es un factor clave que configuró el concepto sobre el indio en los siglos XVIII y XIX, tanto en Europa como en América. El peligro de la ciencia estuvo en que sus exponentes la utilizaron no sólo para justificar sus máximas sin espacio a réplica por otros medios que no fueran su única visión del mundo, sino también en que produjo orgullo y propició así ataques denigratorios a cualquier alternativa de producción de conocimiento. Resulta curioso cómo es que durante mi investigación encontré que científicos de formación profesional que escribieron historias se empeñaron en establecer que aquellos autores del XVIII y XIX no eran sino pseudo científicos que propagaban una pseudo ciencia, como queriendo apartarlos de su quehacer y linaje intelectual para no ver ensuciada la historia de sus disciplinas. Sin embargo, en este tipo de trabajos

⁹⁸ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, trad. Antonio Alatorre, segunda edición, México, FCE, 1982, p. 3. (sección obras de historia)

⁹⁹ *Ibid.*

importa más que si era ciencia o no, el hecho de que sus autores creían firmemente en que estaban haciendo ciencia y lo que eso significaba en dichas épocas. Recordemos también que en el siglo XIX la ciencia comenzó poco a poco a inmiscuirse en los asuntos gubernamentales y a adquirir el prestigio que actualmente no ha cesado, llegando a ser para muchos un conocimiento con el *status* de religión, un dogma.

Posteriormente, como firme respuesta a escritores como Paw y el propio Buffon escribió el jesuita en calidad de expulsado Francisco Xavier Clavigero, quien demostró aspectos positivos en la constitución del indio, con el mérito de una visión que tendió a la imparcialidad. Su descripción del mexicano, es decir de los antiguos mexicas, se volvió popular entre los intelectuales decimonónicos en México que a pesar de las diferencias temporales y espaciales lo siguieron considerando vigente. Para Clavigero, el mexicano, al igual que los tlaxcaltecas, tecpanecas y otros pueblos más, poseían los mismos rasgos esenciales, que consistían respecto a lo físico en cabello liso y negro, ojos negros, piel castaña, justa proporción en sus miembros y altura regular, algunas mujeres solían ser blancas y de singular belleza;¹⁰⁰ en su manera de ser se distinguían por su sobriedad en la comida pero también por su inclinación al alcohol, “sus almas son en lo radical como las de los demás hombres y están dotados de las mismas facultades”,¹⁰¹ en su carácter hay desinterés y libertad, viven en la desconfianza. Cabe resaltar que Clavigero también se refirió a ellos como flemáticos, clara referencia a la teoría de los humores que siguió presente en los intelectuales posteriores, aunque cambió la percepción a la melancolía y ya no en forma de teoría seria y aceptada sino como los remanentes que se fueron repitiendo hasta perder dicha significación original.

Consumada la independencia, Lucas Alamán también otorgó su visión sobre el asunto, obviamente con intenciones diferentes a las de Clavigero. Hizo la distinción entre los pueblos del norte que estaban sumidos en completa barbarie y los mexicanos, tlaxcaltecas, mayas, tarascos, etc., que por su organización alcanzaron cierto grado de civilización; concordó con Clavigero en el aspecto de la embriaguez y agregó además que se les culpaba de ladrones, falsos y vengativos. Por otra parte, una visión similar aunque más exployada se encuentra en José María Luis Mora, contemporáneo de Alamán. Para Mora, el indio era físicamente de color bronceado, de escaso vello, cabello lacio,

¹⁰⁰ Francisco Xavier Clavigero, *Carácter y costumbres de los mexicanos*, México, UNAM, 2009, p. 12.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 14.

con nariz comúnmente aguileña; en cuanto a actitud era complaciente y melancólico; esta última característica debido a los traumas de su historia. Además presentaban una terquedad por mantener sus costumbres, lo cual suponía un obstáculo para el progreso. Gran parte de la diferencia respecto a Clavigero está en las causas que tuvieron para escribir, ya no se buscaba refutar a autores más allá del Atlántico sino asentar en suelo firme la historia y trayectoria en el tiempo del país. Recordemos que por aquel entonces México daba sus primeros pasos y sus intelectuales tenían la necesidad de construir un país independiente sólido.

Más adentrado el siglo, el padre de Justo Sierra, Justo Sierra O'Reilly, escribió también respecto a los indios, con condiciones históricas muy particulares a considerar.

Yo siempre he tenido lástima a los pobres indios, me he dolido de su condición [abatida] y más de una vez he hecho esfuerzos por mejorarla, porque se les aliviase de unas cargas que a mi me parecían muy onerosas. Pero ¡los salvajes! Brutos infames que se están cegando en sangre, en incendios y destrucción. Yo quisiera hoy que desapareciera esa raza maldita y jamás volviera a aparecer entre nosotros... ¡Bárbaros! Yo los maldigo hoy por su ferocidad salvaje, por su odio fanático y por su innoble afán de exterminio.¹⁰²

Sierra O'Reilly vivía con la preocupación de la guerra en su amada tierra mientras quedaba en ridículo frente a otros diplomáticos en una misión a Estados Unidos. La civilización que el gobierno mexicano tanto anhelaba se esfumaba con cada rebelión y la buena imagen que se pretendía ofrecer al exterior no concordaba con lo que las noticias declamaban. Que la furia y frustración de sus palabras no nublen nuestro juicio y que por el contrario, lo enriquezcan: las últimas frases refieren sólo a un momento, el hoy, pues reconoció el autor que se estaba dejando llevar y limitó sus insultos a la situación. Por lo demás, encontramos en la cita y el resto del texto las ideas de que los indios eran perezosos y se encontraban en un estado que se puede explicar quizá sólo como la profunda tristeza (o mejor, melancolía) por haberlo perdido todo, profunda porque lleva varias generaciones, lo cual provocaba su degradación como hombres. Estuvo presente en el pensamiento de los tres autores esta idea y encuentra uno de sus mejores soportes en el siguiente.

¹⁰² Justo Sierra O'Reilly, "Diario dentro viaje a los Estados Unidos", en Justo Sierra O'Reilly, *La guerra de castas*, México, CONACULTA, p. 56.

Francisco Pimentel dedicó buena parte de su vida a estudiar a los indios, su célebre texto *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla* es un antecedente directo de los intelectuales del Porfiriato. Para Pimentel, la situación del indio se encontraba en parte en sus raíces prehispánicas, por su estructura gubernamental y métodos crueles de educación;¹⁰³ les faltaba además, una religión ilustrada como la católica, aquello que profesaban estaba corrompido por sus idolatrías; la conquista española los había dejado en una situación sin esperanza de mejora, utilizando el mismo vocabulario que otros: abatidos, embrutecidos y degenerados. Con el paso del tiempo los indios habían olvidado las grandezas de sus antecesores y por otra parte, habían conservado sus características negativas. La ciencia se hizo presente en el ataque a la superstición y quizá, es esta misma influencia científica la que llevó a Pimentel a relacionar el carácter del indio con lo flemático y lo melancólico, siendo humores distintos pero que para el autor ya habían perdido su significado del legado antiguo-medieval y sirvieron más bien como características obtenidas por la observación. Vemos entonces un ejemplo de cómo las palabras se mantuvieron entre los autores del siglo XIX pero cambiaron sus significados. De la obra de Pimentel destaca particularmente su énfasis en el lenguaje del otro, pues creía que “el idioma pinta el carácter de los pueblos”.¹⁰⁴ También decía que los indios asumían una actitud servil que se relacionaba fuertemente con sus expresiones y modismos al dirigirse a alguien más. Por último, Pimentel hizo notar que en la constitución del indio poco había ayudado el desprecio con que generalmente se le miraba.

Ahora bien, los cinco autores anteriores mantienen una línea de pensamiento en común pero sus orientaciones políticas y circunstancias históricas los obligaron a expresar más o menos lo mismo en forma diferente y con causas e intenciones también diferentes. Es posible notar que en aspectos como la embriaguez, el abatimiento y la degradación están de acuerdo, incluso copiaron algunas palabras del autor que les precedió, pero las influencias en su formación determinaron matices que los separan entre sí. Uno de los cambios más importantes en la historia del concepto sobre el indio se encuentra en la transición de Nueva España a México; no es que la esencia del conocimiento haya cambiado de golpe pero sí lo hicieron las motivaciones políticas y la realidad de los

¹⁰³ Se refirió principalmente a los habitantes de la Cuenca de México.

¹⁰⁴ Francisco Pimentel, *Obras completas*, tomo III, México, tipografía económica, 1903, p. 53.

autores se vio modificada radicalmente, por lo que el modelo de estudio debió cuando menos modificarse un poco. El otro de esos más grandes cambios me parece que estuvo en el período vivido por los intelectuales del Porfiriato pues como agregado a la tradición en el pensamiento sobre el indio se fueron incorporando elementos que marcaron patrones de pensamiento distintos al de la época anterior, principalmente el positivismo enriquecido por más autores además de Comte, acompañado siempre de la ciencia como partes fundamentales en la conformación del ser del intelectual ideal en la sociedad, arribaron obras de nuevos autores o nuevas obras de autores ya conocidos que fueron criticadas por los intelectuales mexicanos. No debemos olvidar tampoco las reflexiones en torno a la raza y el hecho de que el país ya gozaba de cierta estabilidad en lo económico y político; el panorama cambió y con él la manera de pensarlo. Bien advirtió Koselleck¹⁰⁵ sobre la presente relación entre el uso de conceptos y la situación política y social de su empleador, los conceptos definen posiciones de una sociedad o un grupo dentro de la misma con respecto a otro, por lo que si el panorama político cambia el concepto posiblemente también se verá modificado.

Indio y civilización

Entre los elementos más importantes del pensamiento que condicionó el concepto sobre el indio en los intelectuales porfirianos estuvo la noción de civilización, que en los autores antes revisados ya estuvo presente junto con las otras dos nociones necesariamente ligadas de salvajismo y barbarie. Me parece que durante el Porfiriato, estas tres ideas lograron alcanzar un peso en el juicio de los hombres que antes no habían tenido y que quizá hasta la actualidad no han podido recuperar, pues son la constante repetida tanto consciente como inconscientemente en la estructura de todo tipo de escritos que se elaboraron.

Antes que nada, sepamos que “el concepto de civilización se refiere a hechos muy diversos”,¹⁰⁶ difícilmente cabe para trabajar a finales del siglo XIX y principios del XX la concepción más reciente y popularizada que elaboró Huntington sobre entidades

¹⁰⁵ Koselleck, *op. cit.*

¹⁰⁶ Norbert Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 2016, p. 83. En éste y el segundo párrafo me apoyo en este autor.

culturales. Actualmente se puede concebir, si se quiere, que existan varias civilizaciones con diferentes características; civilización en plural sugiere que existen más de una porción en la humanidad con el honor de sostener dicha categoría y como existen más de una debe haber entonces diferencias entre ellas. Que existan muchas civilizaciones como una congregación cultural impide que se conciban diferentes organizaciones culturales humanas y se prepondera la forma ante el contenido; en el otro sentido, el de una sola civilización, el contenido determina la designación de la forma. Así pues, a finales del siglo XIX y principios del XX se pensaba en una sola civilización, no porque fuera exclusiva de un grupo sino porque únicamente podía ser de una manera determinada. El significado que me ocupa del concepto de civilización debe su creación a los franceses del llamado Siglo de las Luces, para nombrar aquello que les definía y que con base en su sistema de valores creían más adecuado de realizar para la vida humana, *civilisation*. Civilización es un concepto muy amplio incluso en su primera acepción porque tenía que ver con los modales, el alcance de los conocimientos científicos y situación de la ciencia en general, a la vez que también de las ideas religiosas y el tipo de costumbres practicadas; la civilización pretendía determinar y ordenar cómo es que debían construirse los asentamientos humanos y cómo debían organizarse y llevarse a cabo las relaciones entre los hombres, desde el cortejo hasta la aplicación de leyes. Civilización era la mejor forma de hacer las cosas, presente de manera potencial en todas las cosas que se pudieran hacer.

Como la manera definitiva de vivir fue desarrollada en un lugar específico, civilización se convirtió en la vara para medir a cualquier grupo humano que perteneciera a la construcción que derivó en lo que ahora llamamos Occidente. El prestigio de ser civilizado degeneró en más de una ocasión en el orgullo de pertenecer a Europa o a lo europeo, que se identificó a sí mismo como lo máximo dentro de la escala mundial. Ahora bien, aunque este pensar fue identificándose con lo “occidental” no quiere decir que toda la extensión de grupos humanos que abarca su área geográfica se relacione con él; el proceso que fue envolviendo primero a Europa y después fuera de ella tuvo al principio como mayores exponentes a Francia e Inglaterra, mientras que por ejemplo, en los pueblos alemanes civilización fue considerado un concepto de segundo orden porque generaron su propia y diferente versión para interpretarse a sí mismos en el concepto de

cultura (*kultur*). Nótese que los dos primeros países que usaron con mayor ahínco y fervor la palabra civilización fueron los dos grandes productores de libros que devoraron los intelectuales mexicanos en el Porfiriato, que ante la luz contemporánea vemos que provocó problemas por el origen de los intelectuales y sus naciones. Explico: el estado de conformación de Francia e Inglaterra era muy diferente al mexicano durante la misma época, ya no existían en los primeros preguntas sobre la esencia que los representaba sino una afirmación de la misma, mientras que en México se formulaban cuestiones derivadas de las pocas décadas de existencia que planteaban quiénes se eran y de qué manera. La adopción de la palabra civilización involucró también la adopción de una manera de pensar que emanó en conflictos porque la realidad presenciada era diferente a la de los países europeos.

Uno de los aspectos más importantes sobre civilización es que su noción involucra tiempo, se trata de un proceso en su más depurada forma, por lo que hubo entonces formas iniciales mayormente imperfectas. Civilización sirvió y sigue sirviendo para designar al extraño bárbaro o salvaje, la existencia de lo primero necesariamente supone que existen o existieron los segundos. Según Urs Bitterli,¹⁰⁷ el egocentrismo cultural de los pueblos autodenominados civilizados les hizo no molestarse en comprender la naturaleza del extraño y encasillarlo dentro de categorías como bárbaro, salvaje y pagano, que funcionan como opuestos del empleador de dichos conceptos. Dado que la civilización es la etapa más elevada de un proceso, bárbaro y salvaje se tomaron como los grados anteriores del hacer la vida humana. Bárbaro es un vocablo de origen griego que utilizaron los helenos para designar a los que no hablaban su idioma y consideraban lo que salía de la boca del extranjero como un balbuceo; por su poco entendimiento los excluyeron; mientras que salvaje, como noción fue más empleada en territorio americano y representó la verdadera antítesis de civilización, la forma opuesta de realizar algo de manera civilizada fue la salvaje, si civilización se asoció con el pináculo de la realización humana salvajismo refirió a los primeros pasos de la humanidad, llenos de inocencia pero también de ignorancia, aquél tiempo en que la línea entre la humanidad y la bestialidad era muy difusa. Esta idea de civilización como proceso se vio potenciada con el enaltecimiento decimonónico de la ciencia y la influencia del positivismo, que

¹⁰⁷ Urs Bitterli, *Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar*, Trad. Pablo Sorozábal, México, FCE, 1982.

impulsaron la concepción de la historia y el quehacer en la vida humana de manera progresiva. La ley de los tres estados de Comte lejos de entrar en conflicto con el concepto de civilización, lo reforzó, y como se trató de un discurso con pretensiones hegemónicas y gran aceptación fuera de Europa (entre otros países americanos, México y Brasil) ofreció por medio de la idea de progreso una esperanza de equipararse a lo que se tenía por más avanzado, de pertenecer al concierto de las grandes naciones civilizadas; en palabras de Moya López, “el concepto se consolidó como consecuencia de la ampliación de la metáfora del desarrollo”.¹⁰⁸

Por su parte, la ciencia de la mano de Darwin también fortaleció el empleo de los conceptos salvajismo-civilización. Se ha escrito que el darwinismo y los autores que lo retomaron influyeron de manera negativa en los juicios de los intelectuales mexicanos para mirar con desprecio al indio; asimismo se tiene una idea difundida de que no existía ni se quería llegar por parte de los intelectuales a una comprensión sobre la diversidad del indio. Contrario al pensamiento de que usar las categorías de indio o salvaje para designar a una masa de pueblos heterogéneos les niega su diversidad e impide cualquier entendimiento sobre la misma, en los escritos de Darwin puede leerse una advertencia para sus lectores y futuros investigadores de que la uniformidad de los salvajes llega a ser nula y se ha exagerado sobre ella. Salvaje, bárbaro o civilizado, no cabía duda entre los intelectuales mexicanos de que todos se trataban de hombres con igualdad ante la ley y sin rasgos que los arrastraran a la bestialidad, “la diferencia entre la potencia mental del mono más elevado y el salvaje más ínfimo es inmensa”.¹⁰⁹

La tendencia de la época a mezclar los conocimientos políticos y morales con la ciencia llevó a concebir a la sociedad como a un organismo y al paso del hombre en la historia como una evolución en términos científicos, y un progreso en aspectos socioeconómicos. Colocar al salvajismo, la barbarie y la civilización como parte de un proceso evolutivo supone que las naciones civilizadas como Francia en algún tiempo fueron también salvajes; la gran diferencia de esta época fue el reconocimiento del papel del tiempo en la vida humana en específico y en toda vida en general, a diferencia de numerosas teorías aplicadas desde la antigüedad hasta el tiempo de las primeras noticias sobre el Nuevo

¹⁰⁸ Laura Moya López, *La nación como organismo México su evolución social 1900-1902*, México, UAM/M. A. Porrúa, 2003, p. 57.

¹⁰⁹ Charles Darwin, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, México, editorial Diana, 1985, p. 83.

Mundo en que se pensaba en un estatismo de las cosas y condiciones humanas. Por otra parte, cabe recordar que esta incorporación de la ciencia a campos de conocimiento ajenos también supuso decretar una visión del mundo que no admitía otras, los estados de salvajismo, barbarie y civilización se convirtieron en ley, como la de Comte, también universal.

Esta tradición impregnó profundamente el pensamiento porfiriano. Los conceptos están presentes de una u otra manera en autores anteriores pero fue desde el maestro de los intelectuales, Gabino Barreda, que es posible observar cómo estuvo el pensador mexicano ansioso por presentar a su país dentro de la escala mundial de la civilización con ese particular impulso positivista que adquirió. La fuerza del concepto puede notarse hojeando los escritos de los intelectuales, fue repetida una y otra vez sin cansancio en textos de diversa índole siempre como uno de los ejes rectores del pensamiento.

Así pues, los intelectuales porfirianos al juzgar al indio y a la sociedad mexicana en general partieron de que era imposible negar la idea de evolución y por tanto, que cualquier pueblo podía y debía, por tratarse de una ley, alcanzar la civilización. El concepto de civilización en los intelectuales no distó mucho del original; ellos mismos dieron muestras de saber que provenía de Francia, pero hay más, pues como la adopción del concepto supuso una visión específica del mundo no sólo le reconocieron la autoridad de haber creado el concepto sino la de haber creado a la civilización en sí, ya como un algo existente e incluso tangible. La civilización, “en la cual y por la cual vivimos”,¹¹⁰ es en la definición de Bulnes “el conjunto de elementos que cada pueblo, en cada época, posee para cumplir con la ley de conservación y progreso de la especie humana”.¹¹¹ Notamos cómo también a ésta se le puede relacionar la idea de lucha por la supervivencia y de ahí que se pensara que los pueblos más adelantados en la escala tenían mayores facilidades para reproducirse a sí mismos y a sus alimentos. Dicha definición fue compartida por el resto de autores del grupo intelectual, la civilización abarcaba todo el actuar humano y además podía observarse en elementos que cautivan e impresionan al espectador. El grado de civilización era proporcional al número de ferrocarriles transitando el país, de campos de cultivo con mejoras tecnológicas y de fábricas produciendo elementos para seguir construyendo urbes, era proporcional

¹¹⁰ Justo Sierra, *Obras completas*, tomo V Discursos, México, UNAM, 1977, p. 256.

¹¹¹ Francisco Bulnes, *Los grades problemas de México*, México, ediciones de “El Universal”, 1926, p. 312.

también a cuantos museos fueran construidos y sus colecciones clasificadas, al número de bibliotecas, escuelas y demás lugares que hoy llamaríamos difusores de cultura. A estos lugares y un grupo de notables, quedaba mejor para su época el nombre de agentes o *importadores* de la civilización, pues ésta tiende a expandirse y era una misión difundirla entre los que carecían de ella. Es posible observar una idea que a la luz de la contemporaneidad es inocente: que el desarrollo tecnológico necesariamente implica la mejora de las condiciones de vida y un *status* mayor dentro de la humanidad. Así, Bulnes creía que los lugares con mejores puertos y ferrocarril vivían un siglo adelantados y que los que poseían infraestructura pobre se regían por el XVI, como si al viajar por el país se viajara también en el tiempo. Aunque los intelectuales en general no se quedaron demasiado en aquel punto, pues si bien el progreso material les pareciera un claro indicador de mejoría en la civilización importaba tanto o más el progreso moral, porque civilización también eran los modales de los pasajeros del ferrocarril, el modo de comer lo que se producía en los campos, la convivencia en las urbes y el número de personas asistiendo a escuelas, teatros y museos. Según el positivismo, civilización era alcanzar el estado racional y la falta de civilización devenía en crisis morales.

Así pues, juzgando al indio desde esta perspectiva no sorprende que por las paupérrimas condiciones de vida que poseía fuera llamado incivilizado. La falta de civilización regresaba al hombre varios peldaños en la escala mundial, y escribo que lo regresaba porque se consideraba un verdadero retroceso cuando el hombre era controlado más por sus necesidades básicas que por la razón; de ahí que hayan dicho que el indio pensaba sólo en comer. La aplicación del modelo único ciertamente impidió en alguna medida la comprensión de otras realidades, pero el problema también surgió de la mera práctica al no propiciarse maneras de socializar con el indio pues se decía que ambas partes no hacían gran esfuerzo por conocer el idioma del otro; el desinterés por la vida ajena bien pudo estar presente en las dos partes y así, como no se conocía lo que poseía el otro, el discurso se construyó como pudo, enunciando de lo que el otro carecía, teniendo como referencia el autor lo que él mismo poseía: les falta a los indios comida (como la que comemos), costumbres (como las que practicamos), moral (como la que aceptamos).

Sin embargo, como todo hombre el indio podía, por la ley del progreso, bien caber dentro de cualquiera de las tres categorías. Me parece que la mayor elaboración

sistemática en torno a ellas se encuentra en la obra de Francisco Bulnes, que estableció toda una clasificación con siete etapas del desarrollo de la realización humana con la cual determinar el lugar de cada pueblo en la historia. En su obra *El porvenir de las naciones hispano americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, se sirvió del desarrollo industrial y las relaciones de una sociedad con otras para establecer su grado de civilización, o en su defecto, de salvajismo o barbarie: el primer período, es decir el de salvajismo, se componía exclusivamente de la obtención forestal de los elementos para la vida, de la recolección de alimentos; a continuación seguían los primeros intentos y el desarrollo del pastoreo, lo cual corresponde al semisalvajismo; el estado que ya podemos llamar barbarie se caracteriza por la agricultura, sin que su producción fuese exportada; la semibarbarie por otro lado, comprende cuando en la vida agrícola ya se tenía exportación; el momento en que la civilización, aunque débil, se hace presente es cuando llega el período industrial, cuando exporta sus producciones y éstas equivalen a la mitad de lo que produce la agricultura; la civilización médica se da cuando la producción industrial excede a la mitad de la agrícola; y por último, la gran civilización es el período en que la producción industrial excede con creces a la agrícola. Así pues, por las condiciones que presentaban sus pueblos y los ejemplos particulares de cada persona, el indio era considerado salvaje pero también bárbaro y aún más, civilizado en casos particulares como Juárez; los salvajes eran predominantemente los nómadas del norte y los bárbaros se encontraban repartidos por todo el territorio; había también semibárbaros y semicivilizados, con lo que queda manifestado el hecho de que los intelectuales le reconocían al indio diversidad y no necesariamente se le colocaba como el todo en lo más bajo de la humanidad; el blanco, el chino, el negro, el francés, cualquiera podía encontrarse y se había encontrado también en el salvajismo y la barbarie.

Ahora bien, lejos de recriminarles el empleo de las categorías, valdría más tratar de comprender. La fuerza del concepto civilización llegó a tal que autores como Urrea, otros detractores y personajes que les sucedieron en el pasado mexicano la usaron varias veces con la misma significación, no cabe duda que el velo del eurocentrismo es persistente y muy difícil de apartar y en el pasado reciente civilización también se ha inmiscuido en discursos que curiosamente buscan legitimar al indio. Hoy en día se sigue

usando “incivilizado” a manera de crítica para señalar las prácticas que van en contra del estándar, su origen y significado ha cambiado algunas veces y en otras ya no representa un interés, lo que ha quedado es su función como una manera poderosa e inconsciente de concebir la realidad. Así, este modelo abarcó el tiempo de los intelectuales como en otro tiempo no lo había hecho y por cómo está presente en sus escritos entiendo que no podían concebir la realidad de cualquier otra manera. Prestemos atención especial a que en otra época el desconocimiento de los valores y conceptos de la nuestra llevó a resoluciones de conocimiento diferentes, las limitaciones de civilización y los nulos intentos por borrarse o transformarse llevaron a los intelectuales a meterla con calzador al momento de explicar otras realidades. No necesariamente es que quisieran imponer su modelo, que ni siquiera era original, sino que no estaban capacitados en su mente para pensar el mundo de otra manera, así como los indios no concebían los términos de vida del intelectual porfiriano.

Con lo anterior puedo expresar que cuando al indio se le llamaba bárbaro o salvaje no se aludía a la esencia de su ser sino a su condición en una escala histórica, que podía ser compartida con cualquier otro grupo. Además resulta relevante mencionar que, de hecho, indio pudiera ser una mejor categoría en este sentido que indígena porque éste último en una escala mundial sí que estaba asociado en su ser a lo no civilizado, a un grado menos *per se*, cuando se escribía sobre indígenas extranjeros siempre eran estos los rudimentarios y pobres alejados de la civilización, mientras que el concepto indio se utilizó específicamente para designar a personas que vivían en México o cerca de sus fronteras, un grupo específico.

Indio y raza

El indio, no *los* indios, fue la manera predominante para designar a aquellas personas, en lugar de utilizar el plural pues existía la creencia de que un individuo constituía un perfecto ejemplar de la colectividad a la que pertenecía; creencia antigua pero que se reforzó por la tendencia de aplicar el conocimiento científico a las cuestiones sociales de la humanidad. Al humano se le trató en muchos aspectos como a una especie más del planeta y tal como se podía analizar al león estudiando a un ejemplar sucedió también

con muchos grupos humanos. Relacionado a esto se encuentran los conceptos de raza y carácter, que pretendieron servir como contenedores de cualidades compartidas por grupos humanos con el fin de clasificarlos cual otra especie del reino animal.

“Raza” también aparece frecuentemente en escritos decimonónicos y se trata de un elemento importante al considerar la percepción que se tuvo sobre el indio, algunas veces tan importante como civilización. Sin embargo, el siglo XX nos dejó más de un evento sensible de recordar relacionado con el concepto de raza, y como resultado se han elaborado historias y estudios sobre el tema racial dando a entender que se trata de una práctica en toda época con el mismo valor negativo que en la actualidad; trabajos tanto filosóficos como históricos y sociales fueron escritos más que con ánimos de comprensión con la misión de denunciar en el pasado lo que en tiempos más recientes ocurrió, por lo que se ha confundido incluso el mero empleo de la palabra para determinar que alguien fue racista y se ha apelado a la concepción general actual sobre el hombre para juzgar a los escritores del pasado. El uso del concepto de racismo como lo conocemos ahora se introdujo más bien en Inglaterra y Francia a finales de la década de los treinta y actualmente se ha vulgarizado a tal grado que ya se emplea para cualquier posición que promueva la desigualdad.¹¹² Por lo anterior, determiné prescindir para el presente estudio de la categoría de racismo, pues se entiende más bien como las prácticas nacidas del odio y menosprecio a personas con características físicas bien definidas diferentes a las del agresor.¹¹³ Como ejemplos tenemos la segregación hacia los negros en Estados Unidos y el repertorio de situaciones que ocurrieron a judíos y otros pueblos durante el Holocausto. Entonces, me parece mejor utilizar para el proceso y los intelectuales que me ocupan a finales del siglo XIX y principios del XX en México la palabra “racialismo”, que más allá de los impulsos de odio hacia una persona físicamente diferente refiere una visión del mundo con tradición científica. Para Todorov, el racialismo es una ideología nacida en “Europa occidental” que desembocó en el comportamiento racista de muchos de sus seguidores, por supuesto, él también escribió con miras a denunciar su presente pero estuvo consciente de ello y lo explicitó. El racialismo ciertamente propuso una explicación del comportamiento humano respaldado

¹¹² Miguel Rodríguez, *La celebración de “la Raza”, una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana, 2004, p. 105.

¹¹³ Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, Trad. Martí Mur Ubasart, México, Siglo XXI, 2009. p. 115.

por la ciencia pero más que ideología preferiría llamarle modelo, que supo asociarse al de civilización para expandir su influencia. Llamarle ideología sería limitar su campo de influencia a un grupo y he observado que el racialismo estuvo presente, por ejemplo también en algunos indios, que se decían de “raza pura”. El racialismo es pues, meramente una concepción (con aparente sustento científico) de la humanidad dividida en razas; era para los intelectuales el orden natural de las cosas, sin que éste fuera malo o bueno, simplemente era; dirigió el pensar de grandes poblaciones sin importar sus orientaciones ideológicas o intenciones de cualquier índole, entre éstas sociales.

Ahora bien, ¿en qué pensaban los intelectuales cuando decían o escribían la palabra raza? El término debe su origen desde 1580, al vocablo italiano *razza*,¹¹⁴ sin embargo su significado cambió tanto antes del siglo XIX como sabemos que lo hizo en el siglo XX. En Nueva España, para nombrar a los distintos grupos heterogéneos se utilizó la palabra casta y en 1780 se le asoció en los diccionarios a la palabra raza para referirse al linaje y su “calidad”. Me parece que fue la tendencia de abarcar todo con la ciencia lo que propició la usanza del término raza para clasificar a la humanidad, pues así como se hablaba y hoy se habla de razas en perros, caballos y otros animales, se buscó estudiar al hombre, que también es un animal, dando como resultado una significación biológica. Debe entenderse que para esta época raza usualmente va de la mano de la herencia.

Por otra parte, también hay que considerar el carácter sumamente ambiguo de la palabra; raza fue usada indistintamente en muchas ocasiones, a pesar de referir a un concepto en común. Se ha escrito que el positivismo y luego, su variante spenceriana reforzada con el darwinismo social fueron el pretexto ideológico para justificar la superioridad biológica de la élite, burguesa además, con el fin de mantenerse en el poder por medio de la explotación del indio. Coincido con Raat en que “los escritos de Comte no pueden considerarse racistas ni en contenido ni en espíritu”;¹¹⁵ además coincido también cuando escribió que el positivismo no tuvo por qué traer a fuerzas el racismo, aunque esté en desacuerdo con su uso de “racismo” y el hecho de que haya querido dar una explicación del positivismo sin su relación con la ciencia. Como sea, tuvo razón en el primer punto

¹¹⁴ Manuel Vargas, “Biología y la filosofía de la raza en México: Bulnes y Vasconcelos”, Trad. Lorena Murillos, en Vargasphilosophy (sitio web), consultado entre agosto y septiembre de 2017, <http://vargasphilosophy.com/Papers/ConstrIdent.pdf>.

¹¹⁵ William D. Raat, “Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena”, en Solange Alberro, *Cultura, ideas y mentalidades*, México, Colmex, 1992, p. 123.

Raat y de hecho, el ideal de Comte parece más cercano a prescindir de la humanidad como conjunto de razas que a seguir usando el esquema. Comte veía su doctrina como universal, por lo que abarcaba a todas las razas, que para él eran tres: amarilla, blanca y negra, cada una con cualidades que la hacían superior o inferior para determinada cosa respecto a las otras dos. Las diferencias entre razas ya no existirían con el advenimiento del positivismo, porque las cualidades asociadas a cada una suponían para Comte un determinismo, pero social, así que se decía que con el cultivo de virtudes las diferencias podían desaparecer.

En la versión mexicana, podemos observar en una carta sobre su plan de estudios que Barreda mantuvo las aspiraciones de Comte:

Otra influencia social de la más alta importancia que podrá sacarse de esta fusión de todos los alumnos en una sola escuela, será la de borrar rápidamente toda distinción de razas y de orígenes entre los mexicanos, educándolos a todos de una misma manera y en un mismo establecimiento, con lo cual se crearán lazos de fraternidad íntima entre todos ellos y se promoverán nuevos enlaces de familias; único medio con que podrán llegar a extinguirse las funestas divisiones de razas.¹¹⁶

Es posible notar que la cuestión racial como elemento dentro de la vida humana estuvo presente y se atribuyó también con mayor peso al ámbito social. Además, llama la atención que para Barreda existía más de una raza en proporciones importantes de la población mexicana, lo que significa que no respetó la idea de Comte sobre las razas blanca, amarilla y negra, sino que tenía en mente a otros grupos humanos, propios del país. La situación se vuelve recurrente con el constante estudio de autores diferentes o similares, pues existía una suerte de ideas relacionadas que hoy nos parecen formar un concepto de raza para la época, pero el uso de la palabra se mantuvo ambiguo. Para su mejor comprensión, dado que el concepto adoptó un carácter biológico y que los intelectuales tuvieron como característica regirse por la ciencia, es necesario buscar significado en los científicos que pudieron darle la forma que en el Porfiriato se trató.

Por parte de Lamarck, en su *Filosofía zoológica* se entiende primero que raza era sinónimo de especie, pero también aparece como variación dentro de una especie. El científico determinó que no eran las formas del cuerpo las que determinaban las

¹¹⁶ Gabino Barreda, *Carta que este ilustre filósofo dirigió al c. gobernador del E. de México Mariano Riva Palacio explicando el plan de estudios de la ENP*, México, Talleres gráficos de la nación, 1929, p. 48.

costumbres en los seres sino que las costumbres influían en la constitución física de sus practicantes. Sus ideas en algunos casos fueron contrarias a las de Darwin y sin embargo no pareció en algunos mexicanos un impedimento para concebir ambos repertorios intelectuales en coexistencia, según Rosaura Ruiz debido a que también leyeron la versión de Haeckel, que integró a su manera el pensamiento de los dos autores. Yo encontré que en la Asociación Metodófila se convino que la teoría de Lamarck no estaba bien planteada y sin embargo no podía dejarse de lado la idea fundamental. De Lamarck, Haeckel y Darwin se rescató para la concepción sobre el indio el peso decisivo del tiempo en la conformación de grupos humanos y la idea de evolución, todo esto de la mano de la herencia.

En cuanto a Darwin, es posible notar que no estuvo en un principio tan seguro de utilizar el término raza, que también aparece como sinónimo de especie. Las razas en Darwin se asocian a civilización y salvajismo, pero sin tener por qué ser lo mismo; el mayor énfasis que puso el autor en ellas está en su diversidad, pues aun en los miembros de una misma raza había diferencias que no se debían pasar por alto, tanto que dos ejemplares de una misma raza podían ser más distintos que dos pertenecientes a razas diferentes. Las razas eran para Darwin tantas que no se animó a enunciarlas todas, podía el tiempo mezclarlas y dar lugar a otras nuevas, la diferencia más observable era el tono de piel y sin embargo no era suficiente para determinar a cuál pertenecía cada quien, algunos hombres de otras razas bien podían hacerse pasar por europeos. Se tenía la idea de que la inteligencia de un hombre podía ser mayor o menor según su raza y sin embargo, en su viaje por el *Beagle* los naturales de Tierra del Fuego, tenidos por los más ínfimos, habían demostrado una inteligencia equiparable a la de la tripulación; además de que Darwin llegó a ser amigo de un negro que no le pareció tonto como se decía de su raza. El científico detectó rasgos en la humanidad en general para intuir que las razas tenían “fuerzas inventivas y mentales parecidas”,¹¹⁷ como el hecho de que el arco fuera una idea no heredada sino común en la historia.

Ante las dudas de Darwin y su imposibilidad por definir a las razas debemos saber que entre los científicos e intelectuales de lo social tanto porfirianos como europeos había una conciencia de que el saber que se manejaba era nuevo, en buena parte desconocido y

¹¹⁷ Charles Darwin, *El origen de las especies*, Madrid, Ediciones-Alba, 2000, p. 203.

susceptible de cambios. Uno de los autores más tenidos por racista e influyente en ese aspecto en México fue Herbert Spencer, que en uno de sus textos donde dedicó mayor importancia a la raza no dejó de expresarse con preguntas, dudas e intuiciones, y revelando la naturaleza nueva y poco clara del terreno que exploraba. Para Spencer tampoco pareció estar claro cuáles eran las razas pero sí que había en ellas diferencias que las colocaban en grados superiores e inferiores, que erróneamente se ha entendido como una concepción denigratoria en todo momento de la condición del otro. La idea de raza en Spencer se relacionó con el desarrollo, progreso o evolución de las aptitudes mentales, dando la idea de que los inferiores carecían de la complejidad del superior. Propuso determinar a qué raza se pertenecía por cualidades como el grado de abstracción al que se podía llegar y sentimientos sobre la música y la propiedad, todos ellos estudios que no se había hecho y con más interrogantes que certezas. Poco mencionó sobre el color de la piel y diferencias físicas; pensaba que aunque algunos antropólogos hubieran consagrado casi toda su atención al estudio de los caracteres físicos mayor importancia tenían los psicológicos.¹¹⁸

En el caso concreto de los intelectuales porfirianos, en efecto se pueden encontrar referencias a “raza india” o “raza indígena” y sin embargo no dejan de ser ambiguas. Hubo un consenso en determinar que el indio pertenecía a otro u otros grupos humanos pero siempre hubo problemas para aclarar una posición en una única y formal clasificación racial, posiblemente porque muchos dudaron no de la existencia de razas, porque eran racialistas, sino de la naturaleza misma de la raza. Así que no les cabía duda de que las razas existieran pero al preguntarles cuáles eran no se ponían de acuerdo, llegando algunas veces a negar incluso la existencia de una raza propia del indio. Entonces puede leerse en Bulnes, por ejemplo, la raza extraña y misteriosa que sufre,¹¹⁹ y en otros más como Sierra, Corral y Casasús algunas veces expresando la raza india como si se tratara de una sola y otras veces las razas indias dando por hecho la diversidad de dichos pueblos. Sin embargo, el problema al expresarse sobre las razas, que no lo era sobre concebirlas, no fue exclusivo respecto al indio pues de igual forma se habló de la raza anglosajona, raza negra, raza azteca, raza indígena, razas indígenas, razas belicosas,

¹¹⁸ Herbert Spencer, “La psicología comparada de la humanidad”, en *Ensayos científicos*, Trad. José González Llana, Madrid, 1908, p. 261.

¹¹⁹ Francisco Bulnes, *Sobre el hemisferio norte once mil leguas impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Cochichina, Egipto y Europa*, México, UNAM, 2012, p. 12.

raza pura, raza mezclada, raza latina e incluso raza de Cro-magnon y raza de fúfooz. En fin, algunas veces se utilizó de forma indistinta para designar pueblo, familia o cualquier otro tipo de división de grupos humanos, incluso en un mismo autor: Justo Sierra en 1899 escribió sobre la raza latina y tiempo después refirió que dicha expresión era un absurdo científico; Ramón Corral escribió sobre las razas indígenas de Sonora dando a entender que cada indio era de una diferente; Francisco Bulnes reconoció la existencia de las mismas razas que Comte, agregando a la india como una cuarta, además elaboró otra clasificación más de razas, ésta vez según la alimentación sin por ello dejar de pensar y utilizar la primera. Así que leyendo las obras es posible notar una aceptación común de las razas según el pensamiento europeo estableció, es decir blanca, amarilla y negra, asociadas a los continentes europeo, asiático y africano respectivamente, lo cual supuso un problema para la realidad mexicana. Aquí al blanco se asoció con los criollos y su descendencia. Respecto al indio, no cabía duda de que tenía que pertenecer, como todos, a una o varias razas pero en ellos se optó utilizar la palabra las mayoría de las veces como sinónimo de pueblo, sabiendo que había diferencias pero que no conocían, que no es lo mismo que negarlas.

Como resultado de esta conciencia de que el conocimiento de las razas era poco y deficiente, surgieron dos respuestas entre el grupo intelectual, la primera de Francisco Bulnes y la segunda de Justo Sierra. Bulnes en *El porvenir...*, dividió a la humanidad en tres razas según su alimentación: la del trigo, del maíz y del arroz, ofreciendo una alternativa a la inexistencia del tipo racial americano en la concepción tradicional de la triada racial pero generalizando groseramente la diversidad de los pueblos en torno a un mismo alimento. La premisa de Bulnes era que los grandes imperios habían sido consumidores de trigo y buscó en sus componentes químicos una respuesta que encontró en la cantidad de energía y nutrientes que cada cereal proporciona. Además, Bulnes dio un peso definitivo al clima en el desarrollo de las razas, “condenando” a los trópicos porque impedían realizar actividades progresistas, influían en la pereza y no eran aptos para cultivar cierto tipo de alimentos. Del autor llama la atención cómo no limitó su concepción de raza a las características físicas como la piel y cómo dentro de la raza del maíz cabían indios, criollos y mestizos siendo parte de una sola; además Bulnes nunca pudo explicar en su libro qué era exactamente una raza y dentro del mismo siguió

expresándose con el término de manera indistinta, incluso años después reconoció la existencia de tres únicas razas, caucásica, mongólica y etíope (blanca, amarilla y negra) y nunca dejó por ello de pensar en su propia elaboración ni de dejar de escribir “raza india”, “razas aborígenes”, etc. Podemos notar que conocía las limitaciones del concepto y sin embargo no concebía otra forma de separar a la humanidad, pues aunque fueran pocos y titubeantes los pasos que se habían dado eran sobre el calzado de la ciencia. La propuesta de Bulnes no tuvo gran aceptación entre otras cosas por su extremo determinismo geográfico y en cambio, la posición de Sierra fue mayormente aceptada por el grupo intelectual al que ambos pertenecieron.

Justo Sierra, en su *Historia general o Sumario de historia contemporánea*, texto para alumnos publicado en 1891 y con una segunda edición en 1904, al referirse a los diversos grupos humanos enunció un párrafo que vale la pena reproducir, a pesar de su extensión:

El estudio de la humanidad distribuida en grupos clasificados por caracteres comunes predominantes, como el color de la tez, la estructura del cráneo, la sección del cabello y en último término el lenguaje se llama etnografía. Es una ciencia que aún comienza, y que como parte de la antropología o historia natural del hombre, aún no se constituye, porque le falta un criterio científico, un punto de partida que sea una verdad evidente para fundar la división, pues que todos o casi todos los grupos humanos se han mezclado entre sí, y no hay propiamente razas puras. Pero sí se han podido formar tipos: es decir, sumas o conjunciones de los rasgos exteriores que predominan en la mayoría de los individuos de un grupo, y así se han formado, para el estudio, divisiones por *razas*. Para las necesidades de esos estudios históricos bastan las divisiones por el color de la tez y el aspecto fisonómico. Las principales de estas son: la *raza blanca*...la *raza amarilla*... la *raza negra*... y la *raza americana*. Algunos etnógrafos piensan que todas las razas derivan de un sólo grupo humano; otros creen que la diversidad radica de caracteres autorizan a suponer que se originan de grupos distintos.¹²⁰

En el texto podemos observar el desconocimiento sobre la materia durante la época y a pesar de eso, la renuencia a prescindir de la clasificación racial, además de que Sierra agregó la raza americana al repertorio de las aceptadas por la etnografía. Reconoció el autor que la división se daba con el motivo de seguir estudiando al hombre, un modelo pronto a corroborarse pero que no convencía del todo. El uso de la palabra en Sierra y el

¹²⁰ Justo Sierra, *Obras completas*, tomo XI Historia general, México, UNAM, 1977, p. 23.

resto de los intelectuales siguió siendo ambigua y esto no les supuso un problema; asimismo la significación etnográfica fue reservada para contextos específicos en los que cabían más dudas que firmeza y se fue modificando según las investigaciones realizadas por científicos.

Es de notar además, en este punto, que por estos medios los intelectuales ampliaron considerablemente su esfera de influencia. La elaboración de obras específicamente pensadas para ser libros de texto o apoyo indirecto en la educación, ya fuera en forma de historias, compendios o catecismos fue un campo que sobre todo cultivó Sierra, pero de todos los intelectuales del grupo no fue el único que impartió clases. La visión antes referida en la cita fue compartida por colegas pero también por los alumnos que el profesor formó. De esta forma los intelectuales propagaron con mayor facilidad su pensamiento a las generaciones siguientes y se fue formando cada vez más un consenso sobre las nociones básicas que un intelectual distinguido debía aceptar, de tal manera que sus textos fueron un puente y filtro de ciertas ideas del pensamiento francés y europeo para los jóvenes mexicanos.

Por otra parte, suele pensarse que Gustave LeBon, reconocido difusor del racismo, influyó de manera decisiva sobre los intelectuales porfirianos y es que como racialistas compartieron un fondo común de concepciones respecto a la raza. No obstante, lo cierto es que el que lo hubieran leído no significó que estuvieran de acuerdo con él. Posiblemente debido al problema y a las intensas críticas hacia la religión de la humanidad que Comte planteó y que fue mal recibida por la gran mayoría de la gente en México, los intelectuales fueron en adelante más críticos y pulieron su filtro sobre las novedosas teorías que llegaban de Europa. Para LeBon, las razas en términos generales significaban aglomeraciones humanas, lo cual coincide con la concepción de los intelectuales mexicanos por tratarse de algo tan amplio. La parte del pensamiento de LeBon que fue aceptada mayormente entre los intelectuales fueron nociones que ya existían en ellos debido a la tradición racista anterior al francés, los puntos en que difirieron cada vez más fueron los referentes al veredicto final: que algunos hombres estaban por su raza condenados sin más, condenados en la historia sin derecho a objeción. Rabasa y Sierra denunciaron las afirmaciones de LeBon y otros autores que compartieron mismas ideas, y cómo no, si como patriotas estaban defendiendo con la

pluma a su país, con los grandes avances que habían logrado los gobiernos de Díaz y González en materia industrial y con los avances morales que como profesores y encargados de los aspectos sociales realizaban día a día los intelectuales no podían aceptar que sus esfuerzos al fin y al cabo eran inútiles. Era tarea de la política científica buscar moldear y orientar las cualidades del hombre y con el veredicto de LeBon esto se volvía inútil, la política científica entonces no tendría sentido de emplearse. Con la revisión de los textos de intelectuales, no me parece que ellos pensarán en la condena *per se* del indio, como hicieron algunos europeos; dicha máxima hubiera significado que nada podía hacerse por el país, además estaba en contra de los preceptos de Barreda, Comte y lo que ellos creían que era la ciencia misma, se trataba de una afirmación que tendía más al estatismo que al dinamismo. Por otra parte, más parece haber agradado en México la noción de raza de Taine, que también la usó indistintamente como pueblo. La raza encontró cabida también como sinónimo de nación, cuando se consideraban compuestas por entidades conocidas como cuerpos históricos de hombres con un gobierno y territorio homogéneos, pero también como grandes entidades culturales compartidas por varios países. Por esta razón se hablaba de raza española, raza anglosajona o hasta raza mexicana. Además, como escribió Pérez Vejo, raza fue pensada como “factor en el progreso de las naciones”,¹²¹ sobre todo en los Estados americanos, que tenían una población heterogénea en comparación a la aparente uniformidad en los Estados europeos.

La raza pues, que definió el pensamiento sobre el indio significaba una aglomeración humana. No hubo en mi grupo de intelectuales una condena insalvable sobre la cuestión indígena porque no creían que la raza fuera suficientemente poderosa *per se* para determinar al hombre; porque iba en contra de los ideales positivista y liberal y porque muchos de ellos se esforzaban día a día por mejorar su situación, la mayoría de las veces sin motivarse en la raza sino trabajando por el mexicano en general. Por otra parte, no hay que prescindir en el análisis del hecho de que la palabra raza haya sido tratada tan indistintamente mezclando su significado con el de pueblo, pues pareciera que no se le

¹²¹ Tomás Pérez Vejo, “Raza y construcción nacional. México, 1810-1910”, en Pérez Vejo Tomás y Pablo Yankelevich, *Raza y política en Hispanoamérica*, México, Bonilla Artiga editores - Colmex - Iberoamericana Vervuert, 2017, p. 61.

da mucha importancia, así y yo incurriría en un error si no tratara de comprender esta relación.

Si bien entre los intelectuales no hubo un consenso sobre cuáles eran las razas y cómo explicarlas, el consenso estuvo en cómo pensarlas: la herencia. Se podían llamar al pueblo germánico, al indio, a los indígenas, al blanco y al negro raza porque se partía del supuesto de que caracteres se transmitían de generación en generación hasta propagarse sobre un grupo humano, de tal manera que por dichos caracteres podían identificarse ante los demás. Estas cualidades propias de un grupo humano, fueron contenidas en el concepto de carácter, muy antiguo porque recuerda a la teoría de los humores y el supuesto de que con la explicación de un hombre se explica a su grupo y que sin embargo adquirió otra significación por la ciencia. Así, se pudo hablar de la raza como ligada al carácter de un pueblo.

Estuvo presente durante el Porfiriato la idea de que los caracteres transmitidos eran tanto físicos como morales, pero comprendí que en el *corpus* de textos de los intelectuales le daban preeminencia al aspecto moral. Actualmente se rechaza por la ciencia la idea de que el modo de ser sea heredado biológicamente. No obstante, muchos autores decimonónicos creyeron que además del tono de piel y otras cualidades fisonómicas se heredaban durante la gestación la parte intangible que constituye al hombre. En los intelectuales que revisé algunas veces apareció esta idea, aunque casi siempre sin ser explícita del todo ni desarrollada, pero la mayoría de las ocasiones dieron a entender que al vivir en un ambiente lleno de prácticas y concepciones particulares los hijos las adoptaban y después enseñaban a su descendencia, siendo esta situación también una herencia. El peso de lo social estuvo más presente que el de lo biológico en este aspecto; no cupo la idea de que el indio estúpido transmitía su estupidez biológicamente sino que podía ser estúpido, de la misma forma que el blanco, por el contexto que él y sus similares habían vivido. Tampoco cupo la idea de LeBon, de que hablar de razas en hombres era como hablar de especies en animales, pues siguiendo las tradiciones liberal y positivista, y también la católica, todos los hombres eran iguales en su esencia de hombre.

El carácter del indio podía ser entendido de diversas maneras, lo mismo que su raza, según su procedencia, pero se podía hablar así en términos generales al igual que sobre el

blanco o cualquier otro grupo humano; como pensó Rabasa: había tanto indios listos como blancos estúpidos. El carácter siempre estuvo más asociado a lo mental que a lo físico; en esencia se trató de maneras de actuar frente al paso del tiempo en la vida humana; cada pueblo o raza tenía un carácter distinto que lo había distinguido del resto en el devenir de la humanidad y este carácter se convirtió en una especie de atmósfera que permeaba al grupo que lo tenía. Así que si algún indio era de tal o cual manera se debía a que había aprendido a vivir con el estilo de los que le rodeaban; si se le tachaba de embrutecido, era porque en sus comunidades no había escuelas y vivía según la supersticiones prehispánicas y coloniales contadas por su pueblo durante generaciones; si se le acusaba de ladrón y alcohólico era porque había vivido en las condiciones más pobres respecto a otros sectores de la población del país, condiciones que como se piensa hoy en día, no garantizan el desarrollo de las personas en el ámbito moral e intelectual.

El médico Porfirio Parra fue quien nos legó un par de trabajos explícitos sobre lo que se entendía por carácter en los círculos de intelectuales durante su época, ambos publicados en 1889 y reimpresos en 1905. Para ellos, el carácter estaba íntimamente relacionado a las acciones morales, políticas y educativas; se ponía entender como una fisonomía de lo no tangible en el hombre, como una “personalidad mental”.¹²² Los individuos podían poseer un carácter propio pero dados los rasgos en común con la gente que los rodeaba era posible también descifrar caracteres de grupos, clases o pueblos. Conocer el carácter de los hombres era para los intelectuales conocer cómo se desenvolvía el hombre en la práctica,¹²³ indispensable para la política científica porque así se administraban de manera propicia las facultades de los gobernados.

Dado que el carácter era considerado, junto con el clima y las particularidades históricas un motor en el devenir, se tomaba en cuenta cómo reaccionaban los pueblos a los problemas que se les presentaban para determinar su posición en la escala mundial. Siendo el carácter el resultado de todas las acciones y sensaciones, se consideraba no sólo lo producido sino la manera de hacerlo; usualmente se asoció el carácter a los sentimientos, a la respuesta no controlada racionalmente y que se ocupa en buena medida de las relaciones humanas. Los traumas, por tanto representaban una importante prueba y obstáculo para que los grupos humanos demostraran cómo podían sobreponerse actuando

¹²² Porfirio Parra, “Etología o ciencia del carácter”, en *Revista positiva*, México, núm. 65, 1905, p. 549.

¹²³ Porfirio Parra, “División del Carácter”, en *Revista positiva*, México, núm. 65, 1905, p. 550.

como conjunto, y respecto al indio creían que había demostrado por la Conquista, Nueva España y la Reforma un nivel de inferioridad en ciertos aspectos, por considerarse abatido y sin mayor respuesta que el sufrimiento. Ligado a esto se hizo también una distinción por parte de los intelectuales hacia las comunidades de indios. Los del antiguo septentrión novohispano que hasta finales del siglo XIX habían luchado constantemente y se habían levantado en armas se les consideró más viriles por su belicosidad que el que se había refugiado bajo el alcohol en la Cuenca de México. Lo anterior es un legado de la tradición antigua-medieval que llegó al Nuevo Mundo, se consideraba a ciertos hombres viriles o afeminados según actuaban ante el devenir.

Inferioridad y Superioridad

Así que los indios viriles eran superiores en ese aspecto del carácter frente a otros indios y personas de otras razas pero eran inferiores en otros aspectos también. Se ha considerado la idea de inferioridad y superioridad como una justificación de los Científicos para dominar al indio, que por tener una condición humana inferior tenía que servir a los intereses del superior, la burguesía; también se ha empleado esta idea como argumento de que la élite despreciaba racialmente y discriminaba al indio por una desigualdad con bases pseudo científicas. Pero el empleo de esta idea tiene matices que deben aclararse, empezando por qué se entendía por la inferioridad.

Miguel Macedo escribió *Ensayo sobre los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores* cuando participaba en la Asociación Metodófila; desde un inicio aclaró que su texto se desarrollaba en el ámbito de las generalidades. Superior debe entenderse entonces con una significación muy similar a la de ahora; el diccionario de la Academia Española que citó Macedo en 1869 coincide en varios puntos con el actual: se trata de aquello en una posición más alta y en lugar preeminente respecto a otra cosa; cuando se es más que algo o alguien en cualidad; el que tiene bajo su cargo a otros. El empleo de superior e inferior es siempre relativo porque no existe entre los hombres alguno superior a secas sino que debe especificarse en cuál de la infinidad de las cualidades que forman la diversidad humana se es mejor. De esta forma podemos pensar que Macedo y sus compañeros pensaban que eran más hábiles en algunas cosas respecto al indio o a otras

personas y de igual forma que eran inferiores en otros aspectos, porque dichas habilidades se habían desarrollado en circunstancias distintas. Además de que existe en este pensar un reconocimiento a la autoridad, pues el padre, el tutor y el gobernante son superiores en mando porque están facultados en formación para orientar el actuar del hijo, el aprendiz y los ciudadanos; es posible observar claramente la huella del positivismo al respecto, pues el ensayo de Macedo y la adopción de sus principios por los intelectuales fueron una respuesta al período anárquico que Comte y Barreda observaron en sus países. Concebir en términos de superioridad e inferioridad algunas relaciones humanas que tienen un significado importante para el desarrollo de la sociedad constituyó una manera de pensar alternativa para la convivencia y afrontar la crisis de valores que se pensaba vivir, la sociedad jerarquizada impondría su eficacia y demostraría ciertas reglas y valores como la prudencia y el respeto para poder actuar.

Así como el inferior en por ejemplo, conocimientos o empleo de modales tenía que respetar al superior, éste a su vez cargaba con la responsabilidad de compartir su conocimiento en pro del desarrollo del inferior. Ser superior significaba, además de dictar lo que el otro debía hacer, un estado de abnegación, “contribuir al mejoramiento del inferior y consagrarse al servicio de la humanidad”.¹²⁴ A Macedo no le interesaron el tono de piel, la altura o cualquier otro factor fisonómico al designar la inferioridad sino el nivel de cultivo en sus virtudes que tenía cada ser humano; se podía ser superior moralmente en cuánta empatía se genera respecto al otro, en el talento para ciertas materias escolares o en el carácter para afrontar la vida; así como superior en lo social si se tomaban en cuenta las posiciones de poder y riqueza. El hecho de que cada quien fuera inferior o superior en diferentes aspectos daba pie a formar relaciones complementarias.

Bastantes años después, en 1901, Limantour pronunció un discurso¹²⁵ en el que podemos observar buena parte de los ideales del grupo de intelectuales al que estuvo unido y en el cuál mencionó también el aspecto de la superioridad. Había para él, a causa de las leyes naturales sobre la preeminencia de los más aptos y la selección natural,

¹²⁴ Miguel Macedo, “Ensayo de los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores”, en *Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda*, México, Imprenta del comercio de Dublán y Chávez, 1877, p. 215.

¹²⁵ Ives Limantour, “Discurso pronunciado por el sr. Lic. José Ives Limantour secretario de hacienda, en la ceremonia de clausura del concurso científico nacional”, en *Revista Positiva*, México, núm. 2, 1901, p. 54-63.

personas en mejores condiciones que otras (no mejores personas *per se*) para progresar y hacer progresar al país, que adquirirían posiciones privilegiadas respecto a otros. Las personas que particularmente hacían frente a la adversidad representada por un sin número de factores en la historia como el clima, la raza y su carácter, la educación, el medio social y la herencia biológicas eran consideradas superiores y podían nacer en cualquier situación. Sin embargo esto no significaba una condena para el resto de la población que por una u otra razón no nació con una cuchara de plata en la mano o pudo por factores históricos sobresalir. Pensar que las (terribles, en palabras de Limantour) leyes naturales del determinismo actuaban condenando a algunos sin poder hacer más, sería llegar al determinismo extremo y negar al hombre el libre albedrío. La inteligencia, común en todos los hombres era el factor incontable para la ciencia y el que se podía ejercitar para progresar sin importar la condición de su empleador; la inteligencia ofrecía avances técnicos y orientaba el altruismo para socorrer a los que no habían en un principio sido contados como superiores. Limantour se mostró en contra, como Sierra, Rabasa y muchos más, de la condena de algunos europeos hacia la población mexicana pues pensaba que todos los tipos de hombres eran capaces para mejorar y tenían la inteligencia para progresar; de otra forma sus trabajos en hacienda serían inútiles y con un país con la mayoría de la población atrasada no habría más que hacer que observar cientos de miles de vidas estáticas en el tiempo sin derecho *per se* a mejorar.

Ante la inserción de manera tan natural de las personas consideradas indio por parte de los intelectuales en la escala del progreso mundial, no debe extrañar que hayan sido consideradas la mayoría de las veces en las menciones sobre la civilización, barbarie y salvajismo, la raza y la superioridad e inferioridad como unos seres humanos más. Es cierto que en algunos aspectos, en el desarrollo de ciertas capacidades, se le trataba aparte pero en todos los problemas que le atribuyeron como la pobreza, el alcoholismo y la falta de educación había consciencia constante de que no eran inherentes y mucho menos endémicos en él. Por lo tanto, las propuestas para solucionar dichos males iban encaminadas antes que a la mejora del indio a la mejora del mexicano en general, pudiendo ser alcohólico o poco culto el blanco, el criollo, el mestizo o cualquier otro grupo del país. No obstante, también es cierto que como sector específico diferente de las otras grandes generalidades formaba parte importante de la población y jamás podía

dejarse de lado cuando se meditaba sobre la situación mexicana. La diferencia esencial de los vicios que poseía el indio frente a otro radicaba, según pensaban los intelectuales, en las circunstancias históricas en que había vivido.

El indio según los intelectuales

Los intelectuales se valieron de la concepción de la sociología como ciencia nueva que incorporaba elementos tanto del método científico como la consideración de que por medio de la historia se podían obtener causas y leyes para comprender y transformar a la sociedad, la clave estaba desde el inicio en la observación de la situación. Pensemos que ni la ciencia ni el quehacer histórico se realizan de la misma manera que hace más de un siglo y que la observación se prefería a la interpretación por otorgar más datos comprobables, y llevar el registro de las características se pensaba que permitía luego explicar situaciones o personas similares con la misma descripción.

Pienso que en el Porfiriato hubo un consenso más o menos común sobre el indio entre las personas que no lo eran, sin importar si fueran liberales metafísicos, liberales positivistas o conservadores. Casi todos concordaban con las referencias de la tradición de Clavigero, Mora y otros tantos más; por ejemplo, en 1900 Díaz Covarrubias describió al indio como de pelo negro, piel morena bronceada, dientes blancos, manos y pies pequeñas; tenido por inepto para la invención pero hábil para la imitación, servicial, desconfiado, no impulsivo y melancólico.¹²⁶ Díaz Covarrubias mencionó además la expresión raza mexicana, también que no existía la pureza de sangre y el porcentaje de habitantes con tipos dolicocefalos y braquicefalos en el país, pero de manera separada a la descripción tradicional, sabiendo que eran exposiciones científicas nuevas y dudoso en cómo incorporarlas. En el caso de los intelectuales que trato, hubo mayores intentos de crítica y por ende de fusión del conocimiento legado en la historia mexicana y de las novedades europeas, respecto al indio.

Con el *corpus* de textos que revisé me parece que es posible presentar por medio de las coincidencias al indio que pensaban los intelectuales, que no es muy diferente en forma respecto al párrafo inicial del presente capítulo pero en significado sí que lo es. El indio

¹²⁶ Justo Sierra (director), *México su evolución social*, tomo 1, México, M. A. Porrúa, 2005, p. 23.

pues, en un país con menos de un siglo de vida, se trataba del descendiente de los habitantes prehispánicos; se tenía conocimiento de la gran variedad de pueblos como los mayas, yaquis y nahuas pero la categoría se mantuvo por tradición y porque recordaba en su usanza a la situación específicamente mexicana. Era el descendiente más próximo de los antiguos habitantes porque conservaba una manera de vivir con tendencias conservadoras, aparentemente con renuencia a adoptar prácticas que marcaban tendencia en los países tenidos por más civilizados y también con terquedad por abandonar costumbres y creencias en cuyo terreno la ciencia no sirve. No es que la religión católica y la creencia en Dios no fueran aceptadas por los intelectuales, porque muchos eran creyentes, sino que se referían más bien al extremismo del fanático y a la mezcla resultante del catolicismo y las idolatrías prehispánicas. El indio recordaba bastante al pasado colonial que la necedad liberal quiso extirpar, parecía para los viejos liberales una carga arrastrada que la generación anterior no había podido eliminar y parecía para los nuevos liberales positivistas la cuestión de la que los viejos no habían podido encargarse; además de la extraña mezcla religiosa que practicaban aún hablaban el castellano con los modismos y expresiones del siglo XVI, no inteligible pero sí diferente al de los intelectuales, que aunque no en sustancia, en forma propició mirar al indio diferente. Y esto respecto al que aprendía el castellano, porque muchos en el país lo desconocían y aprender el idioma del que no se conocía como ahora no ayudaba mucho teniendo en cuenta la diversidad de lenguas a lo largo de todo el territorio. Se le denominaba “el indio” por la creencia de que el individuo representa en buena medida a la generalidad pero también tuvo que ver el hecho de que conocían cómo estas personas tendían a organizarse: los indios vivían en corporación. Según el Antiguo Régimen pero incluso antes, desde la época prehispánica, el modo de vida indio congeniaba más con las prácticas colectivas que con el individualismo de los liberales, que lo veían como impedimento para el progreso del país.

Quizá fue la tendencia de indio a vivir en comunidad y corporación uno de los factores para llamarle poco inteligente, porque esta visión de la organización humana fue asociada algunas veces con las masas, en donde no se piensa y no se distinguen rostros. No fue, sin embargo de mucho peso este factor en el grupo y se atribuyó más bien su falta de desarrollo de inteligencia a otros elementos, sin negarles su capacidad mental a

pesar del nivel de inteligencia bajo que pudieran mostrar. Entre los elementos más importantes estaban el clima (que sólo Bulnes extremó), la alimentación, la educación y las circunstancias históricas en general. No podría escribir que pensaron los intelectuales firmemente en un verdadero determinismo biológico, sino más bien en uno social y además moderado, me parece factible de afirmar que la instrucción que recibieron y posteriormente sus posiciones dentro del gobierno los obligaron a pensar que el indio sin importar su condición debería de tener opción de mejora. Negarle ésta hubiera sido negar también el papel de la libertad en el hombre que como liberales pregonaban; condenarlos hubiera sido apelar al estatismo que dentro del positivismo, el progreso y la evolución no cabía para ellos; llegó a expresarse que parecían permanecer estáticos pero no que en verdad lo fueran; además, negarle al indio capacidades hubiera sido también condenar la obra porfiriana en general, que para realizarse necesitaba de una población específica, y con el país lleno de masas idiotas con un adelantado pronóstico negativo ¿para qué entonces siquiera intentarla? La historia demostraba para los intelectuales, con Juárez y otros ejemplos, que el indio era capaz de civilización y equiparable a cualquier otra persona; además hay que considerar hechos como que el propio Díaz, presidente que encabezaba la gran obra del país tenía, a pesar de no ser él, muy cercanos antecedentes indios en su ascendencia. Por si lo anterior fuera poco, los intelectuales llegaron a convivir con el indio de cerca y probablemente en sus juventudes forjaron amistad con algunos, los que nacieron y crecieron en el sureste mexicano eran mestizos en estados con población predominantemente india; resulta muy complicado imaginarlos sin alguna clase de trato con ellos en su vida diaria, pues pudieron conocerlos como vecinos, compañeros de clase o como a la gente a la que le compraban fruta o les hacía servicios domésticos. Rosendo Pineda fue hijo de una madre india zapoteca y un francés aventurero que al poco tiempo de conocerla la abandonó, su primera instrucción entonces fue dada por una india y algunos rasgos de su herencia indígena se notaban en lo físico, sin embargo nadie dudó de su ímpetu y fue considerado el eje de diamante del grupo Científico. Por otra parte, en el norte Enrique Creel tuvo una infancia por demás humilde y es de suponer de igual forma su convivencia, quizá en sus clases de teneduría de libros fue profesor de más de alguno; y Ramón Corral, como más adelante se verá, dedicó una

parte importante de su obra a estudiar a los indios que vivían o frecuentaban el territorio de su estado.

La clave de la percepción sobre el indio estuvo en la importancia del tiempo en la concepción del hombre. Siguiendo la idea de Urías Horcasitas, no veían los intelectuales al indio en sus vicios como su estado natural determinado sino como una alteración,¹²⁷ pues el cambio era parte del tiempo y sus circunstancias, y tanto se podían agravar como mejorar. Por eso se podía hablar de su embrutecimiento, porque en la marcha del progreso no había paros sino adelantos y retrocesos, embrutecimiento porque con el paso de los años el indio no se había cultivado por falta de instrucción. Los vicios que le rodeaban eran la consecuencia de su paupérrima condición de vida, así como hoy en día entre los sectores más abandonados del país se propagan el robo y el alcoholismo, un problema cultural en los grupos desprotegidos, quizá le dirían algunos actualmente. Con lo poco que solían ganar no se alimentaban bien y a lo largo del siglo XIX no se había progresado mucho en materia de su educación; hacían falta escuelas y en caso de haber éstas es probable que los cultivos de la comunidad los necesitaran más.

Con la errónea idea de que advertir sobre las condiciones de desigualdad de un grupo suponen racismo, sumado al desprecio generalizado hacia el Porfiriato y la pluma de los contemporáneos detractores no siempre preocupados por la verdad, se pensó que los Científicos generaron un odio y desprecio hacia el indio, incluso entre los argumentos en su contra están las corrientes de pensamiento que llegaron de Europa. Sin embargo, me parece que con frecuencia se ha omitido un aspecto del positivismo que influyó de manera importante en la formación de los intelectuales y algunas labores que realizaron una vez conseguidos trabajos de gran importancia social: El altruismo.

Comte, y después los intelectuales porfirianos, creyeron darse cuenta de que el liberalismo metafísico hacía tender a los hombres hacia el egoísmo por su extremo individualismo. Para ellos, el espíritu positivo era todo lo contrario, directamente social.¹²⁸ La máxima comteana “vivir para los demás” recuerda al ensayo de Miguel Macedo sobre superioridad e inferioridad y varias actividades que los intelectuales realizaron o agradecieron, Limantour y Casasús tuvieron fama de filántropos, y otros

¹²⁷ Urías Horcasitas, *op. cit.*, p. 177.

¹²⁸ Comte, *Discurso...*, *op. cit.*, p. 94.

como Sierra y Pineda pudieron realizar sus estudios gracias al apoyo de terceros. Aunado a esto, el darwinista social Spencer difundió que los tenidos así mismos como civilizados debían ser benévolos y filántropos, aunque no respetó la idea del altruismo extremo comteano. La modificación de Spencer fue pensar mejor en un balance entre altruismo y egoísmo, pues el exceso de bondad podía generar pereza en los beneficiados. El ideal de moral que buscaban desarrollar los intelectuales no iba acompañado del desprecio al necesitado, así como el ideal político no podía realizarse si lo condenaban. De esto y otras ideas mencionadas en el presente trabajo que adoptaron los intelectuales sobre Spencer poco se ha resaltado y más bien se exagera que el autor inglés fue el principal soporte teórico para justificar la explotación hacia los indios. Lo que rescataron de él fue lo que estuvo en concordancia con lo que Barreda y Comte plantearon y me parece, se ha subestimado el filtro crítico que los intelectuales tuvieron respecto a Spencer y otros autores europeos como LeBon.

Hay que tener en cuenta que el aspecto de mayor importancia en la composición del indio, sin importar cómo fuera, se encontraba en la posibilidad de cambio. Urías Horcasitas mencionó que a diferencia de los liberales viejos, los positivistas reiteraron la necesidad de reconocer el valor del grupo indio para el desarrollo social.¹²⁹ El positivismo planteó, sin degenerar en una cultura de masas, la importancia de la subordinación del individuo a la sociedad para el progreso en conjunto de la nación, es decir que no concebía al individuo por encima del resto sino que éste era considerado como parte importante, pero parte a fin de cuentas, de un todo inmenso que contribuía a constituir; era necesario que todos los órganos del cuerpo social trabajaran a la par para alcanzar el anhelado progreso. Por esta razón, lejos de recriminarle al indio y a sus capacidades los fracasos de la Reforma, como había hecho la generación anterior, el plan de acción en teoría tuvo que ser considerarlo en igualdad de condiciones y ejercer en buena medida la responsabilidad sobre su situación.

Por otra parte, siguiendo a la importancia del tiempo, los intelectuales heredaron la concepción de muchas décadas atrás sobre que gran parte de los males del indio se debían a la experiencia española. El factor histórico influyó en favor de que el biológico no se enalteciera y muchos intelectuales, creciendo con formación liberal adoptaron

¹²⁹ Urías Horcasitas, *op. cit.*

viejas ideas pero desde otros enfoques; la culpa del retraso civilizatorio general en el país se debía a que durante trescientos años gran parte de la población no estuvo subordinada a los objetivos de la nación (que no existía), sino sometida a los intereses de la Corona Española. En primer lugar, la Conquista hizo caer en picada la moral de algunos de los indios al ver el mundo que conocían destruido y suplantado por uno muy diferente, y posteriormente por las enfermedades y el trabajo que fueron obligados a realizar; se tenía la idea generalizada de que el indio había sufrido un trauma colectivo del que no pudo reponerse, que ahogaba sus penas en el alcohol como lo habían hecho sus padres y los padres de sus padres, y que por tanto su postura frente al mundo no podía ser otra que de indiferencia, y que a los descendientes de los españoles deberían de tenerles odio. esto por supuesto, refiriéndose a los habitantes de la Cuenca de México y de otros grandes pueblos en infraestructura y habitantes como los purépechas; en el caso de los pueblos del norte, se pensó que a pesar de no haber perdido su virilidad, daño les había hecho no adoptar los términos de la civilización, aspecto al que agradecían a España haber traído, y por ello su marcha hacia el progreso estaba seriamente comprometida.

En el pensamiento sobre el indio y su descripción muy poco o nada mencionaron los intelectuales porfirianos acerca de la cuestión fisonómica, porque no les parecía importante. La medición de cráneos, distancia entre las cuencas oculares, coloración de manos, situación de colmillos y molares y centímetros cúbicos cerebrales nunca fueron determinantes para designar al indio, pues se trataban de conocimientos nuevos que por su formación no dominaban y no les parecieron significativos porque eran formas extremas de determinismo biológico, no pensaban que la forma de verse condicionaba la forma de pensar. De igual forma, la raza no se basaba para ellos en la piel sino en el carácter de aglomeraciones humanas, el cambio que buscaban en el indio era un cambio de actitud y mentalidad, no de características físicas por lo que no me parece que pueda aplicarse al grupo el concepto de élite blanqueadora o alguno similar.

Ahora bien, aunque éste fuera el consenso respecto al indio en la mentalidad de los intelectuales ciertamente hubo distinciones que es necesario aclarar, así que aunque no todos dedicaron algún escrito respecto al indio en los que sí lo hicieron se pueden observar particularidades que los diferencian e individualizan más allá de los patrones de pensamiento. En el caso de Justo Sierra, dio más importancia en la situación del indio y

en su mejora a los factores de alimentación y de educación que de clima; pensaba que el alcoholismo era una patología del cuerpo social y que por ende afectaba a todo el país; si el indio se veía perjudicado entonces todo el país también. Ante la idea de LeBon sobre los superhombres nacidos de la lucha por la existencia que veían sucumbir al débil se mostró en contra, pues no era posible que mejorar como hombre significara dejar de ser generosos y de emplear el corazón durante el desarrollo sin hacer nada por el prójimo. En algunas ocasiones, aunque muy pocas, Sierra utilizó la palabra terrígena para designarlos, de significado similar a indígena: “el pueblo terrígena es un pueblo sentado; hay que ponerlo de pie”.¹³⁰ Otro de los aspectos en que acentuó su pensamiento fue la necesidad de ayudar al indio a llegar al estadio positivo gobernado por la razón; sabía que muchos de ellos aún caían en la idolatría y la superstición, así que creía que debía continuarse la obra antipagana marcada por San Pablo, San Agustín, Calvino y Comte. Para Sierra, por medio de la educación era posible cambiar el carácter y la mentalidad del indio, sin embargo se trataba de un proceso muy largo de realizar, así que propuso que asistieran a las escuelas más que para aprender el contenido de las materias, que era importante pero a largo plazo, para codearse con el resto de la población e ir asimilando la mentalidad de los progresistas más adelantados.

Por otra parte, Ramón Corral escribió en su obra que las tribus de Sonora eran una plaga que no daba momentos de reposo.¹³¹ Por supuesto, se refería a las incursiones de nómadas que llegaban a saquear y a los grupos de indios que asaltaban a los viajeros en las principales rutas. A Corral le tocó vivir la guerra constante en el norte y creía firmemente que las campañas militares en los estados del norte eran una necesidad ante la renuencia a pactar la paz con la civilización por parte de los indios, pero la veía como una necesidad poco deseada y que debía evitarse. Los indios más belicosos, de los que peor habló fueron los apaches, designándolos por su nombre y recriminándoles los robos y exterminios sanguinarios que llegaban a efectuar, de cuando en cuando, a sus pueblos sonorenses, y en esto tomemos en cuenta que se trataba de los indios que el propio Corral mencionó que no pertenecían al territorio mexicano. Con los indios con que

¹³⁰ Justo Sierra, *Obras completas*, tomo IX Ensayos y textos elementales de historia, México, UNAM, 1991, p. 127. [*México social y político. Apuntes para un libro*, 1889].

¹³¹ Ramón Corral, *Obras históricas. Reseña histórica del estado de Sonora, 1856-1877. Biografía de José María Leyva Cajeme. Las razas indígenas de Sonora. No. 1.*, Hermosillo, Biblioteca sonorenses de geografía e historia, 1959, p. 69.

compartía nacionalidad fue menos negativo, reconoció la diversidad de pueblos que había en su estado y se dedicó a estudiarlos y llamarlos por sus nombres en *Las razas indígenas de Sonora*, los agrupó por razas sin nombres con el argumento de que algunos compartían idioma y costumbres. Llama la atención el hecho de que no consideró a los yaquis y a los mayos personas salvajes a pesar de los famosos enfrentamientos en la segunda parte del siglo XIX y escribió Corral que eran católicos, moralizados a pesar de su embriaguez e inteligentes. Para el autor uno de los aspectos más importantes al juzgar a los indios de su estado fue su tendencia histórica a la belicosidad, mostrándose más entusiasmado con los que habían sido mayormente pacíficos y con los que convivían sin problemas con el resto de la población. En la insurrección de Cajeme vio lo positivo e incluso lo llegó a llamar *nuestro héroe, nuestro patriota* una vez que terminaron los conflictos y pensó en este suceso como un paso importante para el proceso de civilización. Corral se mostró expectante por el futuro de las relaciones entre el indio y el resto de la población; los salvajes apaches le preocupaban sólo en tanto cruzaban la frontera para acechar pero no como elemento demográfico de Sonora y respecto a los seris le pareció que se extinguirían pronto por su propia causa debido a sus malas costumbres sin aseo y con belicosidad; pero sobre los demás indios como yaquis, mayos, opatas, pimas y papagos tenía una visión en general positiva, pues algunos de ellos vivían ya junto al hombre blanco y no podía distinguirse entre uno y otro, cosa que Corral veía con agrado.

Francisco Bulnes es un personaje ya de por sí polémico por otros temas y en el caso del indio fue de todos los intelectuales el que se expresó con más palabras que tienden a juzgarlo desde el presente y a entenderse incorrectamente. A diferencia de otros que se manifestaron en mayor o menor medida respecto a la situación del indio, Bulnes sí hizo una descripción larga llena de características que le atribuyó, muy similar a la que la tradición decimonónica le legó. Era el indio desinteresado, alcohólico y no mostraba signos de querer cambiar debido a su mudez, pasividad y escepticismo; parece ser que observó a los indios capitalinos por un buen tiempo porque en su descripción incorporó además costumbres: comía tal cosa, bebía esto otro y festejaba en tal ocasión. El embrutecimiento de que tanto se habló tenía para Bulnes dos culpables: la tradición y el aguardiente. En su libro *El Porvenir...*, llegó a caer en un serio determinismo geográfico

y aunque siguió fiel a su postura de las razas por alimentación después parece ser que no volvió a llegar a esos extremos. No obstante, es cierto que de todos los intelectuales Bulnes fue el que menos creyó en la redención del indio, no porque no fuera posible sino por la gran cantidad de adversidades que debía afrontar, incluyendo las no controlables como el clima y porque se trataba para él de un proceso larguísimo en el tiempo. Consideró también que las Leyes de Indias habían hecho un buen trabajo porque trataban al indio de una forma acorde a su realidad. Fue Bulnes el que usó las palabras más fuertes para designar al indio y por lo que se le consideró racista, como si en *El Porvenir...* hubiera desde atisbos hasta señales directas de desprecio. A mi no me parece, considerando el estilo presente en sus otros textos y el hecho de que *El eterno inconforme* tanto habló de los aspectos negativos del indio como del mestizo y del español; encontré los escritos más “atacantes” y a veces condenatorios de Bulnes en la recopilación de artículos *Los grandes problemas de México*, lo cual es triste porque se trata de la etapa en que volvió del exilio y vio la obra porfiriana en ruinas, sin más poder hacer que valerse de su pluma para criticar el movimiento contemporáneo y aun así, el escepticismo de Bulnes es respecto a todos, sin distinción de sector social.

Por último, el otro autor entre los que más se explayaron sobre el indio fue Emilio Rabasa, que aunque compartió formación con los intelectuales escribió su libro en un contexto diferente. *La evolución histórica de México* salió a la luz después de otras obras como *Forjando patria* y *La raza cósmica*, ciertamente no es del Porfiriato en cuanto a fecha pero al igual que el libro de Gamio, tiene una estructura e ideas con marca porfiriana. Quizá por los antecedentes de las obras anteriores Rabasa dedicó buena parte de su libro a esclarecer algunos aspectos sobre la raza y en ese aspecto destacó, pero en cuanto al indio como tal Rabasa atribuyó a la Colonia una “pérdida de tradiciones, sentimiento de personalidad y el instinto de dirección propia”.¹³² Compartió la idea de Sierra y Barreda sobre que el indio debía codearse con los adelantados en la civilización mediante la asistencia a la escuela por parte de todos, así se confundían los hombres entre sí y no era posible reconocer al indio, como Corral pensaba. Rabasa también creía que la manera de llevar en el progreso al indio era por medio de la filantropía y la educación, y que el mal del indio no le era inherente.

¹³² Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*, México, Coordinación de humanidades - UNAM/M. A. Porrúa, 1986, p. 240.

Del estudio sobre el indio en los intelectuales queda claro, como enunció Stabb, que “la cuestión racial siempre fue vista por los mexicanos en relación al positivismo”.¹³³ Bien han sostenido autores como Foucault que en aquello que llaman Occidente se dio durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX un proceso intelectual apoyado en supuestas bases científicas que permitió a los Estados decidir respecto a la vida de los individuos según sus criterios biológicos, es decir que esclavizar o matar según dichos criterios estaba justificado. En aquel lugar una concepción del mundo racalista propició el surgimiento de un racista, pero en México el contexto fue diferente, el racismo también alcanzó tonos racistas y sus últimas consecuencias en pensamientos como el de Vasconcelos, pero en años posteriores y círculos intelectuales diferentes al de los intelectuales de la política científica. Quizá fue porque el positivismo alcanzó su esplendor en dichas décadas y en su pensamiento no había racismo y el racismo no tenía en este gran incidencia. Ciertamente se llevaron a cabo prácticas en México sobre lo que Foucault llamó biopolítica; el Congreso Higiénico Pedagógico es muestra de ello, pero el soporte intelectual que generaron aquellas acciones fueron diferentes y de hecho, parecerían más cercanas a la biopolítica y un racismo de Estado algunas situaciones que se dieron más bien por parte de los liberales metafísicos. Raat en su libro *Racismo, revolución e indigenismo* mencionó que “el apogeo del pensamiento racista europeo [1850-1920] coincidió con la fase del establecimiento del Estado liberal y del desarrollo económico capitalista basado en las exportaciones”,¹³⁴ dando a entender que hubo una relación muy estrecha entre los discursos y prácticas racistas de Europa con la conformación de los gobiernos mexicanos. Raat prescindió de la explicación racalista en la que me apoyo y además escribió que para la época porfiriana “el evolucionismo de Spencer con su desprecio de los híbridos humanos, ejerció un fuerte atractivo”¹³⁵ para estimular el racismo de los pensadores porfirianos y decantarse por la idea de la superioridad de la pureza europea. Debo remarcar que los racistas son por definición racialistas pero los racialistas no necesariamente son racistas, prescindir del racismo

¹³³ Martin S. Stabb, “Indigenism and racism in Mexican thought: 1857-1911”, en *Journal of inter-american studies*, vol. 1, núm. 4, octubre, 1959, p. 421.

¹³⁴ Raat, *Racismo, revolución e indigenismo México, 1910-1940*, trad. María Teresa Rodríguez López, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades - Universidad Autónoma de Puebla/Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología, 2004, p. 18. il. (cuadernos de estudios sobre el racismo, 1)

¹³⁵ *Ibid.*

para una explicación o interpretación vuelve más difícil distinguir entre discursos de corte racial y su relación con las prácticas de odio por raza. En el caso de los intelectuales, el racismo de sus discursos y pensamiento no suponía prácticas de odio por condición racial ni justificación de una raza suprema que los distinguía ante otros, ni estuvieron a favor de la pureza spenceriana; al contrario, se mostraron en pro de eliminar las divisiones raciales, a favor del mestizaje y rescataron de Spencer más bien la idea de sociedad como un organismo y el análisis de las peculiaridades de contexto histórico que cada pueblo tiene en su diversidad, el propio Raat también enunció que en México hubo cierta resistencia al racismo que había en Europa. Todos los intelectuales a excepción de Limantour eran mestizos y cómo podrían entonces ponerse la soga al cuello. Se mostraron además en contra de la ley del más apto que pasa por encima del débil y optaron por el altruismo comteano y barrediano y por el nacionalismo y la igualdad liberal. A mi parecer el positivismo fue el elemento determinante para frenar o modificar este proceso que denunció Foucault, que en “Occidente” no se pudo, pues no contó entonces con el apoyo que en México obtuvo y su temporalidad fue distinta. Recordemos también que los intelectuales pregonaban ciencia pero no eran ellos científicos sino políticos e historiadores, pensaron la raza en términos más sociales que biológicos. No eran racistas sino racialistas, caracterizados por reconocer en la composición de la humanidad una serie de razas sin que las diferencias físicas determinaran a las mentales. Y si aún hubiera autores que quisieran ver racismo en el discurso, los propios intelectuales dejaron en algunas ocasiones su postura frente al odio y la segregación racial, en parte porque tenían la experiencia de las acciones del país vecino: “A pesar de la ley se desprecia [en Estados Unidos] profundamente todo lo que descubre un origen africano... exclaman ¡infamia! Yo me atrevo a responderles: ¡No es exacto!”.¹³⁶ Tras el Porfiriato, Bulnes presenció y se mostró disgustado ante los discursos proraciales latinoamericanos (como el de Vasconcelos): “para organizar una liga o alianza o confederación de las naciones latinoamericanas... no es preciso hablar de raza”.¹³⁷ Rabasa, por su parte, sabía que las situaciones en México y su vecino del norte eran muy diferentes, en México no tenían limitaciones gubernamentales para convivir con el resto de la población, pues un indio entraba en los mejores círculos no porque se le perdonara

¹³⁶ Bulnes, *Sobre el hemisferio...*, op. cit., p. 32.

¹³⁷ Bulnes, *Los problemas...*, op. cit., p. 327.

su origen sino porque nadie reparaba en él,¹³⁸ en el caso porfiriano estaba el ejemplo de los compañeros Limantour, Pineda, Casasús y Sierra, blancos, criollos, mestizos y prácticamente indios formando un grupo intelectual sin reparar en dichas condiciones. En México, como diría Sierra, no teníamos asientos *for whites*.¹³⁹ A mi parecer deberíamos pensar el tema de las razas y el carácter en este período y con estos actores como un reconocimiento de la diversidad humana según las imitaciones conceptuales que entonces se tenían. Los rasgos físicos de la raza no importaban y los rasgos mentales eran maleables,¹⁴⁰ no designaban sino referían, no imponían sino daban sólo una idea general y el caso del indio no era la excepción. Si la raza era vista en términos sociales, el indio, sin importar que tuviera el famoso “bigote de indio”, piel oscura o facciones toscas, dejaba de serlo si cambiaba de mentalidad, sin estar condenado en cualquiera de sus facetas, sin reparar en que le fuera o no inherente un grado inteligencia, sin pensar que ser más o menos indio era igual a ser más o menos ciudadano mexicano.

Por supuesto, las prácticas racistas existieron durante el Porfiriato, como en todas las épocas incluso antes de conceptualizar al racismo como lo hacemos hoy en día, pero no las considero como parte de las intenciones en el repertorio de los intelectuales y me parece también que se debería establecer una diferenciación entre lo que escribieron algunos y las prácticas de otros, que pudieron o no estar inspiradas en los escritos por interpretaciones erróneas y que pudieron o no ser consentidas por los escritores. Las prácticas en la vida diaria que hoy llamaríamos racismo ocurrían tanto en los sectores de la población pobres e ignorantes como en los acaudalados e instruidos, pero los intelectuales se proponían propagar una moral superior en la que todos los hombres fueran como hermanos, sentían que su deber como portadores de civilización era acabar con aquellas divisiones. Como acabo de mencionar, precisamente fueron los intelectuales los que escribieron sobre las prácticas racistas con aires de desaprobación. Los que más escribieron sobre el racismo fueron Bulnes y Rabasa, en una época posterior al Porfiriato cuando el tema ya andaba en boga. El resto de intelectuales lo tocaron durante el Porfiriato o poco antes sin referirse explícitamente a él o sin tratarlo con la importancia que después adquirió, es decir que se mostraron en contra de las prácticas racistas pero

¹³⁸ Rabasa, *op. cit.*, p. 31.

¹³⁹ Justo Sierra, *Obras completas*, tomo VI Viajes, México, UNAM, 1977.

¹⁴⁰ Vargas, *op. cit.* Usó el término maleable.

en la mentalidad de su contexto no se les reconocía como ahora, no se trataba de un tema tan importante en México como se hizo unos años después del Porfiriato.

Antes de terminar el presente capítulo es importante mencionar un par de impresiones que encontré al leer a los intelectuales. Primero, que la postura de los intelectuales frente a las ideas europeas estuvo condicionada por su formación superior. He destacado la formación en común que tuvieron pero no todos estudiaron la misma carrera y aquellos que cursaron leyes y/o se desempeñaron posteriormente en ámbitos que hoy llamamos humanistas y del dominio de las ciencias sociales se mostraron más críticos ante las ideas europeas e incluso más comprensivos frente al indio y su condición. Por otra parte, los más propensos a llenar el estereotipo del hombre decimonónico dogmatizado por la ciencia y que con mayor facilidad podían creerse todo lo que llegaba al país con la marca científica europea fueron el médico Parra y el ingeniero Bulnes, y no es que fueran crédulos sino que su formación superior influyó en el trato que le dieron a su pensamiento; en Bulnes hubo mucha crítica de su sociedad pero casi nula sobre LeBon por ejemplo y en Parra se nota mayormente la firme convicción en las verdades científicas y el tono al escribir sobre la naturaleza humana, menos humano que en los otros autores, como si la observara por medio de un microscopio y registrara máximas intachables. Parra fue también el que reveló la mayor confianza sin vacilaciones ante los genes, que pudo llevarlo a contradicciones en su pensamiento particular sobre el peso de los determinismos sociales y genéticos.¹⁴¹ Por último, Pimentel tuvo razón al expresar que cualquiera que viera al indio de cerca sabría que tenían salvación, los intelectuales que más convivieron y conocieron al indio fueron los más comprensivos y con un pensamiento al respecto menos elitista, en palabras de Rabasa, “el indio no es peor que el blanco, como saben los que lo han visto de cerca”.¹⁴² En la medida en que los conocieron de cerca el reconocimiento de la semejanza fue más explícito, más humano, Ramón Corral por ejemplo, conoció a la madre de Cajeme y notó que el salvajismo y la falta de entendimiento no estaban presentes en los yaquis como muchos decían, se dio un proceso de desmasificación del indio cuando en vez de gente se vio a personas con rostro y nombre como ellos.

¹⁴¹ Frida Gorbach advirtió una de estas contradicciones: como positivista veía hacia el progreso pero su formación más científica le llevó a pensar en ocasiones en una degeneración con soporte biológico.

¹⁴² Rabasa, *op. cit.*, p. 278.

Capítulo III. Del indio del pasado y del indio del futuro

[Del indio del pasado] Nación

Es sabido de manera muy usual entre colegas y extraños, que existieron en el pasado de los mexicanos notables contrastes entre la manera de mirar al indio contemporáneo y al que le precedió, en buena medida porque es una práctica que se ha mantenido de generación en generación hasta el día de hoy. Inútil sería entonces dedicar el presente capítulo a demostrar que hubo diferencias entre los tratos hacia el “vivo” y hacia el “muerto”, así que parto del supuesto de que se trata de una certeza histórica, pero no así de inútil sería mostrar los elementos necesarios para facilitar la comprensión de dicha diferenciación. Por otra parte, me parece necesario aclarar que sobre el tema sólo me refiero al tiempo que comprende mi investigación, pues son bastantes los trabajos que últimamente han surgido del empleo de la historia como medio de denuncia social contemporánea.

Ahora bien, antes de buscarle atributos no hay que dejar pasar por alto de quién se trata este “indio del pasado”. Las categorías de la división de tiempos sirven a quien las utilice según el propósito particular. Podemos imaginar que a través de un lugar pasa un tren llamado Tiempo, podemos también nombrar Pasado al vagón que ya nos rebasó, al que está por venir Futuro y a los múltiples que por un momento observamos de lado Presente, y sin embargo todos son parte del mismo tren como todo tiempo es el mismo tiempo. El presente deja de serlo a cada momento como en cada momento mantiene su presencia; y los hombres son del presente mientras estén sujetos físicamente a la realidad que transitan, y forman parte de esta manera de un mundo cognoscible interpretado según pensamientos específicos. Durante el Porfiriato, el indio del pasado se encontraba para muchos en la realidad, ya fuera como idea, como sombra o como fuerza en potencia pero su vida y cuerpo ya no existían; los valores que representaba pertenecían a épocas que no eran la contemporánea, principalmente al tiempo anterior a la dominación española. El indio del pasado fue un sujeto cuya gran característica respecto a su visor consistió en el distanciamiento. Por más que se sostenga que el indio contemporáneo estaba aislado de la sociedad no se compara a la lejanía de su antecesor, ya no se trata de cómo veían a un

tipo de hombre los intelectuales sino de aquel que a causa del tiempo en ningún escenario podían directamente conocer, por lo que se pensó en más de una explicación llena de intuiciones que no aseguraban certezas acerca de su ser y los medios para acercarse a él jamás revelaron ni revelarán su verdadero rostro. El indio del pasado fue muchas veces lo que su intérprete quiso que fuera, me parece que no tanto en el Porfiriato como sí antes y después de éste, pero aun así su figura estuvo condicionada sin derecho a réplica debido a la distancia temporal que separó al estudioso del estudiado.

Como en el caso del indio del presente, hubo un consenso general respecto a cómo era, pero tomó distintos matices según el pensamiento dominante en los diferentes grupos de hombres. Elegí como punto de partida para analizar el pensamiento sobre el indio del pasado durante el Porfiriato al historiador y dramaturgo Alfredo Chavero, por la increíble difusión que tuvo y ha tenido su pensamiento entre otras cosas debido al éxito y las continuas reediciones de *México a través de los siglos*; por su afinidad al gobierno porfiriano, estando presente de manera directa o indirecta en varios grandes proyectos de recuperación e interpretación histórica oficial; y porque a raíz de la carrera profesional que ejerció logró colocarse en un privilegiado puesto de autoridad en su materia, se convirtió en un referente obligado para todo el que quisiera saber sobre, como erróneamente le llaman, el México Antiguo. Además, Chavero se encuentra convenientemente para mi causa en un lugar de transición respecto al pensamiento sobre el indio durante finales del siglo XIX, que más adelante explicaré.

Por lo pronto, es necesario partir en este análisis sobre Chavero y los siguientes autores del entendimiento de lo que ellos consideraban México. El máximo ejemplo que existe para demostrar esta idea se encuentra en la obra *México a través de los siglos*, dirigida por el general Vicente Riva Palacio y publicada entre 1884 y 1889, cuya finalidad fue plasmar en cinco enormes tomos un compendio sobre la historia del país que abarcara cuantas más materias se pudieran investigar, desde lo social, político y militar hasta cuestiones religiosas, artísticas y científicas. El asunto sobre la obra que por la diferencia del pensamiento histórico debería llamar hoy la atención es el propio título, ¿cómo llamarle México a través de los siglos si con bastante esfuerzo éste había superado las seis décadas de vida independiente? Es claro que algo más pensaban ellos, algo que quizá de manera inconsciente llega a nuestros días cuando algunos mexicanos desatan

sus pasiones el 12 de octubre recordando lo que una descuidada historia oficial le ha inculcado: la nación surgió antes que el país. Aun cuando la independencia de México se haya realizado en 1821 y se celebre la fecha de 1810 los mexicanos ya existían con siglos de antigüedad, por la existencia de naciones. La necesidad de los países recién formados por incorporarse al resto del mundo decimonónico y la carencia o escasez de credenciales que mostrar debido a su poco tiempo de vida los orilló a la creación de discursos nacionalistas que los situaban a la par del concierto universal (léase europeo) tanto por antigüedad como por originalidad. Escribió Elías Palti,¹⁴³ que por mucho que se esforzaran los empleadores de “nación” por situar su origen en un pasado mítico y lejano, lo cierto es que no puede rastrearse más allá de finales del siglo XVIII; incluso cuando la independencia, por citar un ejemplo, hubiera despertado sentimientos de nación, la idea de nación que concibieron los escritores que historiaron el acontecimiento varias décadas después fue muy diferente: el proceso no consistió en una revancha de trescientos años atrás sino en un conflicto entre dos grandes grupos de españoles, pero como discurso durante la segunda mitad del siglo XIX dotó de personalidad histórica a un ente inexistente, a un país entero que podría representar potencialmente a casi cualquiera de sus habitantes. Presuponer la existencia de naciones daba a entender que existían también productos histórico-sociales originales en cada lugar del mundo y México entonces no tendría que envidiar a las grandes naciones europeas en materia de espíritu, pues era capaz de competir con las otras. La nación según Renan,¹⁴⁴ era aquel espíritu colectivo que impulsaba a los hombres a colaborar por el bien de la civilización; su opinión como intelectual francés fue valorada positivamente por muchos de los intelectuales mexicanos de finales del siglo XIX y además, quizá también influyó en ellos su comentario sobre que no existía la pureza de razas. El propio Renan es un buen ejemplo para mostrar no sólo qué era una nación sino también sus características como concepto. Como señaló Pérez Vejo, se tenía la noción de su existencia pero en realidad hubo muchos intentos por enumerar sus requisitos, no se sabía entonces con exactitud cómo era una nación pero se sabía que existían. Las naciones fueron invenciones que cada Estado construyó para mostrar un pasado en común a sus habitantes y justificar el

¹⁴³ Elías Palti, *La nación como problema*, Argentina, FCE, 160p.

¹⁴⁴ Ernest Renan, “¿Qué es una nación?”, vers. Dig. Franco Savarino, 2004. http://enp4.unam.mx/amc/libro_munioz_cota/libro/cap4/lec01_renanqueesunanacion.pdf

presente. A pesar de que no se supiera el número de personas, extensión de territorio o tipo de gobierno que debían tener, las naciones estaban ligadas íntimamente a la idea de civilización y constituyeron “la unidad social por excelencia”.¹⁴⁵

Así pues, la obra magna en que participó Chavero pretendió dar cuenta de la evolución (sí, evolución) del pueblo mexicano y de su esencia constante durante el tiempo, de modo que los hombres del Porfiriato, los de la llamada Reforma, los que se levantaron en armas apoyando a Hidalgo y los que resistieron el embate de Cortés eran todos hermanos de nacionalidad.

Ahora bien, la raíz del indio del pasado se encontraba para estos escritores tan profunda como los primeros registros humanos hallados en el territorio del país. Según Chavero, la raza “nahoa” contaba con más de tres mil años de antigüedad, número importante porque era el que le reconocían también a los pueblos de India, China y Egipto; estuvo presente en éste y muchos más autores una necesidad por colocar a México en la historia universal, desde el citado tema de la nación hasta las más pequeñas observaciones, la finalidad consistía en mostrar argumentos suficientes para entronarse al lado de los demás. Barreda fue en la segunda mitad del siglo XIX uno de los ejemplos más famosos de esta práctica, su *Oración Cívica* fue la introducción del relato sobre México en uno mucho más grande que éste; y las referencias al mundo en una historia nacional fueron una manera de conectar históricamente al país con horizontes que se admiraban y en los que se querían presentar.

Por otra parte, el uso de referencias sobre historia universal en la historia de la nación también responde a limitaciones temporales y de conocimiento. Hay que tomar en cuenta que a finales del siglo XIX no eran un vasto catálogo de autores los dedicados al estudio prehispánico, al menos no como ahora, y que muchos de los cronistas y códices antiguos poco a poco se iban rescatando del olvido; además de que varios autores extranjeros llegaron a alcanzar renombre sobre la materia y difundieron por medio de sus lenguas maternas los conocimientos de culturas para ellos exóticas. Por todo lo anterior, es manifiesta la incorporación de un vocabulario ajeno a la situación del indio del pasado para explicar su historia, porque no se conocían o se dudaba de las palabras originales y los significados que envuelven y también, porque al enfrentarse a cosas desconocidas la

¹⁴⁵ Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, segunda edición, Oviedo, ediciones Novel, 1999, p. 7.

manera al alcance para tratarlas era comparándolas con aquello conocido. Hay menciones sobre el *tlatoani* como emperador, sobre puestos, prácticas y construcciones que fueron nombradas con conceptos tomados de otras culturas en espacios y tiempos diferentes, por desconocerse el original, por querer equipararse al pueblo del concepto prestado y porque después de tanto conocimiento adoptado de Europa ya se estaba instruido en buena medida para pensar bajo los principios de otra concepción de la realidad. Herbert Spencer pudo colaborar en este aspecto con su obra *Los antiguos mexicanos*, parte de su *Sociología descriptiva* que fue traducida al español en 1896 y publicada por la Secretaría de Fomento. Se trató de una compilación de todo lo que se sabía según cronistas antiguos y estudiosos modernos sobre los habitantes prehispánicos, clasificada según los criterios de la civilización: leyes, trabajo, costumbres, producción, etcétera. Se trató de un intento esmerado y sin embargo burdo, porque era de los primeros, para organizar un fondo básico sobre lo que se conocía respecto al indio del pasado.

El indio del pasado era el habitante prehispánico y como al del presente, le reconocían la diversidad de sus pueblos; el tema racial también hizo su aparición y de la misma manera su ambigüedad en el empleo o incapacidad de los autores por establecer un uso único de su clasificación, pues se encontraban en un lugar predominante menciones a la raza nahoa, pero a continuación se presentó a los pueblos raciales también según la estructura de sus idiomas. La diferenciación de los pueblos fue producto de las propuestas sobre la lectura de los caracteres tallados en piedra, la estimación de sus alcances histórico-geográficos y las noticias que cronistas hicieron llegar tras la conquista. El particular tiempo de Chavero otorgaba un panorama positivo sobre los estudios prehispánicos pues él vio cómo descubrían con los años cosas nuevas sus mentores y compañeros, pioneros en muchos aspectos como él, en especial don Fernando Ramírez, Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra; además, las exposiciones internacionales y nacionales y la política porfiriana enfocada a la preservación arqueológica e histórica hacen pensar qué tan alejado o cercano a la certeza estuvo Chavero cuando escribió que

había datos precisos para conocer la historia antigua mexicana en mayor medida que otras, como por ejemplo la griega.¹⁴⁶

Antiguamente también hubo aztecas, otomíes, tlaxcaltecas y chichimecas, pero la temporalidad es mucho más larga y hubo más pueblos con los que no coincidieron, de los que descendieron o a los que desplazaron. El punto de partida para dividir a la diversidad de nombres no fue otro sino el que habían usado para su presente, la civilización. Chavero aseguró que dentro del territorio nacional se formaron tres grandes civilizaciones: la civilización del sur, una designación genérica para referirse a aquellos grupos humanos con idiomas diferentes al de la Cuenca de México y que después serían llamados mayas; la civilización del Pacífico, que con el paso del tiempo daría lugar al pueblo purépecha; y la civilización del centro, que propiamente no podía llamarse civilización aún, porque la componían otomíes sin ciudades, sin noción de patria o propiedad, sin una agricultura establecida y sin Dios alguno.

Entre el surgimiento de estas civilizaciones y el de las que conocieron a los europeos existía para el autor un gran vacío, pero dicha problemática iba más allá de no saber qué pudo pasar sino de qué podría él contar, pues referir que los pobladores del México Antiguo habían desarrollado civilizaciones desde muy temprana edad obligaba a la comparación de los conocimientos tenidos sobre el mundo y los avances de los pueblos griegos, egipcios, etcétera. La solución fue ingeniosa aunque ahora nos parezca lo común, contar el relato desarrollado por los propios antiguos e interpretarlo en la medida de lo posible. De esta forma, dio Chavero a conocer el mito de los soles cuyas vidas representan épocas diferentes, que tuvo en el pasado la función de explicar la historia del mundo y en el tiempo del autor la de dar a conocer al mundo las capacidades intelectuales de unos pobladores. Estaba claro para Chavero que hablar del México Antiguo era similar a hablar del Mediterráneo Antiguo y otras regiones de temporalidades similares, pues México era parte del todo y por ende estaba entrelazado a la historia mundial, lo cual se veía reflejado en cosas como que los nahoas relataban historias sobre gigantes y un evento razonablemente parecido al diluvio universal. Si

¹⁴⁶ Chavero Alfredo, "Introducción", en Riva Palacio Vicente (dir.), *México a través de los siglos. Historia general y compete del desenvolvimiento social, político, religioso, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, tomo I, décima quinta edición, México, editorial Cumbre, S. A., 1979, p. IV. ils

fueran estos hechos reales se conocerían más datos duros sobre historia y si fueran ficticios se demostraba una mentalidad y capacidad creativa similar a la de las autoridades y sus mitos del otro lado del Atlántico. Chavero procuró explotar ambas posibilidades, relacionando a su país con el gran relato “occidental” desde los orígenes y buscando fechas reales en cualquier acontecimiento que se registrara, no en vano sus trabajos más eruditos fueron los referentes a la calendarización.

La versión de Chavero

En la búsqueda de este tipo de conocimientos se requerían implementar propuestas no siempre acordes al plan estrictamente científico, porque las épocas carecían de registros suficientes o siquiera muchas veces inteligibles. No sólo había que separar la realidad de la ficción sino también los anacronismos europeos del mundo antiguo. Sobre el primer filtro, los relatos míticos que mostraban una realidad deformada, y el autor argumentó que debían su origen a la mentalidad religiosa predominante en aquel entonces. Es de relevante importancia que quedara explícito que la religión había instaurado grandes organizaciones políticas pero también que limitaba la evolución del pensamiento; bastante tiempo antes que León-Portilla, Chavero había defendido a su manera la existencia de una filosofía de aquellos pueblos, sólo que condicionada a la religión. Comprender cómo tendían a ser y pensar sentarían bases para explicar su paso por la historia, además había ciertas prácticas en el indio del pasado simplemente dignas de admiración, su agricultura era sencilla y el Estado no conocía la instrucción pública pero no por ello se trataban de personas mal educadas, las doncellas poseían pudor y un respeto filial notable, era muy difundido el respeto hacia la mujer, eran prudentes al hablar y no soltaban juramentos o blasfemias, además de que eran aseados y no riñaban, o al menos eso escribió el autor en el primer tomo de *México a través de los siglos*.

Entre las cualidades atribuidas al indio del pasado podemos observar que son en su mayoría de las que podríamos llamar morales, en ese sentido se les podía hasta envidiar porque usualmente se decía que estaban adelantados. Por otra parte, las aparentes carencias técnicas eran disimuladas argumentando por medio del progreso y la evolución que dichos pueblos del pasado naturalmente habían empezado con lo más rudimentario,

tal como los europeos en algún momento hicieron. Es también fácil de notar que las atribuciones son de carácter muy general: ¿a quién exactamente se referían para un tiempo y espacio muy amplio? Los predilectos fueron y continúan siendo los pueblos de la Cuenca de México. No es que el indio del pasado no se hubiera encontrado en el resto de pueblos pero quedaba mejor ilustrado en lo que se contaba sobre los llamados aztecas y el linaje que se construyeron. De aquella civilización del sur se habló poco porque menos se conocía y no se le creía tan autóctona como a las otras (recordemos la polémica que había sobre el poblamiento de América). El relato que después llegó a convertirse en el oficial fue el que propuso como columna vertebral del indio del pasado a la terna chichimeca - tolteca - mexicana.

Hubo por lo tanto, mayor selección al designar un tipo preferente en los indios del pasado que en los del presente por parte de estos viejos liberales intelectuales, interviniendo así en el mito de la conquista. Al primer elemento de la terna lo componen los habitantes del norte, todos ellos repartidos en tribus de las cuales las más lejanas a los nahoas mantuvieron por siglos su estilo de vida bárbaro y cazador, mientras que el resto a la par que se acercaron hacia el sur fueron incorporando prácticas civilizadas de otros pueblos y se mezclaron con ellos. Nótese esta explicación, de centros civilizadores como agentes de periferias bárbaras. Y precisamente de entre aquellos centros, el civilizador por antonomasia fue el de los toltecas, cuyo paso por la historia de la nación mexicana es definitorio porque representa que la civilización pudo generarse en el territorio siglos antes de importarla de Europa, pero además importante para cuestiones prácticas en la construcción de conocimiento histórico pues para dicho período se tenían registros escritos del pasado, más allá de mitos oscuros con interpretaciones sujetas al error. Los mitos no dejaron de presentarse pero disminuyeron en comparación a los hechos físicamente realizados con certeza, y cabe mencionar también que para Chavero no cupo duda en la existencia de Quetzalcóatl, que gobernó Tollán en el siglo X, tuvo personalidad y se registraron los años de su reinado.¹⁴⁷

Los toltecas comprenden un antes y después, podría decirse que fueron la gran joya de la antigüedad mexicana. Chavero se mostró orgulloso de equiparar sus ruinas con las del Viejo Mundo, como compitiendo por algún lugar en la historia, pero también los separó

¹⁴⁷ *Ibid.*, “Libro tercero. Los tolteca”, p. 377.

del mundo en el sentido de exaltar su unicidad. Años antes del autor se llegó a pensar que Quetzalcóatl había sido un europeo evangelizador u obispo pues su descripción acerca de un hombre rubio y barbado daban pie a pensar en ello y la presencia de cruces repartidas por lo que ahora conocemos como Mesoamérica aunado al carácter religioso y espiritual del mandatario reforzaban la postura. La respuesta del autor fue firme: declararlo autóctono, producto único pero semejante a otros grandes hombres como él porque en la historia del mundo cada quien había generado a un mesías. El legado de quizá el hombre más noble de su época fue más largo y grande que la vida y el territorio de su propio pueblo, porque se apropiaron de él otros más, entre los que destacaron los mexicas.

Es de notar que de los mexicas se conocía que habían modificado su historia, suprimiendo aspectos desventajosos y entremezclando mito y realidad. Chavero demostró una crítica de fuentes prudente y determinante para la trascendencia de sus trabajos pero no ocultó su ideología liberal y los propósitos a los que servía en este punto de su trabajo, que a pesar de su tono moderado es en más de una ocasión una narración épica del pueblo mexicano. Comenzando por los humildísimos orígenes de los peregrinos, con su pequeño templo de palitos y otros elementos precederos, porque estaban cegados por la religión, los mexicas pasaron de lo menos a tanto más como se pudo leer en sus propias historias y en *México a través de los siglos*. Como herederos simbólicos de los toltecas preservaron parte de la civilización, y por la mayor cantidad de fuentes para su época y pueblo que para cualquier otro de la antigüedad mexicana pudieron los autores de finales del siglo XIX aspirar a construir una historia convencional, entendida como una con el menor número de especulaciones y siguiendo la pauta cronológica y política usual. Así, con el apoyo de las bases evolucionistas y del progreso se mostró una trayectoria de los mexicas en la historia desde lo simple hasta lo complejo, desde lo que ellos llamaron superado hasta lo avanzado.

Fueron pues, vistos como un pueblo que pasó de la teocracia a la monarquía, con una escritura cuya evolución es posible registrar; comparados por Chavero con los mismísimos romanos,¹⁴⁸ por empezar como víctimas y llegar a engrandecerse de la mano de culturas ajenas (toltecas y griegos); y con una historia vista desde la sucesión de

¹⁴⁸ *Ibid.*, “Libro cuarto. Los mexica”, p. 565.

sus reyes o emperadores, partiendo desde la figura de Itzcóatl. Este tlatoani sentó las bases del imperio mexicano y de la nacionalidad, porque pudo haber nacionalidades antes pero ésta fue tomada por la misma que la de los viejos liberales del siglo XIX. El hecho de que hubiera sido visto su gobierno y el de sus sucesores como un imperio da a entender que se extendió por el actual territorio del país y por ende tuvo estrechos contactos con los pueblos de las civilizaciones del norte y del sur, formando así en el siglo XIX un discurso de unidad en el país.

En la visión del autor, la historia de los mexicas fue una historia de altibajos, comenzaron en el puesto más humilde y se encumbraron en el más alto, pero esto último fue por poco tiempo. Además en el aspecto social no progresaron como en el militar, principalmente a causa del fanatismo. La religión se desvirtuó en un desfile de deidades cada vez mayor, con atribuciones y ceremonias cada vez más ridículas; en lugar de servir para cultivar al espíritu se convirtió en supersticiones y preocupaciones guiadas por el grupo sacerdotal. Al paso que conquistaban pueblos, también aumentaba su fanatismo, y para cuando los españoles arribaron a las costas del golfo ya nada tenían que ver en cuanto a lo moral los mexicas de Motecuhzoma Xocoyotzin respecto a sus similares dirigidos por Itzcóatl. Sobre el segundo Motecuhzoma recayeron toda serie de reclamaciones y juicios negativos por parte de la historiografía de los viejos liberales, fue el fanático que vistió de lujos a su enemigo, el sumiso que no pensaba bien, de voluntad débil y que llevó una bizarra administración que alguna vez estuvo bien organizada.

De la visión sobre indio del pasado resalto que se le pensó capaz de hacer civilización, comparable a la de los mitos fundadores de “Occidente”, y que dos de los productos más refinados de la civilización estuvieron presentes en medida importante, el arte y la ciencia. La primera llegó hasta el siglo XIX en forma de poesía y cantos, como noticias de la facilidad de la lengua nahua para la rítmica y gracias a la fama de Nezahualcóyotl, el llamado rey poeta líder de los texcocanos y aliado incuestionable de Itzcóatl. Por otra parte, aseverar que la ciencia fue desarrollada con éxito en la antigüedad mexicana no debía hacerse a la ligera debido la importancia que había adquirido como único medio de conocimiento verdadero. Una de las mayores pruebas de semejante afirmación fueron los hallazgos en la medición del tiempo y los astros que el propio Chavero investigó, similares en precisión a los realizados por europeos. Sus avances eran pruebas de lo más

complejo que podían crear pero había costado reconocerlos por estar en medio de la bruma de prejuicios y extrañeza que permea al estudioso. En este sentido, Chavero tiene el mérito de intentar buscar coherencia en un mundo tan distinto al suyo, un mundo bizarro, como él diría, pero digno de reconocerse.

El carácter y Cuauhtémoc

Ahora bien, como podrá notar quien haya seguido la lectura del presente libro sin saltarse capítulos, se aprecia que el indio del pasado fue un producto intelectual dirigido por las mismas tendencias de pensamiento referentes al del presente, por la misma mentalidad. La vara para medir era tan reconocida porque funcionaba igual en tiempos y espacios tan distantes como diferentes, y se mezcló con ideas de autoridad por antigüedad para reforzar su juicio. Para este tiempo pasado también aplicó la idea de que el individuo representa a su raza, a su pueblo, a su grupo, y en ningún otro mejor visto que en los mexicas. Por lo anterior, los mexicas de Itzcóatl eran valientes y estaban engrandecidos; los del tlatoani sucesor destacaban por su organización y moral; y los del segundo Motecuhzoma ya estaban consumidos en medida preocupante por la falta de razón, débiles y para nada viriles. No obstante, para suerte de los liberales que querían construir una nación tocó el turno a Cuauhtémoc de ser el último dirigente del antiguo pueblo mexicano. Malo hubiera sido que el sumiso de Xocoyotzin regalara la última estampa del carácter de un pueblo que buscaban engrandecer, pero a éste le siguió Cuitláhuac, guerrero responsable del episodio conocido como La Noche Triste, cuya gallardía y trascendencia sólo fueron opacadas por la de su sucesor.

Cuauhtemotzin fue el último canto del cisne denominado Imperio azteca, su figura es altamente atractiva por el drama que vivió y la manera en que lo enfrentó. El reverencial al final de su nombre indica cuánto se le respetaba, fue para Chavero y para muchos más la personificación del valor y del heroísmo, lleno de elogios como responsable y nada vanidoso, le fueron conferidos más honores que a Leónidas, porque no tuvo un estrecho en el cual ganar ventaja.¹⁴⁹ Cuauhtémoc comandó hasta el final al ejército de los que quedaban ya sabiendo que el enfrentamiento iba a terminar en su derrota, es un héroe

¹⁴⁹ Eduardo L. Gallo, et. al., *Hombres ilustres mexicanos*, México, Imprenta de I. Cumplido, 1873, 480p. ils

trágico por excelencia que defendió a su pueblo y a su mujer amada contra el problema que Xocoyotzin no quiso ver. Pidió la muerte cuando se vio definitivamente vencido porque prefería morir de pie que vivir de rodillas, y a cambio fue sometido cruelmente al tormento sobre el fuego. Con semejante *currículum* sorprende más el hecho de que tuviera menos de veinticuatro años, Cuauhtémoc por sí mismo tiende a cautivar, pero la historiografía de la segunda mitad del siglo XIX lo catapultó como héroe nacional:

Su perfil pronunciado y sus pómulos y barba salientes revelan una voluntad inquebrantable, su frente elevada inteligencia, y su mirada fija, triste y melancólica, resolución tranquila en el cumplimiento del deber y desprecio sereno y profundo del destino.¹⁵⁰

En el discurso que Chavero pronunció con motivo de la inauguración de la estatua de Cuauhtémoc se puede observar con poco esfuerzo el discurso histórico oficial que se pretendía erigir. Corría el año de 1887 con la inolvidable experiencia del anárquico siglo XIX, las invasiones y guerras civiles, y Díaz había regresado como campeón para reencausar el curso mexicano después de la administración de González, además faltaba poco para organizar las próximas elecciones, en la primera vez que sería reelecto el general por vez consecutiva. Chavero recurrió a la suposición histórica: quizá, no lo sabemos pero pudo ocurrir, es difícil de comprobar pero también probable, sí, tal vez, seguramente fue así, que Cuauhtémoc imaginó en sus últimas horas un ideal digno de superar su propia vida, la unión de todos los pueblos prehispánicos en una sola nación. “Nada sabemos, pero yo creo que sí”,¹⁵¹ el *huey tlatoani* guardó la esperanza de un alzamiento en conjunto porque descubrió que purépechas, mexicas, nortños y sureños eran todos hermanos. Cuautémoc pertenecía a la raza azteca pero en él también estaban todas las razas de su mundo, la raza indígena pues, y por su valentía y las dudosas aspiraciones de forjar una patria mexicana en toda la ahora Mesoamérica su monumento fue adornado con motivos mayas, zapotecas, y no sólo con mexicas. ¿Si el mancebo cayó defendiendo a la nación mexicana de la ambición de Carlos V, quién más digno de sucederle e inaugurar su monumento que aquel que le había dado revancha contra uno de sus descendientes?¹⁵² El general Díaz buscó un puesto en el linaje de los defensores de la patria y aún en vida quiso formar parte del panteón nacional.

¹⁵⁰ Riva Palacio, *México a través...*, *op. cit.* p. 888.

¹⁵¹ Alfredo Chavero, “Discurso pronunciado por su autor en la inauguración de la estatua de Cuauhtemoc”, en *El Siglo XIX*, 24/08/1887, p. 2.

¹⁵² *Ibid.*

El monumento a Cuauhtémoc pudo inclinar definitivamente la balanza del héroe antiguo predilecto de los escritores, en cuyo lado contrario estaba Cuitláhuac. Hubo gran entusiasmo alrededor de la inauguración, con poemas y prosas publicadas por los diarios en su honor y una ceremonia a la que asistieron indios y mestizos de todos los *status* económico-sociales. No obstante, las celebraciones anuales fueron cada vez menos importantes, al menos hasta 1910, pero la figura de Cuautémoc se mantuvo dentro del panteón mexicano, impulsado por el culto a los héroes y grandes hombres que tanto había predicado Auguste Comte y que fue llevado a cabo de manera recurrente durante el Porfiriato. Sobre Cuauhtémoc recayeron muchos atributos dignos de admiración y emulación para los hombres del Porfiriato y el discurso que lo construyó lo colocó como el representante de su pueblo y de otros más de los que quizá ni conoció la lengua o el nombre. Sobre el indio del pasado bárbaro o sobre el salvaje poco se dijo, pero apareció incorporado como influenciado por los civilizadores en mayor o menor medida y de esta manera formó parte del todo imaginario en esta parte del siglo XIX. La figura de Cuauhtémoc representó a su tiempo y al indio del pasado para los intelectuales, su corto momento de heroísmo se cristalizó para definir a todos los de su grande raza pasada. Así era generalmente el indio del pasado cuando se le recordaba: viril, con la frente en alto, defensor de su nación, con un sentimiento de hermandad hacia el resto de los indios, hombre de ciencia aunque religioso, bien organizado y con una moral desarrollada, quizá no con la mejor tecnología pero sí con una funcional, gran hombre a la par de otros de renombre en la historia de la humanidad.

El cambio generacional

La palabra del licenciado Alfredo Chavero fue grandemente aceptada por sus contemporáneos. Con una visión evolucionista de la historia y el perfeccionamiento progresivo de los conocimientos se convirtió en el autor obligado para adentrarse en el mundo antiguo mexicano, siendo leído por el grupo de intelectuales impulsores de la política científica, y sin embargo no formó parte de éste. Quiero recalcarlo: Chavero no formó parte de los Científicos ni lo considero dentro los intelectuales impulsores de la política científica que me ocupan; ha sido colocado en el grupo de los Científicos

algunas veces aunque en aquellas listas que parecen un desfile ilimitado de nombres de notables durante la época y no una camarilla generacional ligada por trabajo y amistad con formación en común e intereses en la administración oficial. Se encuentra en el presente estudio porque su pensamiento fue adoptado por los intelectuales y sus afinidades políticas durante el régimen porfiriano fueron semejantes; porque si lo leemos a él encontraremos que los intelectuales aceptaron gran parte de sus conocimientos sobre la historia antigua mexicana, cuando se refirieron al indio del pasado lo citaron escribieron con base en sus lecturas. Fue Chavero, sin que deje de reconocer a otros autores, la mayor de las influencias en dicho rubro. Pensando en su generación, parecería más bien uno de aquellos viejos liberales de los que los liberales positivistas criticaban pero seguían en ideales. No obstante, la metodología del autor y algunos comentarios repartidos en México a través de los siglos, discursos, introducción a trabajos teatrales, estudios históricos y notas a pie sobre fuentes de los cronistas del siglo XVI revelan su postura respecto al pensamiento que le precedió y al que le sucedió: Me parece que Chavero es un puente entre ambas generaciones. De que prefirió en toda ocasión exaltar una herencia prehispánica a una novohispana no cabe duda, es uno de los autores más nacionalistas referidos en el presente estudio, muy probablemente porque vio mejor que los intelectuales que me competen los *descalabros* del país anteriores al Porfiriato; fue también de los más entusiastas en mostrar las maravillas antiguas del territorio ante el filtro de las maravillas mundiales, como los viejos liberales transformó la historia en un discurso nacionalista en favor del indio del pasado, y de vez en cuando se le escaparon frases como “espantosas nigromancias”, “el pueblo troglodita aborigene del norte” y “hordas salvajes”¹⁵³ dignas también del viejo liberal que juzgaba con severidad las creencias y algunas prácticas del indio, sobre todo contemporáneo. Pero por otra parte, su forma de trabajo revela que poseyó a pesar de sus inclinaciones ideológicas una crítica de textos antiguos depurada e incorporó algunos de los elementos positivistas que antes no se usaban, como terminología y los llamados datos científicos, pero sobre todo se mostró menos severo y aún más comprensivo que la generación anterior respecto a la herencia hispana. Es verdad que su juicio sobre Cortés pudo ser positivo con la finalidad de engrandecer todavía más a Cuauhtémoc, pero Chavero no mostró esa aversión a

¹⁵³ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, notas por Alfredo Chavero, México, Oficial tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892, 286p.

Nueva España como herencia de México tan presente en los que quisieron cortar de tajo ese pasado; es más, reconoció que el Viejo Mundo trajo la civilización de la mano de los frailes comprensivos que no llegaron con espadas y alabardas sino con pluma y letra, a diferencia de sus predecesores militares.

No me parece adecuado afirmar que los atributos sobre el indio del pasado como tal fueron tan variados como para considerarlos diferentes en los viejos liberales y los liberales positivistas, pero sí fueron significativamente diferentes el matiz y el uso que le dieron dentro de su pensamiento en general, lo que dio paso a conceptos diferentes. Los viejos liberales sostuvieron como bandera al indio del pasado para sentirse más mexicanos, se valieron del arte para crear una conciencia de nación más antigua que la conquista, por lo que los trescientos años siendo parte del Imperio en donde no se escondía el Sol más que un aporte a su conformación histórica había sido la más grande esclavitud, como si Hidalgo hubiera peleado para liberar al legado y pueblo de Cuauhtémoc. Adoptaron un radicalismo positivo sobre el indio del pasado (y uno negativo sobre el del presente), que fue moderándose en Chavero hasta la total reconciliación con la madre española por parte de los liberales positivistas.

Así pues, mi sujeto de estudio coincidió con los mismos atributos del indio del pasado que los viejos liberales, pero redujo el radicalismo y aumentó la moderación que ya se había comenzado. En los intelectuales liberales de la política científica no están presentes elementos por ejemplo, de Orozco y Berra como esa necesidad tan solicitada por dar a conocer que había civilización en los pueblos prehispánicos y esos pasajes en tono de apología como:

Los castigos en verdad no eran extremados, bien quisiéramos que nuestra juventud supiera y practicara lo predicado por los bárbaros”¹⁵⁴ y “la esclavitud, a pesar de ser bárbara institución, estaba organizada de una manera menos irracional que en Europa.”¹⁵⁵

En un escrito conmemorativo de Porfirio Parra¹⁵⁶ podemos notar que los intelectuales liberales positivistas adoptaron la idea de que Cuauhtémoc representó a toda una nación, pero a la mexicana antigua y no a la decimonónica. Siguiendo la corriente del

¹⁵⁴ Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, tomo 1, estudio previo por Ángel Ma. Garibay K. y biografía por Miguel León Portilla, México, editorial Porrúa, 1960, p. 179. (biblioteca Porrúa, 17)

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 230.

¹⁵⁶ Josefina García Quintana, *Cuauhtémoc en el siglo XIX*, México, IIIH - UNAM, 1977, p. 108-109. ils (dictámenes ichcateopan, 1)

pensamiento positivista desarrollaron un profundo respeto al pasado en general, pues pensaban que el progreso atravesaba por etapas bien definidas rescatando de cada una los elementos más llamativos para avanzar a la siguiente, por lo que tanto tenían su valía la época prehispánica como la novohispana, se trata de un pensamiento en el que no podían saltarse pasos ni borrar etapas. Uno de los puntos más significativos en la diferencia de pensamientos es que para los viejos liberales en general y aún para Chavero, el mexicano tenía su origen en los antepasados indígenas, mientras que para el otro grupo el primer mexicano de la historia había nacido del hijo de un español y una india. La figura de Cortés fue tan gallarda como la de Cuauhtémoc y el español no debía ser repudiado porque representaba a la otra mitad que los conformaba. El indio del pasado podía ser en varias ocasiones “nuestro” indio, porque era una de las ramas de las que descendían, pero ni su “raza vencida” ni la victoriosa del español por sí mismas conformaban a la nación mexicana.

Por otra parte, respecto al culto a los héroes y la ritualidad de la nación, Lara Campos Pérez lo menciona como característico de la época y además resaltó que Porfirio Díaz más que introducirlo continuó la tradición que le precedía. Tal como señaló Pérez Vejo, los liberales intentaron formar un discurso nacionalista apropiándose del pasado y lo plasmaron en soportes fáciles de difundir y entender por el pueblo como pinturas y literatura. La organización sobre qué pasado se debía conmemorar fue menos discriminatoria durante el Porfiriato una vez que el rango de influencia de los liberales positivistas sobrepasó al de los viejos, quizá el ambiente y la política reconciliatoria ayudaron en este aspecto, además de la admiración por las tendencias europeas y el hecho de seguir la filosofía comteana que buscaba rendir culto incluso a los grandes religiosos del medioevo porque a fin de cuentas a pesar de su ideología o su época habían aportado algo a la humanidad; y por supuesto, no debe extrañarnos que también se hubiera debido en parte a la mestizofilia del mayoría del grupo, todos ellos menos Limantour se tenían por mestizos, y crecieron por lo general en ambientes donde convergieron personas con rasgos muy diversos: “La sangre indígena circula por nuestras venas en mayor ó menor proporción con la sangre europea”.¹⁵⁷

¹⁵⁷ Porfirio Parra, “Prólogo”, en Francisco de Asis y Troncoso, *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta la presente*, tomo I, edición facsimilar [México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento. 1886],

Por otra parte, algo que no continuó la nueva generación con respecto a la vieja fue la idea del dogma de la riqueza nacional. Ésta consistía en que el territorio mexicano tenía características particularmente envidiables y provechosas para impulsar el desarrollo del país, que tenía el potencial innato para producir en grandes cantidades si se le invertía bien. Fue propagada por autores extranjeros como Humboldt y otros mexicanos que tenían miras en el desarrollo económico, pero después de fracaso en fracaso la culpa ya no podía recaer en la ineptitud del campesino indio, por lo que se pensó que todo lo que se había escrito sobre las perfectas condiciones del país habían sido demasiado exageradas. En los intelectuales se puede ver cierta desilusión respecto al tema, con el punto máximo en la maldición de Bulnes, la culpa ya no recayó entonces del todo en la holgazanería o necesidad humana sino que también se replanteó el peso de las adversidades geográficas y por ende, se buscó aún más el mejoramiento de aquello que mejor se podía transformar, el hombre.¹⁵⁸ Así pues, probablemente también se pensaron con mayor reserva muchas de las maravillas del mundo del pasado mexicano, muchas de las que eran representantes los grandes basamentos, calendarios e ídolos descubiertos.

Queda por último una cuestión más en torno a cómo pensaban al indio del pasado: la cuestión de la civilización. He dejado en claro que se pensó que la civilización no sólo se había desarrollado en el México Antiguo sino que también había sido generada ahí mismo y no transmitida desde otro lugar, pero ante este hecho se vislumbra un dilema. Los intelectuales de la política científica alabaron en general la herencia española que los navegantes de ultramar habían traído la civilización con los religiosos, hombres cultivados y comprensivos que además de enseñar a leer y escribir aprendieron las lenguas nativas y preservaron parte importante de la cultura de los vencidos. Entonces, ¿cómo civilizaron los europeos si los americanos ya estaban civilizados? La solución está en comprender la magnitud del papel que tuvieron los toltecas en la ahora Mesoamérica. Hay que saber que el grado de civilización que alcanzaron no conoció rival en la antigüedad mexicana, no hubo antes o después algún pueblo que se le

introducción general por Víctor Naufal y Arturo Gálvez Medrano, Advertencia al tomo I por Carlos Viesca, México, IMSS, 1982, p. 24.

¹⁵⁸ Para los intelectuales el suelo no era tan bueno que cualquiera le podía sacar provecho, sino que un gobierno bueno podía sacar provecho de tierras incluso estériles. Casasús tradujo a Elihu Root, cuya visión influyó en este aspecto y entre otras cosas, escribió que las virtudes cívicas no podían cultivarse en una generación egoísta. Elihu Root, *La participación del ciudadano en el gobierno*, trad. J. Casasús, México, Consejo editorial del gobierno del estado de Tabasco, 1981. (cuadernos del consejo editorial, X)

equiparara, y de su legado se nutrieron muchos otros, pero se nutrieron en diferente medida. Los mexicas fueron de los que mejor aprovecharon la herencia tolteca, pero ya habían desvirtuado muchos de sus aspectos para cuando Cortés llegó; eran civilizados porque vivían en ciudades y estaban organizados, aspectos muy a considerar por parte de los progresistas positivistas, pero no tenían la magnificencia tolteca y muchas de sus prácticas los hacían parecer más bien semicivilizados o civilizados en un rango menor, incluso con rasgos tan bárbaros como los sacrificios. Por lo tanto, a la llegada de los españoles, a pesar del destello llamado Cuauhtémoc, los mexicas carecían de muchas cosas que los misioneros pudieron enseñarles después. Y respecto a los otros pueblos, los intelectuales no tuvieron el problema de los viejos liberales sobre la unificación de los pueblos antiguos, no ocultaron o embellecieron la barbarie y aun el salvajismo de ciertos pueblos; y además, dieron algo más de importancia a los niveles de civilización en Yucatán, Tabasco y Oaxaca, lugares que albergaron grandes ciudades y revelaban por tanto progreso material, no necesariamente condicionado al mexica.

Una vez perdida la guerra de manera definitiva e incorporados al régimen del gran Imperio Español, al indio le tuvo reservado el destino la peor etapa en la historia de su gente, una esclavitud de trescientos años que lo mantuvo separado del resto de la sociedad, o al menos eso pensaban los viejos liberales. Por su parte, el juicio de los intelectuales porfirianos de la política científica fue que se trató de un período que tuvo al indio sumido en un letargo perenne, se pensaba generalmente que poco hizo como elemento dinámico y que la culpa la tenían las Leyes de Indias por brindarles un trato especial que los sometió como si fueran niños. Se consideraba que esta legislación había sido un daño que junto al trauma de la conquista hizo decaer las ilusiones y el entusiasmo del indio frente a la vida, fue visto como un incapaz en cuya mentalidad el carácter ya no era el mismo, que se modificó completamente la manera de ser y pensar de un tipo de personas y que derivaron en sentimientos como la indiferencia y el rencor. Y sin embargo, en su balance final había sido una buena noticia la introducción de la vida europea porque trajo la civilización. La destrucción de valiosas fuentes por parte de los religiosos se compensaba, en palabras de Sierra, con que los indios fueron iniciados en el cristianismo, les abolieron las supersticiones de la sangre y les pusieron en el camino de la civilización: “la pérdida [de conocimientos] fue irreparable, pero la

ganancia fue inmensurable”.¹⁵⁹ El conocimiento del indio del pasado preservado por sus élites se había perdido, pero en su lugar se habían sentado las bases para forjar uno más sólido. Lamentablemente para los intelectuales, la falta de atención o empatía a la que consideraban ellos como la mejor forma de incorporación a la sociedad impidió al indio generar un sentimiento patriótico sobre el país, indispensable para ser considerado un buen ciudadano, requerido por sobre todas las cosas en el tiempo en que los intelectuales vivían. Los males del indio fueron atribuidos al trauma de su historia, que no había sido tratado eficazmente en los años sucesivos, por lo que en episodio nacional tras episodio el factor indio había contribuido con poco o nada. En la Independencia, bien advirtió Bulnes que habían sido la iracunda masa del inicio pero que después dejaron de tener relevancia; en los siguientes conflictos no sintieron el amor por defender el territorio nacional e incluso algunos combatieron del lado contrario, como fue el caso del Segundo Imperio; además, la llamada reforma trajo un sorprendente número de levantamientos. Se decía que se comportaban de manera perjudicial para México y que sin embargo alguna vez habían sido gloriosos, incluso los salvajes y bárbaros que tenían cualidades positivas como la virilidad. De vez en cuando, continua, muy seguido o muy poco, dependiendo de a quien se le pregunte, surgían figuras dignas de recordar, de sangre india pura.

Juárez, el indio

Entre otros, uno de los grandes ejemplos fue Ignacio Manuel Altamirano, destacado escritor de la generación anterior que había cobrado renombre entre los liberales, con marcados rasgos toscos y piel oscura que revelaban la raza que lo enorgullecía. Pero sin duda, el indio más enaltecido en la historia mexicana ha sido Juárez, personificación del liberalismo triunfante y aún vigente en el discurso oficial como uno de los más grandes héroes. El mito del liberalismo que refirió Hale envolvió al pastorcito, que salió victorioso en la defensa de la nación y por tanto se le identificó con el valor máximo para un ciudadano, el amor a la patria; autores como Barreda lo alabaron en vida y sentaron las bases para honrarlo como si hubiera sido héroe para todos los mexicanos. Además, cabe mencionar que durante el Porfiriato comenzó el culto a Juárez, a pesar de que el

¹⁵⁹ Sierra, *op. cit.*, tomo XII, p. 82. [*Evolución política del pueblo mexicano*, 1900].

primer levantamiento armado del general Díaz haya sido en su contra; se enalteció como “símbolo de unidad nacional”¹⁶⁰ por medio de obras en homenajes luctuosos (el primero fue en 1884) y la conmemoración del centenario de su natalicio y el de la Independencia de México. Debido al impulso engrandecido de su figura y a que Díaz le guardó respeto y se unió a su bando durante su juventud, Juárez fue exaltado con el fin de asentarlos en un panteón de héroes nacionales que seguirían una línea hasta el propio don Porfirio: el engrandecimiento de uno le daba credenciales al otro y como el centenario del natalicio de este indio se conmemoró en un ambiente tenso por la sexta reelección se buscó colocar a Juárez como precursor de Díaz (que en realidad fue), aunque a estas alturas todos deberíamos saber que a la larga el resultado fue precisamente el opuesto.

Corría el año de 2006 cuando un segundo natalicio se conmemoró. En aquel entonces era un niño de educación primaria muy temprana pero recuerdo bien cómo nos hicieron aprender de memoria un himno, que entre otras cosas narraba la vida de un huerfanito, pastorcito, humildito y pobrecito indio que llegó a ser presidente. Quizá me baste con expresar que el ambiente tenía un velo juarista inamovible, se trataba de tener que recordarlo y sentirse admirado y orgulloso por su persona, que representaba a la de todos. Juárez era único en la historia, decían, y con el tiempo se le llegó incluso a “embellecer” en los billetes para borrar esos rasgos toscos famosos del tipo indio zapoteca. Como sea, si desde mi experiencia, en el centenario más reciente se practicó un culto y en su figura tenía que haber un consenso positivo que entonces por edad no terminé de entender, imaginad a algunas décadas de su muerte en pleno oficio de la banda presidencial, habiendo representado el consenso que tenía que aceptarse si se quería destacar en la vida pública oficial. Los intelectuales se vieron como auténticos liberales a pesar de que sus sucesores en la ideología lo negaran y estando en algunos de los puestos más renombrados de la administración sentían que debían a Juárez gran parte del éxito como nación. Se mostraron como liberales desarrollando muchos de dichos ideales aun cuando en otros aspectos del pensamiento fueran en realidad moderados y hasta conservadores. Muchos de ellos escribieron sobre Juárez y lo pusieron en un altar adornado de discursos en su centenario, y hubo ceremonias regionales y nacionales, en la inauguración del

¹⁶⁰ Natividad Gutiérrez Chong, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, México, IIS - UNAM/CONACULTA/Plaza y Valdés, 2001, p. 218.

monumento conocido como Hemiciclo a Juárez y de una colonia en la Ciudad de México con su nombre.

Leyendo a Sierra en el libro *Juárez: su obra y su tiempo* se pueden observar los atributos que le fueron comúnmente otorgados: serenidad, mudez, tranquilidad, hombre de fe, callado y reflexivo, y al parecer identificado con su raza india. Nótese cómo las anteriores eran también características asociadas al indio promedio, para Sierra y su grupo el carácter colectivo de una raza o pueblo permeaba al individuo y Juárez no fue la excepción, pero pudo hacer más que quedarse en la colectividad y como individuo consciente se volvió liberal, se desmasificó y adquirió una personalidad que lo llevó tan lejos como la jerarquía del país se lo permitió. Esto es importante porque a pesar de que salió de una colectividad a veces tenida casi por vegetal mantuvo en todo momento el perfil de un indio. El libro de Parra, *Sociología de la reforma* revela una línea en concordancia con el grupo pero como en el caso que tuvo con las leyes generales y el indio (por el final del capítulo anterior), tuvo una tendencia a recibir sin criticar que por momentos cayó en dogma. Los halagos aumentaron: en donde se posara Juárez estaría la ley, hombre de figura inmortal, ¡el Moisés mexicano! Es notable también que incorporó el juicio positivista en mayor medida que los demás, en el sentido de que explicó el pasado como si sus actores fueran conscientes de la específica ideología progresista que él profesaba, por lo que Juárez realmente se vistió de precursor de la pax porfiriana, entre otras cosas similares. Parra también nos dejó una descripción:

Juárez, con su bronceada fisonomía de indígena, con su mediana estatura, con su pequeño pie, con su actitud nada arrogante, aunque firme y severa, con su sencillo título de presidente estaba más en consonancia con el sentimiento nacional, era más aceptado como jefe de la nación y más eficazmente obedecido.¹⁶¹

Tome en cuenta el lector, además de la importante mención de los aspectos de la fisonomía, sello del pensamiento médico de Parra, que éste lo estaba colocando frente al emperador de trágico destino, a quien se le notaba lo foráneo en la piel, los ojos y la barba, y que no hacía “vibrar el corazón del pueblo mexicano”,¹⁶² según escribió.

¹⁶¹ Porfirio Parra, *Sociología de la reforma*, México, Empresas editoriales, S. A., 1967, p. 233. (el liberalismo mexicano en pensamiento y acción, 8)

¹⁶² *Ibid.*

El pensamiento sobre Juárez fue generalmente idéntico entre los intelectuales, para Rabasa fue “el grande hombre”¹⁶³ y para el pensamiento que Chavero legó no había otro más digno de honrarse. Llama la atención también que las menciones más recurrentes a su raza india generalmente hayan sido al inicio de los discursos o libros, como para dejar en claro un origen humilde y también, me parece factible sugerir que ésta es una de tantas formas de reconocer que lo indio le parecía a los intelectuales más en concordancia con el campo, la sierra y los hogares pobres que con otros escenarios en los que Juárez posteriormente figuró. No obstante, el carácter indio como tal sí apareció de manera constante en las narraciones. Por otra parte, definitivamente no se puede afirmar que el asunto con Bulnes haya sido el del juarista porfiriano común, el autor le reconoció ser un “buen hombre”,¹⁶⁴ pero nada mejor. Es conocida la crítica que hizo de su persona y sus acciones, el juicio radicalmente distinto al de sus compañeros que elaboró sobre el zapoteco parecería suficiente en un vistazo superficial para dejarlo fuera del grupo. No me adentraré en su polémica porque se trata de una digresión aunque interesante, larga y no tan importante para el presente tema, pero sí mostraré que aun Bulnes tuvo una visión similar en cierto sentido sobre Juárez a la de sus colegas, una perteneciente a los dominios la mentalidad. Pues bien, si la conclusión resultó negativa a diferencia de la de muchos otros, lo que me compete por ahora no son los juicios políticos y sociales hacia Juárez sino la manera en que se pensó su condición de indio. Para Bulnes había un Juárez mítico difundido por los viejos liberales, que había que combatir,¹⁶⁵ un mito que sus propios compañeros aceptaban y propagaban, pero si algo respecto al tema tuvo de similar con estos últimos fue que atribuyó las acciones del indio precisamente a eso, al carácter innato del grupo racial al que perteneció. Lo que pensaba el presidente era diferente entre los autores pero no cabía duda en cómo pensaba: según su condición de indio, “sólo concibe el poder, la vida, la política, como se lo hace sentir su raza”,¹⁶⁶ así que al final del día la explicación sobre la participación de Juárez en la historia nacional, juzgada eficiente o deficiente, se debía al carácter que lo había acogido desde su más

¹⁶³ Emilio Rabasa, *La constitución y la dictadura*, décima edición, segunda reimpresión, prólogo por Andrés Serra Rojas, México, editorial Porrúa, 2016, p. 97.

¹⁶⁴ Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de reforma*, estudio introductorio y notas por Erika Pani, México, Instituto Mora, 2011, p. 137. (colección pensadores)

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 612.

¹⁶⁶ Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, estudio introductorio y notas por Erika Pani, edición facsimilar [México, 1904], México, Instituto Mora/INEHRM, 2009, p. 105. (colección pensadores)

temprana formación. Hubo diferencias sobre lo que pensó, pero un consenso en la manera en que pensó, como indio. Para bien o para mal, lo cierto es que Juárez fue determinante en los acontecimientos de su época y esto se había debido según los intelectuales a su carácter, les pareció un indio mexicano por demás importante en la conformación de la nación mexicana.

[Del indio del futuro] La política científica y sus alcances

Ahora bien, para una sólida comprensión más allá de la mera descripción debe preguntarse la finalidad. Basado en los patrones de pensamiento del grupo intelectual ciertamente hubo un interés genuino hacia los indios más allá de querer explotarlos porque los despreciaban y porque querían hacer más acaudaladas a sus propias familias. Teniendo identificado a un sujeto según una concepción específica sobre el mundo sobra decir que sus acciones hacia éste estuvieron condicionadas por dicha concepción, sin embargo ¿cuáles fueron dichas acciones? El papel que a la larga obtuvieron los intelectuales en el régimen como ideólogos y personas influyentes en la administración les dio poder, pero no fue esto durante las tres décadas enteras en que Díaz y González portaron la banda presidencial. Cabe y debe preguntarse en qué medida sus acciones tuvieron relevancia y sobre todo, para conocer los alcances de una mentalidad, hasta qué punto su pensamiento fue difundido y compartido en el tiempo y espacio que les tocó vivir. ¿Sería factible sugerir que su pensamiento fue el característico del Porfiriato? Podríamos, tomar sus preocupaciones y resoluciones como un asunto estatal, pero también es cierto que éstas les precedieron y sucedieron, por lo que mejor me parece hacer énfasis y tomar como características del gobierno más bien en la manera en que se pensaron y llevaron a cabo prácticas que los gobiernos e intelectuales anteriores ya habían propuesto. Después de todo los hombres del Porfiriato se encumbraron con la bandera del liberalismo juarista y de hecho, realizaron muchos de los logros que sus antecesores se habían propuesto.

Con un pensamiento uniforme en estructura y la mayoría de sus ideas rectoras en hombres de Hacienda, Instrucción Pública, la Escuela Nacional Preparatoria, la curul y el gobierno de la capital del país, y con libros y artículos en prensa publicados se disipan en

gran medida la duda sobre si su agenda intelectual y política pudo extenderse. Los preceptos que llevaron a pensar en la realización de una política científica se enseñaron en la más distinguida escuela para jóvenes y también rigió los principales centros de discusión sobre el mejoramiento de la enseñanza como el Consejo de Superior de Educación Pública y los cuatro congresos sobre educación que se llevaron a cabo en el tiempo que duró el Porfiriato. El atractivo de la ciencia fue que la presentaron como la forma de explicar, conocer y organizar cualquier ámbito de relevancia para la vida humana y su prestigio llegó, con la doctrina que la arropaba, a tal grado de ser necesaria para adquirir veracidad y convencimiento en el ámbito intelectual. Sin embargo, el liberalismo ganó una guerra de invasión y la ciencia positiva no, el mito conformado pasó de representar a un grupo -más bien pequeño y odiado- a representar a todo un país, pero los intelectuales de la política científica no llegaron a tanto, incluso pasaron del renombre al odio. Muchos de sus supuestos fueron compartidos por la gran mayoría, pero buscando un pensamiento más consciente de la doctrina éste no se puede encontrar sino en los letrados del país, que eran pocos. Y precisamente estos supuestos sobre el indio, compartidos por intelectuales católicos, liberales positivistas y viejos liberales, dan pie en primera instancia a pensar que con lo que uno expresó el resto estaban más o menos de acuerdo.

¿Existió realmente un pensamiento característico del Porfiriato? Según mi investigación, en términos de pensamiento intelectual predominante hubo principalmente dos Porfiriatos. El primero lo representan los viejos liberales y los hombres que llevaron a cabo la rebelión de Tuxtepec, que conformaron los primeros gabinetes de Díaz y de González y cuya obra cumbre fue *México a través de los siglos*. El segundo Porfiriato en este modelo fue gestándose apadrinado por la generación más vieja y logró sobresalir poco a poco hasta ser predominante durante los últimos años del siglo XIX y sobre todo en la nueva centuria. Éste último perteneció a los intelectuales liberales de la política científica y tuvo como representación escrita a *México su evolución social*. Resulta interesante que la manera de concebir al indio haya sido diferente entre estos dos pensamientos que a pesar de todo compartieron palabras e ideas más antiguas que ellos y que en su momento llevaron a cabo semejantes resoluciones para el mismo problema.

México: su evolución social es este segundo Porfiriato hecho libro, el Porfiriato con un pensamiento más original o propio, que refleja además en sus reediciones la consideración que a este gobierno se le dio (hasta el facsímil de M. A. Porrúa en 2005, sólo existía la edición original), en contraposición a las múltiples ediciones de *México a través de los siglos* del tardío liberalismo triunfante que han salido al mercado por décadas. “La obra dirigida por Sierra le debe mucho a la dirigida por Vicente Riva Palacio”,¹⁶⁷ en cuanto a contenido general son similares y de hecho, respecto a la historia antigua contienen las mismas fuentes y datos y Chavero fue utilizado por los autores de *México: su evolución social*; pero aunque las concepciones generales y palabras hayan sido las mismas la estructura y conceptos cambiaron significativamente, se trató de un reajuste de valores en la concepción sobre el mundo y el indio en el cambio de generación intelectual. La gran síntesis predecesora tuvo una organización cronológica y el proyecto de los intelectuales de la política científica fue ordenado más bien de manera temática, pensando en la estructura como a un organismo, como partes integrantes de un todo; Sierra reunió a un gran número de intelectuales que compartían una misma concepción aunque con el tiempo la fueron desarrollado en vertientes distintas, como Agustín Aragón, que se volvió un ortodoxo y quiso desligarse de la política. Entre los pocos estudios dedicados sólo a *México su evolución social*, Moya López ha escrito el más completo; advirtió que en las páginas dirigidas por Sierra hay un “discurso histórico de perfil positivista”,¹⁶⁸ teniendo en cuenta los diferentes matices de positivismo que tuvieron los autores. El fondo común consistió en que “el positivismo de la mayoría de los autores de la obra radicó más en las finalidades formativas, morales y culturales que se derivaron de la articulación que los escritores encontraban entre ciencia y política. Se buscaba que del saber histórico se desprendiera un conocimiento eminentemente práctico, orientador de la vida nacional en sus diferente ámbitos”.¹⁶⁹

Respecto al indio del pasado, cabe resaltar que ninguno de los que escribió puede considerarse ahora, ni se consideraba en su tiempo un especialista de la materia (como sí lo fueron Orozco y Berra y Chavero) y quizá esto influyó en el hecho de que muy poco se le mencionó, según Matute, poco más del cinco por ciento de la obra en su

¹⁶⁷ Álvaro Matute y Evelia Trejo, “La historia antigua en México: su evolución social”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, vol. XIV, 1991, p. 89.

¹⁶⁸ *Op. cit.*, p. 12.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 36.

totalidad.¹⁷⁰ El peso de la herencia india se redujo considerablemente en comparación al tomo entero que escribió Chavero años atrás, y Sierra fue el único en ir más allá de los aztecas, para mencionar también a los mayas y toltecas. Esta reducción en importancia puede indicar algo más allá de un menosprecio al indio, como pudiera pensarse en primera instancia; para empezar, el objeto de *México: su evolución social* fue mostrar los adelantos que el camino del progreso había traído al país, con un grande y significativo énfasis en el trabajo específico que el general Díaz y su paz habían logrado. No es que el pasado ya no importara sino que se repensó la importancia de la conformación de sus elementos encaminados a la exaltación del tiempo contemporáneo.

Ahora bien, el indio del pasado disfrutó de menos espacio y se privilegió al del hombre porfiriano, pero el indio del presente, aunque en términos cuantitativos no lo parezca, se vio mayormente beneficiado en la obra de Sierra, que en la de Riva Palacio. Se le tomó por uno de los dos elementos capitales de la población mexicana contemporánea (el otro era el mestizo), el más importante en términos prácticos porque con su agricultura sostenía al país entero. En este sentido también se perfiló el papel que los intelectuales tendrían que adoptar hacia él para que el indio del futuro idealmente fuera transformado: Quedarse de brazos cruzados ante su precaria situación no era una opción, había que adentrarse en sus visiones del mundo en algunos casos por medio del entendimiento de sus lenguas para orientar sus mentalidades a un curso deseado, proceso en el cual sería de utilidad recordar las grandezas indias del pasado como incentivo para mejorarle y alcanzar un futuro mejor. En la parte específica sobre la composición racial de la población mexicana contemporánea, el texto con mayor importancia lo tuvo el dedicado a la descripción y preocupación sobre los indios, a pesar de la importancia del mestizo, que fue el segundo en proporción y al que le siguieron las escasas líneas en comparación para la partes blanca y negra de la población.

Del indio tangible

¿Qué futuro le esperaba al indio en aquel entonces? Sin duda, la concepción de una historia progresista impedía su condena definitiva, pero esto no quería decir que su

¹⁷⁰ *Op. cit.*, p. 96.

progreso fuera atrasado o lo suficientemente lento para no notar diferencias en un considerable período de tiempo. La manera en que el gobierno, de la mano de los intelectuales, emprendió ciertas acciones dan una idea acerca de la necesidad que hubo por resolver ese problema llamado indio. Y no es que para los intelectuales de la política científica se tratara de un problema *per se*, pero su condición y costumbres de vida eran un obstáculo para el que creían mejor y más eficiente desarrollo progresista del país. Por otra parte en términos prácticos, el indio ciertamente se encontraba en problemas, la llamada reforma no hizo otra cosa para la causa de éste que agravar su situación, “los campesinos de tales comunidades vivieron peor entonces que cuando se hallaban en el poder los gobiernos conservadores”.¹⁷¹ Gracias a la acción revisionista podemos saber ahora que el impacto de dichas leyes de los liberales no se aplicaron con uniformidad y que tuvieron alcances diferentes en todo el país, por ejemplo, en Oaxaca fue menor debido a que las familias con mayor influencia eran precisamente indias,¹⁷² y aun así las comunidades indias resintieron los efectos, a pesar de que por ejemplo, también la Ley Lerdo se aplicó sin fraudes.¹⁷³ Las protestas y levantamientos aumentaron, lo que a su vez agravó la visión que del indio se tenía, se tomó por clerical cualquier levantamiento en favor de la propiedad comunal.¹⁷⁴ Según Powell, terminaron en la indigencia comunidades autosuficientes, se intensificó el latifundismo y se desmoralizó a toda una clase social, lo cual fue algo curioso si recordamos que los liberales pensaban que el régimen conservador de Nueva España había sido la causa de la desmoralización. Para Meyer, comenzó con los liberales del 57 la distinción tajante entre indio histórico y contemporáneo, se le acusó al último de todos los males y se buscó su destrucción. Como sea, pocos fueron los que reconocieron su error y muchos el que lo sufrieron, en una época en que es difícil hablar de números por la carencia o fiabilidad de los censos. Sabemos que gran parte de lo que hacía del indio un problema para la nación mexicana era que su población era mucho mayor que la de la llamada raza blanca, había que cambiar el ser de más de la mitad del país. Sin embargo, Juárez y Lerdo fallaron en materia estadística y Díaz corrió con la misma suerte, incluso cuando en su gobierno fue

¹⁷¹ T. G. Powel, “Los liberales, el campesinado indígena y los problemas agrarios durante la reforma”, en *Historia mexicana*, vol. XXI, núm. 4, p. 654.

¹⁷² Tenorio, *op. cit.*

¹⁷³ Powell, *op. cit.*

¹⁷⁴ Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, SEP, 1973, 240p. (sepsetentas, 80)

creada la Dirección General de Estadística, y también a pesar del gran prestigio que tenía la disciplina entre los letrados, considerada como indispensable para gobernar. Aun si fueran confiables, en los censos de 1900 y 1910 no se utilizó a la raza para dividir a la población y también queda de manifiesto que se podía ser de raza india por costumbre, lengua, rasgos físicos y cualquier otro criterio según el autor. Como antecedente, en 1858 García Cubas calculó que de poco más de 8 283 088 habitantes totales unos 2 208 824 eran indios y 4 417 644 de la raza *mista*,¹⁷⁵ pero no pudo hacer semejante cálculo en todos los estados y territorios particulares, además de que para finales del Porfiriato ya no eran 8 sino 15 millones los habitantes del país. Según Bulnes,¹⁷⁶ a un año de cambiar de centuria el 35 % de mexicanos eran indios. Aquellos hombres con estilo de vida tradicional conformaban más o menos la tercera parte de la población del país, y muchos mestizos tendían más a las costumbres indias que a las blancas, por lo que si se quería figurar entre el concierto de las grandes naciones había que realizar un cambio sustancial en el carácter y mentalidad de estos hombres.

La acciones internas para transformar al indio en particular y al mexicano en general se realizaron a la par que las que buscaban generar ante el exterior una figura representativa sobre el indio y sobre lo mexicano. Los liberales viejos creían con convicción que tenía que ser modificado el ser degenerado del indio para impulsar su desarrollo, por ello atacaron a su organización corporativa; en el caso de los liberales positivistas el discurso cambió, no se trataba de cambiar al indio por indio sino de cambiar al mexicano en general. Así como Pérez Vejo¹⁷⁷ señaló que para las primeras décadas de vida independiente en México el problema indio no existió en un sentido racial sino en uno socioeconómico, en el Porfiriato el asunto fue similar, los tres pensamientos predominantes en México (catolicismo, liberalismo y positivismo) partían de la idea de la igualdad o potencial similaridad de los hombres y si la raza estaba atrasada no se debía a un determinismo racial. Uno de los grandes problemas con el indio era que no se sentía mexicano, le debía todo a su gente india y se pensaba que nada al ente metafísico nacional que evolucionaba a través de los siglos, pero para los intelectuales, se sintiera o

¹⁷⁵ Antonio García Cubas, *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la república mexicana*, estudio introductorio por Miguel León Portilla, segunda edición facsimilar [México, José Mariano Fernández de Lara, 1858], México, Miguel Ángel Porrúa/El colegio nacional/IIH - UNAM/INEGI, 2015. ils

¹⁷⁶ Bulnes, *El porvenir*, *op. cit.*, p. 24.

¹⁷⁷ *Op cit.*, p. 64.

no, seguía siendo mexicano. A causa de la bandera del mestizaje que generaron el discurso se amplió y cuando los intelectuales de la política científica buscaron mejorar las condiciones del indio no fue porque fueran indios sino porque estaban atrasados, al igual que otros sectores de la población que también fueron incluidos en la ayuda. De cómo los intelectuales vieron y querían mostrar al indio ante el mundo y de cómo lo concibieron en el plan nacional puede estudiarse en gran medida por medio de las exposiciones internacionales que se llevaron a cabo en distintos países durante el Porfiriato.

Las exposiciones internacionales o del indio al exterior

Las exposiciones nacionales e internacionales que se llevaron a cabo durante el siglo XIX pudieron tener su antecedente en las ferias comerciales que se realizaban desde la Edad Media con el fin de que los agricultores y comerciantes promovieran sus artículos.¹⁷⁸ Fueron eventos magnos de prestigio sin igual entre las llamadas naciones civilizadas y la invitación a uno de aquellos suponía para el gobierno afortunado el honor de tener la oportunidad para darse a conocer y probar su valía frente a los ojos del mundo respetado. Por supuesto, el gran interés para organizar una exposición siempre fue comercial, los primeros objetivos buscados fueron la apertura de nuevos mercados y la firma de contratos que trajeran inversión al país invitado. Sin embargo, tampoco fueron dejados de lado los intereses referentes a la investigación y el compartimiento de avances científicos y tecnológicos, por supuesto, encaminados a hacer más eficiente la producción tanto agrícola como industrial. No podría plasmar de una manera más clara el discurso que movió a los mexicanos respecto a las exposiciones universales como bien puede leerse en los legajos del Archivo General de la Nación: el fin era “promover el adelanto científico y mejoramiento moral de todas las clases sociales, el perfeccionamiento de la industria y de las artes, el progreso de la minería y de la agricultura, y el desarrollo del comercio en sus diversos intereses”.¹⁷⁹ Aunque precisamente el caso mexicano fue diferente en el sentido del contexto que el país

¹⁷⁸ Julie Galliers y Luis M. Polo Amo, “La exposición universal de 1876 en Filadelfia y el vino de Montilla”, en *Ámbitos*, núm. 20, 2008, p. 67.

¹⁷⁹ AGN, fondo exposiciones, caja 79, exp. 1.

acababa de atravesar, pues con la guerra del liberalismo triunfante había sido dañada severamente la economía y la imagen en el exterior no era muy grata después de haber asesinado al miembro de un casa real y después de haber roto relaciones con el primer país civilizado del mundo. Las exposiciones, al servir para dar cuenta de los avances de cada país se convirtieron también en los receptáculos de historia de la civilización. En el caso de México tuvieron el fin práctico de impulsar la economía por medio de inversiones extranjeras y el fin simbólico de demostrar que después la época anárquica ya se podía figurar como igual a las naciones europeas y estadounidense dentro de la civilización.

Usualmente se consideró que la Londres (1851) fue el inicio de esta costumbre decimonónica, aunque no fue la primera exposición. New York realizó una dos años después y en 1855 tocó el turno a la capital francesa; en 1873 Viena realizó una y posteriormente Philadelphia, en 1876. Ésta última fue para celebrar la independencia de los Estados Unidos de América y contó con la participación de México, aunque no precisamente en su mejor momento. La exposición de New Orleans ocurrió entre 1884 y 1885, con motivo del centenario de la exportación de algodón a Europa y aunque no tuvo un carácter tan internacional como otras fue tomada por México como la oportunidad de reivindicarse, ya que en las anteriores no había participado o lo había hecho de manera débil. En el discurso de esta exposición se nota la pluma de los viejos liberales, que querían mostrar al mundo “la incalculable riqueza de nuestro suelo”.¹⁸⁰ El espacio que tocó a México ocupar fue de 36. 064 pies cuadrados en el Main building, además de departamentos en el edificio de artes, de horticultura y de señoras, y de dos edificios *ah hoc* para legación mexicana; por la cercanía a Estados Unidos hubo menos dificultades en el transporte y pudieron llevarse especímenes de flora vida. Se reunieron objetos arqueológicos que mostraran el glorioso pasado del México Antiguo y se expusieron cuadros con guerreros y deidades nahoas, además de antigüedades vaciadas de las originales del Museo Nacional. Se expuso a un indio glorioso y padre del país, pero muerto, y sobre el contemporáneo se dijo más bien que la industria serviría para sacar de su escondite a sus aptitudes y disposición “ingeniosa e imitativa”.¹⁸¹ Se le dio un lugar al indio del presente en la exposición de New Orleans, pero no como motivo de exaltación

¹⁸⁰ *Ibid.*

¹⁸¹ *Ibid.*

nacional o parte del avance del país sino que se exhibieron sus industrias que por “toscas y humildes”¹⁸² podían servir de objeto a los estudiosos para saber el estado de otros pueblos menos civilizados. El indio del pasado fue sujeto y el del presente objeto.

Se realizaron además, entre las que podrían figurar como importantes una exposición en España (1892) y otra en Chicago (1893) con motivo del primer viaje trasatlántico de Cristóbal Colón, en las que México obtuvo premios por su participación y en específico, sobre objetos relacionados con el indio, como trajes y monumentos antiguos. Sobre estas exposiciones no hay mucho escrito, las fuentes primarias pueden encontrarse en el AHUNAM y el AGN respectivamente y aunque la participación de México parece haber sido destacada, lo cierto es que no fueron eventos tan primordiales para el gobierno como los que a continuación expondré, sin olvidar mencionar que la de España pasó con indiferencia en su propio país y la de Chicago cerró de imprevisto sin fiesta alguna debido a la muerte repentina del mayor de la ciudad.

Las exposiciones de París de 1889 y 1900 son las que mejor pueden ofrecer un panorama del pensamiento respecto al indio hacia el exterior y dentro del plan nacional en el Porfiriato. La primera es la más famosa y sobre la que más se escribió, y fue realizada para conmemorar el centenario de la toma de la Bastilla en la Revolución Francesa, uno de los grandes mitos de “Occidente”. Fue también la primera gran exposición internacional europea a la que México asistió y por lo tanto se creía que su discurso como nación civilizada llegaría más lejos. La invitación llegó al gobierno siete años después de restablecerse las relaciones entre Francia y México y tres años después de que Chavero publicara su tomo en *México a través de los siglos*. El resultado de la ponencia fue totalmente acorde con la ideología de los viejos liberales, comenzando por el primer elemento que se colocó y el que mayor asombro despertó, el edificio, o mejor dicho, el Palacio Azteca. Bien aprovecharon la oportunidad de mostrar todo lo que México podía ofrecer a los inversionistas a la vez que había que darse a conocer como se concebían a sí mismos.

El edificio de la exposición de 1889 midió 70m de largo por 30 de ancho y 14 de altura. Fue diseñado por Antonio Peñafiel, que ya había tenido experiencia en exposiciones anteriores, y Jesús F. Contreras, un estudiante radicado en Francia, quien con el apoyo

¹⁸² *Ibid.*

del gobierno mexicano se encargó de la decoración exterior del complejo. Participaron en el proyecto las secretarías de relaciones, gobernación, justicia, hacienda, guerra y fomento, aunque el papel de la última fue el mayor y predominante; se exhortó además a las empresas de ferrocarriles y navegación a apoyar en el transporte de los objetos, y se pidió a los estados y a particulares que mandaran su mercancía, pues la muestra tenía que ser más grande que en cualquier otra participación que habían tenido. Encontré que en los preparativos hubo intentos por mostrar la composición racial del país, específicamente con el señor Carlos Saavedra quien solicitó apoyo para publicar un álbum histórico pintoresco de todas las razas del país, pues al parecer ya se habían hecho, pero malogrados y no a manera de álbum; por otra parte, el gobierno le pagó a García Cubas para realizar una obra monumental en cuatro partes sobre geografía, historia y estadística de México, en cuya segunda parte se mostrarían cuadros de la población por sexo, estados, densidad y raza. Al parecer Saavedra no encontró el apoyo y García Cubas no entregó la obra, de modo que el indio quedó plasmado en la exposición más que en textos en la fachada del edificio.

La construcción fue pensada para desmontarse por lo que los materiales fueron de acero en su estructura y madera en su revestimiento, todo con una forma que recordaba los basamentos prehispánicos que sirvieron como templos. La entrada y salida estaban ubicadas a la derecha e izquierda del edificio pero en el centro había una escalera prehispánica que terminaban en donde empezaban unas cariátides coronadas por el sol y arriba de éste la bandera mexicana. El pabellón estuvo basado principalmente en las estructuras de Xochicalco que visitó el arquitecto, pero incorporó elementos muy diversos, de los que no hubo adorno, símbolo o figura alegórica “que no haya sido sacada auténticamente de la arqueología mexicana, y con la única mira de revivir la genuina civilización nacional”.¹⁸³ Se colocaron imágenes en la parte izquierda de la cara principal de Xochiqueztal, Camaztli y Yucatecuhtli, deidades de las artes, la caza y el comercio respectivamente; mientras que en la parte derecha estuvieron Centéotl, Tlaloc y Chalchiuhtlicue, deidades de la agricultura, la lluvia y el agua. A la izquierda de la escalera se encontraban Itzcóatl, Nezahualcóyotl y Totoquiuhatzin, representantes de la Excan Tlatoloyan; y del lado derecho Cacama, Cuitláhuac y el mancebo de Cuahtémoc.

¹⁸³ “Proyecto de edificio” en Díaz y de Ovando, “México en la exposición universal de 1889”, en *Anales IIE - UNAM*, 61, 1990, p. 150.

Se evocó entonces con las manos de Contreras el recuerdo del inicio del grandioso imperio y su trágico pero heroico final. Éste fue México, o al menos como los artífices del proyecto quisieron que fuera ante las naciones civilizadas. Desde los sectores dominantes se optó por asumir al indio del pasado como fundador de la nación, porque se trató todavía de la generación vieja del Porfiriato pero también porque durante el gobierno de Díaz se incorporó una política enfocada a preservar y estudiar el patrimonio histórico, se creó la Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República y el presupuesto del Museo Nacional aumentó en medida considerable.¹⁸⁴ El indio del presente y la herencia hispana no figuraron como elementos nacionales y me parece que en este punto no se sostiene el discurso de los impulsores de la política científica, a pesar de que Ramírez Fausto¹⁸⁵ señalara que en el grupo que planeó la exposición estuviera compuesto por estos en su mayoría. El resultado final no fue positivista aunque ciertamente se trataba de una corriente ya popular, como mostró Chavero usando algunos elementos pero sin dejar su ideología primaria; de los grandes exponentes de la política científica sólo estuvo Bulnes, en un papel muy modesto como invitado en las juntas preliminares.

Viendo a lo nacional como lo prehispánico, o mejor dicho como lo nahoa, el recibimiento que le dio la gente al pabellón mexicano fue bueno. Se trató de aquella sorpresa ante lo extraño, pero positiva, el edificio fue raro pero bello y original.¹⁸⁶ Respecto a las distinciones, México obtuvo 284 menciones honoríficas, 329 medallas de bronce, 197 de plata, 87 de oro y 14 grandes premios, uno de los cuales fue para el pabellón; son números impresionantes aunque quizá no tanto si se considera que en total se otorgaron 8 070 menciones honoríficas, 9 323 medallas de bronce, 4960 de plata, 5 153 de oro y 908 grandes premios. El interior del edificio fue menos exótico a los ojos extranjeros y asistieron a su inauguración personalidades de la talla del presidente de la República Francesa, que pudieron deleitarse con los paisajes de Velasco; en términos generales México ofreció una participación que dejó un buen sabor de boca.

¹⁸⁴ *Ibid.* p. 239.

¹⁸⁵ Ramírez Fausto, “Dioses, héroes y reyes mexicanos en París, 1889”, en *Historia, leyendas y mitos de México: su expresión en el arte XI Coloquio internacional de historia del arte*, México, IIE - UNAM, 1988, p. 209. ils (estudios de arte y estética, 30)

¹⁸⁶ Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 147.

Once años después París volvió a organizar una exposición y el observar los cambios que hubo entre un pabellón y otro facilita la comprensión acerca de la idea de los dos Porfiriatos. Para 1900, varios colaboradores de la exposición de 1889 volvieron a ser convocados pero el sector intelectual dominante cambió, ya era el que representó mi sujeto de estudio y el resultado final de la exposición fue bastante diferente al de 1889 debido al cambio de pensamiento. Para empezar, no hubo tanto derroche como en el proyecto anterior, ciertamente había interés en atraer negocios pero ya no tan urgente como en 1889 y además el país había atravesado una crisis agrícola que dejó un erario lastimado, por lo que incluso se tardó en aceptar la invitación. Se optó por alquilar la estantería, aunque esto trajo inconvenientes como tener que repintarla y no saber las medidas exactas para organizar la mercancía que llegó.

El diseño del edificio estuvo a cargo del ingeniero Antonio M. Anza, que en la descripción temprana de su proyecto plasmó una visión totalmente diferente a la de 1889. El espacio fue originalmente de poco más de 30 metros cuadrados que en la exposición anterior (en 1889 habían sido 2100), pero se redujo sobre la marcha a un total de 1350. En la visión de Anza, la fachada tendría un cuerpo central y dos laterales, que recordarían las tres grandes épocas de la historia de México: la Independencia, la Reforma y la Paz. En los cuerpos laterales estarían las figuras de Hidalgo y Juárez y en el friso del cornisamiento de la parte central estarían los nombres de los estados y territorios de la República Mexicana.¹⁸⁷ El edificio tendría dos plantas, con un estilo inspirado en el renacimiento florentino pero complementado con arquitectura sajona contemporánea, además de logias como lugar de descanso para admirar el paisaje del Sena. Nótese de inmediato la ausencia del pasado indio en la representación mexicana, además del hispano. La historia de la nación mexicana fue situada desde la independencia de México y ya no en los delirios de un último gran emperador, se optó por pensar en los grandes momentos del siglo XIX, el último de los cuáles era encabezado por el general Díaz. De la elección del estilo arquitectónico llama la atención que ya no se evocara al teocalli y en la explicación que dio el libro de de Mier:¹⁸⁸ cada nación tenía que ser representada en su edificio por medio de su arquitectura más

¹⁸⁷ Agn, fondo exposiciones, caja 31, exp 8.

¹⁸⁸ “Apéndice D”, Mier Sebastián B. de, *México en la exposición universal internacional de París - 1900*, Paris, Imprenta de J. Dumoulin, 1901, p. 220-229. ils

representativa, pero México no tenía una arquitectura nacional. Había arquitectura prehispánica y arquitectura colonial, pero no una nacional mexicana, en una concepción muy diferente a la de Peñafiel. Había que buscar una arquitectura propia que identificara al mexicano con el período nacional, el que había comenzado tras la independencia, por lo que se pensó en un estilo que fuera acorde con la seria y refinada administración de Díaz. Se optó por el neo-greco, porque lo había dado a conocer Rodríguez Arango, estudiante mexicano en el Segundo Imperio que realizó edificios en las ciudades más importantes de Francia.

Para los intelectuales el indio del pasado ya no apareció en el centro del discurso nacional porque su lugar lo tomó el mexicano. Dejó de exaltarse la época prehispánica y ésta junto con la novohispana fueron integradas como las raíces de México, pero sin ser ni una ni otra el país del siglo XIX. La participación de México en la exposición fue agradable aunque sin el apoyo del presidente francés en la inauguración, pues se había puesto como regla que no inaugurara pabellón extranjero alguno, no obstante sí realizó una visita después; y otra gran personalidad que pasó por el pabellón fue Limantour, para inspeccionar los progresos en construcción. El edificio también pudo albergar una fiesta con motivo del 16 de septiembre, aprovechando la decoración con luz eléctrica que se le había instalado. El resultado total en las distinciones fue de 357 menciones honoríficas, 342 medallas de bronce, 242 de plata, 114 de oro y 33 grandes premios, superando al resultado de 1889. Seguramente significó para los intelectuales una gran manera de mostrar al exterior la visión que tenían sobre la ruta que debería seguir el país, dejó de optarse por una facción del pasado que discriminaba a la otra y el lugar privilegiado del indio del pasado que sacudía de orgullo al viejo liberal fue removido por uno también importante pero que le restó primacía. La composición de los edificios da para pensar que los intelectuales de la vieja generación se pensaban como indios del pasado y que creían a los del presente ajenos a su proyecto y sociedad, y que la nueva generación quiso trazar un nuevo camino hacia el futuro acorde con la idea del progreso, que mostrara lo que era ser mexicano como producto de dos herencias. Estas fueron las exposiciones más importantes para el régimen, reflejadas en lo que gastaron, la importancia simbólica frente a las otras naciones civilizadas y que sirvieron a cada generación intelectual para construir un discurso acerca de la visión histórica sobre

México y en el que puede observarse la posición que al indio le fue otorgada. Las exposiciones fueron a la vez una manera de darse a conocer y de conocerse a sí mismos pues hubo expediciones para recolectar muestras geológicas y datos geográficos sobre el país, se ordenaron estudios estadísticos y se pensó en la composición histórico social que había que preponderarse. Hubo por supuesto más exposiciones, sobre todo en ciudades estadounidenses, pero muchas de ellas con invitación rechazada, quizá por el gasto innecesario y porque no las consideraban tan importantes a nivel internacional.

El lugar que tuvo el indio del pasado con los intelectuales de la política científica ya no fue primordial pero sí respetable, como el de cualquier hombre de un estado pasado. Siendo parte de la historia del progreso, se le consideraba indispensable para entender la conformación de la sociedad, pero no se le podía exaltar por encima de los hombres de las siguientes etapas porque significaría una idea contraria a su visión de la historia. Respecto al indio del presente, debido a su vida con mayor raigambre en la tradición y por lo tanto en el pasado, se pensaba en él con urgencia para transformarlo en lo que los intelectuales consideraban un acto de filantropía y bien nacional. Los principales problemas del indio eran su carácter y que no se consideraba a sí mismo como mexicano, por lo que se buscaron muy diversas respuestas para mejorar dicha condición. La idea que tenían los intelectuales sobre la sociedad hacía necesaria la uniformidad para mejorar las relaciones y coordinar en conjunto un fin común, el progreso, pero el país estaba lleno diversidad de hábitos y costumbres, de indios, mestizos y blancos, y dentro de estos tres grupos más divisiones aun, así que se pensó en inculcar una mexicanidad que fuera común a todos, pero para esto se debía renunciar a ciertos elementos constitutivos de cada grupo particular. Siendo el mexicano el resultado de la conformación de los elementos del pasado a través del tiempo, ya no se pensaba a éste sino como heredero de todas las épocas que le habían precedido, sin exclusión de alguna pero también sin adentrarse particularmente en ellas. Los intelectuales del porfiritato consideraban que el mexicano perfecto y auténtico era el mestizo, por ser producto del español y la india, prueba de que ambos pasados podían coexistir para mirar hacia el futuro. La raza del indio decrecía y la del blanco siempre había sido minoría en el territorio, mientras que los mestizos iban a la alza en la natalidad, así que haciendo “predicciones científicas” en décadas futuras serían lo únicos en el país, por ellos se tenía que trabajar; y por los indios

y blancos, para que colaboraran en el mestizaje. Los viejos liberales realizaron acciones con el fin de transformar al indio en cuanto tal mientras que los liberales positivistas porque lo veían como base de la mexicanidad. Así podemos notar que entre las acciones que encaminó el gobierno y que propusieron los intelectuales no se hace referencia a mejorar la condición particular del indio sino la del mexicano desvalido, se creía que los mestizos (y algunos blancos) también eran en gran parte semejantes en situación al indio y los problemas que se buscaron atender siempre fueron concernientes y parte de los tres grandes sectores raciales de la población, como la holgazanería, la falta de patriotismo y el alcoholismo. Por ejemplo, en 1896 se discutió sobre regalar tierras a los indios y “Casasús logró que se sustituyera la palabra por la de labradores pobres, porque no se trataba de favorecer a determinada clase social por razón de raza sino de su pobreza”.¹⁸⁹ El punto central que los intelectuales quisieron desarrollar fue la moral, que desde la doctrina predominante se pensó como un elemento que toda la población sin distinción de raza o sector debía mejorar.

Colonización

Una de las soluciones más aceptadas entre intelectuales sin importar su afiliación ideológica fue la de la colonización de México, sobre todo en los territorios del norte. Parecía un método atractivo porque pretendía mejorar más de un problema en el país, después de un siglo de guerras se tenía la idea de un país con un territorio muy grande para la población que albergaba, y como aparentemente los indios decrecían en población se temía que faltara mano de trabajo en el futuro; también estaba la cuestión de vigilar la frontera norte a causa de las ambiciones del vecino, se trataba de un territorio escasamente poblado históricamente y que también por historia había sido la primera línea de defensa ante incursiones; además, por supuesto, dotar a las tierras de población que llegaba con ganas de trabajar impulsaría la economía y pondría el ejemplo a los nativos. La colonización no fue una práctica introducida en el Porfiriato sino legada de los viejos liberales, que la veían como un asunto, en palabras de *El Nigromante*, “de

¹⁸⁹ Moisés González Navarro, “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”, en *Historia mexicana*, vol. XXXVIII, núm. 4, 1988, p. 574.

primera necesidad”;¹⁹⁰ de hecho, se pensaba a la colonización en la época como algo que se había tomado como política usual por parte de la Secretaría de Fomento y sus similares históricos desde la época novohispana. Hay que entender entonces que la colonización partió del principio de que faltaba gente para trabajar tierras maravillosas, siguiendo al dogma de la riqueza nacional. Los beneficios que esta práctica traería vendrían tanto en el plano económico como en el social, pues se pensaba que el progreso europeo se debía al carácter de su gente y que éste se podría transmitir a los habitantes mexicanos poco a poco. Los europeos estaban más avanzados y eran superiores en muchos aspectos al mexicano, sobre todo la comparación se hizo con el indio por ser el habitante representativo del solitario septentrión y por la época liberal en que se pensó con mayor esfuerzo en el tema. El indio del norte era el más bárbaro de todos y su organización en tribus no parecía ser la mejor forma de aprovechar las tierras. Se ha hecho eco acerca de algunas declaraciones de la época como que según Creel un hombre tipo de europeo valía cinco indios, según Bulnes eran tres indios, etcétera. Dichas aseveraciones fueron hechas en términos de la productividad que al parecer habían demostrado tener históricamente en el trabajo de la tierra, más allá de querer desvalorar a los individuos por sus condiciones raciales.

Traer extranjeros codearía a estos con los mexicanos para instruirlos en hábitos de trabajo y mejores técnicas de aprovechamiento industrial, en una idea semejante a las de Corral, Creel, Rabasa y muchos más sobre juntar a los indios, mestizos y blancos entre sí para que se asimilaran todos a la vida del progreso. Los intelectuales mexicanos habían visto o sabían de los mares de gente que cruzaban el Atlántico para llegar a Estados Unidos, tantos que el propio gobierno estadounidense tuvo que implementar medidas para la regulación de los hombres que entraban a sus fronteras; Argentina también había recibido un flujo importante de población del viejo continente; y en México sin embargo, no se había logrado la gran hazaña. Se llegó a pensar en aceptar ya a cualquiera que viniera, porque México no pudo competir en dicha materia con Estados Unidos, pero también puede notarse cómo diferentes posturas quisieron atraer a diferentes extranjeros: los católicos y jacobinos abogaron porque arribaran representantes de la raza latina pues todos como herederos de la lengua de Cicerón tendrían menos roces culturales y la

¹⁹⁰ Miguel Ramos Lanz, *Estudios sobre inmigración y colonización dedicado al sr. Presidente de la república y a la prensa del país*, México, Tipografía de El Tiempo, 1897, p. 66 y 67.

religión no sería motivo de discriminación, como puede verse en el ejemplo de Ramos Lanz, escritor de *Estudio sobre inmigración y colonización dedicado al presidente de la república y a la prensa*. Se pensó en traer anglosajones pero su forma de vivir era muy diferente a la latina y a la americana, de igual forma se pensó en traerlos porque aparentemente su religión promovía más el trabajo que la católica. Posturas hubo muchas, pero en el caso de los intelectuales positivistas, de acuerdo a su doctrina pareció no importarles la raza siempre y cuando el inmigrante fuera buen trabajador. Por otra parte, también pensemos que la colonización podía consistir en repatriar mexicanos radicados en el extranjero, principalmente a los que vivían en el vecino del norte, y de igual forma llevar población ya residente en México a lugares en donde hicieran falta.

Las primeras políticas de colonización y tierras durante el Porfiriato fueron más bien una prolongación de programas de los gobiernos liberales anteriores. El impulso de la colonización fue visto en un inicio como un derecho natural para explotar las tierras,¹⁹¹ mientras que los intelectuales de la política científica no pensaban en dichos absolutos metafísicos, de hecho el positivismo iba en contra de los derechos *per se* y sostenía mejor las obligaciones para impulsar a la sociedad. Como antecedente del Porfiriato, en época reformista Juárez firmó cuantos contratos pudo para otorgar terrenos y concesiones con el fin de mantener su guerra. En el gobierno de Díaz el primer secretario de Fomento fue Riva Palacio, quien se mostró muy interesado por apoyar la colonización y fue respaldado por los redactores de *La Libertad*. Dos de sus más destacados sucesores en la materia fueron Carlos Pacheco Villalobos y Manuel Fernández Leal, el primero publicó un escrito, según González Navarro atribuido a Sierra, Bulnes y Sosa, en el que se pensaba en la paz como contexto propicio para colonizar, así los gobiernos anteriores no habían tenido éxito pero con la administración contemporánea podrían obtenerse logros nunca antes vistos. Además de la paz, había que darse como garantías a los extranjeros la tolerancia de cultos, la seguridad pública (en territorios famosos por el bandidaje), consideraciones fiscales especiales y recursos para viajar desde sus países y también para instalar lo necesario en nuevos los centros de producción.

En el gobierno de González surgió la *Ley para la colonización y el deslinde de terrenos baldíos en la República Mexicana* (1883), algo importante porque derogó cualquier otra

¹⁹¹ Ulises Urbano Lassépas, *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, prólogo por David Piñera Ramírez, Mexicali, SEP/UABC, 1995, p. 75. (colección Baja California: nuestra historia, 8)

ley expedida con anterioridad. En ésta se ofrecieron facilidades por diez años a los colonos como la exención del servicio militar, de toda clase de contribución menos la municipal, de derechos de importación y exportación,¹⁹² entre otras cosas, pudiendo ser colonos también los mexicanos radicados en otro estado o país. Partiendo de dicha ley, se mandaron agentes a Europa para contactar y convencer a colonos potenciales, se decretó una ley sobre extranjeros (1886) e incluso se elevó a rango de distrito autónomo al norte de Baja California para facilitar su administración. Sin embargo, la colonización en el Porfiriato, como en todo el siglo XIX, fracasó. Los resultados fueron costosos y no rindieron los frutos que se esperaban. Díaz reconoció en 1880 que se había tenido poco éxito en la empresa; cuatro años después González argumentó que los italianos quisieron sobrellevar a las colonias con dinero del erario y no con trabajo propio, además de que hubo una fuerte crisis económica; en 1896 Fernández Leal dijo que la colonización impulsada directamente por parte del gobierno se abandonó por los altos costos y bajos resultados, por lo que se procedió únicamente a las acciones indirectas; para 1900 el mismo secretario aseguró que nunca pensaron en tener un recibimiento de colonos como en Estados Unidos y Argentina, aunque de hecho mentía; por último, con Olegario Molina hubo un pesimismo contrastante con el optimismo de Riva Palacio, no se consiguió lograr algo significativo con acciones directas ni por medio de compañías.¹⁹³ Y así como la colonización, el deslinde de tierras también se abandonó, después de 1902 se desconoció a las compañías deslindadoras en cuyas acciones legislativas vio González Navarro “la mejor apreciación de la política agraria y colonizadora del Porfiriato”,¹⁹⁴ años atrás los diputados ya habían advertido sobre los peligros de delegar responsabilidades en las compañías pero por mucho tiempo se desconoció lo que reveló el historiador y el Porfiriato fue objeto de severas críticas sobre el robo de tierras, muchas veces infundadas y otras no, pero sin mencionar las rectificaciones legales que hubo y el hecho de que los indios campesinos también recibieron tierras.

Mi lectura sobre el proceso es que, ciertamente fueron determinantes los problemas relacionados a los gastos y el hecho de ser opacados por Estados Unidos, además de que Sierra se dio cuenta del círculo vicioso en el que estaban metidos (necesitaban ciertas

¹⁹² Carlos Pacheco y Manuel Sánchez Facio, *La controversia de la política de colonización en Baja California*, prólogo por Paolo Riguzzi, Mexicali, SEP/UABC, 1997, p. 47 y 48. ils (colección Baja California: nuestra historia)

¹⁹³ Desde el último punto y seguido la fuente es González Navarro, *La colonización...*, *op. cit.*

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 166.

condiciones propicias para atraer colonos y dichas condiciones se desarrollarían más bien con los colonos ya trabajando); pero a mi parecer influyó también el cambio de ideología predominante en el régimen, el dogma de la riqueza nacional se extinguió y en lugar de pensar en el impulso del carácter extranjero comenzó a mirarse el potencial de un carácter modificable que los mexicanos por sí mismos podían desatar, con el mejoramiento de la educación positiva y la moral.

Educación

Por otra parte, ciertamente la realización de una educación nacional estuvo presente en los idearios tanto de liberales como de conservadores a lo largo del siglo XIX, pero los tiempos difícilmente fueron los propicios para llevarla a cabo. Tras el triunfo del liberalismo sobre el Segundo Imperio Mexicano, Juárez mandó sentar las bases de una educación que dominó la manera de pensar en el Porfiriato, por medio de la ley de instrucción pública (1867) inspirada en la doctrina que Barreda profesó. Durante el Porfiriato se llevaron a cabo cuatro congresos referentes a la materia, inspirados en las prácticas de los países europeos. El primero de ellos fue el Congreso Higiénico Pedagógico, celebrado en 1882 con el motivo de mejorar las condiciones de estudio de los alumnos pues la mayoría de las escuelas eran casas adaptadas con paupérrimas medidas de salubridad.¹⁹⁵ En aquel entonces el ambiente científico dominaba el entendimiento de la realidad y podemos leer en las memorias del congreso que el interés llegó hasta en qué color de papel sería el propicio para no dañar la vista de los infantes, el nivel de oxígeno que debía tener el aire del aula, la orientación del edificio y los tipos de tinteros adecuados para escribir. A pesar de que hoy pudiera parecer ridículo el extremo meticuloso al que llegó el científicismo, destacan también la preocupación por las enfermedades y su contagio en las aulas y el hecho de pensar en la enseñanza del hombre como un asunto que abarca más allá de las lecciones y el cultivo de la mente; comenzaron a mirarse con mayor énfasis las prácticas físicas y la inculcación de hábitos morales. El segundo evento de esta naturaleza fue el Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública, que se llevó a cabo entre 1889 y 1890, y que buscó maneras de

¹⁹⁵ Bazant, *op. cit.*, “Los Congresos de instrucción y sus principios rectores”, p. 21.

propiciar la unidad de la nación a través de la enseñanza. Se comenzó por declarar la enseñanza como obligatoria, laica y gratuita y al parecer, las discusiones se prolongaron tanto que hubo la necesidad de celebrar un nuevo congreso: el Segundo Congreso Nacional de Instrucción Pública, 1890-91. En este punto se notó la predominancia de la mano positivista, por la discusión acerca de la uniformidad que tenía que haber en los preceptos básicos pero nunca como absoluto, además de la orientación científica - lógica - sociológica de la Escuela Nacional Preparatoria; Justo Sierra remarcó que los logros del congreso no sólo se atenían a la pedagogía sino también a la política y al bienestar social.¹⁹⁶ Terminado el congreso se acordó realizar uno nuevo cada tres años pero nada se logró en casi dos décadas, cuando con motivo del centenario de la proclamación de la independencia de México se organizó el Tercer Congreso Nacional de Educación Primaria. El proyecto comenzó desde 1905 bajo la visión de Sierra y Parra, pero a pesar de los preparativos que se hicieron en las sesiones del Consejo Superior de Educación Pública al final el congreso terminó realizándose cinco años después con la limitación de únicamente entregar informes de avances por parte de los estados, sin dar pie a las discusiones sobre los problemas nacionales como habían hecho los eventos anteriores. Bazant afirmó que en 1910 se acordó realizar un congreso cada año, pero son evidentes las razones por las que esto no sucedió.

Los intelectuales en su mayoría vieron en la educación la mejor solución a los problemas del país, pues se trataba de un plan integral. Podemos observar en lo que se convirtió la enseñanza incluso en el nombre de los congresos. Antes se les llamaba de instrucción y después se cambió por educación, lo que también sucedió en otros espacios como instituciones y discursos. La razón fue que “educación” comprendía para los intelectuales una manera completa de formar hombres, no se limitaba al repertorio de conocimientos prácticos que tan necesarios les parecían, sino que además otorgaba a los hombres preceptos indispensables para un buen ciudadano como los valores de la higiene, responsabilidad, cultivo de la moral y el cuerpo, y también el patriotismo que tanto hacía falta. La educación era atractiva porque podía moldear el carácter de los hombres y en centros especializados los obligaba a convivir y compartir experiencias y conocimiento, en el Porfiriato se procuraron realizar muchos avances en el ramo aunque los resultados

¹⁹⁶ *Segundo congreso nacional de instrucción. Informes y resoluciones*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891, p. 49.

no fueron los esperados. Los llamados datos duros reflejan que mucha gente siguió sin enseñanza,¹⁹⁷ aunque también hay que pensar en el ramo de instrucción pública y su Consejo Superior de Educación Pública de una manera totalizadora, como sus exponentes lo pensaron, pues las acciones abarcaron además de las referentes a las escuelas a otras instituciones que atendieron el patrimonio y los museos, algo que hoy suele llamarse difusión de la cultura.

Como expresé anteriormente, la mayor parte de los esfuerzos de los intelectuales para mejorar la condición del indio en materia educativa estuvieron dirigidos al mexicano en general, sin reparo por la condición racial. Aunque no por esto deje de llamar la atención que varios asuntos tratados por los intelectuales de la política científica fueron para la generación pasada referentes casi automáticos de la condición india, como el hecho de que en algunos congresos se urgió por fomentar el sentimiento del amor hacia el país y también que en el CSEP se buscó, aparentemente sin mucho éxito, hacer de las escuelas centros de campaña anti-alcohólica. Sin embargo, también hubo pensamientos y propuestas especiales para aquella tercera parte de la población más atrasada, después de todo constituían un sector muy grande en la población total y muy importante, ya más allá del papel simbólico que sus ancestros pudieron tener en alguna época, en términos prácticos se trataba de la base de la población porque mantenía al resto por medio de la agricultura y también habían sido los primeros sacrificados en las guerras pasadas, vamos, la carne de cañón. La sociedad era para los intelectuales un organismo en el que a cada grupo se trataba como un elemento fuertemente relacionado con el todo para que éste pudiera correctamente funcionar; si no se atendían las quejas de cualquier sector el resto lo resentirían, lo que pudo marcar una diferencia más en el pensamiento predominante respecto al anterior pues desde la primera concepción de la sociedad se partió de una integración, en lugar de la exclusión: Muy diferentes pudieron ser los motivos si en lugar de pensarse que el indio era ajeno a la sociedad, se partía de la idea de que era parte de ésta y como su funcionamiento no era el mejor había que impulsarlo por el bien de todos y porque el estado natural de las cosas consistía en mantener sanas las relaciones con él.

¹⁹⁷ Bazant, *op. cit.*, “Los números favorecen a las minorías”, p. 77-102.

Surgió la duda de si había que darle al indio un trato diferenciado por su condición histórico-social. El temor que había era que en lugar de introducirlo mejor a la vida civilizada pudiera ser segregado al no compartir la misma educación que el resto de las personas, una segregación que le recordaba a los liberales su visión negativa sobre las Leyes de Indias. Sin embargo, para los intelectuales también la verdad estaba ahí afuera, el mayor de los Macedo reconoció que existían grupos de personas aisladas que no conocían siquiera la lengua castellana para poder comunicarse con el resto de los mexicanos, por lo que se resolvió aplicar medidas especiales a los indios que no interfirieran con su condición legal de ser humano mexicano sino en virtud de facilitarles una enseñanza con procedimientos pedagógicos adaptados a su situación. Se sabe también que Creel colaboró con la enseñanza de los indios estableciendo escuelas para ellos en la Sierra Tarahumara, y también de un caso narrado en el *Boletín de Instrucción Pública* de indios en Nayarit que solicitaron una escuela para San Miguel del Zapote, casos en los que a las escuelas se les llamó “para indígenas” no porque fueran exclusivas de ellos o a su condición sino simplemente porque fueron construidas en lugares con mayoría de población india o por solicitud de los propios indios. Hubo también en el boletín una convocatoria para los libros de texto y guía del profesor que debían usarse en las escuelas para los tarahumaras, partiendo de la idea de que el indio tendría doble trabajo por tener que aprender conocimientos en un idioma no materno, así que se buscó escribir libros de texto que hicieran referencia al medio con el que estaban familiarizados a la par que ajustaban el curso natural de la mentalidad nacional. Como pregona Rabasa, a diferencia de Estados Unidos en México no se le negaba la entrada al indio a la sociedad, ni había divisiones por su condición en lugares comunes a la vida diaria como escuelas, transporte y trabajos; aunque también es cierto, como advirtió Covarrubias en *México su evolución social* que un buen número de no indios veían a éste con desprecio, fuera seguramente por sucios o mal vestidos, como hoy en día algunos miran al indigente. Sierra y Rabasa expresaron que una manera eficaz de mejorar al indio y a cualquier mexicano desvalido era que estudiara de cerca con los adelantados. Para Corral el caso era similar, viviendo entre blancos y mestizos el indio ya no era posible de distinguirse, por los hábitos que había adquirido. Conforme avanzaron los años en el Porfiriato la división racial fue perdiendo menciones e importancia hasta en algunos casos

desaparecer, seguramente en los intelectuales, además de su ambigüedad, porque fue demostrándose que el campo científico que la ocupaba era muy joven y aparentemente sin gran fundamento; y por supuesto, también influyeron los escritos europeos que poco a poco encaminaban la temática hacia el racismo, rechazados por los intelectuales pues significaban la condena de su gente. Los problemas educativos fueron tomados cada vez más sin reparar en la raza o en la condición india, por ello no debe sorprender que en las fotografías del examen médico a los niños de la Ciudad de México en los últimos meses del Porfiriato aparecieran indios sin diferenciarlos del resto; en los datos del formulario no se preguntó por la raza, y las menciones antropométricas o sobre el color de la piel tenían el mero fin de recopilar datos para realizar estadísticas como mandaba el pensamiento científico rector.

Respecto a Creel y los tarahumaras, siendo gobernador del estado de Chihuahua fue dada a conocer una ley cuyo mote lleva su propio apellido, la *Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara* tuvo por fecha el 19 de octubre de 1906, para ser puesta en vigor el primer día del siguiente año. En dicho documento, se mandó a formar una comisión especializada “destinada a entender a la cultura, conservación, instrucción y mejora de la raza tarahumara”,¹⁹⁸ el objetivo fue introducir de manera gradual a los indios norteros al mundo de la civilización para que colaboraran en el camino del progreso como parte del organismo social mexicano. La ley constituye un plan integral, pues se encargaba tanto de la educación como de asuntos agrarios y la relación de los indios con el resto de la población; se supervisaría el reparto de tierras y se proporcionarían las semillas y conocimientos necesarios para trabajar el campo, fundando o reorganizando poblados, con lo que también se contribuía a la cuestión de la colonización sin tener que arriesgarse en una empresa que trajera extranjeros. Los indios estarían exentos de impuestos por varios años (veinte, para ser exactos), tal como se prometió en algunas ocasiones a los colonos extranjeros. De la propuesta de Creel llama la atención la idea compartida por varios de los intelectuales, el trato entre indios y no indios para eliminar las diferencias desde lo cotidiano. Mientras que algunos como Barreda, Sierra y Rabasa soñaban con una escuela con alumnos de diferentes razas para

¹⁹⁸ Enrique Creel, “Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara,” en *Periódico oficial del gobierno del estado de Chihuahua*, Chihuahua, 4 de noviembre de 1906, año XXVI, núm. 88, p. 1.

que compartieran sus aptitudes y se ayudaran entre sí a borrar sus deficiencias, Creel fue más allá al sugerir que se convencieran a los indios a mandar de buena gana a sus hijos a la ciudad de Chihuahua para que compartieran techo, hábitos, buenas costumbres y la vida en general con familias de la raza blanca, de tal manera que además de recibir la civilización como una educación de todo el día se convertirían, me parece, también en agentes de la propia civilización. Esta última medida se efectuaría de una mejor manera si ambas partes siguieran los valores que Miguel Macedo sugirió en su ensayo sobre la inferioridad y superioridad: la gratitud, la responsabilidad y la filantropía, entre otros.

Llama también la atención un hecho: en el Museo Nacional se daban clases de idioma mexicano, es decir de náhuatl, pero la lengua nacional era el castellano. El mexicano lo aprendían etnólogos, que estudiaban al indio desde la otredad como objeto, y es posible que en el Museo Nacional la agenda de pensamiento no haya cambiado tanto respecto a la de los viejos liberales que la de los liberales positivistas pues comenzaron a impulsar la arqueología y antropología y en congresos internacionales era lo prehispánico lo que resaltaban del país. Sin embargo, para los intelectuales el castellano fue el vehículo de transmisión de ideas que se quiso imponer a lo largo y ancho del país, llamado lengua nacional porque se buscaba que por su medio los mexicanos encontraran una identificación en común y que se redujeran los problemas de comunicación por las distancias que el telégrafo, el ferrocarril y otros medios acortaban. Se propuso que los alumnos de toda la república escribieran cartas en lengua nacional para compartir sus conocimientos particulares y reforzaran un vínculo de unión como mexicanos, aunque posiblemente esto dejó de hacerse pronto a causa de la revolución.

Ahora bien, vale pensar en qué tipo de educación creían y querían conseguir los intelectuales. En autores como Bulnes y Sierra se puede notar que el problema, además de moral y de conocimientos era de nutrición, pues la gente se alimentaba de forma paupérrima y con ello no rendían lo que deberían en el estudio y el trabajo. El valor social del indio del presente era en su mayoría nulo o escaso debido a dichas carencias y había que elevarlo al grado de poder contar con su apoyo como verdadero impulso del país en situaciones futuras. Por otra parte, es cierto que los intelectuales se escudaron más de una vez en la bandera de la democracia y otros principios liberales para caracterizar el rumbo del gobierno de Díaz, pero no necesariamente tuvieron que creer en

dichos principios en realidad. El más honesto siempre fue Bulnes, pero el resto también vio la incapacidad del pueblo para llegar a ser un país democrático en el corto y mediano plazo. La educación integral sólo traería resultados a la larga y en realidad, estos ideales liberales se insertaron en los intelectuales con menor peso y más bien como remanentes de la generación anterior, pues el poder recaído sin más en el pueblo iba en contra de lo que Comte había pensado. La sociedad según los intelectuales era además de un organismo un conjunto ordenado de hombres por jerarquías según sus capacidades, en la que cada quien era importante porque aportaba algo al todo, y el éxito se conseguía si los diferentes grupos lograban relacionarse sin problemas entre sí. De la inferioridad y superioridad en el capítulo anterior puede intuirse sobre qué principios descansaba la jerarquía de la sociedad: aquellos menos capaces para ciertas tareas debían respetar a los más capaces, cuyos papeles podían invertirse en un contexto diferente. Por supuesto, una de las capacidades más importantes era la de gobernar y habiendo personas muy desarrolladas en este aspecto no podía el resto de la gente sino confiar en ellos; la diferencia se hacía todavía más notoria cuando unos pocos habían podido graduarse de la ENP, similares y escuelas nacionales en materia de leyes, y otros, que componían una mayoría, no podían todavía hablar bien el castellano. Estaba claro que los intelectuales buscaban disminuir esa diferencia radical entre las capacidades del líder y sus protegidos, aunque también es cierto que para ellos jamás dejarían de existir, por ley natural, personas más adecuadas para el mando que otras, porque se trataba de un talento, tal como había personas más hábiles que otras para pintar o para los negocios. Así que la educación no haría una nación de iguales, porque la igualdad en realidad no existe, pero sí les proporcionaría un bagaje de herramientas en común para explotar cada uno la cualidad que más lo podría ayudar para hacer el bien común.

No podría sostener que los intelectuales buscaban mantener al indio en su miseria, pero sí que le temían al poder que como masa representaban. Los intelectuales pensaban que había una parte pensante o consciente en la sociedad y una que no lo era. Si se hablara de un comportamiento de rechazo hacia el indio vendría sobre su forma de masa, porque ésta, fuera de indios, mestizos o blancos representaba lo opuesto de lo que los intelectuales creían. Las masas no estaban organizadas ni regidas por la razón, no distinguían jerarquías y constituían un peligro para el *status* predeterminado. Hubo la

preocupación en Bulnes de que educar a un pueblo ignorante no haría más que darle herramientas a la masa para ser más peligrosa, pero en general se creyó que los resultados finales más bien eliminarían a la masa.

Guerra

¿Qué le esperaba al indio en el porvenir, según los intelectuales? Sin duda dejaría de existir, pero no a causa de la guerra de exterminio sino por el positivo mestizaje. La guerra del Yaqui fue vista como un problema de siglos de duración desde las campañas novohispanas en la defensa del septentrión hasta el gobierno del propio Corral; un problema serio para la nación porque se consideraba a las tribus del norte como un obstáculo para el progreso. La actitud hacia este problema fue similar a las posturas sobre el indio del pasado y sobre la colonización, en el sentido de que durante la primera parte del Porfiriato se continuó afrontando según el programa de los gobiernos anteriores y durante la última parte adquirió un tono diferente a causa del cambio de pensamiento. Desde el punto de vista no indio, las campañas estuvieron siempre justificadas debido a que los levantamientos de bárbaros en el norte atentaban contra la soberanía de la nación ¿qué tierras reclamaban si no tenían títulos? ¿a qué nación yaqui enaltecían si vivían en la nación mexicana, la única que podía ser reconocida por el gobierno? Los daños a la nación que hacían los indios en el norte fueron vistos como una medida tanto justa como cruel, el gobierno sólo estaba haciendo su trabajo y para los intelectuales fue la solución que había que tomar cuando ninguna otra cosa funcionaba. No cabe duda de que los intelectuales se encontraron ante un dilema político y moral, pudieron no aprobar las represiones y sin embargo, ocurrieron. Se hizo la distinción entre yaquis y otros indios de los estados respecto a los apaches, a estos últimos se les hizo la guerra por ser saqueadores y sobre todo por no pertenecer al país, mientras que con el resto de indios se tomó una distinta consideración, es decir, eran compatriotas aunque muchas veces ellos no lo vieran así. Los levantamientos eran para los intelectuales una “plaga”,¹⁹⁹ una enfermedad en el organismo, por lo que había que reducir a los indios a la civilización por su propio bien y pacificarlos por el bien de todos. Aunque aprobada la táctica militar

¹⁹⁹ Porfirio Parra, *Plan de una historia general de Chihuahua ó índice razonado de los capítulos que deben formarla*, México, tipografía de la viuda de F. Díaz de León, succs., 1911, p. 19.

en defensa de la soberanía y como último recurso, para los intelectuales no podía continuarse como solución final sino como medida para entrar al estado de paz y entonces así actuar de otra forma. Los indios podían hacer la guerra sin descanso, se pensaba de ellos que tenían odio al blanco porque así lo propagaban sus sacerdotes y madres con frases que se decían a los niños, como “te va a llevar el *yori*” (el blanco);²⁰⁰ pero también pasaban terribles hambrunas en invierno por no cosechar en tiempos de guerra y eran tan católicos como el blanco. La guerra de exterminio nunca fue aprobada totalmente por los intelectuales por dos razones, la primera fue que pensaban igual que Pimentel y Del Paso y Troncoso en que era un acto inhumano; la segunda fue más práctica, el indio del norte era un recurso indispensable para el país, quizá más en aquellos espacios que en cualquier otro de la república, porque faltaban más pobladores. Por esta última razón tampoco se deportaron indios como medida definitiva, los fondos no daban para hacerlo en una escala significativa, los hombres perdidos eran reemplazados por otros en la guerra y al fin y al cabo, Sonora se quedaría sin peones, campesinos, vaqueros, albañiles, etcétera.

Mestizaje y centenario

Había que optar pues, por una medida que mantuviera y mejorara los recursos nacionales, una más lógica. El mestizaje surgió como medio para llegar a la uniformidad que la nación requería, sin reparos en lo que algunos autores europeos pensaban sobre la degeneración del hombre que mezclaba su raza; aunque no llegó en el Porfiriato al extremo que posteriormente Vasconcelos alcanzó. Se requería del indio que fuera un elemento activo de la sociedad y no que viviera en comunidades aisladas, como ocurrió en Estados Unidos con las reservas; se requería que el indio dejara de ser indio para convertirse así, junto con los otros sectores de población, en mexicanos. Hay que pensar en el mestizaje de esta época en más de una manera. El mestizaje para comenzar, era un asunto inevitable, que no se podía detener aunque sí ralentizar o acelerar, como las leyes naturales; había comenzado cuando el español tomó por vez primera a una india y se completaría una vez que el indio tomara a la blanca y fueran todos una mezcla

²⁰⁰ Francisco del Paso y Troncoso, *Las guerras con las tribus yaqui y mayo del estado de Sonora*, México, tipografía del departamento de Estado Mayor, 1905, p. 236.

homogénea que los definiera como algo nuevo y original. El mestizaje no peleaba con el dogma positivista, que le traía sin cuidado la cuestión racial y buscaba cultivar a todos hombres sin importar, además la ley de los tres estados señalaba que los hombres de la última etapa se conformaban de lo bueno que las anteriores les habían legado, así como el mexicano debería ser heredero de sus dos etapas o principales antepasados anteriores, el indio y el español. Pensemos además, al mestizaje en términos sociales: más allá de la mezcla en el tono de piel y otros rasgos biológicamente heredados estaba la homogeneización de los hábitos y el carácter del mexicano. Este mestizaje se llevaría a cabo todos los días en las escuelas, con los niños intercambiando experiencias sobre sus diferentes vidas y encauzando a éstas en el molde que la escuela otorgaría. La mezcla predilecta se daba también cuando el indio se incorporaba al estilo de vida civilizado, con eso bastaba en muchos casos para ser un mexicano como la idea mestiza pregonaba.

Si hubiera que referirnos a un autor europeo sobre la fusión de razas y el pensamiento que envolvió al mestizaje en el Porfiriato, lejos de ser LeBon, correspondería a Friedrich Ratzel la mención. No es que fuera citado por los intelectuales, pero lo que expuso en su obra *Las razas humanas* se adapta mejor a la interpretación que los intelectuales dieron sobre el asunto. Los rasgos físicos no tenían importancia para la etnografía según Ratzel y la raza no era sinónimo de civilización; mostró como grandes errores en su materia pensar que estar atrasado era estar debajo, en lugar de meramente atrás y que el hombre había llegado al mundo ya civilizado; además, la fusión de razas no tenía una connotación negativa, no se ensuciaba un linaje, de hecho daba unidad.

El mestizaje me parece, es la política y visión acerca del indio característica del Porfiriato, más que el legado que sobre la materia habían dejado los viejos liberales. Además de *México su evolución social* y la exposición de París en 1900, los festejos del centenario de la independencia de México reflejan la importancia que tuvo el mestizaje y la posición que al indio se le otorgó. En 1910, México tenía una oportunidad perfecta para demostrar cuánto había avanzado, haciendo un balance de su historia y marcando ante todos el camino que en el futuro habría de tomar, por ello fueron invitados 31 países “representativos de la civilización”, de los que sólo faltaron tres: Inglaterra, a causa de la muerte del rey Eduardo VII; Santo Domingo, que aceptó la invitación pero no envió representantes; y Nicaragua, que tenía pensado enviar a Rubén Darío pero no pudo asistir

debido a un golpe de Estado. Cabe preguntarse que si México era un país tan civilizado, como igual entre los más grandes, ¿qué necesidad tenía de hacerlo saber al resto? Ciertamente la élite intelectual se había apegado más a las costumbres europeas y quería codearse en aquellos países, pero el país y sus costumbres seguían siendo mayormente rurales, con paisajes y gente rurales también, así que mucho contaba para las relaciones exteriores y la imagen de México en el mundo la impresión industrial y civilizada que frente a los invitados habría que darse en los festejos.

La celebración del centenario fue motivo de reconciliación simbólica con Francia y España, que aprovecharon la invitación para devolver algunas reliquias nacionales mexicanas. El primer país trajo con su legación las llaves de la ciudad de México que habían tomado en la intervención y el segundo, por las circunstancias históricas específicas que envolvieron al país merece una mención aparte. El gobierno español designó como principal representante al general y marqués don Camilo G. de Polavieja del Castillo Negrete, hijo de una mexicana y un español que trajo consigo una condecoración para el general Díaz y algunas prendas de José María Morelos como obsequio para México, como su uniforme y estandarte. Según la crónica oficial, la legación española fue la más ovacionada de todas en los eventos y lugares que concurrió, y mucho más cuando se supo del obsequio que llevaban.

Morelos es la figura legendaria por excelencia y, además, es el mestizo que simboliza la fundición de las dos razas, el consorcio de dos abolengos, que producen una nueva con todas las grandezas de aquellas. Morelos es, por esto, representante genuino de la nacionalidad mexicana.²⁰¹

El gesto se agradecía más cuando se tomaba en cuenta que las prendas no eran una devolución sino un obsequio, es decir que España las había ganado justamente en guerra pero apelando a su honor de hidalgo las otorgaba. Se oían en la ceremonia *vivas* para la virgen de Guadalupe, y después de que Polavieja dijera: ¡Viva México!, Díaz contestó: ¡Viva España! “¡Viva nuestra madre Grande!”.²⁰² Quedando México como la hija predilecta de un gran imperio que trajo la civilización. Además, otro evento que se

²⁰¹ García Genaro, *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911, p. 70. ils

²⁰² *Ibid.*, p. 76.

celebró en presencia de los españoles fue la inauguración de la avenida Isabel la Católica, que recibió elogios por haber sido protectora de los indios.

Hubo también en los festejos un congreso internacional de americanistas, que llevó a los participantes a una excursión a Teotihuacan y en el que México ya perfilaba la orientación arqueológica que en años siguientes le caracterizaría; un congreso nacional de indianistas, convocado por la preocupación hacia el indio del presente aunque organizado más bien de manera externa al gobierno y los intelectuales; y los edificios presenciaron todo adornados con luz eléctrica y letreros que tenían las palabras que caracterizaron al régimen: orden, progreso, libertad y paz. Pero quizá uno de los eventos más significativos para la mentalidad del mexicano promedio de la capital fue el desfile histórico, hecho para el pueblo y en buena medida ejecutado por el mismo pueblo. Este desfile representó a la conquista, al período novohispano y a la independencia. En el primer cuadro pasaron ante la gente Motecuhzoma Xocoyotzin y sus indios, con cara triste; mientras por otro lado desfilaba Cortés acompañado de soldados españoles, tlaxcaltecas y doña Marina. Ambos colectivos se encontraron en Palacio Nacional y en los siguientes dos cuadros comandaron en una sola procesión los virreyes a sus clérigos y administradores e Iturbide a su ejército trigarante, respectivamente.

La unión de las razas, caracteres y tipos en el país definió en la última parte del Porfiriato un pensamiento que a lo largo de éste dio señales de querer independizarse del de la generación de intelectuales anterior. El indio del pasado fue la gloria exaltada para los viejos liberales nacionalistas a la par que el indio del presente fue la vergüenza nacional; mientras que en el caso de los intelectuales de la política científica el indio del pasado disminuyó considerablemente su protagonismo aunque no importancia (porque era una de las ramas del mexicano) y el indio del presente fue tomado más en consideración aunque la mayoría de las veces no por indio sino por ser mexicano. Su integración con miras al futuro consistía en su desaparición, por ley natural no podía seguir viviendo de manera atrasada, por lo que al indio y al mestizo que actuara como él se les pidió que se sacrificaran por un bien común y mayor a todos, que fue visto como un deber a la vez que un acto de filantropía. Se trataba del trágico abandono del ser y sin embargo, los intelectuales no lo veían así.

El porvenir es mayormente vago por su propia condición, tiene encima el manto de la incertidumbre que incomoda al que planea, y a gran escala la preocupación se acrecienta. Hubo entre los intelectuales quienes pensaron con optimismo, como Corral y Sierra, que habían visto el cambio positivo (nunca mejor dicho) de cerca y además, por sus empleos no podían permitirse opinar de otra manera; Bulnes en cambio, siempre fue un escéptico y su pesimismo aumentó trágicamente tras la llamada llamada revolución pues lo que alguna vez pudo ser el tenue inicio del cambio se derrumbó y cayó a los pies de la masa. Aunque en general, podría escribir que en la tarea de transformar al indio y al país siempre hubo, si no escepticismo sí la duda, porque entonces se trató del plan social más ambicioso en la historia del país, que requería de recursos que en muchas ocasiones no se poseían, como la propia duración de la vida o la seguridad de algún relevo adecuado. Los intelectuales impulsores de la política científica construyeron una nación, establecieron el consenso sobre ciertas opiniones respecto al hombre y su mundo y fueron genuinos propagadores de una manera de pensar particular; pero todo esto en un rango reducido en comparación al extenso país que tenían en frente, la vida no les alcanzó para difundir su pensamiento y acción en todo el territorio pero sí en cambio lograron hacerlo en la parte considerada consciente de la nación. ¿Hicieron mal o bien respecto al indio? Francamente a esta investigación no interesa responder dicha pregunta, ¿qué gana volviéndola una denuncia sobre la obligación al cambio de ser? Me vale más, cumpliendo mi objetivo principal, la comprensión y en todo caso, que ellos pensaban que hacían el bien. Juzgue el lector lo que crea más adecuado y busque si quiere la visión del propio indio sobre este proceso, que si existe, es trabajo para otra empresa.

Consideraciones finales

Llegadas estas instancias en el quehacer del historiador aunque la tesis esté concluida no podría sostener que la historia esté completa, porque ninguna historia lo está. He ahí la diferencia con la literatura, que de su pluma sale su verdad y es tan grande o reducida como quiera. ¿Qué nos queda del gusto por completar lo que por esencia es incompleto sino tener que elegir entre lo prescindible y lo necesario? Ciertamente hay ausencias. Reconozco que me hubiera gustado incorporar un elaborado análisis de imágenes sobre el indio, pero éstas no fueron fabricadas por mano de los intelectuales, aun cuando muchas de ellas pudieron representar su pensamiento. Por otra parte, debo expresar que muchos teóricos (y otros que no lo son) que consulté sugerían para encaminar el trabajo la acción interdisciplinaria, la incorporación de conocimientos de materias en su mayor parte desconocidas, no para un viejo lobo de mar pero sí para un joven estudiante de carrera. Por último, temo que el punto menos fuerte del trabajo pueda hallarse debido a mis carencias respecto al idioma francés, quizá debí leer a Comte en su lengua materna y procuré por esto comparar varias traducciones hispanas de su obra.

Al comenzar el presente trabajo me planteé conocer qué pensaba respecto al indio el grupo de intelectuales más influyente durante el Porfiriato, con el fin de establecer si mi suposición había sido correcta o no: que el indio jugó un papel fundamental dentro del proyecto nacional de dichos intelectuales. Analizando la obra de los autores encontré que su pensamiento y los juicios que realizaron estuvieron siempre orientados por un conjunto de doctrinas, corrientes e ideas, encabezadas por el positivismo y que los caracterizó como generación. Por lo tanto, decidí buscar la relación entre el indio de los intelectuales y las principales nociones que determinaron su caracterización dentro una particular visión del mundo, para así conocer la relevancia de un elemento dentro del todo.

Contestando a la suposición, considero que el indio tuvo un papel indispensable en el proyecto intelectual aunque no necesariamente por ser indio. Su importancia radicó en dos aspectos: el primero, que al representar a una de las dos principales cepas de la conformación mexicana (de hecho, a la cepa autóctona), simbólicamente reflejaba identidad y credenciales históricas que aportar a la nación y a la visión sobre México en

el resto de los países tenidos por civilizados; aunque el peso que tuvo el indio fue balanceándose con el que tuvo el español a medida que los intelectuales fueron cobrando importancia. En el segundo aspecto, en términos prácticos eran una parte considerable de la población en el país y todos los mexicanos tenían que establecer un lazo de fraternidad entre el deber de mejorar y la responsabilidad de ayudar a dicha mejora. En otras palabras, su condición era un problema demasiado grande como para no afrontarlo, sobre todo partiendo de la idea de que la enfermedad de un órgano afectaba al funcionamiento del resto. Mejorar su condición era condición imperativa para mejorar al país entero y atendiendo su caso de paso se podían atender otros problemas también como la colonización y la educación rural. La manera de pensar sobre un elemento de la realidad influyó en los escritos de los intelectuales en un plano tanto imperceptible por ellos mismos como en uno más consciente, que influyeron a su vez en las políticas y discursos oficiales cuando lograron asentarse en el gobierno. No obstante, el tiempo y los recursos no alcanzaron; y queda además, la obviedad de que el mundo no es como se piensa y como se actúa no es la realidad, y que el prójimo piensa y actúa diferente, y que las diversas circunstancias históricas modifican a la percepción y la propia realidad. Aunque también es cierta otra cosa, que el campo de las ideas se diferencia de su contraparte física pero ambos se alimentan entre sí y es posible encontrar en uno claves para entender al otro porque a fin de cuentas pensar también es una acción.

Ahora bien, los intelectuales partieron de la premisa de que las condiciones del indio eran deplorables y constituían un problema de interés nacional pero sabían que esta situación no era inherente a los indios, a diferencia de los liberales de la Reforma no abordaron a los indios como a un problema sino los problemas que afectaban a los indios. Esto fue significativo porque indica que el indio no fue excluido de la nación y que sus necesidades tenían que ser atendidas en tanto que eran mexicanos con atenciones especiales a causa de su contexto particular, lo cual también explica por qué contra los apaches y los indios rebeldes que desconocían a México como su patria se aplicaron otras medidas.

Por otra parte, el ocaso del Porfiriato fue el punto más alto en el discurso de mestizaje. Más que apelaciones a cualquier suposición de corte biológico se trató de un mestizaje cultural inspirado fuertemente en las enseñanzas de Barreda y Comte: consistió en todos

los mexicanos viviendo bajo los mismos preceptos de la civilización para marchar con uniformidad hacia el progreso. Lo que se buscaba era que los indios asimilaran las costumbres y el pensamiento que los intelectuales consideraron más propicios para el bien común, obviamente incitados por el dogma positivista. Como mestizaje, los intelectuales pudieron conformarse con la educación del indio en una forma de vida digan, similar a la de ellos. El gran proyecto al que aspiraron los intelectuales y que nunca pudieron concretar fue lograr un cambio de mentalidad en la población india, uno que fuera afín a la mentalidad que en ellos mismos influía. Querían moldear el carácter, introducir costumbres, homogeneizar. Fueron astutos en identificar un problema estructural en los males del país más allá de lo superficial, que estaba en la mente de los habitantes; y también algunos pudieron darse cuenta de que su proyecto era difícil de realizar, entre otras cosas por la magnitud de la empresa, la brevedad de sus vidas y la comunicación con los propios indios. Los sentimientos de respeto, fraternidad y filantropía que tanto pregonaron podían recomendarse pero nunca se podría obligar a sentir de determinada manera a las personas y sabían los intelectuales que en lo cotidiano cabían la indiferencia y discriminación dentro del grueso de la población. La educación fue el primer gran paso pero ya de por sí insuficiente y después frenado por una pronta guerra intestina.

Tras la investigación, me parece una certeza la preocupación que tuvo el grupo por mejorar la condición del indio, siempre buscando el bien del organismo y en función de la mentalidad que los permeó. Esto último constituye el mayor aporte de mi investigación, el énfasis en situar en contexto los principales conceptos y términos con que los intelectuales se expresaron pues su uso puede fácilmente malinterpretarse a la luz contemporánea. Durante mi investigación encontré la repetición de ideas y palabras que reflejaban una manera de pensamiento cuyos elementos no se habían tomado tan en cuenta respecto al juicio de los intelectuales, como el entendimiento de la cuestión racial y la civilización, por la cual y en la cual vivían. Identificar qué nociones fueron determinantes y cuáles no continuó complicándose debido al constante uso de vocabulario científico en los textos. Pero de los Científicos ninguno fue científico; difícilmente produjeron ciencia y no estaban instruidos para hacerlo, fueron más bien difusores de un pensamiento científico adaptado a sus propios fines sociológicos y

políticos. En cuestiones de formación, el más cercano a la ciencia fue Parra y también el que más utilizó su lenguaje y maneras para expresarse, muchas veces cayendo en lo rimbombante. Lo cierto es que la ciencia como tal, es decir lo que ahora se conoce como “ciencias duras” nunca obtuvo la importancia que la historia, la política y las ciencias sociales para los intelectuales. Tan sólo en “política científica” podemos observar qué término está supeditado al otro, no se le nombró “ciencia política”. Y sin embargo, ellos creían que hacían ciencia, que la historia y política podía ser ciencias, que las sociales tenían validez de la misma forma que las naturales y que sus conocimientos eran científicos, y así hay que entender a los intelectuales ahora.

Quise situar mi historia en un plano que privilegiara el pensar pero sin descuidar la realidad física, no es un balance entre ambos planos y no pretendía que lo fuera, por tratarse el grupo intelectual de uno especialmente instruido, hombres de pluma más que de espada. La intención siempre fue reconstruir una manera de pensar alrededor de un elemento particular. El resultado de trabajar con un grupo de autores y un *corpus* de obras en lugar de con un autor y un texto me parece que fue positivo, procuré mostrar las diferencias más significativas entre los pensamientos individuales pero dado que mis intenciones eran caracterizar a un grupo pienso que con ésta manera de trabajo las generalizaciones pueden sustentarse mejor.

En un plano más personal, comencé el presente trabajo a raíz de la inconformidad sobre el trato hacia el indio de mi contemporaneidad. A diferencia de las predicciones que inauguraron el siglo XX, el indio sigue existiendo y su trato en una centuria ha variado mucho pero terminó decantándose hacia la victimización, ya sea por ellos mismos o por ajenos, con el fin de conseguir reconocimiento y derechos políticos. Como hicieron los viejos liberales, el indio del pasado ha sido idealizado y tal parece algunas veces que a su gente debemos la única gran deuda y herencia en nuestra conformación; mientras que al de mi presente se le mira generalmente con ignorancia. Los diversos nombres que se le han otorgado y las aspiraciones de los que lo nombraron, sumado a la deprimente situación de la mayoría de esta “antes-raza” han convertido el tema en una suerte de tabú si no se le maneja de la manera común. Es ignorancia lo que ha producido tratar a un tema con tanta delicadeza como para que no interese ahondar en él con las mayores vertientes posibles. El año pasado, por ejemplo, con motivo del día de muertos, hubo una

exposición de figuras cadavéricas en una plaza de Polanco, en la que se descubrió entre sus miembros una representación de una mujer india con su ropaje típico pidiendo limosna de rodillas mientras cargaba a su hijo. La escultura fue atacada de misoginia, racismo y clasismo cuando nada de esto tenía y mostraba una vista por demás recurrente en la ciudad. Por otra parte, en los primeros pasos de mi proyecto de tesis tenía contemplado buscar asesoría con una profesora especialista en la educación porfiriana y sus intelectuales, pero supe que no encontraría lo que esperaba cuando me dijo que no llamaba indio al indio porque sentía “feito”. No cabe duda que los “pueblos originarios”, las “primeras naciones”, los “indígenas”, etcétera, han influido en el juicio hacia el “indio”.

En algunos sentidos mucho ha cambiado la percepción sobre el indio, aunque en otros pareciera que no. Salió el 19 de agosto del presente un artículo en el boletín de la DGCS de la UNAM sobre sus investigadores intentando explicar la capacidad de los tarahumaras para correr, que bien hubiera enorgullecido a los intelectuales y sobre todo a los científicos de finales del siglo XIX por sus estudios en la influencia de factores geográficos y culturales, pero además, por hacer énfasis en la alimentación y lo biológico, reportando incluso diferencias esqueléticas y genes especiales para el metabolismo en una carrera. ¿Acaso vale preguntarse qué tan diferente es aquella visión de la que veía en la raza un conjunto de caracteres biológicos adaptados en un contexto histórico particular? Porque de la raza tal parece (aunque no sea así) que solo faltó la palabra.

Pienso que hoy en día se ayuda mayormente al indio por indio. En la UNAM por ejemplo, se otorgan becas a los indios *per se*, lo que me recuerda a la intervención de Casasús cuando desde la tribuna esclareció que no se buscaba su mejoría sino por ser seres humanos mexicanos. El rector Graue ha continuado y reforzado esta tendencia y también la de idealizar a nuestros “pueblos originarios que son la riqueza de la nación y su sabiduría ancestral...”, tal como da cuenta el boletín del 20 de octubre de la DGCS, con todas las contrariedades y problemas que ya Miriam Hernández Reyna criticó en sus tesis de maestría y doctorado.

Por último y volviendo al trabajo, me parece que cumplí con los objetivos que propuse en la introducción; quise mostrar cómo en el Porfiriato el indio era pensado como

aquellas “razas dignas de vivir la vida del progreso”.²⁰³ Me parece que una de las nociones más importantes que aprendí al investigar y que se debe tener en claro para adentrarse al tema que trabajé es que se entienda que los intelectuales pensaban las carencias atribuidas al indio y su lugar en el progreso más como un “atrás” que como un “abajo”, pues este abajo ha traído muchos problemas de interpretación en la historiografía, lo que ha vuelto menester repensar la relación entre inferioridad y superioridad que emplearon. No se trató de considerarlos menos sino de reconocer las carencias de cada grupo humano a la par que sus fortalezas para compararse y lograr superar a las primeras. En varios escritos los intelectuales se mostraron contrarios a la máxima de la supervivencia del más apto y el triunfo de ciertos caracteres biológicos, por considerarla poco humanitaria y en extremo determinista, y sin embargo han sido caracterizados con ella.

Todavía se han dado pocos pasos en un camino, que por la esencia de la historia no terminará, para realizar trabajos que liguen la concepción sobre el indio en el Porfiriato con la actual. De tantas formas que al no indio se le ha ocurrido nombrar al indio se desprenden entonces valores, intenciones, conceptos y mentalidades diferentes. ¿Qué pasó inmediatamente después del Porfiriato? El estudio queda para quien decida tomarlo y puede servirse de la siguiente reflexión, cortesía de *El eterno inconforme*:

En cinco años que estuve en la Habana, jamás oí decir: “Estamos obligados a redimir al negro”, “¡Tengamos piedad del negro!”, “Dejemos de explotar al negro, adoremos al negro”, “Llamemos a Cuba la república negra”, “Degollemos a los terratenientes y colonos porque nos han robado al negro”. Esa literatura negruzca no existe, no fastidia como nuestra literatura azteca, creada por los explotadores de la Revolución.²⁰⁴

²⁰³ García Genaro, *op. cit.*, p. 23.

²⁰⁴ Bulnes, *Los grandes problemas*, *op. cit.*, p. 116.

Fuentes consultadas

Corpus de intelectuales

Bulnes Francisco, *La deuda inglesa. Colección de artículos publicados en el siglo XIX. Estudios sobre la debatida cuestión de la depreciación de la plata*, estudio introductorio por Leonor Ludlow, México, Instituto Mora - Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, 308p. (colección pensadores)

-----, ““En torno a la reelección”. Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados (1903)”, en Álvaro Matute (comp.), en *Antología. México en el siglo XX. Fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, p. 344-355. (lecturas universitarias, 12)

-----, *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*, estudio introductorio y notas por Rogelio Jiménez Marce, edición facsimilar [México, vda. De Bouret, 1904], México, Instituto Mora - Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009, 640p. (colección pensadores)

-----, *Los grandes problemas de México*, México, ediciones de “El Universal”, 1926, 348p [al menos, faltan las últimas páginas].

-----, *La guerra de independencia. Hidalgo-Iturbide*, México, Talleres linotipográficos de “El Diario”, 1910, 431p.

-----, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de reforma*, estudio introductorio y notas por Erika Pani, México, Instituto Mora, 2011, 648p. (colección pensadores)

-----, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899, 283p.

-----, *Sobre el hemisferio norte once mil leguas impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa*, estudio preliminar José Ricardo Chávez, edición facsimilar [México, Imprenta de la revista universal, 1875], México, UNAM, 2012, 288p. (ida y regreso al siglo XIX)

-----, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2013, 424p. (cien de México)

-----, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, estudio introductorio y notas por Erika Pani, edición facsimilar [México, 1904], México, Instituto Mora - INEHRM, 2009, 624p. (colección pensadores)

Casasús Joaquín D., *En honor de los muertos*, segunda edición, México, Consejo editorial del gobierno del estado de Tabasco, 1981, 160p.

-----, *Las instituciones de crédito*, edición facsimilar [México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1890], México, Miguel Ángel Porrúa, 1991, 418p. (biblioteca de clásicos financieros)

Corral Ramón, *Obras históricas. Reseña histórica del estado de Sonora, 1856-1877. Biografía de José María Leyva Cajeme. Las razas indígenas de Sonora. No. 1*, Hermosillo, Sonora, Biblioteca sonorensis de geografía e historia, 1959, 260p.

Creel Enrique, "Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara," en *Periódico oficial del gobierno del estado de Chihuahua*, Chihuahua, 4 de noviembre de 1906, año XXVI, núm. 88, p. 1-5.

Limantour José Yves, *Apuntes sobre mi vida pública*, editorial Porrúa, 1965, 359p. ils (obras básicas para la historia política de México)

-----[Ives], "Discurso pronunciado por el sr. Lic. José Ives Limantour secretario de hacienda, en la ceremonia de clausura del concurso científico nacional", en *Revista Positiva*, México, núm. 2, 1901, p. 54-63.

Parra Porfirio, "Cuauhtémoc", en García Quintana Josefina, *Cuauhtémoc en el siglo XIX*, México, IHH - UNAM, 1977 p. 108-109. ils (dictámenes ichcateopan, 1)

-----, "Discurso pronunciado en la ciudad de Toluca por Porfirio Parra en el aniversario de la muerte de Benito Juárez", en Parra Porfirio, et. al., *El culto a Juárez en Toluca*, México, Publicaciones de extensión universitaria, 1960, p. 15-27.

----, "División del carácter", en *Revista positiva*, México, tomo V, núm. 63, 1905, p. 550-553.

-----, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, tipografía literaria - Facultad de Medicina de México, 1878, 46p.

-----, "Etología o ciencia del carácter", en *Revista positiva*, México, tomo V, núm. 63, 1905, p. 546-549.

-----, *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*, tercera edición, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1921, 717p.

-----, *Plan de una historia general de Chihuahua ó índice razonado de los capítulos que deben formarla*, México, tipografía de la viuda de F. Díaz de León, succs., 1911, 39p.

-----, "Prólogo", en Francisco de Asis y Troncoso, *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta la presente*, tomo I, edición facsimilar [México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento. 1886], introducción general por Víctor Naufal y Arturo Gálvez Medrano, Advertencia al tomo I por Carlos Viesca, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982, p. 9-39.

-----, *Sociología de la Reforma*, segunda edición, México, Empresas editoriales, S. A., 1967, 248p. (el liberalismo mexicano en pensamiento y en acción, 8)

Rabasa Emilio, *La constitución y la dictadura*, prólogo Andrés Serra Rojas, décima edición, segunda reimpresión, México, editorial Porrúa, 2016, 250p.

-----, *La evolución histórica de México*, prólogo por Diego Valadés, cuarta edición, México, Coordinación de Humanidades - UNAM - Miguel Ángel Porrúa, 1986, 351p. (biblioteca mexicana de escritores políticos)

Justo Sierra, et. al., *México su evolución social*, 2 tomos [en 3 vols.], edición facsimilar [México, 1900, J. Ballezá y compañía], México, Miguel Ángel Porrúa - Tribunal electoral del poder judicial de la federación, 2005. ils

-----, *Obras completas*, 16 tomos, México, UNAM, 1948-49, 1977 [segunda edición] y 1991 [tercera edición, primera reimpresión]. ils (nueva biblioteca mexicana, 49-51, 54-55, 57-59, 61, 114, 121)

Herramientas electrónicas

Mapa de diccionarios académicos, Real Academia Española. [<http://web.frl.es/ntllet/SrvltGUILoginNtlletPub>]

Diccionario de la Real Academia Española en línea. [<http://www.rae.es>]

Archivo

Archivo Histórico de la UNAM, México:

Fondo CSEP/Boletines de instrucción pública (tomos I-XVI) y fondo Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes/Sección ministerio/Subsección concursos y conmemoraciones/Serie IV centenario del descubrimiento de América, concurso de historia Miguel Hidalgo/Caja 2.

Archivo General de la Nación, México:

Instituciones gubernamentales época moderna y contemporánea/Administración pública federal siglo XIX/Fomento/Exposiciones.

Prensa

La Libertad (05/01/1878 - 31/12/1884)

El Municipio Libre [“Comité directivo de la Unión Liberal. Convocatoria al partido liberal mexicano”, 21/02/1892, tomo XVIII, núm. 44, p. 1 y 2.]

El Siglo Diez y Nueve [Chavero Alfredo, “Discurso pronunciado por su autor en la inauguración de la estatua de Cuauhtemoc”, 24/08/1887, tomo 92, núm. 14 844, novena época, año XLVI, p. 1 y 2.]

El Universal: diario de la mañana/diario político de la mañana [“En el congreso. El comité de la Unión Liberal”, 07/02/1892, tomo VII, núm 37, p. 13; “Discurso pronunciado por el sr. Lic. Manuel M. Zamacona, presidente del comité directivo de la Unión Liberal, al instalarse la Convención Nacional, la noche del día 5 de abril de 1892”, 09/04/1892, tomo VII, núm. 90, p. 2; “Convención liberal”, 20/04/1892, tomo VII, núm. 97, p. 2; “Proyecto de manifiesto que la comisión que suscribe tiene la honra de someter a la aprobación de la primera convención nacional liberal”, 26/04/1892, tomo VII, núm, 102, p. 1.]

Libros y artículos

Abbagnano Nicola, *Diccionario de Filosofía*, 2da edición, décima reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 737-738.

Aguilar Rivera José Antonio, “Presentación”, en Aguilar Rivera José Antonio (comp.), *La espada y la pluma: Libertad y liberalismo en México 1821-2005*, México, FCE, 2011, p. 9-14. (obras de política y derecho)

Alamán Lucas, “Capítulo 1. Libro primero”, en *Historia de Méjico*, México, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, 19--?, p. 11-28.

Alberro Solange, “La historia de las mentalidades: trayectorias y perspectivas”, en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XLII, núm. 2, 1992, p. 333-351.

-----, “Historia de las mentalidades: aproximaciones metodológicas”, en *Op. cit.*, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, núm. 6, 1991, p. 88-101.

Alvarado Lourdes, “Asociación Metodófila “Gabino Barreda”. Dos ensayos representativos”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, IIH - UNAM, México, vol. 12, 1989, p. 213 y 214.

-----, “II. Positivismo y Universidad”, en *La Polémica en torno a la idea de Universidad en el siglo XX*, México, UNAM - Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, p. 63-91.

<http://132.248.192.241/~editorial/wp-content/uploads/2016/06/la-polemica-en-torno-a-la-idea-de-universidad-en-el-siglo-xix.pdf> [primera edición digital en pdf, 2016]

Álvarez Garibay Jaime Manuel, “Letrados de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Los científicos”, tesis de doctorado en historia, dirigida por Rubén Lozano Herrera, México, Universidad Iberoamericana, 2011, 414p.

Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda, tomo 1, México, Imprenta del comercio de Dublán y Chávez, 1877, 466p.

Antigüedades mexicanas publicadas por la junta colombina de México en el cuarto centenario del descubrimiento de América, México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892, 82p.

Baranda Marta, “José Ives Limantour juzgado por figuras claves del Porfiriato”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, IIH - UNAM, vol. IX, 1985, p. 97-136.

Barreda Gabino, *Carta que este ilustre filósofo dirigió al c. gobernador del Estado de México Mariano Riva Palacio explicando el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, tomo XX, número 13, Talleres gráficos de la nación, 1929, 48p.

-----, *La educación positivista en México*, prólogo de Edmundo Escobar, cuarta edición, México, editorial Porrúa, 1998, 316p. (sepan cuantos..., 335)

-----, *Opúsculos, discusiones y discursos referentes a la instrucción pública*, México, CONACULTA, 2015, 112p. (cien de México)

-----, “Oración cívica”, en *Estudios*, selección y prólogo de José Fuentes Mares, México, ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1941, p. 69-110. ils (biblioteca del estudiante universitario, 26)

Bazant Mílada, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, Centro de estudios históricos - El Colegio de México, 1995, 297p.

Beller Walter, Bernardo Méndez y Santiago Ramírez, *El positivismo mexicano*, México, Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco, 1985, 384p.

Bonfil Batalla Guillermo, “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial”, en *Anales de antropología*, México, UNAM, vol. 9, 1972, p. 105-124.

Berra y Orozco Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, tomo 1, estudio previo de Ángel María Garibay K. y biografía por Miguel León Portilla, México, editorial Porrúa, 1960, 488p. ils (Biblioteca Porrúa, 17)

Cabrera Luis, *La revolución es la revolución. Antología*, México, Comisión Nacional Editorial de C.E.N. - PRI, 320p. ils (textos de la Revolución Mexicana)

Bitterli Urs, *Los “salvajes” y los “civilizados”, El encuentro de Europa y Ultramar*, trad. Pablo Sorozábal, México, FCE, 1982, 560p. (sección obras de historia)

Carmagnani Marcello, “La libertad, el poder y el estado en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Historias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 15, 1986, p. 55-63.

Chavero Alfredo, “Advertencia”, en *Quetzalcóatl: ensayo trágico en tres actos y verso*, México, Imprenta de Jens y Zapiain, 1877, p. 5-9. [versión digital: Alicante, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 2004]

-----, *Discurso pronunciado en los funerales del c. Benito Juárez presidente de los Estados Unidos Mexicanos por el co regidor Alfredo Chavero orador nombrado por el ayuntamiento de la capital*, México, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1972, p. XX.

Clavigero Francisco Xavier, *Carácter y costumbres de los mexicanos*, presentación por Ernesto de la Torre Villar, México, UNAM, 2009, 40p. (colección pequeños grandes ensayos)

Comte Auguste, *Catecismo positivista*, trad. Andrés Bilbao, Madrid, editora Nacional, 1982, 308p. (clásicos para una biblioteca contemporánea)

-----, *Discurso sobre el espíritu positivo*, versión y prólogo de Julián Marías, Madrid, Alianza editorial - El libro de bolsillo, 1980, 136p. (clásicos)

-----, *La filosofía positiva*, estudio introductorio y selección por Francisco Larroyo, México, editorial Porrúa S. A., 1979, 322p. ils (sepan cuantos..., 340)

“Constitución federal de los Estados Unidos Mexicanos sancionada y jurada por el Congreso general constituyente el día 15 de febrero de 1857 México Imprenta de Ignacio Cumplido”, en Felipe Mena Ramírez (director), *Leyes fundamentales de México 1808-2005*, vigésimo cuarta edición, vigésimo quinta reimpresión, México, Editorial Porrúa, 2008, p. 595-629. ils

Cosío Villegas Daniel, *La constitución de 1857 y sus críticos*, México, Editorial Clío, libros y videos S. A. de C. V., 1997, 160p. ils (obras completas)

-----, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, parte primera*, 3ra edición, México, editorial Hermes, 1988, 860p. ils (historia)

-----, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, parte segunda*, México, editorial Hermes, 1972, 1089p. ils (historia)

Covo Jacqueline, *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, trad. María Francisca Mourier - Martínez, México, UNAM, 1983, 672p.

Cue Canovas Agustín, *Constitución y liberalismo*, México, Revista Problemas educativos de México - Imprenta Ramírez, 1958, 146p. (manuales, 2)

Darwin Charles, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, décimo quinta reimpresión, México, editorial Diana, 1985, 802p. ils

-----, *El origen de las especies*, Madrid, Edivisión-Alba, 2000, 224p.

Davis Harold Eugene, “Trends in social thought in twentieth century latin america”, en *Journal of Inter-American studies*, Miami, Center of latin american studies - University of Miami, vol. 1, núm. 1, january, 1969, p. 57-71.

Díaz Dufoo Carlos, *Limantour*, México, s. n., 1909, 338p.

Díaz y de Ovando, “México en la exposición universal de 1889”, en *Anales Instituto de Investigaciones Estéticas - UNAM*, México, IIE - UNAM, 61, 1990, p. 109-171.

Elias Norbert, “Sociogénesis de los conceptos “civilización” y “cultura””, en *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, trad. Ramón García Cotarelo, cuarta edición, México, FCE, 2016, p. 83-129. (sección de obras de sociología)

Foucault Michel, *Genealogía del racismo*, trad. Alfredo Tzveibel, prólogo por Tomás Abraham, Argentina, editorial Altamira, 22p. (caronte ensayos)

- Galliers Julie y Luis M. Polo Amo, “La exposición universal de 1876 en Filadelfia y el vino de Montilla”, en *Ámbitos*, España, Universidad de Córdoba, núm. 20, 2008, p. 67-80.
- Gallo Eduardo L. (ed.), *Hombres ilustres mexicanos*, tomo I, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1873, 480p. ils
- García Cubas Antonio, *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la república mexicana*, estudio introductorio por Miguel León Portilla, segunda edición facsimilar [México, José Mariano Fernández de Lara, 1858], México, Miguel Ángel Porrúa - El Colegio Nacional - IIH - UNAM - INEGI, 2015. ils
- García Genaro, *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911, 446p. ils
- García Quintana Josefina, *Cauhtémoc en el siglo XIX*, México, IIH - UNAM, 1977, 135p. ils (dictámenes ichcateopan, 1)
- Garner Paul, *Porfirio Díaz*, México, editorial Planeta, 2003, 292p.
- Gerbi Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo*, segunda edición, trad. Antonio Alatorre, México, FCE, 1982, 884p. (sección obras de historia)
- González y González Luis, *Alba y ocaso del Porfiriato*, México, FCE, 2010, 104p. (cenzontle)
- González Navarro Moisés, *La colonización en México 1877-1910*, México, Talleres de impresión de estampillas y valores, 1960, 160p.
- , *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida social*, 3ra edición, México, editorial Hermes, 1973, 980p. ils (historia)
- , “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. XXXVIII, núm. 4, 1988, p. 565-583.
- , “Los positivistas mexicanos en Francia”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. 9, núm. 1, 33, julio-septiembre, 1959, p. 111-129.
- , “Tipología del liberalismo mexicano”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. XXXII, núm. 2, octubre-diciembre, 1982, p. 198-225.
- González Undurruga Carolina, “De la casta a la raza. El concepto de raza: un singular colectivo de la modernidad. México, 1750-1850”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. LX, núm. 3, p. 1491-1525.

Gorbach Frida, “La historia, la ciencia y la nación: un estudio de caso en el México decimonónico”, en *Dynamis*, Universidad de Granada, vol. 33, núm. 1, 2013, p. 119-138.

Gortari Elí de, “Ciencia positiva política “científica””, en Alberro Solange (selección) *Cultura, ideas y mentalidades*, México, Colmex, 1992, p. 127-140. (lecturas de historia mexicana, 6)

Guerra François-Xavier, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución*, trad. Sergio Fernández Bravo, tomo I, 2da edición, 7ma reimpresión, México, FCE, 2003, 456p. ils (obras de historia)

-----, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución*, trad. Sergio Fernández Bravo, tomo II, segunda edición, octava reimpresión, México, FCE, 2012, 552p. ils (obras de historia)

Gutiérrez Chong Natividad, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, México, Instituto de Investigaciones Sociales - UNAM - CONACULTA - editorial Plaza y Valdés, 2001, 296p. ils

Hale Charles A., *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano*, trad. Antonio Saborit, México, FCE - Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2011, 366p. (vida y pensamiento de México)

-----, “Los mitos políticos de la nación mexicana: el liberalismo y la revolución”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol 46, núm. 4, abril-junio, 1997, p. 821-837.

-----, “6.-Mexican political ideas in comparative perspective: the nineteenth century”, en Camp Roderic A., Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (editores), *Los intelectuales y el poder en México*, México, Latin american studies, University of California, Los Angeles - Colmex, vol 75, 1991, p. 89-102.

-----, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. Purificación Jiménez, México, editorial Vuelta, 1991, 456p. (la reflexión)

[Varios autores], *La imagen del indio en la Europa Moderna*, Sevilla, Publicaciones de la escuela de estudios hispano-americanos de Sevilla, 1990, 514p.

Katz Friedrich, “capítulo 3. La restauración de la república y el Porfiriato”, trad. Jordi Beltrán y María Escudero, en Timothy E. Anna, et. al., *Historia de México*, 2da edición, España, Crítica, 2003, p. 82-146. ils

Koselleck Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, España, Paidós, 1993, 370p. (básica, 61)

Lamarck Jean-Baptiste, *Filosofía zoológica*, trad. Nuria Vidal Díaz, presentación por Joan Senent, Barcelona, editorial Mateu, 1971, 232p.

Lara Campos Pérez, “Cuauhtémoc, “El héroe completo”, la conmemoración del último emperador azteca en la ciudad de México durante el Porfiriato (1887-1911)”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. LXVI, núm. 4, 2017, p. 1819-1861. ils

Lara Pardo Luis, *De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero. La sucesión dictatorial de 1911*, edición facsimilar [New York, Polyglot publishing & commercial Co., 1912], México, Comisión nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia nacional y el 75 aniversario de la Revolución Mexicana - INEHRM, 1985, 292p. (biblioteca de obras fundamentales de la Independencia y la Revolución Mexicana)

Lassépas Ulises Urbano, *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, prólogo por David Piñera Ramírez, Mexicali, Secretaría de Educación Pública - Universidad Autónoma de Baja California, 1995, 450p. (colección Baja California: nuestra historia, 8)

LeBon Gustave, “Capítulo I. El centro de la raza” y “Capítulo II. Los árabes”, en *La civilización de los árabes*, Barcelona, Montaner y Simón, 1886, p. 1-30.

-----, “Libro segundo. Las razas”, en *Las civilizaciones de la India*, Barcelona, Montaner y Simón, 1901, p. 70-190.

-----, *Psicología de las masas*, prólogo por Florencio Jiménez Murillo, quinta edición, Madrid, ediciones Morata, 1983, 152p.

Ley orgánica de la instrucción pública en el Distrito Federal, Publicada en el Diario Oficial de la Federación el día 2 de Diciembre de 1867. Consultada entre agosto y septiembre de 2017.
https://www.sep.gob.mx/work/models/sep1/Resource/3f9a47cc-efd9-4724-83e4-0bb4884af388/ley_02121867.pdf

López-Portillo y Rojas José, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, prólogo del Sr. Lic. D. Atenedoro Monroy, México, Libería Española, 506p.

Manero Antonio, *El antiguo régimen y la revolución*, edición facsimilar [México, Litografía La Europea, 1911], México, Comisión nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia nacional y el 75 aniversario de la Revolución Mexicana -

INEHRM, 1985, 423p. (biblioteca de obras fundamentales de la Independencia y la Revolución Mexicana)

María y Campos Alfonso de, “8.-Los científicos: actitudes de un grupo de intelectuales porfirianos frente al positivismo y la religión”, en Camp Roderic A., Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (editores), *Los intelectuales y el poder el México*, México, Latin american studies, UCLA - Colmex, vol 75, 1991, p. 121-138.

-----, “Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los científicos, 1846-1876, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. 34, núm 4, abril-junio, 1985, p. 610-661.

Marino Daniela, “La crisis del Porfiriato. ¿Fue una crisis del Estado o del régimen?, en Pérez Montfort Ricardo y Leticia Reina (coords.), *Fin de siglos. ¿Fin de siglos? 1810. 1910, 2010*, México, Siglo XXI editores - Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos - Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social - INAH, 2013, p. 155-163. (historia)

Matute Álvaro y Evelia Trejo, “La historia antigua en México: su evolución social”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, UNAM, vol. XIV, 1991, p. 89-106. ils

Maza Francisco F. de la (comp.), *Código de colonización y terrenos baldíos de la República Mexicana*, México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1893, p. 1242.

Memorias del primer congreso higiénico - pedagógico reunido en la ciudad de México el año de 1882, México, Imprenta del Gobierno, 1883, 208p.

Meyer Jean, “Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el Porfiriato. Algunas falacias estadísticas”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. XXXV, núm. 3, p. 477-509.

-----, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, SEP, 1973, 240p. (sepsetentas, 80)

Mier Sebastián B. de, *México en la exposición universal internacional de París - 1900*, París, Imprenta de J. Dumoulin, 1901, 306p. ils

Mill John Stuart, *Auguste Comte y el positivismo*, trad., pról y notas de Dalmacio Negro Pavón, Argentina, Aguilar Argentina S. A. de ediciones, 1972, 223p. (biblioteca de Iniciación filosófica)

-----, *Resumen sintético del sistema de lógica de John Stuart Mill con notas de Ezequiel A. Chávez*, México, Librería de la vda. De Bouret, 1897, 308p.

Montemayor Carlos, *Los pueblos indios de México. Evolución histórica de su concepto y realidad social*, México, Debolsillo, 2008, 1687p. ils

Mora José María Luis, “Población de la República Mexicana”, en *México y sus revoluciones*, tomo I, edición y prólogo por Agustín Yáñez, segunda edición, México, editorial Porrúa, 1965, p. 61-151. (escritores mexicanos, 59)

Moya López Laura Angélica, *La nación como organismo México su evolución social*, México, UAM - Ma. Porrúa, 2003, 184p.

Muñoz Camargo Diego, *Historia de Tlaxcala*, notas por Alfredo Chavero, México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892, 286p.

Muriel Guadalupe, *Reformas educativas de Gabino Barreda*, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. 13, núm. 4, 52, abril-junio, 1964, p. 551-577.

Pacheco Carlos y Manuel Sánchez Facio, *La controversia de la política de colonización en Baja California*, prólogo por Paolo Riguzzi, Mexicali, SEP - UABC, 1997, 338p. ils (colección Baja California: nuestra historia)

Palti Elías, *La nación como problema*, Argentina, Fondo de cultura económica, 2006, 160p. (serie breves, colección popular, 634)

Paso y Troncoso Francisco del, *Las guerras con las tribus yaqui y mayo del estado de Sonora*, México, tipografía del departamento de Estado Mayor, 1905, 342p.

Paz Ireneo, *Los hombres prominentes de México = Les hommes éminents du Mexique = The prominent men of México*, México, Imprenta y litografía de “La Patria”, 1888, 492p.

Pérez Vejo Tomás, “El Centenario de 1910 y las polémicas sobre el pasado de la nación”, en Rey Tristán, Eduardo y Patricia Calvo González, *Congreso internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica, XIV Encuentro de latinoamericanistas españoles*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela - Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto - Consejo Español de Estudios Iberoamericanos, 2010 p.453-466. (cursos e congresos, 196)

-----, “Exclusión étnica en los dispositivos de conformación nacional en América Latina”, en *Interdisciplina*, México, UNAM, vol. 2, núm. 4, septiembre-diciembre, 2014, p. 179-205.

-----, “Los hijos de Cuauhtémoc: el paraíso prehispánico en el imaginario mexicano decimonónico”, en *Araucaria. Revista iberoamericana de filosofía, política y humanidades*, España, Universidad de Sevilla, año 5, núm. 9, primer semestre, 2003, p. 95-115.

-----, “Historias, política e ideología en la celebración del centenario mexicano”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. LX, núm. 1, 2010, p. 31-83.

-----, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, segunda edición, Oviedo, ediciones nobel, 1999, 241p.

-----, “Raza y construcción nacional. México, 1810-1910, en Pérévez Vejo Tomás y Pablo Yankelevich (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*, México, Bonilla Artiga editores - Colmex - Iberoamericana Vervuert, 2017, p. 61-98. (Díasporas, 1)

Perry Laurens Ballard, *Juárez y Díaz. Continuidad y ruptura en la política mexicana*, trad. Julio Colón, México, Ediciones Era - UAM, 1996, 432p. (problemas de México)

Pimentel Francisco, *Obras completas*, tomo III, México, tipografía económica, 1903, 546p.

Portugal José María del J., *El positivismo: su historia y sus errores*, Barcelona, Imprenta de Eugenio Subirana, 1908, 322p.

Powel T. G., “Los liberales, el campesinado indígena y los problemas agrarios durante la reforma”, en *Historia mexicana*, México, Colmex, vol. XXI, núm. 4, p. 653-675.

Puente Ramón, *La dictadura, la revolución y sus hombres*, edición facsimilar [México, Imprenta Manuel León Sánchez S.C.C., 1883 [sic., 38]], México, Comisión nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia nacional y el 75 aniversario de la Revolución Mexicana - INEHRM, 1985, 376p. ils (biblioteca de obras fundamentales de la Independencia y la Revolución Mexicana)

Raat William D., “Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena”, en Alberro Solange (selección) *Cultura, ideas y mentalidades*, México, Colmex, 1992, p. 111-116. (lecturas de historia mexicana, 6)

-----, *El positivismo durante el porfiriato*, trad. Andrés Lira, México, SEP, 1975, 176p. (sepsetentas, 228)

----, *Racismo, revolución e indigenismo México, 1910-1940*, trad. María Teresa Rodríguez López, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades - Universidad Autónoma de Puebla/Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología, 2004, p. 18. ils (cuadernos de estudios sobre el racismo, 1)

Ramírez Fausto, “Dioses, héroes y reyes mexicanos en París, 1889”, en *Historia, leyendas y mitos de México: su expresión en el arte XI Coloquio internacional de historia del arte*, México, IIE - UNAM, 1988, p. 201-253. ils (estudios de arte y estética, 30)

Ramos Lanz Miguel, *Estudios sobre inmigración y colonización dedicado al sr. Presidente de la república y a la prensa del país*, México, Tipografía de El Tiempo, 1897, 76p.

Reina Leticia, “Introducción”, en *Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906*, México, siglo veintiuno editores, 1980, p. 15-41. ils (colección América nuestra, 28)

Renan Ernest, *¿Qué es una nación?*, 12p. [versión digital por Franco Savarino, 2004, enp4.unam.mx/amc/libro_munioz_cota/libro/cap4/lec01_renanqueesunanacion.pdf]

Ríos Saloma Martín F., “De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, IIH - UNAM, vol. 37, 2009, p. 97-137.

Riva Palacio Vicente (dir.), *México a través de los siglos. Historia general y competa del desenvolvimiento social, político, religioso, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, 5 tomos, décima quinta edición, México, editorial Cumbre, S. A., 1979. ils

Rodríguez Miguel, *Celebración de “la Raza”, una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Departamento de historia - Universidad Iberoamericana, 2004, 388p. (colección historia cultural)

Rodríguez Kuri Ariel, “Francisco Bulnes, Porfirio Díaz y la revolución maderista”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, México, UNAM, vol. 13, 1990, p. 187-202.

Root Elihu, *La participación del ciudadano en el gobierno*, trad. Joaquín D. Casasús, edición facsimilar [México, tipografía de la oficina impresora de estampillas, 1907] México, Consejo editorial del gobierno del estado de Tabasco, 1981, 128p. (cuadernos del consejo editorial, X)

Ruiz Guitierrez Rosaura, *Positivismo y evolución: introducción del darwinismo en México*, México, Coordinación de estudios de posgrado - Facultad de Ciencias - UNAM, 1987, 272p. (colección posgrado)

Ruiz Cortés Marisol, “El positivismo de los científicos en la práctica y su repercusión en la sociedad indígena en el porfiriato”, ensayo para obtener el título de especialista en historia del pensamiento económico, México, Facultad de Economía - UNAM, 2009, 48p.

Saez Pueyo Carmen, “La Libertad, periódico de la dictadura porfirista”, en *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, vol. 48, núm. 1 (January-March, 1986), p. 217-236.

-----, *Justo Sierra Antecedentes del partido único en México*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM - M. A. Porrúa, 2001, 328p.

Salmerón Alicia, “Dar pan al pueblo, antes que silabario”. Francisco Bulnes y el lugar de la educación en la transformación social”, en *Legajos*, México, Archivo General de la Nación, núm. 13, julio-septiembre, 2012, p. 109-132.

-----, “Partidos personalistas y de principios; de equilibrios y contrapesos. La idea de partido en Justo Sierra y Francisco Bulnes”, en Alfredo Ávila y Salmerón Alicia (coords.), *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*, México, FCE - CONACULTA - IIIH UNAM, 2012, p. 140-167. (Biblioteca mexicana)

Schulte Josephine Helen, “Gabino Barreda and the positivist reforms in mexican education: the law of public instruction, 1867 an its reform, 1869, Loyola university of Chicago”, 1969. Dissertations. Paper 1004. [<http://ecommons.luc.edu/luc-diss/1004>], Consultado entre agosto y septiembre de 2017]

Segundo congreso nacional de instrucción. Informes y resoluciones, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891, 78p.

Serrano Álvarez Pablo, *Porfirio Díaz y el Porfiriato. Cronología*, México, SEP - INEHRM, 1012, 284p. (cronologías)

Sierra O'Reilly Justo, "Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos", en *La guerra de castas*, prólogo Javier Rodríguez Piña, México, CONACULTA, 2002, p. 27-76. (cien de México)

Simon Walter M., "Herbert Spencer and the "social organism"", en *Journal of the history of the ideas*, University of Pennsylvania Press, vol. 21, núm. 2, april-june, 1960, p. 294-299.

Sosa Ignacio, "El surgimiento del individualismo en una sociedad corporativa", en Aberlardo Villegas, et. al., *Laberintos del liberalismo*, México, Grupo editorial Miguel Ángel Porrúa, S. A. - Centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos - UNAM, 1995, p. 89-113. (las ciencias sociales)

Spencer Herberto, *La educación intelectual, moral y física*, edición del Diario del Hogar, México, Tip. Lit. De Filomeno Mata, 1891, 286p.

Spencer Herbert, *El individuo contra el Estado*, trad. A. Gómez Pinilla, F. Sempere y Cia. Editores Imp. De El Pueblo, s. n., 224p.

-----, *El organismo social*, trad. Miguel de Unamuno, Madrid, La España moderna, 1922, 272p. (biblioteca de jurisprudencia, filosofía e historia)

-----, "VIII. La psicología comparada de la humanidad (conferencia 1875)", en *Ensayos científicos*, trad. José González Llana, Madrid, 1908, p. 239-262. (biblioteca científico-histórica)

-----, *Resúmen sintético de los principios de moral de Herbert Spence por Ezequiel A. Chávez*, México, Librería de la vda. De CH. Bouret, 1905, 212p.

Stabb Martin S., "Indigenism and racism in mexican thought: 1857-1911", en *Journal of inter-american studies*, Center for latin american studies at the University of Miami, vol. 1, no. 4, october, 1959, p. 405-423.

Taine Hippolyte Adolphe, *Ensayos de crítica y de historia*, trad. y nota preliminar por Julio Gómez de la Serna, Madrid, Aguilar, 1953, 1038p. ils

-----, *Introducción a la historia de la literatura inglesa*, trad. J. E. Zúñiga, prólogo por L. Rodríguez Aranda, Madrid, Aguilar, s.n, s.n.

Tenorio Trillo Mauricio y Aurora Gómez Galvarriato, *El Porfiriato*, México, FCE - CIDE, 2013, 168p. (herramientas para la historia)

Todorov Tzvetan, *Nosotros y los otros*, trad. Martí Mur Ubasart, quinta edición, México, siglo XXI, 2007, 462p. (teoría)

Tovar y de Teresa Rafael, *El último brindis de don Porfirio 1910: Los festejos del centenario*, México, taurus, 2010, p. 328. ils

Urías Horcasitas Beatriz, *Historia de una negación: La idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Sociales - UNAM, 1996, 216p.

Valadés José Cayetano, *El porfirismo. Historia de un régimen. El nacimiento (1876-1884)*, tomo I, 1ra reimpresión, México, UNAM, 1977, 452p. ils (nueva biblioteca mexicana, 63)

-----, *El porfirismo. Historia de un régimen. El crecimiento I*, tomo II, 1ra reimpresión, México, UNAM, 1977, 332p. ils (nueva biblioteca mexicana, 64)

-----, *El porfirismo. Historia de un régimen. El crecimiento II*, tomo III, 2da edición, México, UNAM, 1987, 346p. ils (nueva biblioteca mexicana, 65)

Vargas Manuel, “Biología y la filosofía de la raza en México: Bulnes y Vasconcelos”, trad. Lorena Murillos, en Vargasphilosophy (sitio web), 39p. [consultado entre agosto y septiembre de 2017, <http://vargasphilosophy.com/Papers/ConstrIdent.pdf>.]

Vera Estañol Jorge, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, editorial Porrúa S. A., 1957, 800p. ils

White Hayden, “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en *El contenido de la forma*, trad. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, p. 15-40. (Paidós básica, 58)

Zea Leopoldo, *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, México, INEHRM - Talleres gráficos de la nación, 1956, 210p.

-----, *El positivismo en México; Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 2005, 484p.

Índice

Introducción. 3

Primera parte, que trata del contexto de la época, presentación del sujeto de estudio, las ideas que determinaron su pensamiento y su desarrollo a lo largo del período en cuestión.

Capítulo I. La élite intelectual impulsora de la política científica. 15

Liberalismo. 18

Barreda, Comte y el positivismo. 23

El ascenso de Díaz. 32

Los intelectuales impulsores de la política científica y el positivismo. 36

La Libertad. 41

Romero Rubio. 51

La Unión Liberal de 1892 y los Científicos. 52

Otra Unión Liberal y más sobre los Científicos. 57

Segunda parte, que trata del concepto sobre el indio.

Capítulo II. Del indio del presente. 67

El indio como concepto y su tradición. 68

Indio y civilización. 75

Indio y raza. 82

Inferioridad y superioridad. 94

El indio según los intelectuales. 97

Capítulo III. Del indio del pasado y del indio del futuro, su lugar dentro del plan nacional. 110

[Del indio del pasado] Nación. 110

La versión de Chavero. 116

El carácter y Cuauhtémoc. 120

El cambio generacional. 122

Juárez, el indio. 128

[Del indio del futuro] La política científica y sus alcances. 132

Del indio tangible. 135

Las exposiciones internacionales o del indio al exterior. 138

Colonización. 146

Educación. 150

Guerra. 157

Mestizaje y centenario. 158

Consideraciones finales. 163

Fuentes consultadas. 169